

LA HEREDERA DEL SELLO



La orden de los varones

ANTÍA EIRAS

LA
HEREDERA
DEL SELLO

La orden de los valientes

ANTÍA EIRAS

Título: *La heredera del sello*

© 2019, Antía Eiras

De la maquetación: 2019, Romeo Ediciones
Del diseño de la portada: 2019, Mari Luz Montes

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ÍNDICE

[Dedicatoria](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Todos los libros de la autora](#)

Dedicatoria

Me gustaría dedicarles este libro a varias personas que han sido
fundamentales para mí
en los últimos años de mi vida literaria.

Ellas son “Las locas de la escoba” y “La cuchipandi plumilla”,
que siempre han estado ahí cuando las he necesitado.

En especial a: Andrea López, Nesa Costas, Cristín Ferro, Julia García, Pati
Portabales,
Dona Ter, Lara Díaz, Yoli Calvo y Silvia Gómez.

Sin olvidarme por supuesto de: Mi Nines, Alba, Carla, Alicia y Xiana.
Os quiero mucho chicas.

Prólogo



Dabria, apoyada sobre la barandilla de uno de los puentes que cruzaba el hermoso y grandioso jardín dentro de la fortaleza, jugueteaba despreocupadamente con la punta de uno de sus largos y blancos mechones de pelo.

—¿Querías algo, Cassiel?

Este tuvo que abandonar el amparo del sauce llorón tras el cual estaba medio escondido.

—¿Cómo supiste que...?

—¿...que me estabas espiando? —lo interrumpió la druida.

—No te estaba espiando, Dabria.

Ella giró su cuerpo para enfrentarlo de cara.

—¿Y cómo se llama a observar a alguien de forma furtiva?

Cassiel la miró con intensidad y se acercó a ella despacio.

—Podría acusarte a ti de hacer lo mismo.

Ambos desviaron la mirada unos metros más allá, para encontrarse con la imagen de su señora Iria jugando en el parque con su ahijada, acompañada, por supuesto, de la madre de la criatura y de su más fiel guardián y compañero de vida, Tomás.

—Yo no me escondo, ángel.

Él volvió los ojos hacia ella para observarla con desaliento.

—Eso es lo que más me preocupa.

La mujer hizo una mueca de desagrado.

—¿Por mí o por ella?

Cassiel tuvo el impulso de acariciar su bello rostro, de tomar entre sus dedos los níveos cabellos y acariciarlos con ternura. Pero al final se arrepintió y guardó sus manos a buen recaudo en el interior de los bolsillos del pantalón.

—Por ti, obviamente.

La druida fijó sus hermosos ojos en el rostro de él.

—Fíjate que no te creo. No después de tu fea acusación —le increpó con dureza—. Me dolió, ¿sabías? Me apenó enormemente que después de tanto tiempo de amistad, pudieras dudar de mí.

—¿Acaso puedes reprochármelo? —cuestionó con dulzura—. ¿Puedes negarme los celos y el odio que sientes por ella?

El ángel chocó contra un muro de silencio y se maldijo por provocar el dolor que reflejaba su rostro. Avergonzado, posó los ojos en un hermoso cisne que nadaba con majestuosidad en el lago artificial en busca de su pareja.

—Tú no lo entiendes —susurró ella, desviando la mirada para fijarla nuevamente en la mujer que le había robado al amor de su vida.

—Entiendo que te estás haciendo daño innecesariamente —añadió Cassiel, con la esperanza de hacerla entrar en razón—, y que no escondes ante nadie el resentimiento que sientes en tu interior, Dabria.

Ella suspiró con pesar y un profundo sufrimiento en el alma.

—¡Cómo se nota que nunca has estado enamorado!

Cassiel apretó con fuerza los dientes. No podía estar más equivocada. Y prueba evidente de ello era que estaba allí, en aquel momento, obsesionado por una mujer que no sentía lo mismo por él. Muchas veces se había llegado a sentir sobrepasado por esa devoción que llevaba siglos ocultando... Llenándolo, día a día, de fuertes sentimientos de culpabilidad. Pero ahora... Quizá ahora, después de lo ocurrido con su señora Iria, hubiera una débil llama de esperanza en su incierto futuro...

—De igual forma —continuó la druida—, ya te he dicho que no te preocupes por mí, no es necesario.

—Ojalá pudiera evitarlo.

Ella entendió mal su respuesta y respondió con rencor:

—¿Todavía dudas de mi lealtad con la Orden? —Y alzando la mano en un gesto de impedimento para que continuara hablando, prosiguió—: ¡Sí, es cierto!, ¡la odio! —admitió entre dientes, al mismo tiempo que una solitaria lágrima resbalaba por su mejilla—. Odio que me robara definitivamente la esperanza de poder ser la dueña del amor de Tomás. Odio todo el tiempo perdido, las noches en vela, los ruegos a nuestro santo padre para que volviera sano y salvo. Odio saber que ya no tengo ni un pequeño atisbo de esperanza... Pero tranquilo, ángel, soy plenamente consciente de quién es ella y de cuál es mi lugar ahora. Si hubiera querido hacerle daño, ya lo habría hecho hace tiempo.

Cassiel dio un pequeño paso hacia ella. Entendía por lo que estaba pasando. Él, más que nadie, sabía el profundo dolor que se sentía al ser rechazado por la persona más amada. Y, a través de su rostro, expresó la inmensa compasión que abrigaba en ese momento por ella.

—Dabria...

Pero ella no quería su pésame y lo demostró fríamente alejándose de él, ofreciéndole la espalda.

El fiero guerrero cerró la boca ante su desaire y tragó saliva con esfuerzo. Se agarró con fuerza a la barandilla del puente y carraspeó para aclararse y encontrar la voz.

—Yo jamás he dicho que tenga dudas de tu lealtad.

Una risa herida salió del pecho de la joven druida.

—Ni falta que hace.

Dicho esto, la mujer se alejó de allí y él se quedó observándola partir sin hacer ningún esfuerzo por detenerla.

Cassiel comprendía que debía darle tiempo. Debía dejar que ella misma se diera cuenta de que no podía luchar contra un imposible, que el destino estaba fijado y no había vuelta atrás.

Suspiró con desaliento. Quizá él debería seguir sus propios consejos.



Media hora más tarde, golpeaba en la puerta de los aposentos del arcángel Raziel solicitando permiso para entrar.

—¿Me llamabas, hermano?

El arcángel asintió e hizo un gesto con la mano señalando el sillón disponible que había delante de su mesa. Como arcángel de los Misterios, uno de sus cometidos, aparte de proteger con su propia vida el nuevo Grial, era buscar en los antiquísimos archivos una solución para el reciente problema que se les había presentado con la resurrección de Moisés.

—Así es, Cassiel, toma asiento, por favor.

Este enseguida hizo lo que se le ordenó.

—¿Cuál es la urgencia?

Raziel posó suavemente un viejo y valioso libro encima de la mesa tras cerrar sus páginas.

—Como bien sabes, hermano, vivimos tiempos convulsos, y necesito enviarte a una pequeña misión.

—Por supuesto —declaró, rotundo—, mi único cometido es servir a los intereses de nuestro amado padre y haré lo que se requiera de mí. Sé perfectamente que las cosas no están para nada tranquilas allá arriba, tras el descubrimiento del nuevo Grial. He escuchado que estamos a las puertas de una pequeña rebelión.

El arcángel de los Misterios asintió con la cabeza.

—Por desgracia, no es tan pequeña como muchos piensan. Los ánimos entre nuestros hermanos cada vez están más caldeados. Muchos no consiguen asimilar que nuestro padre haya consentido el amor entre la descendiente de su propio hijo y María Magdalena con nuestro hermano, el arcángel Gabriel, y rechazan vehementemente el fruto que ha surgido de ellos y que ahora se encuentra custodiado tras estos muros. Para algunos, esa ignominia es demasiado grave para aceptarla sin más.

—Simplemente están confusos, Raziel; tenemos que ser pacientes con nuestros congéneres. Estoy seguro de que tarde o temprano aprobarán esa relación, al igual que lo hicieron cuando Jesucristo se enamoró de una humana.

Este suspiró con pesar.

—Ojalá tus deseos se cumplan, Cassiel, aunque yo más bien me inclino ante el pesimismo de que no será todo tan sencillo como esperar a que el tiempo ponga a cada uno en su lugar. Creo, más bien, que unos intereses ocultos están trabajando concienzudamente para que surja una guerra entre nuestras filas, y de ese modo, mostrarnos más débiles en nuestra lucha contra el mal.

—Yo también lo pienso —reconoció, afligido—, sobre todo tras

confirmar que entre nosotros se encuentran varios traidores a los que todavía no hemos descubierto.

—Coincido contigo, y a partir de ahora tendremos que estar mucho más alerta para no cometer el mismo error. —El arcángel lo miró con un brillo de rabia en sus ojos—. Me enfurece saber que el enemigo nos lleva ventaja y que de momento no puedo hacer nada contra eso.

Cassiel asintió y se cruzó de brazos.

—Lo sé. Entiendo y comparto tu ira, hermano.

—De igual forma, no ayuda en nada que un demonio esté en nuestros dominios poniendo en peligro muchas almas.

—Era uno de los nuestros —respondió con rigidez—. Y pese a todo, dio su vida para salvar a la madre humana de nuestra señora Iria.

—Lo sé, hermano, y por ello sigue todavía en las mazmorras de la fortaleza. Llevo semanas buscando entre los libros una manera de poder devolverle su alma, de recuperar su humanidad para que vuelva a ser el guerrero fiel que era antes. Pero de momento, se ha tornado en una empresa infructuosa, y me temo que también sea muy improbable.

—No desfallezcas, Raziel, y cuenta conmigo para lo que necesites.

—No lo hago, hermano Cassiel. La reina Lupa me está ayudando en este extraño cometido; al fin y al cabo, no deja de ser su propio hijo. Pero jamás, en todos los eones de mi existencia, se nos había planteado un asunto como este.

Los dos guardaron silencio durante unos segundos, hasta que el arcángel se removió en su asiento al recordar el motivo por el que lo había hecho acudir a su despacho.

—Bien, dejémonos de lamentaciones y ocupémonos de lo único tangible que tenemos hasta el momento. Te he mandado llamar porque ha llegado a nuestros oídos que un pequeño grupo de convertidos llevan varias semanas vigilando a una humana. Todavía no sabemos por qué, pero debemos averiguar lo antes posible el motivo de ese misterioso y repentino interés hacia ella.

El ángel arrugó el ceño con desconcierto.

—¿Sabemos al menos quién es esa mujer?

—No. Según nuestros informes, es una humana común sin nada destacable en su familia o profesión que pueda ser de interés para las tinieblas.

—¿Y queréis que me encargue de descubrir por qué la están vigilando?

—Así es.

Cassiel sacudió la cabeza en claro desacuerdo ante su misión.

—Hermano Raziel, bien sabes que soy el primero en ofrecerte para combatir contra el mal sea donde sea y con quien sea, pero sin ánimo de ofender, ¿no crees que podría resultar de mayor utilidad en una misión más importante y acorde a mis cualidades, que perdiendo el tiempo espionando a una simple mujer?

Este sonrió ante las palabras pronunciadas con altanería.

—No pienses que estamos infravalorando tu inestimable ayuda, por eso mismo creemos que eres el más cualificado para esta misión.

Su compañero chasqueó la lengua.

—¿En serio?, ¿de verdad no disponemos de un ángel de menor rango para hacer ese simple trabajo?

—Ninguno que disponga de tantos años de experiencia en el trato con humanos como tú.

«¡¡Mierda!!», pensó Cassiel.

Capítulo 1



Alaina escuchó sonar el timbre de la entrada y bajó corriendo las escaleras, desde el segundo piso de la casa de su tía Beth, para abrir la puerta. Tras hacerlo se encontró de frente con dos hombres de aspecto extranjero, vestidos con unos elegantes y carísimos trajes negros, debajo de un exquisito abrigo de lana. Ambos tenían el cabello moreno y los ojos oscuros como la noche, y la observaban con un brillo expectante en sus miradas.

—¡Buenos días!, ¿puedo ayudarles en algo?

—¡Buenos días! —respondió uno de ellos con acento marcado. En una mano portaba un maletín, y la otra la introdujo en el bolsillo interior de su chaqueta para sacar una tarjeta de visita—: Mi nombre es Sem Schreiber y estoy buscando a Alaina O'Brien.

Ella arrugó el ceño y, con cierta cautela, agarró la tarjeta que le ofrecían.

—¿Puedo preguntar para qué la buscan?

El desconocido la miró de arriba abajo con atención.

—Lo siento mucho, pero es un asunto confidencial.

De pronto, la voz de su tía sonó detrás de ella, proveniente de la cocina.

—Cariño, ¿quién es? —preguntó mientras se secaba las manos con un trapo limpio.

—Pues no lo sé —respondió Alaina golpeando la cartulina contra las yemas de los dedos—. Según su tarjeta de visita, son abogados. Pero, por lo visto, vienen de un bufete del extranjero.

—¿Abogados? —cuestionó Beth con desconfianza.

—Así es —respondió con impaciencia el hombre cuando la mujer de unos cincuenta y tantos años se acercó a la entrada—, y estamos buscando a la señorita Alaina O'Brien. Si no es ninguna de ustedes, ¿serían tan amables de indicarnos en qué casa vive o algún tipo de información para hallarla lo antes posible?

Las dos se miraron con desconcierto durante unos segundos, hasta que el otro hombre carraspeó para llamar su atención sin ninguna sutileza.

—Yo soy Alaina O'Brien —declaró esta parpadeando varias veces mientras se cruzaba de brazos—. ¿Por qué me están buscando?

Ambos hombres miraron con recelo por encima de sus hombros al mismo tiempo.

—Si es tan amable de invitarnos a entrar, se lo explicaremos todo debidamente —aclaró el otro extraño—. Es un asunto demasiado importante como para ser tratado en la calle.

Ahora fue Alaina quien los miró de pies a cabeza.

Todo aquello le parecía demasiado extraño. Que dos desconocidos extranjeros quisieran hablar con ella personalmente de un asunto tan crucial, era un hecho altamente sospechoso, máxime, cuando ponían tanto empeño en entrar en su domicilio. Lo lógico en esos casos, siendo abogados, era que la hubieran llamado para concertar una cita antes, no que se presentasen de repente y sin previo aviso. No se fiaba ni un pelo. Dos mujeres que vivían solas, como eran ella y su tía Beth, podían resultar un bocado apetecible para un par de delincuentes, por muy elegantes que vistieran.

—¿Y usted es? —inquirió, decidida a ponérselo difícil si intentaban hacer algo insólito, y si hacía falta, incluso a gritar a pleno pulmón para que la oyera alguno de sus vecinos.

—Mi nombre es Nahaliel Kuhn, abogado y amigo personal de su padre, Sion Daboub.

La mujer mayor se llevó una mano a la boca para ahogar un gemido de sorpresa, mientras que el rostro pétreo de Alaina se mantenía imperturbable tras escuchar esa información. Pero ninguno de los dos hombres esperó, bajo ningún concepto, que tras asimilar la bomba que le habían soltado, la joven les cerrara la puerta en las narices.

Ambos se miraron perplejos, al tiempo que escuchaban cómo tras la entrada se mantenía una pequeña discusión entre las dos mujeres. Uno de ellos se secó una mota de nieve que había cuajado encima de su nariz con el dorso de la mano, mientras esperaban y decidían qué hacer a continuación.

A los dos minutos, se volvió a abrir la puerta, y la mujer mayor, con cara de circunstancias, los invitó a pasar.

—Por favor, disculpen a mi sobrina —rogó avergonzada—, sean tan amables de pasar.

Los abogados asintieron con la cabeza y entraron en el humilde domicilio.

Beth los acompañó hasta la sala de estar y, por el camino, los dos hombres observaron con ojo crítico la pulcritud del hogar y su decoración un poco pasada de moda. Tras tomar asiento, los invitó a tomar un té, que ambos aceptaron con gusto. Pasados unos minutos de tensa espera, mientras aguardaban a que el agua hirviera, las dos mujeres aparecieron con una bandeja y unos refrigerios, evidenciando la más joven que estaba allí pese a su voluntad.

Después de servir el caliente líquido oscuro en unas finas tazas de porcelana, Beth carraspeó con fuerza para aclararse la voz.

—¿Leche..., azúcar...?

—Así está bien —respondieron a la vez.

El ambiente cortante que reinaba en aquella habitación era complicado de sobrellevar. Sobre todo, por las miradas hostiles que Alaina clavaba en cada uno de ellos con hincapié. Su desafiante actitud, que evidenciaba quedándose de pie con los brazos cruzados y dando unos impacientes golpecitos con la punta de los zapatos, pues se negaba en rotundo a tomar asiento cerca de ellos, dejaba meridianamente claro que para ella no eran bienvenidos en aquella casa.

Los astutos ojos de Nahaliel examinaron con atención a la hija de uno de sus mejores clientes y amigos. Y aunque abundaban más los rasgos de la parte materna, era innegable el parecido que tenía con la familia Daboub. Pelirroja y con el cabello ensortijado, tenía unos enigmáticos y exóticos ojos almendrados de un color gris ceniza que destacaban en su blanca piel. Pero los labios llenos y carnosos y el rictus fruncido en su bello rostro, que le daba un aspecto fiero muy peculiar, eran clavados a los de su padre y mentor. Aunque iba vestida de manera informal, con unos jeans y una sudadera de color verde oscuro, no ocultaba el hecho de tener un cuerpo esbelto y bien proporcionado.

La chica hizo un gesto retador ante la incomodidad de su descarado escrutinio, que obligó a Nahaliel a posar la taza en la mesita auxiliar, después de limpiarse la boca con una servilleta, rechazando comer nada de aquellos apetitosos entremeses que le ofrecía Beth. En ese instante, decidió no eludir por más tiempo el encargo que le habían encomendado y tomar cartas en el asunto.

Se pasó la mano por el mentón con impaciencia y enfrentó la mirada de Alaina con decisión.

—Sé que para ustedes habrá sido una sorpresa recibir nuestra inesperada visita, y como amigo personal de Sion Daboub, entiendo perfectamente que nuestra presencia no sea bienvenida en su casa, sobre todo, debido a la complicada relación entre usted y su padre, ya que él mismo me...

De pronto, un fuerte bufido interrumpió su monólogo.

—¡Complicada dice! —saltó Alaina, ofendida—. ¿No querrá decir mejor, inexistente relación? Máxime, cuando hasta hace unos pocos minutos no tenía ni idea de quién era mi verdadero padre, si es que realmente ese hombre existe y es quien dice ser.

—Alaina, por favor... —intervino su tía, incómoda ante su actitud.

—No se preocupe —la tranquilizó Nahaliel—, comprendo perfectamente el rechazo y enfado de la señorita O'Brien. Pero si me ofrece la posibilidad de poder explicarle...

Alaina descruzó los brazos al mismo tiempo que comenzaron a chirriarle los dientes de lo apretados que los tenía. Puso los brazos en jarras y siseó con furia:

—¡No necesito ninguna explicación ante el evidente abandono de mi padre! Esa es una verdad innegable que asumí hace muchos años —expuso, determinada a acabar con todo aquello—. Y por mi parte, ni quiero saber ni me importa nada que tenga que ver con ese hombre. Sus excusas o explicaciones llegan demasiado tarde.

—¡¡Alaina, no seas grosera!! —la amonestó su tía, escandalizada—. Esa no es la educación que yo te he inculcado todos estos años. Deja terminar al caballero y que exponga lo que ha venido a decir.

Ella la miró con una mezcla de pesar y furia contenida.

—Lo siento mucho, madrina, pero no pienso quedarme a escuchar lo que tenga que decir este desconocido.

Y tras decir esas palabras, se dirigió impulsivamente hacia las escaleras, determinada a llegar a su habitación lo antes posible.

Los dos hombres se levantaron al unísono al ver cómo huía de la sala, y uno de ellos alzó la voz en un intento por detenerla:

—Su padre, el honorable Sion Daboub, falleció hace trece días. Su última voluntad fue que su hija supiera de él y de las circunstancias que lo llevaron a distanciarse. Como su legítima heredera, usted tiene derecho a recibir su legado y...

Alaina se detuvo en el segundo escalón de madera, agarró con fuerza el pasamanos y tragó saliva. Giró la cabeza para dirigir su mirada hacia ellos, y habló con una voz fría e impersonal que ocultaba el torbellino de emociones que la ahogaban por dentro.

—Lo siento mucho por las personas que lo apreciaban y les importaba su existencia —intervino por segunda vez, interrumpiendo las palabras del extraño—, pero por desgracia, para mí lleva muerto hace mucho tiempo. Reitero nuevamente lo que he dicho antes. No quiero nada que provenga de ese hombre, no me interesa nada que tenga que ver con él o con su familia. Para mí jamás ha existido... Ni ahora ni... ¡¡nunca!!

Y subió el resto de escalones corriendo hasta que un fuerte golpe en el piso de arriba anunció de la llegada a su propia habitación.

Beth, abochornada, miraba a los dos extranjeros al mismo tiempo que se retorció las manos con evidente malestar.

—Siento mucho este lamentable recibimiento. Les aseguro que mi sobrina no es así. Realmente no sé qué le pasa, pero su comportamiento es por completo inadecuado. Ahora mismo subo a hablar con ella y...

Nahaliel hizo un gesto con la mano para detenerla.

—No se preocupe, en realidad nuestro trabajo ha concluido. —Agarró el maletín que tenía a su lado y lo abrió para sacar un sobre marrón con un pequeño abultamiento en su interior—. La misión que su padre me encomendó fue que a su muerte entregase estas posesiones a su hija y heredera legítima, pues según él, es de vital importancia que las tenga. Consta de una carta escrita por su puño y letra, su testamento y una pequeña caja que debía entregar en mano —resumió, ofreciéndole los objetos mencionados a la mujer de más edad—. Vista la actitud tan poco colaborativa de su sobrina, ¿sería tan amable de entregárselo usted misma?

—Sí, por supuesto —aceptó, confusa.

Cumplido su trabajo, los dos hombres se pusieron en pie y estrecharon la mano de su anfitriona para despedirse.

—Muchas gracias por su amabilidad —comentó Sem mientras se dirigía

hacia la salida y se cubría con su exquisito abrigo, para ampararse del frío invierno de Escocia. Antes de abrir la puerta, sacó otra tarjeta del interior del bolsillo de la elegante y fina chaqueta de su traje—. Aquí le dejo de nuevo mi tarjeta con mi número de teléfono por si necesitan ponerse en contacto.

Ella la agarró entre sus dedos y le echó un breve vistazo. La dirección de contacto indicaba que el bufete de abogados estaba ubicado en la ciudad de Jerusalén, en Israel. Sorprendida por esa insólita información, elevó ambas cejas en un gesto involuntario.

—Gracias a ustedes por venir desde... tan lejos.

—Por favor, le rogaría que, si su sobrina cambia de opinión, se ponga en contacto con nosotros —le pidió Nahaliel—. Estaremos alojados un par de días en el hotel Balmoral, antes de volver a Jerusalén. Nos encantaría poder hablar con ella con tranquilidad y explicarle muchas cosas que ahora todavía no entiende.

El silencio mudo que prosiguió a continuación denotó las muchas dudas que asaltaban en la cabeza de la mujer.

—No les prometo nada —dijo al fin.

Ambos hombres asintieron con la cabeza y abandonaron sin demora la pequeña casa situada en la periferia de Edimburgo.

Cuando la puerta se cerró, Beth se encaminó hacia la habitación de su sobrina, todavía con el sobre entre sus manos. Tomó una bocanada de aire profundo y pegó unos suaves golpes con los nudillos en la puerta de su habitación.

—Laini, cariño, ¿puedo pasar?

Tras unos segundos, el pomo se movió dejando libre la entrada.

—¿Se han ido?

—Sí.

—No me importa lo que me digas, madrina —dijo mientras la dejaba pasar y se sentaba delante de su escritorio—. Volvería a hacer y a decir exactamente lo mismo que he hecho y dicho ahí abajo.

Beth dejó escapar un suspiro.

—Lo sé.

Observó la cama levemente deshecha, seguramente por haber estado encima unos segundos antes. La habitación, aunque no era muy grande, estaba decorada en suaves tonos blancos y lilas. Una cama, un armario empotrado y un aparador que hacía de escritorio justo delante de unas grandes ventanas, le daban una luminosidad al ambiente que lo hacía parecer más amplio de lo que

era. Sus ojos admiraron el hermoso perfil de su sobrina, y cómo esta agarraba con fuerza un lápiz, a punto de romperlo entre sus dedos.

Se acercó a ella con suavidad y le colocó un rebelde mechón de pelo tras la oreja.

—Cariño...

El mentón de Alaina comenzó a temblar, y una húmeda y solitaria lágrima osciló en la comisura del párpado antes de dejarse deslizar por su pálida piel.

—¿Por qué? —cuestionó, dolida—. ¿Por qué ahora?

—No lo sé, cielo.

Alaina observó, con la vista nublada por las lágrimas, los copos de nieve que caían tras la ventana.

—Tantos años esperando una noticia suya, tanto tiempo deseando conocerlo... Anhelando saber cómo era... Necesitando preguntarle el por qué... Imaginando cuando era niña que en cuanto supiera que mamá había muerto vendría a buscarme...

Beth, al verla sufrir de nuevo, apretó su hombro izquierdo con cariño.

—Hasta que me cansé de esperar, madrina. Hasta que dejé de soñar y asumí que no me quería, que no significaba nada para él. Que, si realmente alguna vez había sabido de mi existencia, era evidente que no le importaba.

—Pues ahora tienes las respuestas a todas esas preguntas, Laini —respondió su tía depositando sobre el escritorio, en donde sus lápices y cuadernos de pintura se hallaban desperdigados por la superficie, el sobre marrón que los abogados le habían entregado.

—Ahora es demasiado tarde —respondió agarrando el envoltorio de papel con ira—, ahora soy yo quien no quiere saber nada de él —Y lo arrojó a la papelera que tenía a su derecha.

—No seas terca, cariño —insistió la mujer—, quizá en ese sobre explique los motivos por los que ha estado ausente tantos años. A lo mejor hubo una poderosa razón para no poder estar a tu lado todo este tiempo.

Alaina negó con la cabeza al tiempo que se secaba las lágrimas con los dedos de la mano, y la giró para mirarla directamente a los ojos.

—No, madrina. No puede haber ninguna explicación o motivo en este mundo que le dé derecho a un padre a abandonar a su hijo.

Beth no pudo rebatir ese argumento.

Jamás había tenido hijos propios, pues su hermana murió cuando Alaina tenía seis años, y desde ese instante, dedicó su vida a criar a su sobrina como

si fuera suya. Esa dedicación no le dejaba mucho tiempo libre para conocer hombres, pues trabajar y cuidar ella sola a una niña a tiempo completo era muy absorbente; por no decir, el lastre que suponía para un hombre joven una hija tan pequeña. Hasta que conoció a Evan. Con él las cosas fueron diferentes, y poco tiempo después se casaron, muy enamorados. Lástima que descubriera que le era infiel con una de sus mejores amigas y que la abandonara por ella.

Quedó tan dolida y humillada, que pasó mucho tiempo hasta que su destrozado corazón comenzó a sanar lentamente. Y en aquel momento ya era demasiado tarde para intentar crear de nuevo una familia propia.

—Yo lo guardaré hasta que estés preparada para abrirlo —comentó al inclinarse para recoger el sobre de la papelería.

Su sobrina la miró con una tristeza infinita en sus ojos.

—No lo haré, madrina. No lo abriré nunca.

Beth se acercó para posar un suave beso en la frente de su sobrina mientras sacudía la cabeza ante tanta cabezonería.

—Descansa, cielo.



Horas más tarde, tras haber cenado y ayudado a su tía a recoger y limpiar la cocina, Alaina se preparó para salir. Se acercó al salón, donde Beth se encontraba viendo un programa en la televisión, para darle un beso en la mejilla.

—¿Te vas?

—Sí, he quedado con Anne en el Bourbon.

Beth la miró inquieta.

—¿Estás segura? Está cayendo una buena nevada.

—Ajá —respondió mientras se colocaba el abrigo—. Necesito despejarme un poco esta noche, madrina. Y si tengo que esperar a que en esta ciudad haga buen tiempo para salir, jamás cruzaré la puerta de casa.

—No exageres, anda.

Alaina se encasquetó un gorro de lana y se tapó bien las orejas. Necesitaba salir de allí. Ansiaba dejar de darle vueltas a la visita inesperada

de ese par de abogados, y cuando su mejor amiga, Anne, la llamó para salir esa noche, no se le pasó por la cabeza rechazar la invitación.

—Yo no he exagerado en mi vida —respondió resoplando y poniendo los ojos en blanco.

Su tía se levantó del sofá y se acercó a ella con una media sonrisa por culpa de su tontorróna actuación.

—Por favor, ten mucho cuidado, ¿vale? —le pidió con voz preocupada, mientras le levantaba las solapas del abrigo y le recolocaba la bufanda.

—Tranquila, solo voy a divertirme un rato.

Beth le agarró el rostro entre sus manos y la besó en la mejilla.

—No llegues muy tarde.

—No lo haré.

Ambas mujeres se miraron a los ojos con profundo cariño.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Tras despedirse, Alaina se marchó de su casa hacia el aparcamiento donde estaba estacionado su viejo coche.

Anduvo unos pocos metros, pero una extraña sensación hizo que el vello de la nuca se le erizase. Se paró un instante y miró hacia atrás, pero no vio a nadie. Siguió caminando, esta vez con más prisa de la que en realidad tenía, bajo los copos de nieve y las débiles luces que proyectaban las farolas, hasta que llegó a su destino.

Parpadeó varias veces intentando discernir el paisaje frío y desolador que la envolvía mientras buscaba las llaves de su Volkswagen de segunda mano en el interior de su bolso, con la absurda sensación de que la observaban. Era un sentimiento inexplicable, quizá agudizado por el inclemente y crudo clima de esa noche de invierno, que ayudaba a imaginar cosas ridículas. Se sintió ilógicamente aliviada cuando se metió dentro de su vehículo y cerró las puertas con el seguro.

Llegar desde Blackford Hill hasta FredericK St, donde se encontraba el pub en el que había quedado con Anne, solo le costó veinte minutos. Una vez allí, Alaina se dirigió presurosa hacia la entrada del local para poder disfrutar de un poco de calor y desentumecer los ateridos músculos.

La música sonaba alta y el local estaba abarrotado de gente, pero no le costó mucho trabajo encontrar a su amiga, acompañada de su prima Jenna. Ambas, con una pinta de cerveza en la mano, movían sus caderas al ritmo de la música.

—¡Holaaaa! —la saludó su amiga agarrándose a su cuello y estampándole un beso en la mejilla.

Guapa, rubia de ojos azules y con un impresionante cuerpo, Anne era amiga de Alaina desde la infancia. Siempre había sido su máximo apoyo, y a pesar de que eran muy distintas en carácter y pensamientos, se querían muchísimo.

—Hola —respondió ella esbozando una sonrisa—. ¡No me digas que ya estás borracha!

Anne le guiñó un ojo con picardía.

—No, todavía no, pero tenía que entrar en calor de alguna manera.

—Pues empiezas fuerte —comentó mientras se despojaba del abrigo y la bufanda, y los posaba en un asiento cercano—. ¿Cuántas pintas llevas?

—Mmm..., no muchas.

—¡Tres! —respondió Jenna por ella—. Ya lleva tres.

—¡Chivata! —la acusó su prima poniendo mala cara.

Alaina se echó a reír.

Jenna era cuatro años más pequeña que su prima, pero al contrario de lo que se pudiera pensar, era mucho más madura y sensata. Su cabello rubio oscuro, los ojos marrones y la cara llena de pecas le otorgaban una imagen realmente encantadora. Y las tres se llevaban de maravilla.

—Relájate un poco, ¿quieres? La noche acaba de empezar —la amonestó con cariño.

Su amiga elevó los brazos dejando caer un poco de cerveza al contonear el cuerpo en lo que para ella era un movimiento sexy.

—Pero si yo estoy muy relajada.

Alaina sacudió la cabeza y le lanzó una mirada a Jenna en la que decía claramente que esa noche tendrían que llevar a su prima en taxi a casa.

—¡Vengo ahora! —Y se dirigió hacia la barra del pub.

El local era uno de los que estaban de moda en ese momento en la ciudad de Edimburgo. Con una iluminación y ambiente moderno, era punto de encuentro obligado en las noches de la ciudad. Le pidió al guapo y simpático camarero su coctel preferido y, mientras esperaba a que se lo sirviera, recorrió con la mirada el local.

Observó a la gente que, sentada en los sillones apartados contra la pared, buscaban un lugar íntimo y más separado para charlar entre ellos animadamente, mientras varias pantallas planas colgadas por encima de sus cabezas proyectaban imágenes del cantante o grupo que estaba sonando en ese

momento. Otros posaban sus bebidas en las mesas iluminadas con una luz blanca mientras veían a los demás bailar en la pista, alumbrados sus cuerpos solamente por las luces de colores.

De pronto, la extraña y desagradable sensación que había sentido antes volvió con fuerza hasta que le recorrió el cuerpo con un intenso escalofrío. Alaina giró la cabeza y se encontró de bruces con tres hombres que la miraban fijamente.

Apartó los ojos con brusquedad y se apresuró en recoger y pagar su copa. Un mal presentimiento la hizo estremecer otra vez, y se encaminó con rapidez hacia el lugar donde se encontraban sus amigas.

Cuando llegó a su altura, echó un vistazo por encima de su hombro para saber si la seguían observando, pero los tres sombríos desconocidos ya no estaban.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Anne al advertir su pálido semblante.

Alaina sacudió la cabeza con fuerza, intentando con ese simple gesto espantar las malas vibraciones. Era evidente que la noticia de la muerte de su presunto padre la había impactado más de lo que ella misma quería admitir, pero no iba a dejar que ese desagradable suceso cambiase su vida.

—Sí, claro, perfectamente.

Las dos amigas la miraron unos segundos, pero enseguida dejaron de darle importancia.

Después de unos minutos, Jenna llamó la atención de ambas con unos gestos de la mano.

—¡¡Chicas!! ¡¡Chicas!! ¡Mirad a ese portento de hombre que acaba de apoyarse en la barra del bar! ¡El tipo está tremeeendo!

Tanto Anne como Alaina siguieron su mirada, y mientras a la primera se le descolgaba la mandíbula, la segunda no podía dar crédito a lo que sus ojos veían.

El hombre que estaba apoyado de forma despreocupada tomándose una cerveza, era el más guapo y atractivo que jamás habían visto antes. Alto, rubio y con unos rasgos nórdicos que quitaban el hipo, era lo más próximo a un dios vikingo que podían imaginarse.

Alaina pensó que seguramente sería modelo, y que por eso se mostraba indiferente ante la admiración que provocaba entre todas las féminas que se encontraban en el local. Convencida de que el chico estaría muy acostumbrado a incitar semejante revuelo a su paso, desvió la mirada sabiendo que no tenía

nada que hacer ante el resto de mujeres allí presentes.

—¡Santo Dios! —exclamó Anne, enardecida—. A ese bombón me lo tiraba yo ahora mismo en los baños.

—¡Anne!! —exclamó Alaina escandalizada—. ¡No seas tan ordinaria, por favor!

Su amiga la miró con una sonrisa torcida.

—Siempre has sido una mojigata, cariño. ¿Acaso tú no lo harías?

Alaina se ruborizó hasta las cejas antes de mentir.

—No, no lo haría.

—¡Ya, seguro! —bufó, incrédula—. Tú hazte todo lo digna que quieras, pero yo no me voy a quedar aquí sentada esperando a que me lo roben.

La chica se retocó el cabello, se peinó con los dedos las cejas y se encaminó, decidida, a la captura de ese hombretón salido de un catálogo de revista. Pero no había llegado muy lejos cuando advirtió que un grupo de mujeres se habían adelantado a ella.

—¡Mierda!! —rezongó molesta.

Alaina volvió su atención hacia el hombre terriblemente atractivo que había causado el malestar en su amiga, y se topó de golpe con unos penetrantes y profundos ojos verdes que la miraban con tanta intensidad que la traspasaban por completo.

«¡Oh... Madre... Mía...!!

Capítulo 2



Alaina desvió la mirada nuevamente, pero esta vez con el rostro completamente ruborizado, mientras un calor abrasador le subía desde las rodillas hasta la raíz del cabello. No se atrevió a mirar durante unos minutos por miedo a hacer el completo ridículo, y cuando se aventuró a lanzar una ojeada a hurtadillas, el guapo vikingo ya no estaba.

Decepcionada, buscó disimuladamente entre el gentío por si volvía a encontrarse con esos ardientes ojos verdes, pero no halló lo que buscaba. Tras convencerse de que se habría ido del local con alguna chica guapa, decidió seguir pasándolo bien esa noche, a pesar de no poder quitárselo de la cabeza.

Eran las tres de la madrugada y se había tomado su segundo coctel, cuando Jenna creyó conveniente llevar a su prima, borracha como una cuba, a casa.

—¿Has traído coche? —preguntó Alaina a la salida del local, mientras ayudaba a Anne a colocarse el abrigo.

—Sí, lo tengo aparcado a un par de calles de aquí.

—Perfecto, os acompaño hasta allí.

Jenna la miró agradecida. Seguía nevando copiosamente, y que la ayudara con su prima era todo un detalle. Se colocó los guantes de lana y su

cuerpo tembló de frío.

—¡*Porrr* qué nos *famos* ya?! —protestó la guapa y ebria rubia que todavía tenía ganas de fiesta—. Yo me lo estaba *pashando muuuy* bien.

Su prima aguantó su cuerpo, agarrándola de la mano, cuando trastabilló torpemente y estuvo a punto de caer en el helado suelo.

—Porque ya es muy tarde y es hora de irse a casa —respondió dejando escapar un suspiro.

Anne se deshizo de su agarre con la intención de volver al ruidoso pub.

—¡Ni *hablarr*! ¡No *piensho folver* todavía!

Alaina la aferró por el brazo antes de que se les escapara.

—Cariño, es muy tarde y están a punto de cerrar —mintió para que cambiara de opinión.

—Pero... *eshe* chico *taaaan buapo* estaba a punto de *darrme* su teléfono.

—Y te lo dio, ¿no te acuerdas? —la engañó Jenna.

Anne la miró de hito en hito intentando recordar.

—¿En *sherio*?

—Sí, en serio, Anne —respondió su prima agarrándola por el otro brazo para llevarla hasta el coche—. Lo tienes guardado en la memoria del teléfono móvil.

—¡Ah...!, *entonshes fale*.

Las dos mujeres se miraron y sonrieron con picardía. Estaban completamente seguras de que al día siguiente no recordaría nada, pero en ese momento era la mentira perfecta para engañarla de forma eficaz.

—¡*Grrr*!! Vamos chicas, hace un frío que pela —declaró Alaina, y las tres se encaminaron hacia donde estaba aparcado el coche.

Cuando llegaron, después de quedar en llamarse al día siguiente, las dos amigas se fueron directas hacia su casa. Entre tanto, Alaina desanduvo el camino para dirigirse hacia su propio vehículo.

En el trayecto, y tras sentir un escalofrío que le puso los pelos de punta, Alaina miró varias veces por encima de su hombro para confirmar que, efectivamente, la estaban siguiendo.

Comenzaron a sudarle las palmas de las manos dentro de los bolsillos de su abrigo, al darse cuenta de que eran los tres tipos que había visto fugazmente en el pub unas horas antes, y que tan mal rollo le habían transmitido. Intentó acallar los latidos de su corazón, y un estremecimiento de miedo la hizo apurar el paso para llegar a su coche lo antes posible.

Quizá era casualidad. A lo mejor, simplemente habían decidido irse del local al mismo tiempo que ella. Que fueran tres extraños con aspecto siniestro, caminando por las calles de Edimburgo a altas horas de la madrugada, no quería decir nada, ¿no?

Pero entonces, uno de ellos se adelantó para cortarle el paso, y en ese preciso instante, Alaina supo que nada de aquello era inocente y, mucho menos, casual.

—¡Hola, preciosa!, ¿a dónde vas tan deprisa?

Ella no respondió. Simplemente giró hacia la derecha para escapar de su camino.

—¡Uuuyy, pues sí que tiene prisa la pelirroja!

Apuró más el paso, a pesar de no poder hacer grandes avances por culpa de los zapatos de tacón. Solo había caminado unos pocos metros cuando otro de ellos se interpuso de nuevo.

—¡Ey, nena, te estamos hablando!

Alaina se paró en seco. El rostro del hombre era una fría y cruel máscara que la miraba fijamente. Sus ojos, oscuros como la noche, carecían de emoción, como si fueran de otro mundo. Y ella supo que estaba en problemas. Casi corriendo giró a la izquierda. Oía las risas a sus espaldas mientras recorría las calles intentando, sin resultado, recordar dónde había aparcado su coche. Pero era inútil; su mente abotargada y paralizada por el pánico no la dejaba pensar con claridad. Los hombres se turnaron para cortarle el paso, y ella fue trastabillando de un lugar a otro con el rostro pálido y una expresión de terror.

—¿Por qué huyes, bonita? ¿Acaso nos tienes miedo? —se burló uno de ellos.

Se detuvo nuevamente, tan solo un instante, cuando escuchó la risa malévola que salía de su garganta, la cual le puso el vello de punta. Respirando con pesadez, sentía cómo su aliento se convertía en nubes de vaho nada más salir de su boca. Lágrimas de miedo resbalaban por sus mejillas, y rezó con todas las fuerzas para que alguien saliera en su ayuda. Barrió con la mirada el lugar y entró en la única vía que le dejaron libre, hasta que se dio cuenta de que había caído en una trampa.

El lúgubre y desierto callejón no tenía salida, se encontraba acorralada y sin ninguna ruta de escape.

—Bueno, bueno, bueno... —habló el que parecía el cabecilla—, parece que el ratón al final ha caído en la trampa.

Ella se giró para enfrentarlos.

—¿Qué queréis?

Uno de ellos soltó una carcajada que le secó la garganta.

—¿No es evidente, preciosa? Te queremos a ti.

Alaina abrió inusitadamente los ojos y se quedó paralizada. Su más terrorífica sospecha se había cumplido. Después, reaccionando con torpeza, intentó abrir el bolso y sacar su cartera.

—Esto es lo único que tengo —señaló, ofreciéndoles la billetera y las pocas libras que llevaba encima—. Coged todo lo que queráis, pero, por favor, no me hagáis daño.

Los tres individuos se acercaron lentamente, disfrutando con el miedo palpable y evidente que infundían en Alaina mientras la rodeaban. El que iba más adelantado esbozó una sonrisa torcida que la hizo estremecer de arriba abajo.

—No queremos tu dinero, ¡puta! —dijo, mientras sacaba del bolsillo de su pantalón lo que parecía una mordaza—. Tenemos órdenes de llevarte ante mi amo y es lo que vamos a hacer.

Incrédula ante lo que le estaba pasando, comenzó a recular mientras ellos avanzaban. Desesperada, buscó alguna salida, algún recoveco, alguna escapatoria que se le hubiera pasado por alto, pero no encontró nada. Lo único que tenía a su espalda era una pared y un contenedor de basura; se hallaba en una angosta callejuela que poseía como único alumbrado una vieja y parpadeante farola.

Abrió la boca para gritar a todo pulmón, pero no había pasado ni un segundo cuando el cabecilla se abalanzó hacia ella y le pegó un bofetón, que la acalló de golpe, dejándola aturdida y de rodillas en el congelado suelo.

—¡¡Cállate, zorra!! —le ordenó, furioso, y mientras la agarraba por el pelo la amenazó con rabia—: Como vuelvas a abrir la boca, te rompo este frágil y lindo cuello.

De pronto, una profunda y amenazante voz surgió de detrás de ellos.

—¡Vaya, pero qué casualidad! Estaba pensando en hacer exactamente lo mismo con vosotros. Pero antes, haz el favor de quitarle tus sucias manos de encima a la chica.

Liberándola por un instante, los tres maleantes se volvieron ante la advertencia del extraño, y un brillo de miedo y cautela cruzó fugazmente por sus rostros al reconocerlo.

—¿Y tú qué haces aquí, ángel? Nadie te ha dado vela en este entierro.

El desconocido se paró un momento y se puso una mano en la cara de forma afectada.

—¡No sabes cómo me duele que no contéis conmigo para estas cosas! — Y retomando su acercamiento, cambió la expresión de su rostro por una completamente distinta. Una tan fría y mortal, que hizo palidecer a los tres acosadores—. Pero ya que me ignoráis tan cruelmente, no me queda más remedio que fastidiaros la diversión.

—Escucha, no queremos problemas...

—Pues entonces, ¡¡suéltala!! —exigió, rotundo—. ¡¡Ahora!!

Alaina, atónita y tremendamente aliviada, observó cómo el guapo vikingo nórdico se enfrentaba él solito a los tres delincuentes que la tenían retenida. Si en algún momento hubiera pensado que alguien pudiera salir en su rescate, jamás habría imaginado que podría ser él. Había que estar muy loco para enfrentarse a ellos sin ningún tipo de apoyo, pero no iba a ser ella quien se quejara al respecto.

De repente, y sin saber de dónde, los tres tipos sacaron unas enormes dagas que le hicieron abrir los ojos como platos. Tragó saliva con fuerza, al mismo tiempo que el cuerpo comenzaba a temblar descontroladamente. La cosa se estaba poniendo fea; muy, pero que muy fea. A la mente le vinieron las imágenes de Anne y Jenna, que seguramente habrían llegado a sus casas sanas y salvas, y dio gracias a Dios por ello. A continuación, le vino a la cabeza la imagen de su tía Beth, y eso produjo que las lágrimas nublaran su vista al recordar su amable rostro.

—No queremos tener problemas, ángel, pero no te la vamos a dar sin pelear por ella —lo amenazó el que parecía ser el cabecilla.

Él sonrió, pero esa sonrisa erizó el vello de Alaina. Su mente, caótica, no entendía a qué venía esa alegría cuando estaba claro que iba a morir. Agradecía su acto heroico, pero era completamente inútil y descabellado enfrentarse él solo, con las manos desnudas, a unos individuos armados y en evidente mayoría.

«¿Acaso no se da cuenta?», pensó.

El guapo vikingo, al que llamaban «Ángel», les hizo una señal provocadora con los dedos.

—No esperaba menos.

Los tres maleantes se miraron entre sí y después, con inmensa furia, cargaron contra él.

Alaina, hipnotizada, observó cómo su inconsciente salvador evitaba

cada uno de los asaltos con extrema facilidad, y atacaba usando sus manos desnudas y sus rápidas piernas como única arma, asestando golpes certeros que solo conseguían desquiciar a los tres hombres siniestros. Parecía, incluso, que estuviera jugando con ellos y, de paso, divirtiéndose a su costa.

En una de esas acometidas, el guapo vikingo, tras una maniobra sorprendente, logró hacerse con una de las dagas. Los tres atacantes se detuvieron en seco, al tiempo que él comenzaba a girar el arma blanca entre sus manos con gran maestría, dibujando en su rostro una fiera sonrisa.

—¿Quién quiere ser el primero en encontrarse con su creador?

Dos de los tres tipos dieron un paso atrás, pero el cabecilla los miró con tanta ira, que su rostro se convirtió en una horrible máscara.

—¿A qué estáis esperando, malditos? ¡¡Matadlo!!

Y no tardaron en ejecutar su orden.

Con un grito de guerra, se abalanzaron contra su oponente. Alaina, creyendo que al guapo vikingo no le quedaría mucho tiempo de vida, decidió que era un buen momento para intentar escapar.

Aprovechando la refriega, se pegó a la pared, amparándose en la oscuridad del callejón y rezando porque nadie se diera cuenta de que se estaba escabullendo. Debía buscar ayuda como fuera. Y allí, paralizada por el miedo, no le era de gran ayuda a su rescatador.

Pero su huida no llegó muy lejos. Solo se había alejado unos pocos metros cuando el cabecilla la agarró, otra vez, por detrás del pelo, tirando con fuerza.

—¿A dónde te crees que vas, zorra?!

—¡Suéltame! —gritó—. ¡¡Socorro!! ¡¡Ayuda!!

Pero enmudeció en el acto cuando el filo de su daga le rozó la garganta y cerró los ojos creyendo que iba a morir.

—¡Una sola palabra más y te rajo de lado a lado! —siseó furioso, muy próximo al oído.

—¡No me mates! —suplicó, desesperada—. ¡Por favor, por favor, no me mates!

—¡¡Cállate!! —Y la giró para ver si sus hombres habían acabado con el maldito cabrón del ángel.

Pero para su vergüenza, sus dos compañeros se encontraban sin vida, tirados en el suelo con las cabezas cercenadas.

—¡Hijo de puta! —exhaló, rabioso.

Alaina era incapaz de abrir los ojos. El silencio en aquella lúgubre calle

solo evidenciaba la súbita muerte del único ser que había arriesgado su vida por ella. No quería ver su cuerpo inerte sobre el frío suelo, ni cómo su sangre coloreaba de rojo la blanca e inmaculada nieve.

—¡Suéltala!

Aterrada, mantuvo los ojos cerrados creyendo que estaba oyendo mal. Era imposible que un solo hombre hubiera sobrevivido a esas malas bestias.

—¡Vete al infierno!

—Ahí es donde irás tú en cuanto acabe contigo.

El cabecilla tiró fuertemente del cabello de Alaina, arrancándole un gemido de dolor, y esta abrió los ojos, inmensamente aliviada al escuchar la voz de su salvador. Le pareció lo más dulce que jamás había oído antes.

—¡Un paso más y la mato!

El guapo vikingo se detuvo en seco e inclinó la cabeza hacia un lado mientras taladraba con su mirada al oponente; una mirada salvajemente peligrosa y tan fría como el hielo.

—No lo harás.

—Eso no lo sabes.

—Te equivocas —respondió con demasiada seguridad en sí mismo—. Si esa mujer no fuera tan importante para ti o para quien te ha ordenado capturarla, ya la habrías matado.

El cabecilla apretó un poco más la daga contra la garganta de Alaina, logrando que un hilillo de sangre púrpura resbalara por su blanca piel.

—Te aseguro que no me costaría nada rajarle el cuello a esta puta y bañarme en su sangre hasta dejarla seca.

El guapo vikingo le regaló una sonrisa ladeada y dio un paso hacia adelante.

—¿Por qué es tan importante para vosotros?

—Estás loco si crees que te lo voy a decir.

—Cierto, tú solo eres un simple matón de pacotilla. Un *tontolaba* de medio pelo que solo cumple órdenes.

Ella observó con pánico cómo su captor apretaba con más fuerza el mango de la fina daga tras ser insultado, y no se atrevió ni a tragar saliva.

—¿Quién de los dos es aquí el imbécil, ángel, cuando eres tú el que no tiene ni idea de quién es esta mujer ni de su importancia? —se jactó, aflojando un poco la distancia del arma blanca contra la suave garganta de Alaina—. Soy yo quien la tengo en mis manos y te aseguro que no dudaré en acabar con su vida antes de entregártela.

—Sigues sin responder —señaló el guapo vikingo—, de tu boca solo salen palabras vacías que no significan nada.

Alaina no entendía absolutamente nada de lo que estaban hablando, pero sintió cómo su agresor relajaba un poco su postura al advertir que, en realidad, él tenía la sartén por el mango. Incluso intuyó una sonrisa de presunción en el maleante al darse cuenta de que su salvador no haría nada, evitando a toda costa que pudiera salir dañada en la trifulca. Seguramente suponía, en su aterrada cabeza, que Ángel estaba haciendo tiempo hasta que alguien de su pandilla callejera fuera a ayudarlo.

—Lo único que tienes que saber es que vamos un paso por delante y que nuestra victoria cada día está más cerca.

De pronto, una carcajada resonó en aquel oscuro y tétrico callejón. Alaina no daba crédito mientras veía cómo el descerebrado que se suponía que tenía que ayudarla se doblaba en dos de la risa.

—Esa sí que ha sido buena —respondió el rubio mientras se enjuagaba las lágrimas provocadas por la hilaridad —, y lo peor es que te lo crees. Te habrán contado que Papa Noel no existe, ¿verdad? Y que los Reyes Magos tampoco, ¡so imbécil!

El cabecilla, furioso porque el ángel se estaba burlando de él, se separó un poco de Alaina mientras que, amenazante, lo señalaba con la daga.

—¡Maldito bastardo!, ¡te voy a matar con mis propias manos!

—¿Tú y cuántos más?

—Disfrutaré enormemente cuando mi amo aparezca y acabe con tu patética vida.

—¿En serio?

—Yo mismo te desollaré desde la cabeza a...

Pero antes de terminar la frase, el hombre enmudeció de súbito. Alaina escuchó a su espalda un escalofriante gorgoteo y notó cómo soltaba su pelo, dejándola libre. Cuando se giró para conocer el motivo que había llevado a su extraña liberación, se topó con una daga clavada en la garganta del cabecilla y vio cómo este la agarraba con ambas manos, intentando inútilmente parar la sangre que salía a borbotones. Y esa sangre que no era roja y líquida como la de cualquier humano, sino negra y densa como el petróleo; la nieve blanca y pura se estaba tiñendo de ella, profanándose de forma atroz.

Paralizada por el terror, observó el rictus esperpéntico en el rostro de aquel maleante que, atónito ante su muerte inminente, no podía creerse que su oponente hubiese aprovechado un descuido para lanzarle la daga y hundirla

con tanta fuerza, que la punta le salía por la nuca.

Todo había sucedido demasiado rápido. Lo que en un principio Alaina creyó que era una locura del guapo vikingo, había sido en todo momento una estratagema para que su adversario bajara la guardia y pudiese asestarle el golpe mortal.

—¡¡Vámonos!! —la instó el hombre al que llamaban «Ángel», agarrándola de la mano y tirando de ella.

Aturdida, Alaina no se movió; enfocó los ojos en él, pero no fue capaz de reaccionar.

Capítulo 3



Aquellos enigmáticos y profundos ojos verdes la miraban con impaciencia.

—Tenemos que irnos antes de que lleguen más como ellos —la apuró, tirando nuevamente de ella.

Alaina parpadeó varias veces, recordando que ese hombre había acabado con la vida de tres tipos sin ni siquiera pestañear, y se deshizo de su agarre.

—No podemos irnos —respondió al fin—. Tenemos que llamar a la policía y a una ambulancia, quizá alguno todavía siga con vida. Debemos ayudarles.

El guapo vikingo se pasó con inquietud una mano por la cara.

—¿Qué parte de que vendrán más como ellos no has entendido?

Ella desvió la mirada para posarla en el cuerpo que yacía inerte en el suelo. Asombrada, se percató de que los ojos del moribundo no eran oscuros, como en un principio había creído. No, sus cuencas eran negras, absoluta y completamente negras, como la sangre que emanaba de su cuerpo y que desprendía un olor nauseabundo.

—¡Oh, santo cielo! ¡¿Qué es...?! —Pero no pudo acabar la frase, pues creyó que las ideas que bullían en su cabeza debían de ser producto del miedo

y de su desquiciada mente—. ¡¿Quiénes son?!

Los impresionantes ojos verdes del guapo vikingo se achicaron para examinarla con atención.

—¿No lo sabes? ¿No reconoces a ninguno?

Ella negó fuertemente con la cabeza.

—Yo tampoco —respondió su salvador—, pero no podemos esperar aquí hasta averiguarlo. Ya lo has oído, alguien a quien llaman «amo» está a punto de llegar.

—Pero...

El hombre extendió nuevamente su mano en un claro gesto de ayuda.

—Por alguna razón te quieren a ti —declaró, recordándole lo evidente—, viva o muerta. ¿Quieres quedarte para saber por qué?

Alaina entendió que tenía razón. No sabía si debía fiarse de un completo extraño, pero al menos no quería matarla.... O eso creía.

Aferró su mano y salieron corriendo de allí.

—¡No, por aquí! —exclamó Alaina tras recorrer un par de calles, al recordar dónde estaba aparcado su viejo Volkswagen.

Sus pasos sonaban amortiguados por el crujir de la nieve al pisarla y Alaina lo fue guiando hasta que llegaron a su coche. Abrió el bolso y rebuscó en su interior para encontrar las llaves.

—¡Date prisa! —la instó él.

—¡Eso intento! —replicó, molesta por su impaciencia.

Una impaciencia justificada, ya que cuando alzó la cabeza advirtió que varios hombres, vestidos igual que los anteriores, se acercaban corriendo hacia ellos.

Alaina se quedó petrificada al verlos y el guapo vikingo no dudó ni un instante en arrebatarse el bolso y hacerse con las llaves.

—¡Sube! —le ordenó al abrir el vehículo—. ¡Rápido!

La orden la sacudió lo suficiente como para extraerla de su inmovilidad y la acató con presteza.

El guapo vikingo metió marcha atrás, y de un solo movimiento sacó el viejo y destartado Volkswagen de la plaza de aparcamiento; agarró la palanca de cambios para cambiar rápidamente a primera, y apretó el acelerador hasta dejar a los maleantes atrás a toda velocidad.

Pasaron unos minutos recorriendo las calles de Edimburgo hasta que se aseguraron de que nadie les seguía.

—¿Tienes algún lugar seguro donde podamos pasar la noche? —

preguntó él.

—La casa de mi tía Beth —respondió sin pensar. Pero enseguida se arrepintió, pues un montón de dudas comenzaron a acosarla, como: ¿quién era ese extraño y por qué había arriesgado su vida para ayudarla?, ¿quiénes eran esos hombres a los que había matado sin pestañear, como si fuera algo que hiciera todos los días antes del desayuno?, ¿por qué la perseguían?, ¿qué querían de ella? Rendida, se frotó la frente al darse cuenta de que las preguntas se sucedían sin hallar respuesta alguna—. Aunque, ¿no deberíamos ir antes a la policía?

El hombre no despegó la vista de la carretera cuando le respondió.

—No es una buena idea.

Alaina se tensó.

—¿Por qué? —cuestionó, cada vez más convencida de que le estaba ocultando algo—. Es lo más lógico en estos casos, ¿no crees? Y si tienes miedo de lo que te pueda pasar por haber acabado con sus vidas, les diré que fue en defensa propia, que solo viniste en mi ayuda y actuaste en consecuencia.

Ahora él sí desvió la mirada para clavarla en ella.

—Es que eso es exactamente lo que ha pasado.

—Lo sé, estaba allí —recalcó—. Por eso no entiendo tu negativa a acudir a las autoridades.

El guapo vikingo apretó con más fuerza el volante entre sus manos.

—Porque hay algo que no me cuadra en todo esto —respondió volviendo la mirada al frente—. Dices que no los conocías.

—Así es.

—Que no los habías visto antes.

—Exacto.

—Sin embargo, no me han parecido unos tipos pasados de copas intentando meterle miedo a una chica. Tenían toda la pinta de estar haciendo exactamente lo que querían, sin importarles ser descubiertos por nadie, y menos por la policía. Como si pertenecieran a una mafia o banda bien organizada que sabe perfectamente qué hacer y cómo llevarlo a cabo. —Dejó de hablar durante un instante, el tiempo suficiente para mirarla con esos penetrantes ojos verdes con la intención de que calaran muy dentro de ella—. Y por alguna razón que desconocemos... te querían a ti.

El silencio que los envolvió a continuación se tornó pesado y olía a miedo. Un miedo terrible ante las consecuencias que se intuían sobre aquellas palabras.

—¿Qué... qué quieres decir?

Él apartó los ojos de ella.

—No lo sé —admitió a regañadientes—, pero quizá deberíamos averiguar algo más antes de ir con una truculenta historia a la policía, ¿no crees?

Tras hablar, siseó de dolor y se llevó la mano a un costado, al pasar con el coche por encima de un badén.

—¿Qué te ocurre? —lo interrogó Alaina al percatarse de ese gesto.

—Nada.

No obstante, ella no le creyó. Sin su consentimiento, le levantó la chaqueta de cuero y el jersey, y se topó con una mancha púrpura que teñía la camiseta que llevaba debajo.

—¡Estás herido!

—No es nada —adujo, bajándose la tela.

—No es cierto —replicó.

Y le levantó la ropa para advertir, asombrada, cómo una fea y profunda herida, provocada seguramente en la refriega con los dos indeseables a los que había matado en aquel callejón, sangraba profusamente.

—¡Oh, Dios mío! Tenemos que ir a un hospital.

—¡He dicho que no es nada! —gruñó, tapándose el corte en el costado nuevamente.

Confusa, parpadeó varias veces sin entender a qué venía aquello.

—¿Cómo que no es nada? —repitió, angustiada—. Te han herido, y por la pinta que tiene, debe de ser grave. Tiene que verte un médico para que pare la hemorragia y cierre esa herida.

—No es necesario, te lo aseguro.

Alaina, incrédula ante su extraña actitud, tomó una decisión.

—¡Para el coche!

—¡¿Qué?!!

—¡He dicho que pares el coche!

Él la miró sin entender su demanda, pero hizo lo que le pidió. Estacionó el vehículo con tranquilidad, como si fuera una acción cotidiana en la vida de ambos.

—¿Quién eres?

El guapo vikingo elevó ambas cejas con desconcierto.

—¿A qué te refieres?

Alaina lo miró enfadada porque la creyera una estúpida.

—Creo que es una pregunta muy simple —respondió, tozuda—. Quiero saber quién eres exactamente. ¿Por qué evitas tener contacto con la policía o ir a un hospital donde harían preguntas comprometidas? ¿Por qué decidiste enfrentarte a tres desconocidos y poner tu vida en riesgo por una desconocida sin un motivo aparente? ¿Por qué tu empeño en escondernos? ¿Por qué...?

—¿Estás dudando de mí? —la interrumpió él, incrédulo, girando el cuerpo en su habitáculo para mirarla de frente con una mueca de dolor—. Te recuerdo que te salvé la vida.

—Lo sé y te lo agradezco. Pero creo tener suficientes motivos como para desconfiar de tus intenciones.

—¿Ah, sí?

—¿Y cómo no hacerlo? —respondió decidida—. Uno de esos hombres sabía tu nombre. Hablaba contigo como si os conocierais, como si ya hubieseis tenido trato antes. Y comienzo a sospechar que, si no eres uno de ellos, sí lo has sido en otros tiempos. Por eso no quieres saber nada de la policía, ¿verdad? Seguramente eres un delincuente en busca y captura. Podría jurar que...

—¡Ey, ey, ey, espera un momento! —intervino, deteniendo su perorata de raíz—. ¿De dónde has sacado que sabían mi nombre?

Ahora fue ella quien alzó una perfecta ceja pelirroja en un gesto despectivo.

—No soy imbécil, ¿sabes? El cabecilla se dirigió a ti en todo momento como «Ángel» —Y cruzándose de brazos, continuó—: O me vas a decir que estoy mintiendo.

El guapo vikingo, inquieto, se rascó la sexy y masculina mandíbula con el pulgar.

—Estás equivocada, ¡vale! —soltó al fin, tras pensar seriamente lo que iba a decir—. No tengo ni idea de cómo podían saber mi nombre, aunque supongo que mi tapadera habrá sido descubierta. Es la única explicación posible.

—¿Tapadera?

—Sí.

—Podrías ser un poco más explícito.

—Si te lo dijera, quizá tendría que matarte.

Incrédula, bufó con fuerza.

—¡Venga ya! —Y al ver que él no cambiaba el gesto serio, añadió—: Correré el riesgo.

—¡¡Mierda!! —exclamó él, realmente molesto, pegando un golpe en el volante al ver cómo aquel asunto se le escapaba de las manos—. Esto no es una buena idea... No es una buena idea.

Alaina observó la lucha interna que libraba consigo mismo.

—Lo que no es una buena idea es que me mantengas a oscuras.

El hombre la miró de soslayo e hizo una mueca de desagrado con la boca.

—Podrías confiar en mí.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —cuestionó atónita—. ¿Después de todo lo que ha pasado? —Y al ver que no respondía, le espetó—: *Quid pro quo*, Ángel. Tú también podrías confiar en mí, ¿no crees?

—Y tú podrías ser un poco más agradecida y no ser tan inquisitiva.

—Y tú podrías ser más amable y no tan hermético.

—Quizá no estés preparada para la verdad.

—Quizá estés completamente equivocado. —Y cuando el hombre abrió la boca para responder, ella lo acalló de inmediato—: Podríamos tirarnos así toda la noche. ¡Tú verás!

Él la miró con rencor y, poco después, dejó escapar un suspiro de derrota.

—Está bien, ¿quieres saber la verdad?

—Mal vamos si tienes que preguntarlo todavía.

Alaina casi oyó rechinar los dientes del guapo vikingo, pero este solamente apretó con fuerza las manos en el volante del vehículo hasta dejarse los nudillos blancos.

—Soy agente secreto del Mossad y llevo tras esta banda desde hace mucho tiempo. Estoy infiltrado sin el consentimiento de este país, y por ello no quiero acudir a las autoridades locales.

—¿Mossad?

—Sí. Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales del Gobierno Israelí.

Alaina lo miró sin saber si creerle o no.

—¡Ah!

«A la mierda lo de guapo vikingo»

Él la observó esperando a que dijera algo más.

—¿No vas a decir nada más? —cuestionó molesto, después de haberle dado la murga de forma tan pesada—. Unas disculpas no vendrían nada mal.

Ella hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Espera, que todavía lo estoy asimilando.

Irritado por su «no disculpa», se giró en su asiento con el consiguiente pinchazo de dolor.

—Está bien, James Bond, todavía estoy decidiendo si creer esa historia o no, pero antes de nada tenemos que curarte esa herida. Por tanto, ya me dirás qué hacemos si no quieres ir a un hospital.

Él giró la cabeza para clavar su intensa mirada en ella.

—Sabes coser, ¿verdad?

Alaina abrió tanto la boca que creyó que se le descolgaría la mandíbula.

—¡¡Qué?!! —exclamó horrorizada al darse cuenta de lo que estaba insinuando—. ¡¡No, ni hablar!! ¡No he cosido una herida en mi vida! Como mucho un botón de una camisa.

—A mí me vale. —Y giró la llave del contacto para encender el motor.

«¡Oh, mierda, mierda!». Ese tipo estaba completamente loco. Tenía que pensar algo rápido para hacerlo cambiar de opinión. «¡Piensa, Alaina, piensa!»

—Está bien, si es lo que quieres —cedió, indecisa—, estoy segura de que mi tía Beth podrá hacer un gran trabajo desinfectando y cosiendo esa herida.

—¿Tu tía Beth? —cuestionó, incorporándose a la vía.

—Sí, es la única familia que tengo y vivo con ella.

—No, esa opción es inviable —respondió con rotundidad—. Sería demasiado peligroso ir a tu casa en estos momentos.

Confusa, Alaina arrugó el ceño.

—¿A qué te refieres con peligroso?

—Me refiero a que no es una buena idea.

—¡Es mi tía, por el amor de Dios! Una simple profesora de secundaria, no una espía del MI6 a las órdenes de Su Majestad la reina —la defendió, molesta—. Y déjame decirte que se te está yendo mucho la cabeza con la película que te has montado.

De súbito, el hombre detuvo el coche en una calle poco concurrida y apagó el motor. Tras desabrocharse el cinturón de seguridad, se bajó del vehículo.

—¿Qué haces? —preguntó, ya que la había pillado por sorpresa, mientras se apeaba ella también.

Él no respondió. Siguió caminando, sujetándose el costado con la mano y con evidentes signos de cansancio y de dolor, mientras diminutas gotas de

sangre manchaban el asfalto sucio y embarrado.

—¡Espera! —le exigió ella corriendo hasta su lado—. ¿A dónde te crees que vas?

—No voy a seguir jugándome el cuello por alguien que no me toma en serio. ¿No me crees?, muy bien, estás en tu derecho, yo ya hice mi trabajo. — Se detuvo para tomar aliento y mirarla con gravedad—. Pero yo conozco a esa gente y estoy seguro de que llevan semanas espiando tu casa, tus entradas, tus salidas... Te lo he dicho... —Y calló un instante al darse cuenta de que no sabía cómo se llamaba.

—Alaina. Alaina O'Brien.

El hombre suspiró tras escuchar por primera vez su nombre.

—Iban a por ti, Alaina, pero si no quieres hacerme caso, es tu decisión.

Alaina enmudeció cuando esas palabras cayeron como losas sobre ella. Y tras admitir que quizá tuviera algo de razón, suplicó con los ojos que le diera respuestas.

—¿Por qué yo?

—No lo sé.

—¿Qué quieren de mí?

—No lo sé.

—¿Por qué tengo que creerte?

Él no pudo resistir la tentación de acariciar ese bello rostro. Un rostro lleno de pequeñas manchas de diferentes tamaños y tonalidades que lo salpicaban aquí y allá, y que atraían su mirada como un imán. Esas deliciosas pecas resaltaban el color de sus enormes ojos grises, que lo dejaron indefenso ante la suplicante fragilidad de su mirada. Recorrió con el pulgar delicadamente la línea de su mandíbula hasta detenerse en sus suaves y exquisitos labios.

—Porque mi intención jamás sería hacerte daño —susurró sin apenas ser consciente—. ¡Te lo juro por lo más sagrado!

Por un instante, una especie de hechizo los envolvió a ambos, sumergiéndolos en una tenue y fina bruma de fascinación del uno por el otro. Y en ese preciso instante, Alaina supo que decía la verdad.

Capítulo 4



El lejano sonido del camión de la basura destruyó ese mágico momento, trayendo a ambos a la dura realidad.

—Está bien, sé de un lugar seguro donde podremos pasar la noche y curar esa herida —comentó, alejándose un poco de él—. Pero antes tendremos que comprar algo de material sanitario.

Él asintió, aliviado por haberla convencido, y le agarró suavemente el mentón.

—¿Estás segura?

Alaina tragó saliva. Desde que él la había acariciado, sentía una calma y una seguridad extrañas en ella. Pero esa dulce caricia también había despertado algo muy fuerte y salvaje en su fuero interno, y quizá ese sentimiento le provocaba un miedo mucho más visceral que el ser perseguida por una banda de delincuentes.

—Sí... —musitó sin poder despegar los ojos de él—, al menos eso creo. El hombre dejó escapar un débil suspiro.

—De acuerdo —respondió, separándose de ella a regañadientes—, pues vámonos entonces, no tenemos ni un minuto que perder.

—¡Espera! —le ordenó ella mientras él se dirigía al coche.

Él la miró sin comprender y, desconcertado, observó cómo lo adelantaba para dirigirse al lugar del piloto.

—Será mejor que conduzca yo.

Él inclinó la cabeza hacia un lado decidiendo, todavía, si sentir enojo o admiración. En ese instante se dio cuenta de que Alaina O'Brien no era una mujer fácil de manejar. Cualquiera otra estaría hecha un manojito de nervios, en estado de *shock*... Pero no, ella no.

Ella se había enfrentado a él, sola, sin ayuda alguna, tras pasar por un momento traumático y aun sabiendo el miedo que corría por su interior. Él mismo lo había percibido claramente, y eso le hizo dudar. Y para alguien con un trabajo como el suyo, las dudas no eran buenas. Nada, nada buenas.

—¿Te vas a quedar parado ahí toda la noche? —preguntó tras la puerta de su viejo coche—. Creía que teníamos prisa.

El ángel sacudió la cabeza ocultando una leve sonrisa tras dar un fuerte bufido.

—Estoy herido, ¿lo recuerdas? —replicó, comenzando a caminar hacia ella cojeando—. Un poco de compasión, mujer.

—Haberlo pensado mejor antes de hacerte el ofendido y de caminar con este frío por ahí, sin rumbo fijo.

El hombre entornó los ojos al cielo en un claro gesto de desagrado.

—¿En serio tengo que soportar esto? —rezongó entre dientes, como si esperase que alguien le respondiera. Chasqueó la lengua al no recibir respuesta—. Al menos no me aburriré.



Después de comprar desinfectante, gasas, aguja e hilo para suturas quirúrgicas, suero fisiológico, guantes sanitarios, apósitos, y de poner cara de póker ante el farmacéutico que la miró con actitud sospechosa, Alaina se dirigió hacia su antigua casa, propiedad de su difunta madre, en el cercano pueblecito costero de *North Queensferry*, a veinte minutos de Edimburgo.

Bajaron del coche, accedieron al interior del inmueble y, tras sentarse en uno de los taburetes de la cocina y de disponer todo lo necesario encima de la mesa, Alaina observó, con el rostro ceniciento, cómo el hombre se quitaba la

ropa para quedarse desnudo de cintura para arriba.

—No sé si podré hacerlo —adujo, al sentir un nudo subiendo por el esófago.

Él la miró con determinación.

—Yo estoy seguro de que sí.

Ella se inclinó y acercó su mano temblorosa a la fea laceración que manaba sangre fresca. La herida no era tan profunda ni sangraba tan abundantemente como en un principio había creído, pero, aun así, no tenía buena pinta. Y fue consciente del momento en el que él apretaba la mandíbula con fuerza intentando ocultar el dolor.

—¡Ay, Dios! —musitó nerviosa tras dar un pequeño respingo.

—¿Tienes algo fuerte que pueda aliviar lo que me espera?

Sus miradas se encontraron un instante. Estaban tan cerca, que Alaina advirtió pequeñas motas cobrizas en esos impresionantes ojos verdes.

Carraspeó incómoda y se alejó un poco.

—Solo he comprado un poco de ibuprofeno.

—¡Perfecto! —resolvió con evidentes muestras de alivio—. Con una botella de whisky o vodka, o lo que tengas por ahí guardado, me irá muy bien.

—¡Oh!, ¡sí, sí, claro! —respondió deprisa, entendiendo en ese instante lo que significaba «algo fuerte».

Se levantó para buscar entre las alacenas alguna botella de alcohol, y encontró una de buen whisky escocés. Él tomó un largo trago tras ingerir unas pastillas analgésicas y hacer que bajaran por su garganta.

—Cuando quieras.

Alaina se colocó unos guantes y le quitó el plástico protector a unas pocas gasas, que empapó en desinfectante. Antes de que se pusiera manos a la obra, él tomó su mano con firmeza.

—Lo que vayas a hacer, hazlo con decisión y seguridad. Y no pienses en el dolor que pueda sentir, porque será mucho peor, ¿de acuerdo? —Sin esperar a que respondiera, prosiguió—: Confío en ti, Alaina.

Ella asintió levemente; esas breves palabras fueron suficientes para infundirle el valor y la determinación que necesitaba. Tras soltar un fuerte suspiro, se dedicó a limpiar la herida con suero fisiológico, impregnándola abundantemente por dentro y por fuera con antiséptico, y solo dudó un escueto instante cuando comenzó a suturar. Tan concentrada estaba en su cometido, que no articuló palabra alguna, reteniendo en muchos momentos hasta la respiración.

Él observaba impassible su expresión ensimismada y cómo arrugaba el entrecejo al oírlo sisear, pero sin bajar la guardia, fiel a su palabra de hacer las curas de forma meticulosa y rápida para que sufriera lo menos posible. Era elogiabile que en ningún momento hubiese mostrado una actitud dubitativa, a pesar de la enorme inquietud que sentía en su interior, dando una imagen de confianza que estaba muy lejos de sentir.

—¡Ya está! —confirmó después de colocarle un enorme apósito que cubría toda la herida.

Alaina repasó por última vez el borde adherente del parche, con la yema del dedo, asegurándose de que se había pegado bien a su suave y dorada piel. Orgullosa de su trabajo, admiró por primera vez el torso fuerte y definido de aquel hombre; sus pectorales pronunciados, sus oblicuos marcados, sus abdominales perfectos....

«¡¡Ay, sus abdominales!!»

Era tan malditamente atractivo que tragó saliva con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó cuando la oyó suspirar.

Ella se levantó con torpeza de su asiento, al mismo tiempo que sentía su rostro acalorado hasta límites insospechados.

—Sí, perfectamente —declaró, ofreciéndole la espalda—. Será mejor que encienda la chimenea si no queremos morir congelados. —Y se encaminó hacia el salón.

Él agarró la botella de whisky y le dio otro buen trago, sintiendo el líquido ardiente bajar por su garganta y, tras unos minutos, la siguió.

—¿Necesitas ayuda?

Alaina, de rodillas en el suelo, no giró la cabeza para mirarlo; demasiado ocupada estaba recriminándose su estúpida y niñaata actitud.

—No, gracias, no es necesario —respondió cortante, tras encender la yesca y colocar un leño encima. No obstante, tras darse cuenta de su brusca actitud, prosiguió—: Disculpa el ambiente cargante de la casa. Aunque vengo de vez en cuando para airearla, se nota que lleva mucho tiempo cerrada y abandonada.

Él se dejó caer en un sillón orejero.

—¿La casa es tuya?

—Sí —respondió después de soplar suavemente para avivar el fuego—. Pertenece a mi madre y, tras su muerte, me quedó en herencia.

—Pero no vives en ella sino con tu tía.

—Así es. Me trae demasiados recuerdos —reconoció poniéndose en pie

—. ¿Podrías ponerte algo encima, por favor? —le rogó al reparar en su desnudez.

El muy condenado andaba medio desnudo sin ser consciente de los estragos que provocaba en ella, exhibiendo su extraordinario cuerpo. Jamás había sentido nada parecido, pero la atracción que experimentaba por ese desconocido era demasiado profunda y perturbadora para su propia paz mental. Y contrariamente a lo que pudiera pensar su amiga Anne, ella no era ninguna mojigata, aunque tampoco entendía por qué le afectaba tanto la cercanía de ese hombre. Muy a su pesar, era incapaz de quitarle los ojos de encima mientras pensaba en ello.

¿Qué tenía ese Dios nórdico que la subyugaba de esa forma? ¿Era terriblemente guapo? ¡Sí! ¿Altamente excitante? ¡También! ¿Atrayentemente peligroso y misterioso? ¡Obvio! ¿Embaucadoramente atractivo? ¡Pues claro! Pero, aparte de eso, no había nada más que destacar... ¿O sí?

El ángel se encogió de hombros con dejadez.

—No tengo frío y, además, mi ropa está manchada de sangre.

Alaina tomó una pequeña manta que se encontraba encima del sofá grande y se la tiró con tosquedad.

—Cúbrete mientras la lavo un momento —le ordenó tajante—. No queremos que pilles una pulmonía, ¿verdad?

No obstante, no le dio tiempo a contestar. Rápidamente subió a las habitaciones de arriba para encender el resto de chimeneas y caldear un poco el ambiente frío y desolador de aquellas viejas paredes. Cuando terminó, se encaminó hacia la cocina para lavar las ropas ensangrentadas.

—¿Quieres una taza de té? —preguntó al sentirlo entrar en la estancia.

—Te lo agradecería mucho.

Buscó entre los muebles hasta encontrar una vieja tetera, la lavó rápidamente para quitarle el polvo acumulado y, después de secarla por fuera con un trapo limpio, la llenó con agua para ponerla a hervir.

—Alaina...

Escuchar pronunciar su nombre le erizó la piel. Era como un suave suspiro emitido por una leve brisa de mar. Dulce, exquisito, vigorizante, y al mismo tiempo reconfortante; en definitiva, demasiado tentador.

Se giró y lo encontró apoyado en la pared con la manta alrededor de su torso y se lamentó por no poder admirarlo exhaustivamente. Cabeceó ligeramente, recriminándose por sus pensamientos contradictorios.

—... ¿de verdad te encuentras bien?

—Sí —respondió dejando escapar un suspiro, y señaló con la cabeza las paredes—. Es esta casa, me trae demasiados recuerdos tristes —mintió, encontrando la excusa perfecta para su fría y desconcertante actitud.

Evidentemente, no podía confesarle la verdad. Era demasiado confuso hasta para ella misma pues, ¿quién en su sano juicio, después de pasar por un momento tan traumático en aquel callejón y de saber que una banda peligrosa la buscaba por alguna extraña y oscura razón, poniendo su vida en peligro, siendo consciente de todo ello, pensaría únicamente, como una atolondrada adolescente, en lo excitante y terriblemente atrayente que era aquel hombre? Nadie más que ella.

«¡¡Es de locos!!», pensó.

—¿Quieres hablar de ello?

Negó con la cabeza.

—En realidad, no.

El ángel la miró con compasión.

—Lo entiendo, en serio. Sin embargo, quizá sería lo más aconsejable para poder hallar las respuestas que necesitamos.

Desconcertada, arrugó el ceño.

—¿A qué te refieres?

Él agarró una silla y se sentó.

—Pues a que debemos averiguar exactamente los motivos que han llevado a esos tres delincuentes a intentar capturarte.

Alaina apoyó la cadera en el borde de la encimera y se cruzó de brazos.

—¿Crees que no lo he pensado? —dijo tras una breve pausa—. Pero no tengo ni idea. No soy rica, no soy famosa, ni tampoco una persona influyente, así que... —Terminó encogiéndose de hombros.

—¿Y tu tía?

—Ya te lo dije, mi tía es una simple profesora de secundaria.

—¿Y el resto de tu familia?

—No tengo más familia —respondió sin ninguna emoción—. Mi madre era arqueóloga y murió cuando yo tenía seis años. De ella adquirí mi pasión por la historia, y por eso estoy trabajando como becaria en el museo nacional de Escocia hasta que termine mi doctorado en historia y arqueología.

—¿Y tu padre?

Impaciente, Alaina se colocó el pelo tras la oreja en un gesto de disgusto, y se mostró aliviada cuando la tetera comenzó a silbar anunciando que el agua estaba hirviendo.

—A mi padre nunca lo he conocido —respondió con frialdad, después de darle la espalda.

Él percibió la rigidez en sus movimientos e intuyó que ese tema le afectaba, a pesar de intentar ocultarlo. Esperó a que terminara de servirle el té y prosiguió con el interrogatorio:

—Pero, ¿sabes quién es?

Ella no respondió de inmediato; más bien se tomó muy en serio la tarea de lavarle las prendas manchadas de sangre en la pileta, después de llenarla con un poco de agua caliente y de templarla con agua fría.

—¿Alaina...?

—Ya te lo he dicho —respondió con brusquedad, mientras restregaba con energía la ropa enjabonada—. Nunca lo he conocido ni sé quién es. Abandonó a mi madre cuando yo tan solo era un bebé y jamás he sabido de él.

El ángel intuía que no le estaba contando toda la verdad. Pero a pesar de no gustarle la idea de seguir haciendo hincapié en un asunto que, evidentemente, era demasiado espinoso para ella, debía descubrir lo máximo posible para saber a qué se enfrentaba exactamente.

—Está bien, lo entiendo. Pero...

—No quiero seguir hablando de este tema —lo interrumpió, colocando la ropa limpia en una pequeña tinaja. Lo miró a los ojos con un brillo profundo cargado de tristeza, antes de decirle—: Estoy agotada y dentro de poco amanecerá. Cuando coloque la ropa delante de la chimenea para que se seque me iré a dormir. Te aconsejo que hagas lo mismo. —Pero antes de abandonar la habitación, apuntó—: Tienes toallas limpias encima de tu cama por si quieres darte una ducha antes. Buenas noches.

—Buenas noches —musitó él, ante una habitación ya vacía.

Agarró su taza de té recién hecho y le dio un sorbo.

Algo no cuadraba en todo aquello. Su instinto le decía que había algo más, aparte de lo que ella le había contado. Y debía averiguar el qué.



Alaina se removió inquieta en la cama. Se había acostado en ella completamente vestida, con tan solo un cobertor para abrigarse un poco. Creyó

que no sería capaz de pegar ojo, pero, a los pocos minutos, el agotamiento la sumió en un agitado duermevela.

Desde que era pequeña sufría de terrores nocturnos y, en ese momento, estaba padeciendo uno de forma muy vívida.

«Corría por las calles desiertas de la ciudad, perseguida por el cabecilla de la banda que tan solo unas horas antes la había atrapado en aquel oscuro callejón. Su rostro, deformado por una máscara de absoluta maldad, dibujaba una cruel sonrisa de satisfacción ante la expresión horrorizada de ella. Sus ojos, negros y oscuros, sin un atisbo de humanidad, la miraban con desprecio.

—Sabemos quién eres —susurraban voces a su alrededor—. No podrás escapar de nosotros.

Atenazada por el miedo, sollozaba y trastabillaba dando tumbos por las calles, mientras la risa maléfica de aquel hombre la perseguía. Su presencia aparecía y desaparecía aterrorizándola de forma eficaz.

—¡Dejadme en paz! —gritaba, intentando huir.

—Te atraparemos, Alaina —susurraban las voces que le helaban la sangre, muy cerca de ella—, y te llevaremos con nosotros al Infierno.

—¡No!, ¡no!, ¡no! —chillaba pegando manotazos a su alrededor para ahuyentarlas—. ¡Callaos! ¡Dejadme en paz!

De súbito, el cabecilla se interpuso en su camino haciendo que resbalara y cayera al suelo. En ambas manos portaba sendas dagas, que refulgieron cuando la luz de una de las farolas rebotó en su frío y duro metal plateado.

—Muy pronto serás mía —la amenazó con una despiadada sonrisa que no alcanzaba a sus fríos y crueles ojos. Alaina se arrastró sobre sí misma intentando huir de esa bestia—. Estoy muy cerca de encontrarte, puta. Y cuando eso suceda... desearás estar muerta.

Alzó una de sus manos y observó, horrorizada, cómo bajaba la espeluznante arma que acabaría con su vida al hundirla en su cuerpo. No obstante, Alaina pudo esquivarla a tiempo al rodar hacia un lado, evitando el golpe mortal.

—¡Maldita zorra! —estalló, furioso porque escapara otra vez.

Con rapidez, se levantó tambaleando torpemente para escapar de una muerte segura, y sintió cómo ese sádico la agarraba fuertemente por el antebrazo.

—¡Mátala! ¡Mátala! ¡Mátala! —coreaban las siniestras voces a su alrededor, entremezclándose con unas malévolas risas—. ¡Mátala! ¡Mátala!

Ella luchaba ferozmente por soltarse de su agarre.

—A ti te desollaré con mis propias manos, y a la perra de tu tía Beth me la follaré hasta que pida clemencia.

—¡¡Noooooooo!!

Un grito desgarrador salió de su garganta. El miedo era tan real, que podía sentirlo en sus propias carnes. Olía el hedor que emanaba el cabecilla. Percibía el odio y la ira que esas voces coreaban en su cabeza. Sentía su mano apretando fuertemente la tierna carne de su brazo, y el pánico paralizante que sintió escalar por su espina dorsal al oír esas amenazas.

Pero de pronto, todo cuanto había en torno a ella quedó en silencio. La gélida oscuridad que la envolvía se esfumó como por arte de magia, mientras una apacible seguridad calmaba su aterrado corazón. El horrible escenario cambió por completo y se encontró tomando una pinta de cerveza con su tía en una cálida tarde de verano, en su terraza favorita, mientras los rayos de sol calentaban suavemente su cuerpo.»

La dulce sonrisa de su madrina fue lo único que necesitó para encontrar alivio y saber que aquello simplemente había sido una espantosa pesadilla. Un sueño horrible y demasiado vívido.

Lo que Alaina desconocía era que, su salvador y protector de esa noche, se encontraba sentado al lado de su cama, acariciando dulcemente su rostro para que hallase la paz. Una paz que la sumió en un plácido sueño.

No obstante, el ceño de su acompañante se tornó grave cuando observó, estupefacto, cómo unas marcas en forma de dedos dejaban unas huellas en su brazo de forma espontánea. Unos dedos que, segundos antes, la habían tenido sujeta en aquella espeluznante pesadilla.

Capítulo 5



Alaina despertó cuando los primeros débiles rayos de sol se colaron por la ventana de su habitación. Aturdida, tardó unos segundos en saber dónde se encontraba. Una molestia le hizo levantar el brazo izquierdo, donde encontró unos feos moratones que marcaban el contorno de la piel expuesta. Los examinó sin entender cuándo se los había hecho, hasta que recordó la noche anterior y su percance con aquellos desalmados.

De súbito, se incorporó en la cama con el rostro desencajado al recordar la pesadilla sufrida pocas horas antes. Con urgencia, se bajó de la cama y salió en busca de su malherido huésped, pero se llevó una desagradable sorpresa cuando no lo encontró en su habitación. Bajó las escaleras y registró el resto de la casa, obteniendo el mismo resultado, hasta que abrió la puerta de la entrada y se lo encontró en el porche, sentado en un viejo banco de madera, tomando tranquilamente una taza de té.

—Buenos días —la saludó con despreocupación.

Alaina se rodeó el cuerpo con los brazos en un vano intento de resguardarse del intenso frío y de retener un poco de calor corporal. A pesar de no estar nevando, la nieve cubría todo cuanto estaba al alcance de la vista hasta llegar al mar del Norte, creando una mágica postal del hermoso

amanecer, reflejado en las gélidas aguas del fiordo de Forth.

—Buenos días —respondió obnubilada por su aspecto.

Vestido con la misma ropa de la noche anterior, pero en esta ocasión limpia y seca, se veía tan malditamente hermoso, que quitaba la respiración. Su cabello rubio se mantenía impecablemente peinado y en su sitio. Los ojos, de un intenso verde, brillaban gracias a los rayos de sol que centelleaban en sus pupilas. Y su dorada y perfecta piel no dejaba entrever ningún estrago de lo acontecido la noche anterior, ni ninguna molestia por la profunda herida recibida. Debería ser un castigo mortal que alguien así se pudiera ver tan magnífico a esas horas de la mañana.

En cambio, ella... El pelo revuelto, el maquillaje corrido, la ropa arrugada y un rictus de angustia en el rostro, le proporcionaban un aspecto más que lamentable.

—¿Has dormido bien?

La pregunta la sacó de su patética ensoñación.

—No mucho —reconoció con sinceridad, y rápidamente intentó atusarse el cabello y la ropa para arreglar su terrible aspecto—. Aunque eso no importa ahora.

Él elevó una de sus perfectas cejas en una pregunta muda, y ella respondió con un gesto de las manos para impedir que indagara sobre los motivos al ver la preocupación en su rostro.

—Te estaba buscando para avisarte de que me voy a Edimburgo.

El cuerpo relajado de su invitado se tensionó al momento.

—¡Ni lo sueñes!

—No te estaba pidiendo permiso —le recordó con la voz acerada—. Tú puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, hasta que te recuperes de tu herida. Mientras, yo me voy a casa.

El hombre se levantó con agilidad y con un notable gesto de disgusto en el rostro que dejaba clara su oposición.

—¿Qué hay de lo que hablamos ayer, Alaina? Creí haberte explicado abiertamente que estás en peligro y que es un suicidio regresar a la casa de tu tía.

—Fuiste muy directo y conciso en tu explicación y lo entendí a la primera —respondió haciéndole frente—. Pero por ello mismo tengo que volver. No pienso dejar que mi tía se enfrente ella sola a esos bárbaros si es verdad que me van a buscar allí. Ella está en peligro tanto como yo.

Él no pudo refutar esas palabras, ya que en el fondo estaban cargadas de

razón. Pero algo en la expresión de la mujer le hizo examinarla con atención. Intuía que había algo más; información que todavía no le había contado.

—¿Por qué de repente has cambiado de opinión?

Alaina se llevó la mano al brazo en el que tenía las inquietantes marcas, y él siguió ese gesto involuntario con los ojos, consiguiendo que arrugara el ceño. Rememoró el sueño de la noche anterior, donde aquella bestia la había amenazado con violar a su tía hasta que pidiera clemencia. Hasta ese momento, el terror que había sentido solo la había instado a pensar en ella misma, pero en ese mismo instante fue consciente de que no era la única que corría verdadero peligro. Su tía Beth le importaba demasiado como para dejar que el miedo la paralizara. No se lo perdonaría jamás, si por su culpa a ella le pasaba algo. Además, había algo que todavía no le había confesado a aquel hombre, algo que ahora empezaba a tener cierta relevancia.

—Porque tengo que admitir que tenías razón —confesó, desviando la mirada para que no viera la vergüenza reflejada en ella—. Llevo semanas sintiendo que algo no iba bien, teniendo la extraña sensación de que unos ojos se clavaban en mi nuca, de que alguien me espiaba, de que me seguían cuando caminaba por la calle... Pero como cuando me giraba no había nadie, llegué a creer que era mi estúpida imaginación.

Él la agarró por los hombros con suavidad.

—Por eso es importante que no vayas —le habló de forma pausada. Con mucha ternura, la agarró del mentón para que lo mirase—. Déjame a mí, iré yo.

Por una milésima de segundo, Alaina se perdió en la inmensidad de sus bellos ojos. Cada vez que la tocaba era como si un embrujo la envolviera; una calma y un sosiego la embargaban por completo.

—Pero tú estás herido —susurró apenas.

La sonrisa que le regaló a continuación consiguió que le temblaran las rodillas.

—Estoy bien, no te preocupes.

Con mucha dificultad, se separó de él.

—No. No voy a permitir que vayas tú solo —declaró, sacudiendo la cabeza.

—Alaina...

Ella le dio la espalda y se dirigió resuelta hacia el interior de la casa, alejándose lo máximo posible del embrujo que casi lograba anular su voluntad.

—¡Ni lo sueñes!

Atónito, observó cómo entraba en la antigua morada desoyendo por completo su consejo y rechazando de plano su petición.

—¡Maldita sea, mujer!! —masculló, molesto, entre dientes.

Le estaba poniendo difícil su misión de protegerla.

«¡Pero que muy difícil!!», pensó.



Cuarenta y cinco minutos más tarde, ambos se encontraban delante de la puerta de la casa de tía Beth. Fue el guapo vikingo quien abrió la puerta de la vivienda, con cuidado de mantenerla detrás de él, y en todo momento protegida por su cuerpo.

—¿Madrina? —Pero nadie contestó—. Tía Beth, ¿estás en casa?

El silencio más absoluto respondió a su pregunta, y el vello de la nuca de Alaina se erizó por completo, al mismo tiempo que un terrible sentimiento de inquietud comenzaba a escalar por su columna vertebral.

—¡Dios mío! —musitó con un matiz de pánico en la voz—. ¡No está! ¡Se la han llevado!

El hombre se giró hacia ella con decisión.

—No te alarmes todavía, puede que ya se encuentre en el colegio.

Ella lo miró con desconcierto.

—Es domingo —replicó, como si eso lo explicara todo—, y los domingos no hay clase.

«¡¡Demonios!!», maldijo él para sus adentros.

Sus sospechas cobraron fuerza cuando vieron el estado en el que se hallaba el interior del pequeño domicilio. Toda la casa estaba patas arriba. Los muebles derribados, objetos decorativos, fotos y cuadros hechos añicos, papeles esparcidos por doquier...

Alaina corrió escaleras arriba mientras gritaba el nombre de su madrina. Pero su desolación fue absoluta cuando no encontró ninguna prueba de su presencia; es más, el terror la abrumó por completo al ver el estado tan deplorable en el que se encontraban ambos dormitorios, el suyo y el de Beth.

—¡Oh, Dios santo!, ¡hemos llegado tarde! —se lamentó con angustia, al

percibir la presencia del chico detrás de ella.

Él no sabía muy bien qué decir, pues en el fondo sabía que tenía razón.

—Alaina...

Pero un estruendo en la parte de abajo lo interrumpió y, con rapidez, la empujó hacia el interior del armario, al presentir que la puerta de entrada había sido echada abajo.

—¡Escóndete ahí! —le ordenó al escuchar pasos subiendo las escaleras corriendo.

Ella, en un primer momento solo acertó a obedecerlo y se quedó agazapada en el limitado habitáculo, temblando de pánico. Entre tanto, él salió a recibir a aquellos malnacidos con dos espadas de luz que aparecieron simultáneamente en ambas manos.

Las estocadas resonaban con fuerza, estrellándose y estallando cuando la luz y las ascuas que resplandecían en cada una de ellas chocaban. El guapo vikingo arremetía con eficacia, pues sus motivaciones eran demasiado importantes como para ceder un solo centímetro al enemigo, logrando que los intrusos cedieran algo de terreno. Tras cercenar un par de cabezas y herir de gravedad a otros tres, creyó que aquella contienda sería mucho más fácil de ganar de lo que había pensado.

No obstante, el problema surgió al llegar al piso de abajo, cuando los cobardes que todavía quedaban en pie se escondieron detrás de la figura imponente de un ser muy superior.

Los dos se miraron con fijeza, reconociéndose perfectamente.

—Vaya, vaya, vaya... —habló el desconocido, esgrimiendo una sonrisa de suficiencia—, debí imaginarme quién eras cuando mi único hombre vivo me habló de vuestro encuentro de anoche.

—Arioch —susurró impasible, aunque un brillo extraño empañó su mirada—. Así que tú eres su amo.

—El mismo —reconoció con orgullo. Tras unos segundos de silencio en los que ambos se midieron, prosiguió—: Me alegro de verte, hermano.

El rubio cerró los ojos con pesar durante un instante.

—No tienes derecho a llamarme así; ya no.

La sonrisa de su enemigo se convirtió en una mueca cruel.

—¿Por qué, Cassiel? ¿Acaso nuestro padre no es el mismo?

—Eso no ha cambiado —reconoció con tristeza—, pero dejaste de ser su hijo cuando te uniste a Lucifer.

Arioch alzó la mano y se miró la uña del dedo índice con más

detenimiento del requerido, mientras comenzaba a aumentar de tamaño, bajo su escrutinio, convirtiéndose en una horrible garra.

—Nuestro padre siempre ha sido demasiado severo, ¿no crees? —preguntó con hastío—. Mientras que a los hombres les otorgaba el libre albedrío, a nosotros, sus verdaderos hijos, nos tenía atados a su voluntad con mano de hierro. —Dejó de prestarle atención a su uña para clavar unos inquietantes ojos rojos en él—. ¿Piensas que es justo, Cassiel?

—Lo que yo piense no es para debatirlo aquí —respondió con dureza el rubio—, ni tampoco explica los motivos de vuestro acoso a esta simple humana.

—¡Ay, Cassiel, Cassiel, Cassiel! —Suspiró Ariocho con fastidio—. Tú siempre tan obediente y tan fiel, tal y como te recordaba. Pero en algo te equivocas, «hermano»; esa mujer a la que estás protegiendo, no es tan simple como tú te crees.

Una carcajada atroz reverberó en el interior de aquel ser de ojos color rubí, al ver la cara de desconcierto de su adversario, hasta que la dejó escapar. Su diversión se tornó en regocijo cuando, después de dar una orden silenciosa con la cabeza, escuchó un grito desgarrador proveniente de detrás de su enemigo.

—La tengo conmigo, amo —habló, orgulloso de su hazaña, el cabecilla al que la noche anterior habían creído muerto, mientras sujetaba a Alaina fuertemente por atrás, con un brazo apretando su garganta, y con la mano libre amenazándola con clavarle una daga en la carótida.

El ángel se giró y la encontró apresada por ese cobarde acólito, que había estado esperando tras él para atacarlo por sorpresa. Sorpresa que fue en aumento cuando el secuaz de Ariocho vio cómo la mujer a la que estaban buscando bajaba las escaleras con precaución y sigilo desde el segundo piso para averiguar qué estaba ocurriendo.

—¡¡Maldición!! —farfulló el ángel, contrariado—. ¡Te dije que te escondieras arriba!

—Lo... lo siento —respondió ella horrorizada y a punto de desmayarse tras ver el rostro atroz de aquel ser al que llamaban «amo».

Su vestuario completamente negro, el pelo del color del azabache y los ojos de un rojo brillante sanguinario con betas amarillas le conferían un aspecto aterrador. Su salvaje y astuta mirada la complementaba con una despiadada sonrisa llena de dientes putrefactos y afilados, que lograría helar la sangre al más valiente.

—¡Pero qué divertido se pone esto! —exclamó el ángel caído disfrutando de su buena suerte—. Esa estúpida zorra se ha entregado ella solita.

Cassiel apretó con fuerza las empuñaduras de sus armas, logrando que los nudillos se volvieran blancos por la presión ejercida, mientras estudiaba las opciones de que disponía para salir ambos con vida del atolladero.

Armados hasta los dientes, los secuaces de aquel maligno ser vigilaban sus movimientos con extrema cautela, y este, sabedor de su gran ventaja, disfrutaba de ella con ansia.

—¡Suéltala, Ariocho, y te perdonaré la vida por esta vez!

Su antiguo hermano lo miró con un brillo de admiración en sus ojos, y después, echó la cabeza hacia atrás para lanzar otra enorme carcajada.

—¿En serio, Cassiel? ¿De verdad crees que estás en situación de amenazarme? —cuestionó entre incrédulo y divertido por su osadía.

—Solo te lo advertiré una vez —lo previno el ángel, con una postura desafiante.

La actitud alegre del demonio superior se esfumó para dejar paso a una cruel frialdad. Y tras estudiar a su adversario con soberbia y arrogancia, ordenó:

—¡Matadlo!

Alaina observó, aterrada, cómo los secuaces de aquel mal bicho cargaban contra el hombre que había creído que se llamaba Ángel, a pesar de descubrir, en ese instante, que ese no era su verdadero nombre. No tuvo tiempo para especular sobre los motivos que lo habrían llevado a mentirle, y tampoco pensaba echárselo en cara en ese momento. Impotente por no poder hacer nada, sabía que tarde o temprano moriría; su misión kamikaze estaba abocada al fracaso desde el minuto cero. Lo que ocurriría con ella después no lo sabía con certeza, pero cerró los ojos, incapaz de ver cómo masacraban al único ser que la había ayudado.

Temblando de pies a cabeza, escuchaba los ruidos de las espadas al chocar, los gruñidos de los hombres en el fulgor de la contienda, el mismo hedor putrefacto que había apestado aquel miserable callejón la noche anterior, y no pudo evitar abrir lentamente los ojos ante la curiosidad de saber qué estaba pasando exactamente.

Entre incrédula y maravillada, observó cómo su valiente protector acababa, uno a uno, con aquellos malévolos seres, hasta quedar solamente ellos cuatro en el destrozado salón.

Llegados a ese punto, Alaina intuyó que los hombres que luchaban contra su salvador no eran de este mundo. No lograba imaginar quiénes o qué serían exactamente, pero sus ojos desprovistos de vida y negros como la noche, además de la sangre pestilente, oscura y densa como el petróleo que salía de sus cuerpos, le hacían sospechar que humanos, lo que se dice humanos, no eran.

Cassiel bajó los brazos cuando la última cabeza cayó al suelo rodando, seguida, un instante después, del cuerpo inerte de su dueño. Miró a un lado y a otro, evaluando la reciente situación, que todavía estaba muy lejos de ser favorable.

—¿Has terminado? —inquirió Ariocho con ira, al ver cómo sus patéticos hombres cubrían el suelo de cuerpos.

—¿Tienes más? —Sonrió fanfarrón—. Todavía no me he cansado de despellejar a tus inútiles perros falderos.

El ángel caído lo miró con odio, decepcionado por la débil batalla que sus hombres habían presentado ante su antiguo hermano celestial.

—¡Se acabó! —soltó furioso, tomando la decisión de ser él mismo quien acabara con su vida—. ¡Te mataré con mis propias manos!

De su espalda surgieron dos enormes alas negras, que desplegó cuan largas eran, y en sus manos aparecieron dos magníficas espadas que refulgían como las ascuas de una hoguera, y que colocó en posición de ataque.

Impactada ante lo que sus ojos veían, Alaina no daba crédito, y estuvo a punto de desmayarse cuando vio que su salvador hacía exactamente lo mismo, preparándose para la batalla final.

Cassiel extendió sus blancas y poderosas alas dejando al descubierto su verdadera naturaleza. Su intención no era rebelar su condición tan pronto; al menos, no antes de descubrir algo más sobre esa misteriosa mujer a la que codiciaban las sombras con tanto empeño. No obstante, no le quedó más remedio que sucumbir a la situación.

Podía preguntarle a Ariocho el motivo de tanto interés, pero dudaba de que en ese momento estuviera de humor para responder a sus preguntas.

Del interior del pecho del demonio superior surgió un gruñido feroz cuando cargó con todas sus fuerzas contra Cassiel, y este, que lo esperaba preparado, aguantó con estoicidad la furiosa arremetida.

El esperpéntico baile de poder que ambos representaban consistía en repeler estocadas y en bloquear los ataques por los flancos con maniobras ejecutadas magistralmente, con la única intención de no ser herido, pero, al

mismo tiempo, buscando el asalto que produjera más daño al enemigo.

Cada vez que uno de ellos era empujado hacia la pared, los cimientos de la casa temblaban como si estuvieran a punto de ceder, mientras ambos medían sus fuerzas para declarar su hegemonía sobre el otro. De una potente patada en el estómago, Ariocho envió por los aires a Cassiel hasta el otro extremo de la casa, llevándose varias paredes de ladrillo con él. Alaina, observadora de excepción, retenía el aire en el cuerpo con horror cada vez que el rubio encajaba un despiadado golpe de su contrincante.

Cassiel se levantó con esfuerzo del suelo y observó la cruel sonrisa que lucía Ariocho en su rostro mientras se acercaba a él. Su intención era matarlo, acabar con su existencia, y no pararía hasta conseguir lo que pretendía.

Pero las tornas cambiaron para ambos, cuando Cassiel lanzó una de sus espadas de forma certera, alcanzando una de las alas del demonio superior y clavándola en una de las paredes que todavía quedaban en pie.

El grito atronador y terrorífico que salió de la garganta de Ariocho logró que Alaina temblara como una hoja viendo, espantada, cómo este lograba arrancar la espada que lo mantenía sujeto contra su voluntad, con una lentitud desgarradora.

Pero Cassiel aprovechó esa pequeña ventaja para desaparecer en el aire, y ella no supo a dónde había ido hasta que percibió cómo el brazo que apretaba con firmeza su cuello aflojaba su presión hasta dejarla en libertad. Giró la cabeza hacia atrás y lo vio ocupando el sitio del esbirro que la había mantenido cautiva, el cual se encontraba, esta vez sí, bien muerto en el suelo, con la parte superior del cuerpo separada del tronco.

Lo que ocurrió a continuación sucedió demasiado rápido para Alaina, que solo alcanzó a ver a Ariocho lanzándole una espada a Cassiel, tal y como él había hecho anteriormente, mientras sus suaves y blancas alas la cubrían por completo, protegiéndola del feroz ataque.

De súbito, los dos aparecieron en la casa que habían dejado tan solo una hora antes, dejando atrás toda aquella destrucción en la vivienda de su tía Beth. Todavía mareada por aquel extraño viaje, Alaina sintió cómo la protección de aquellas prolongaciones repletas de suaves plumas dejaba de envolverla lentamente, y tuvo una sensación de pérdida enorme. Pero el abandono de aquella calidez se esfumó al instante, dejando paso al horror, cuando Cassiel se desplomó en el suelo con la espada de aquella maldita bestia clavada en su espalda.

—¡Nooooo! —gritó al verlo desmayado—. ¡No, no, no, no, no!

Capítulo 6



Alaina se sentó a su lado y retuvo la cabeza de Cassiel entre sus manos, mientras lágrimas de congoja surcaban su rostro desencajado.

—¡Por favor, no te mueras! ¡Te lo suplico, no te mueras!

El rostro del hombre no reaccionaba a sus ruegos. Conmocionada, examinó su tez mortecina y su postura lánguida, acercando la mejilla a su boca para sentir si todavía respiraba y rezando con todas sus fuerzas porque así fuera. Inmensamente aliviada, dejó escapar lentamente el aire de sus pulmones cuando se aseguró de que todavía estaba vivo.

Nerviosa, intentó razonar sobre qué debía hacer para salvar su vida, pero... ¿qué?

—¡Piensa, maldita sea, Alaina, piensa!

Tras secarse las gotas saladas que le nublaban la visión, inspeccionó la habitación barajando la posibilidad de llevarlo hasta el sofá. No obstante, cuando intentó levantarlo por sí misma, no pudo. El hombre, que descansaba boca abajo en el piso, pesaba demasiado como para moverlo ella sola. Y los ojos de Alaina no dejaban de fijarse una y otra vez en aquella enorme espada enterrada en su espalda, tras desaparecer, ahora por completo, las suaves y delicadas plumas que unos minutos antes la habían protegido de forma tan

eficaz.

Apoyó con delicadeza la cabeza de Cassiel en el suelo, y rápidamente se acercó al sofá para agarrar un mullido cojín y colocarlo debajo de su pálida mejilla. No sabía qué podía hacer. Llevarlo a un hospital o llamar a una ambulancia quedaba fuera de todo propósito; todavía no tenía muy claro qué o quién era exactamente su salvador como para contemplar esa mera posibilidad, ni poseía el arrojo necesario para pensar en profundidad en ese instante, pues sabía que entraría en pánico en cuanto lo hiciera. No era tan estúpida. Por tanto, prefería obviar todo cuanto había visto y vivido hasta el momento y pensar en ayudar a Cassiel. Era lo único que importaba ahora.

También existía la opción de llamar a alguien para que los ayudara, pero... ¿a quién? Su tía Beth estaba desaparecida, seguramente secuestrada por esos seres demenciales. Llamar a Anne o a cualquiera de sus otras amistades era demasiado arriesgado; jamás podría perdonárselo si también los exponía a semejante peligro. Por tanto, ¿qué otras soluciones le quedaban?

Alaina tragó saliva con dificultad. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, otra cosa muy diferente era atreverse a hacerlo. Sus ojos fueron atraídos nuevamente por la espada. Admiró aquel trozo de frío metal, elaborado con delicados e intrincados grabados, que todavía seguía incrustado en la suave carne de Cassiel.

—¡¡Oh, mierda!!

Decidida, se levantó del suelo para actuar según le dictaba su conciencia, antes de perder el poco arrojo que le quedaba. Se acercó a la cocina, recordando que allí había dejado la noche anterior los utensilios y el material sanitario con el que le había hecho las primeras curas, y por un breve instante, su confianza flaqueó. Dos heridas graves en un lapso tan corto de tiempo eran demasiado para cualquiera; incluso para el fascinante ser que luchaba por su vida en el viejo y sucio piso de su casa.

Sacudió la cabeza ahuyentando esos malos augurios, y agarró todo lo necesario para ayudar al hombre que había ofrecido su vida para proteger la suya. Solo pensar en ello le proporcionó la fuerza suficiente. Se acercó a él, que todavía seguía inconsciente, y colocó los utensilios que iba a emplear muy cerca de ella.

Con unas tijeras cortó la ropa, dejando expuesta la profunda herida hecha por el filo de la espada que, fuera de toda lógica, no sangraba. La dorada y tersa piel de Cassiel estaba limpia y sana, excepto alrededor del metal hundido, donde empezaban a verse unas espeluznantes ramificaciones

negras y gruesas que se iban extendiendo por el resto de su cuerpo como las raíces de un árbol putrefacto. Con mucho cuidado, despegó el apósito que le había colocado la noche anterior, tras suturarle la laceración hecha por el cabecilla que ahora se hallaba decapitado en la casa de su tía Beth. No obstante, para su total sorpresa, había desaparecido.

Alaina no daba crédito. En lugar de una herida recién suturada y con signos prematuros de curación, había una piel sin mácula ni restos de cicatriz. Arrugó el ceño pensando que aquello era imposible. Pero después, recordó todo lo que le había sucedido desde que salió de su casa el día antes con la única intención de disfrutar de una simple noche de fiesta con sus amigas... hasta ahora.

Un lento y profundo suspiro escapó de sus labios. No tenía tiempo para evaluar todos los hechos acontecidos. No era el momento ni el lugar. Debía dejar todo a un lado y concentrarse en salvarle la vida al hombre que podría exhalar su último aliento en cualquier momento. Después... Después ya pensaría, y si tenían que ingresarla en un psiquiátrico, enfrentaría ese problema a su debido tiempo.

Agarró con ambas manos la empuñadura de la espada, inspiró con fuerza aire por la nariz, cerró los ojos para que la duda no la frenara, y tiró con firmeza hacia arriba hasta que desenterró la hoja afilada de un solo movimiento. El alarido de dolor que salió de lo más profundo de la garganta de Cassiel hizo que Alaina se quedara completamente petrificada y con la espada todavía suspendida en el aire.

De repente, tres figuras se materializaron delante de sus narices, emergiendo de la nada, y uno de ellos la miró horrorizado, hasta que se adelantó para arrebatarse el arma con furia.

—¡Apresadla! —ordenó, al tiempo que posaba la espada en el suelo y se arrodillaba junto al moribundo.

La expresión de dolor y preocupación era tan acuciante en el rostro del desconocido, que Alaina supo al instante que conocía a Cassiel, y una ola de alivio la recorrió de arriba abajo. Poco importaba que sus dos acompañantes la agarrasen con dureza, reteniéndola contra su voluntad para cumplir su orden. Lo principal era saber que no estaba sola para ayudar al hombre herido de muerte.

—¡Hermano! —musitó el desconocido, agachado a su lado.

Pero el rubio no respondió, pues se había desmayado nuevamente por el dolor. De su herida seguía sin brotar sangre alguna, un hecho que dejó

perplejos a los cuatro que allí se encontraban.

Alaina iba a abrir la boca, pero la cerró al instante. El consuelo que había sentido momentos antes se esfumó como el humo, durando unos breves segundos, ya que el moreno de pelo largo y negro, y los ojos del azul más increíble que había visto nunca, fijó su dura mirada en ella; una mirada cargada de ira y odio que la intimidó.

—¡Pagarás por esto!

Y los cuatro desaparecieron.



Cuando unos segundos después, Alaina volvió a abrir los ojos, mareada por aquella singular transportación, se dio cuenta de que la habían abandonado en un habitáculo frío y húmedo. Encerrada entre cuatro paredes de piedra, aquella tétrica habitación solo disponía de un camastro, un fluorescente que parpadeaba de vez en cuando, una cochambrosa letrina, y una puerta de hierro con barrotes que impedían la salida de aquel lugar.

Asustada y aturdida, tardó unos minutos en entender qué estaba pasando. Confundida, se acercó a la puerta pretendiendo abrirla y se topó de bruces con la fea realidad. La habían confinado en aquella lúgubre habitación como a una mera prisionera, sin ni siquiera darle la oportunidad de explicarse o, al menos, el derecho de que la informasen de los motivos que los habían llevado a tomar esa decisión.

Agarró los barrotes y pegó la cara intentando ver tras ellos. No obstante, lo único que sus ojos alcanzaron a distinguir fue un pasillo vacío y desolador.

—¡Hola!, ¿hay alguien ahí?

Un pesado silencio fue lo único que obtuvo por respuesta, y Alaina comenzó a sentir un miedo sobrecogedor que le heló la sangre.

—¿¡Me escucha alguien?! ¡¡Hola!!

Retuvo el aliento durante unos segundos con la intención de prestar la mayor atención a cualquier tipo de sonido que proviniese del exterior de la celda, pero no hubo suerte. Hasta que escuchó el eco de una risa.

—No insistas, preciosa, no vendrá nadie a salvarte. — Oyó una voz amortiguada por el espesor de la piedra que los separaba.

—¡Oh, por favor, escúchame! —habló ella con rapidez, deseosa de que le ayudara—. Mi nombre es Alaina y ha habido un error, yo no debería estar aquí.

Una risa cavernosa fue la única respuesta que obtuvo.

—¡Es cierto, por favor, ayúdame! ¡Necesito salir de aquí! ¡Necesito saber cómo está Cassiel! —rogó desesperada y a punto de llorar—. ¡Mi tía Beth está en peligro! ¡Tengo que ayudarla! ¡Tengo que salir de aquí!

La risa dejó de sonar y el tono burlón que siguió a continuación de la voz de aquel extraño la sumió en el desconcierto.

—¡Oh, por favor, ayúdame, ayúdame!

Alaina se separó un poco de la puerta. Comenzaba a sospechar que la persona que había al otro lado no era un carcelero o alguien que pudiera asistir a sus ruegos.

—¿Quién eres? —preguntó.

Tras un breve lapso de tiempo, la voz respondió con desgana, pues su intención no era dar tanta información.

—Moisés.

—¿Qué haces aquí?

El tono de disgusto en su respuesta volvió a ser marcado.

—Estoy encerrado, al igual que tú, preciosa.

Ella enmudeció. Poseía otra pregunta en la punta de la lengua; sin embargo, tenía miedo de hacerla. Muy en su interior sabía que no le iba a gustar la respuesta.

—¿Por qué?

Otra vez esa risa espeluznante le llegó amortiguada por la gruesa pared que los separaba.

—Porque soy un demonio.

Alaina trastabilló en aquel pequeño habitáculo hasta que sus piernas se golpearon con el humilde y austero camastro. Y un espeluznante escalofrío recorrió su columna vertebral.



Suavemente, Amitiel depositó el cuerpo de su hermano celestial encima de la

camilla que disponían en el dispensario de la fortaleza, después de ordenar a Kadosh y a Egión que encerrasen a la humana que había atentado contra la vida de su amado amigo. Extremadamente preocupado, no entendía por qué el mismo Cassiel no se había autocurado, y sintió, en su fuero interno, que la gracia de aquel magnífico guerrero se extinguía poco a poco.

Impuso sus manos en la grave herida que desgarraba su espalda con la intención de aliviar y restablecer la salud de su compañero. De ellas salió una luz blanca y brillante que debía cerrar y sanar la importante lesión. Sin embargo, nada ocurrió.

Tras él, escuchó el suave frufú de las ropas de la reina Lupa, que indicaban su presencia.

—¿Qué ocurre, Amitiel?

Este la miró con gravedad.

—No se cura, mi reina —confesó, inquieto—. Y siento que lo estamos perdiendo.

La mujer abrió los ojos con franca sorpresa.

—¡Eso no puede ser!

—Yo habría creído lo mismo si no lo hubiese visto con mis propios ojos —respondió, más afectado de lo que pretendía demostrar.

Ella se acercó y le tocó suavemente el brazo. La compasión que reflejaba su rostro era sincera.

—Ve a por tu hermano, Asiell; mientras, yo me quedaré cuidando de él.

Amitiel asintió y desapareció después de echarle un último vistazo al pálido y demacrado perfil de su mejor amigo.

Cuando el ángel de la Verdad abandonó la estancia, la reina se acercó a Cassiel. Acarició con ternura ese rostro hermoso que le era tan familiar y lo sintió frío bajo las yemas de sus dedos. En ese instante, una angustia desgarradora se instaló en la boca de su estómago y fue reptando como una repulsiva serpiente por su garganta, dejándole un amargo regusto a hiel en el paladar. El miedo se reflejó en su rostro y supo, sin ningún género de duda, que la vida de su fiel amigo corría verdadero peligro.

Percibió una profunda oscuridad en él, que lo iba devorando poco a poco, y reconoció, tras más de dos mil años de experiencia, que las tinieblas estaban detrás de aquello.

Examinó la herida infringida, las ramificaciones oscuras que poblaban la dorada y perfecta piel y que se extendían cada vez más. Tanteó suavemente con los dedos el contorno de la brutal laceración, confundida, al igual que Amitiel,

ante el hecho de que no manara sangre fresca. Por el contrario, tras ejercer una pequeña presión con las yemas, lo único que brotó de la herida fue un negro, denso y pestilente fluido, parecido al alquitrán.

La reina no tuvo tiempo de investigar más, pues la aparición de los ángeles Amitiel, Asiel y del arcángel Raziel la interrumpieron.

—¿Cómo está? —preguntó Amitiel, ansioso—. ¿Ha despertado? ¿Ha habido algún cambio?

La mujer negó con la cabeza.

—No, lo siento.

Lo que ocurrió a continuación no se lo esperaba ninguno de los presentes, salvo la reina Lupa. El ángel Asiel, portador del don de la curación, impuso sus manos en la herida de Cassiel para sanarla, pero no lo consiguió. Los minutos pasaban, y a pesar de ello, nada ocurría, excepto el hecho irrevocable de que el mal que aquejaba al ángel rubio avanzaba inexorable por el resto de su cuerpo, debilitándolo más por momentos.

Cuando Asiel pidió unos minutos de descanso, agotado tras el tremendo esfuerzo que estaba realizando, decidieron parar. Mientras se sentaba unos minutos en una silla para recuperar fuerzas, el arcángel Raziel aprovechó para interrogar al ángel de la Verdad.

—¿Cómo ha ocurrido esto?

Amitiel, abatido, lo miró sin entender muy bien qué estaba pasando exactamente. Ni comprendía por qué Cassiel no respondía ni tenía las respuestas que su superior requería.

—No lo sé —admitió, confuso—. Solo escuché que Cassiel me llamaba y acudí sin pensarlo, pues sentí que era muy urgente. Cuando lo encontré estaba tendido en el suelo, y a su lado una mujer blandía la espada con la que lo había herido.

—¿Una espada? —preguntó la reina.

Amitiel giró la cabeza y enfocó la mirada en el arma que había dejado apartada en una esquina, apoyada en la puerta de uno de los armarios de las medicinas.

Se encontraba muy cerca debido a que la enfermería no era muy grande, ya que no necesitaban instrumentales o aparatos sofisticados tras aquellos muros. Más bien era un lugar aséptico y acondicionado como paritorio, donde las mujeres de los Varones alumbraban a sus hijos y poco más. Tan solo requerían de una camilla, un par de mesas de exploración ginecológica, instrumental básico y material sanitario, guardado en dos armarios colocados

a los lados de un fregadero con un grifo y un dispensador de jabón antibacterial hospitalario. Todo, eso sí, de lo más moderno y avanzado del mercado.

—Así es.

—¿Quién es esa mujer? —cuestionó el arcángel mientras la reina se acercaba con cautela a la espada—. ¿Qué habéis hecho con ella?

—Desconozco su identidad —reconoció acercándose él también—. Pero no te preocupes, Raziel, la tenemos retenida en las mazmorras y pagará por lo que ha hecho.

—¡No la toques! —le advirtió la mujer, al suponer la intención del ángel de tomar el arma entre sus manos.

Los dos la observaron sin entender qué ocurría.

—¿Qué sucede? —demandó Raziel al ver el gesto de alarma en el rostro de la reina Lupa.

—Creo saber por qué Cassiel no se cura.

Los tres ángeles allí presentes la miraron expectantes, aunque Asiel fue el único que se atrevió a preguntar.

—¿Por qué?

—Sospecho que lo han herido con un arma hechizada.

El silencio que siguió a continuación fue abrumador. Los tres se miraron entre sí extrañados.

—¿Hechizada?

—Así es —respondió cada vez más convencida—. Un objeto maléfico, extremadamente poderoso, creado por las tinieblas con la intención de provocar el máximo daño.

—Eso es imposible —adujo Amitiel—. En la tierra solo existen objetos de luz con el poder de combatir a los demonios y al mal en todas sus formas, creados exclusivamente para los hombres como apoyo en su lucha contra la oscuridad. No existe nada lo suficientemente poderoso como para que pueda acabar con la existencia de un ángel.

La reina abrió la puerta de un armario y de su interior sacó una sábana limpia y pulcramente doblada. Con mucha cautela para no tocar el filo, agarró la pesada espada por el mango y la envolvió en el paño con mucho cuidado. Después se giró para enfrentarse a la mirada de los tres ángeles que esperaban impacientes una explicación.

—No tengo todas las respuestas... todavía —expuso, tras soltar un suspiro con pesar. Bajó la mirada hacia el objeto que sujetaba con los brazos

ligeramente extendidos, y después giró la cabeza para observar al ángel postrado en la camilla que luchaba valientemente por su vida—. Pero es la única explicación que le puedo encontrar al enigmático hecho de que la sangre de vuestro hermano Cassiel se esté convirtiendo en la sangre de un demonio.

Capítulo 7



Alaina se encontraba sentada en el desvencijado camastro, con las piernas subidas y abrazada a las rodillas, cuando, de súbito, dos figuras se materializaron justo delante de ella, provocándole un pequeño sobresalto.

Uno de ellos era el moreno de pelo largo y extraordinarios ojos azules, que la había mirado con tanto rencor y odio antes de encerrarla allí. El otro era igual de alto que su acompañante, pero tenía el pelo castaño y corto, y unos suaves rasgos que contrastaban con el intenso azul de sus ojos, dándole un aspecto dulce y despistado, a pesar de que en aquel instante la examinaban con gravedad.

—¿Es esta la mujer? —preguntó el nuevo desconocido.

Amitiel asintió, fijando su iracunda mirada sobre ella.

—La misma.

Alaina los miró a ambos sin saber muy bien cómo reaccionar.

Tras unos segundos, Raziel habló:

—No siento nada maligno en ella —Y desvió la mirada hacia el moreno

—. ¿Estás seguro de que esta mujer intentó matar a nuestro hermano?

—Así es.

Alaina abrió los ojos por la sorpresa.

—Un momento... —comenzó a protestar.

—¡¡Silencio, mujer!! —rugió Amitiel, haciéndola enmudecer en el acto. Tras comprobar que había acatado su orden, prosiguió informando a su superior—: Yo mismo la vi blandiendo la espada con sus propias manos.

Raziel apoyó una mano sobre el brazo de Alaina mientras se agarraba la barbilla, pensativo, con la que tenía libre.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la chica.

—Alaina —respondió sin darle más información.

Un extraño brillo cruzó por el rostro del desconocido.

—¿Alaina O'Brien?

Ella no respondió. Su único gesto fue elevar la barbilla desafiante.

—¿Acaso la conoces, hermano Raziel? —cuestionó Amitiel, confuso.

El arcángel lo miró con seriedad y comenzó a mantener una conversación mental para que ella no se enterase.

—«Sé su nombre, pero no quién es en realidad.»

Amitiel seguía observándolo perplejo.

—«¿Puedes explicarte un poco mejor?»

Raziel le informó de la entrevista que había mantenido con Cassiel unos días antes, y de la orden dada por él de proteger a la mujer que retenían bajo custodia en ese momento. Tras discutir unos minutos entre ellos, el arcángel se dirigió nuevamente a ella:

—Responde a mi pregunta —ordenó con gravedad—. ¿Eres Alaina O'Brien?

Ella se mantuvo en silencio. No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo allí, todo su mundo se había desmoronado desde que había conocido a Cassiel, y no estaba segura de si estaba haciendo lo correcto o no; pero si algo tenía muy claro, era que no les daría información alguna que pudiera poner en peligro a su tía Beth o a sus amistades más cercanas.

La paciencia de Amitiel estaba a punto de acabarse, y apretó con rabia los puños intentando no despellejar a esa insignificante humana con sus propias manos para arrancarle la verdad a golpes.

—¡Haz lo que se te ordena! —siseó con los dientes apretados.

Raziel hizo un gesto de calma dirigido a su hermano celestial y después retomó su atención en ella.

—Hazle caso, tu vida depende de ello.

Alaina meditó durante unos segundos.

—Lo haré si yo también recibo respuestas.

El ángel de la Verdad dio un paso al frente.

—¡¡Mujer...!! —gritó en un tono amenazante.

—¡Detente, Amitiel! —le ordenó el arcángel, conteniendo su furia al posar una mano en su pecho—. Su petición es justa.

—¿Justa? —repitió, asombrado—. Esta humana atacó a nuestro hermano Cassiel y ahora está agonizando por su culpa.

—Yo no lo atacué.

El moreno posó sus ojos en ella cargados de rabia y furia.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—No —reiteró con altivez—. Pero lo que viste no es lo que tú crees.

Raziel retuvo nuevamente al ángel de la Verdad y esta vez le lanzó una mirada de advertencia.

—¿La vas a creer a ella? —cuestionó, incrédulo—. El alarido de ayuda que Cassiel me envió retumbó en mi cabeza como una bomba nuclear. Cuando los encontré, ella sujetaba la espada que había usado para acabar con la vida de mi mejor amigo.

El arcángel le hizo un gesto para que callara y Amitiel acató la orden cruzándose de brazos con inquina.

—Explícate —le exigió, tornando su atención de nuevo en ella.

Alaina lo observó con rictus preocupado.

—Primero quiero saber cómo está Cassiel.

Raziel puso los brazos en jarras y se acercó a ella con una expresión de enfado.

—Te recuerdo que no estás en posición de pedir nada.

Ella se levantó del camastro y lo miró decidida a no ceder ni un ápice. Estaba muerta de miedo, pero su preocupación era mucho más apremiante que el terror que sentía. Si Cassiel estaba muerto, no tenía esperanza alguna de salir con vida de allí.

—Yo también necesito respuestas. Ya sabes mi nombre, soy Alaina O'Brien, y ahora quiero saber cómo está Cassiel.

El arcángel la escudriñó con atención, y un imperceptible brillo de admiración cruzó rápidamente por su hermoso rostro.

—Nuestro hermano sigue luchando por su vida.

Alaina dejó escapar el aliento retenido inconscientemente en su interior.

—¡Gracias a Dios!

Amitiel, escéptico, enarcó una ceja.

—Ahora cuéntenos, ¿por qué la espada estaba en tus manos cuando

acudieron a la petición de ayuda de nuestro hermano?

—No lo estaba atacando —aclaró, desviando la mirada hacia el moreno que la observaba con rencor—, sino todo lo contrario. Acababa de retirar la espada insertada en su espalda para poder curarlo. Era lo mínimo que podía hacer después de que él me protegiera anteponiendo su vida a la mía.

Raziel empezaba a comprender. Desde que supo la identidad de esa mujer, intuyó que Amitiel estaba errado en su valoración.

—¿Quién os atacó?

Ahora, a quien le tocó cruzarse de brazos fue a ella.

—¿Qué o quiénes sois? —exigió saber—. ¿Sois hermanos de Cassiel?

—En cierta forma, sí, somos familia —respondió, evasivo.

Alaina, molesta, bufó.

—Eso no me aclara nada.

—Te toca —reclamó el arcángel—. ¿Quién os atacó?

—No lo sé —respondió, alterándose un poco al recordar aquel momento—. Unos desconocidos irrumpieron en la casa de mi tía Beth, y uno de ellos, el que parecía ser el jefe y al que llamaban Ariocho, se enfrentó a Cassiel en una brutal pelea.

—¿Ariocho?! —exclamaron los dos al mismo tiempo.

Ella asintió y abrigó cierta inquietud al advertir la alarma en las expresiones de ambos.

—Así es. Fue él quien le lanzó la espada antes de aparecer inexplicablemente en la casa de mi madre. Cassiel cayó desmayado en el suelo, y aunque intenté reanimarlo, me fue imposible. Solo volvió en sí cuando gritó tras retirarle la espada, pero volvió a sumirse en la inconsciencia después. Fue en ese momento cuando apareció el amigo —explicó, señalando con la cabeza y clavando una mirada disgustada en Amitiel.

Este, molesto por su osadía, resopló con fuerza.

—No consiento que una simple...

Raziel volvió a interponerse entre ambos. Entendía la inquietud y el nerviosismo del ángel de la Verdad por Cassiel, pero estaba acabando con su paciencia. La actitud mostrada en ese momento no era la más indicada para sus propósitos.

—No es el momento, hermano —le advirtió, remarcando la sugerencia con una severa mirada.

Amitiel fijó su atención en el arcángel. El tiempo corría en su contra y la preocupación lo estaba alterando más de lo conveniente, pero entendió su

petición. Así que se retiró, a regañadientes, a una esquina de la celda, para que Raziel siguiera con su interrogatorio.

—Disculpa a Amitiel, la angustia por el estado de nuestro hermano Cassiel lo induce a actuar de forma impulsiva.

Ella entendió su inquietud.

—Me gustaría poder verlo.

Raziel negó con la cabeza.

—Esa petición es del todo inviable.

—¿Por qué?

—Porque no sabemos si lo que dices es cierto o no. Desconocemos quién eres en realidad, cuáles son tus verdaderas intenciones, por qué te perseguían y qué querían de ti. Sin omitir el hecho de que puedes resultar más peligrosa de lo que creemos.

—¿Peligrosa? ¿En serio? —interrogó, asombrada por tamaña tontería—. ¿Por qué demonios puedo ser yo peligrosa? ¡Dime! Desde ayer, mi vida ha cambiado por completo. Hace tan solo unas horas era una simple becaria que quería pasar un buen rato con sus amigas, y aquí me tienes, encerrada contra mi voluntad por unos lunáticos que piensan que soy un monstruo que se dedica a clavar espadas en cuerpos ajenos. ¿Piensas que no me he preguntado un millón de veces por qué me perseguían esos animales? ¿Crees que no me he cuestionado si he hecho algo para estar en esta descabellada situación?

El arcángel la miró con un atisbo de compasión.

—Pues ayúdanos a resolver este misterio.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Cómo?

—Dinos quién eres.

—Ya te lo he dicho.

—¿Por qué te persiguen?

—No lo sé.

—¿Qué quieren de ti?

—No lo sé.

—¿Eres alguien influyente?

—No.

—¿Estás en un puesto de mucho poder, o eres cercana a alguien que sí lo está?

Alaina, exasperada, comenzó a negar con la cabeza.

—No, no, no... Esas preguntas ya me las hizo Cassiel y no resolvimos

nada.

De pronto, Amitiel habló con suavidad, para sorpresa de los presentes.

—Hay un modo de saber si dices la verdad.

Ella lo observó con recelo y, tras unos segundos, preguntó:

—¿Cómo?

—Déjame entrar en tu mente.

Incrédula ante su planteamiento, abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Perdón?!

Raziel intervino con rapidez al ver su desconcierto.

—Somos ángeles, Alaina, y nuestra única intención es llegar a la verdad para ayudar a nuestro hermano celestial Cassiel.

Ella los miró alternativamente todavía procesando esa información. Todo su mundo comenzó a desmoronarse como una baraja de naipes ante sus narices. Nada de aquello tenía sentido; todo resultaba estremecedoramente ridículo.

—¿Ángeles?

—Yo soy Raziel, el arcángel de los Misterios y guardador de los Secretos de nuestro padre, Dios.

—Y yo soy Amitiel, el ángel de la Verdad.

Un silencio opresivo se estableció en aquella pequeña celda hasta que el arcángel continuó.

—Recibimos el aviso de que los demonios estaban vigilando a una humana y envié a Cassiel a descubrir por qué tenían tanto interés en... ti.

—¡¡Cassiel!! —exhaló Alaina.

—Mi hermano y mejor amigo Cassiel es el ángel de la Templanza y el Príncipe del Orden de las Potestades —explicó Amitiel—. Y su vida corre verdadero peligro.

Alaina parpadeó repetidamente, mientras esa increíble información calaba hondo en su cabeza. Impactada, trastabilló hacia atrás hasta que tropezó y quedó sentada en el viejo camastro, con la horrible sensación de estar viviendo una maldita pesadilla.

—¡Ángeles! —repitió, conmovida—. ¡No es posible!

Ahora todo empezaba a cobrar sentido. Muy en su interior, había comenzado a sospechar que eso pudiera ser posible, aunque su mente, protegiéndose de semejante impresión, se negaba una y otra vez a dar credibilidad a esa simple verdad. Pero sus ojos no la engañaban y su instinto tampoco.

Elevó la cabeza buscando encontrar cualquier signo de mentira o artimaña en ellos. Sin embargo, no los halló.

Amitiel se acercó a ella con lentitud. Gracias a que poseía el don de la verdad, comenzaba a creer que realmente esa mujer no mentía y que se había equivocado por completo con ella. A pesar de ello, necesitaba estar seguro, y solo lo conseguiría si lo dejaba entrar en su mente para acceder a sus recuerdos.

—Los asaltantes que os atacaron en tu casa eran demonios, y el jefe, al que has reconocido como Arioch, es un demonio superior y considerablemente peligroso.

—Pero él llamó «hermano» a Cassiel.

—Porque un día lo fue —confesó Raziél, apenado. La tristeza empañó su mirada, que fue bombardeada por los recuerdos—. Arioch fue uno de los nuestros; un hermano celestial que luchó a nuestro lado contra las tinieblas hasta que nos traicionó, siguiendo los pasos y creencias de Lucifer, convirtiéndose por ello en un ángel caído.

En el rostro de Alaina se manifestó el estupor. Conocía la historia de Lucifer, que había quien creía en la existencia de Dios, los ángeles y los arcángeles... Pero de ahí, a que de repente todo fuera verdad, había un abismo.

—No sé... yo... esto me supera... yo... —balbuceó, sobrecogida.

Amitiel, tragándose el orgullo, se arrodilló para ponerse a su altura.

—Te suplico que nos ayudes —rogó, impotente—. Es extremadamente importante encontrar la solución a lo que le está afectando a Cassiel. Desconocemos qué le ocurre exactamente, pero creemos que es algo maligno creado por los demonios para acabar con todos nosotros. La única forma que un ángel tiene de hallar la muerte es siendo decapitado, al igual que un demonio. Sin embargo, la infección que esa espada ha infundido en el cuerpo de Cassiel lo está consumiendo.

Los ojos de ambos se encontraron, colmando sus miradas de preocupación y angustia por lo que estaba sucediendo.

—De acuerdo —cedió Alaina tras meditarlo concienzudamente—, pero con una condición.

—¿Cuál? —demandó el arcángel, suspicaz.

Ella fijó su atención en él y habló con estudiada determinación.

—Quiero que después me ayudéis con mi tía Beth. Es la única familia que me queda y corre tanto peligro como yo.

Los dos ángeles se observaron unos instantes y después asintieron.

—Hecho.

Alaina suspiró con alivio. No sabía si lo que estaba a punto de hacer era un suicidio o una temeridad, pero no iba a echarse atrás ahora. Su única esperanza era confiar en unos seres supuestamente compasivos, cuya misión era ayudar y proteger a los seres humanos. Esperaba no equivocarse.

—¿Qué tengo que hacer?

Amitiel dibujó una tenue sonrisa en su rostro tras conseguir lo que quería.

—Acuéstate y relaja tu mente. Intenta dejarla en blanco para que yo pueda conectar con tus recuerdos.

Ella así lo hizo, a pesar de que una sensación de temor a lo desconocido hizo que su cuerpo se estremeciera.

—Confía en mí —le pidió el ángel sentándose a su lado.

Alaina respondió mirándolo con intensidad antes de cerrar los ojos.

—Espero que tú hagas lo mismo cuando terminemos con esto.

Él posó la palma de la mano en su frente y se concentró. Al principio, los recuerdos de la mujer fueron surgiendo vagamente uno a uno, contándole una historia tejida de miedo y sobrecogimiento, pero sin un atisbo de engaño o irrealidad. Sin mucho esfuerzo, el ángel buceó entre su memoria para encontrar la verdad. Una verdad que lo dejó con mal sabor de boca.

—¿Y bien? —preguntó Raziel, después de que él se levantara tras finalizar su reconocimiento.

Amitiel se frotó los ojos con frustración. No sabía cómo encajar ese golpe. Si Alaina no sabía nada, y ahora sí que la creía, volvían a estar a oscuras con respecto a Cassiel. Su impotencia iba en aumento, resultándole muy difícil gestionarla sin destrozar algo.

Se alejó unos pasos, reprimiendo el grito que amenazaba con desbordarlo por completo. Inspiró y exhaló aire varias veces para buscar la calma. Tras unos minutos, se volvió hacia su superior para hablar con una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

—Dice la verdad.

Raziel lo miró incómodo, ya que los ojos del moreno buscaban respuestas en él que todavía no podía ofrecerle. Perdido y desalentado, sentía que la vida de Cassiel se escapaba de entre sus dedos como minúsculos granos de arena.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Amitiel.

El arcángel, abatido, dejó escapar un suspiro.
—No lo sé.

Capítulo 8



—Pues debemos hacer algo. No podemos quedarnos con los brazos cruzados, Cassiel nos necesita.

El arcángel bufó disgustado, mientras caminaba de un lado a otro en aquel pequeño habitáculo.

—¿Crees que no lo sé?

—Debemos volver a su lado y averiguar si la reina ha descubierto algo más sobre la espada. Quizá ella haya encontrado una cura.

Raziel asintió.

—¡Un momento! —protestó Alaina, llamando su atención antes de que se volatilizaran—. ¿Qué hay de lo mío?

El moreno, molesto, la miró recriminando su inadecuada interrupción.

—Tenemos asuntos más urgentes que necesitan nuestra atención —respondió entre dientes, Amitiel—. Por ejemplo, salvar la vida de nuestro hermano.

—No lo entiendes —replicó ella, aguantando con valentía su gesto hosco—. Mi tía está en peligro y sin nadie que la proteja de esos demonios.

—¡Ahora no! —siseó el ángel de la Verdad—. Cuando la vida de nuestro hermano esté fuera de peligro, yo mismo iré a buscarla.

Lágrimas de impotencia acudieron a los ojos de Alaina.

—Me lo prometisteis —susurró, abatida y preocupada por el bienestar de la única familia que le quedaba.

Raziel advirtió su desasosiego y se apiadó de ella.

—Y cumpliremos, Alaina, que no te quepa duda de eso. Me encargaré de enviar a uno de mis mejores hombres a comprobar que esté bien. Ordenaré a un ángel de la Guarda que la vigile hasta que hayamos solucionado la situación de Cassiel.

Ella lo miró agradecida.

—Gracias.

El arcángel sonrió levemente al notar su enorme alivio, así como advirtió la mirada airada que Alaina le dirigía a Amitiel, en respuesta al regreso de su antipática actitud.

—¿Podéis llevarme con vosotros? —solicitó, un tanto inquieta por la feroz mirada del moreno—. Yo también estoy preocupada por él y quiero verlo.

Los dos ángeles contemplaron esa posibilidad.

—De acuerdo —respondió Raziel, y se acercó a ella para desaparecer en menos de un pestañeo.

Cuando volvieron a materializarse, Alaina se encontró con varias personas en torno a un cuerpo tumbado en una camilla. Rodeados por varias decenas de velas e incienso, se agarraban de las manos mientras murmuraban palabras antiguas y realizaban cánticos ancestrales, que ayudaban a canalizar sus energías para encontrar, de esa manera, las respuestas que necesitaban. Enseguida reconoció el cuerpo, era Cassiel.

Interrumpidos por su aparición, decidieron tácitamente descansar unos minutos, al ver que sus esfuerzos no obtenían el resultado deseado.

Una hermosa mujer morena, de unos cuarenta y pocos años, se acercó a ellos con elegancia y decisión. Vestía una túnica roja con motivos intrincados, elaborados artesanalmente con hilos de seda en color negro y dorado. Examinó con desprecio a Alaina antes de soltar:

—¿Es esta la traidora que atacó a Cassiel?

Ella enarcó las cejas ante aquel inesperado ataque.

«¿Quién demonios se creía esa mujer?», pensó, molesta por el desaire.

Cuando estaba a punto de contestarle para ponerla en su sitio, fue interrumpida por Amitiel.

—Puedes estar tranquila porque se halle aquí, mi reina —intervino, con

evidente afecto hacia esa distinguida dama—. En realidad, estaba equivocado con ella.

Las dos mujeres lo miraron con asombro, sobre todo Alaina, quien no sabía si le sorprendía más que fuera la primera vez que el ángel reconocía ante ella que se había equivocado, o estar delante de una persona con sangre real. Inclino la cabeza hacia un lado tras llegar a una conclusión; quizá fuera mucho esperar unas disculpas por su parte.

El rostro de la reina Lupa mudó del asombro a la intriga.

—Podrías explicarte un poco más.

El moreno clavó los ojos, cargados de vergüenza, en el suelo.

—Me precipité en mi opinión sobre que estaba atacando a Cassiel cuando los encontré. En realidad, era al contrario; su intención en todo momento fue ayudarlo, arrancando la espada de su cuerpo para poder curarlo. Fue culpa mía malinterpretar la situación.

La reina druida suavizó su expresión y observó con otros ojos a Alaina.

—En ese caso —habló tomando las manos de la joven entre las suyas—, debo darte las gracias.

Alaina, gratificada y alentada por sus palabras, asintió. Era la primera vez que alguien en aquel lugar reconocía sus acciones desinteresadas; si además, venían de parte de una reina, la deleitaban todavía más.

—¡¡Uff, menos mal!! Al fin encuentro a alguien con un poco de sentido común.

Una sonrisa bailó en la mirada de la reina Lupa, que no se extendió al resto de su rostro, pues la extrema preocupación que sentía por el ángel desfallecido en la camilla no la dejaba disfrutar de la puya dirigida hacia Amitiel.

—¿Qué quieres decir? —intervino el ángel de la Verdad.

—Creo que está muy claro —rezongó ella, dirigiéndose al ofendido—. Todavía sigo esperando unas disculpas.

Molesto, apretó con fuerza los puños. En su naturaleza no constaba la virtud de la paciencia, para ello estaba Cassiel, el ángel bendecido con el don de la Templanza y el único ser que calmaba y frenaba su impulsividad. Él era un guerrero acostumbrado a la batalla y a la lucha cuerpo a cuerpo, no a la diplomacia ni al trato con los humanos. En esas lides, su mejor amigo le llevaba una considerable ventaja. De los dos, Cassiel era el sociable, el empático, el comprensivo, el más amable con diferencia; muy al contrario que Amitiel.

Desvió la atención hacia su fiel y valeroso compañero, completamente indefenso y herido de gravedad, y se le contrajo el estómago a causa del miedo. Un miedo aterrador e inimaginable, tan visceral que se instaló en la boca del estómago amenazando con vomitar delante de todos. Cerró los ojos ante el dolor que sentía cuando pensaba en la mera posibilidad de perderlo, de no tenerlo a su lado nunca más. Ni podía ni quería imaginarse el resto de su existencia sin luchar al lado de su mejor amigo.

Sacudió la cabeza, desterrando esos nefastos pensamientos.

—Pues va a ser mejor que te sientes, no vaya a ser que la espera se te haga muy larga.

Anticipándose al enfrentamiento entre ambos, la reina Lupa preguntó:

—¿Habéis descubierto algo relevante?

—Fueron atacados por las sombras —reveló Raziel, agradecido por la sabia interrupción—. Tenías razón, ya que la espada que acabó incrustada en el cuerpo de nuestro hermano fue empuñada por Arioch.

—Me lo temía —murmuró la mujer, girando la cabeza con enorme tristeza para contemplar a Cassiel.

Los tres siguieron su gesto y un pesado silencio cayó como una losa en la sala. Desvalido en aquella cama, Cassiel era la sombra de lo que en algún momento fue.

—¿Cómo está? —interrogó Alaina unos segundos después, siendo la única en atreverse a hacer la temida pregunta.

—Mal —respondió la reina con brutal sinceridad—. No creo que pase de esta noche.

Amitiel, incrédulo ante esas aciagas noticias, se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡No puede ser! ¡Tiene que haber algo que podamos hacer! ¡Debe existir algún hechizo, algún conjuro que lo salve de ese infierno!

—Hermano...

—¡No, Raziel! —estalló, fuera de sí, rechazando su compasión—. ¿Entiendes lo que eso supone? —Lo miró con la angustia desbordando por sus hermosos ojos azules—. ¡No podría soportarlo...! ¡Eso no!

El arcángel se apartó un poco de él. Entendía perfectamente lo que supondría no salvar a Cassiel de aquel maleficio. Y era un suceso al cual no quería de ningún modo enfrentarse.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué infierno? —intervino Alaina, asustada.

Pero ambos la ignoraron.

—Buscaremos la manera, hermano. Hallaremos una solución, te lo prometo.

Amitiel paseaba de un lado a otro como un león enjaulado. De vez en cuando centraba su atención en Cassiel, quien, completamente inconsciente, era ajeno a la tragedia que se estaba viviendo en aquella habitación.

—¡No! ¡Por favor! —gimió desesperado—. ¡No hagas promesas que no puedas cumplir!

Raziel lo detuvo agarrándolo por los hombros y obligándolo a que lo mirara.

—¡No te rindas, hermano! —dijo, inundando sus palabras de esperanza—. ¡Todavía no!

El moreno, abatido, hundió los hombros con los ojos llenos de lágrimas.

—Prométeme... que si no podemos salvarlo... acabarás con su vida.

Alaina se tapó la boca ahogando un gemido de sorpresa.

—Amitiel...

—¡Prométemelo, Raziel! ¡Jura, por nuestro santo padre, que no dejarás que se convierta en un demonio!

El arcángel giró la cabeza para mirar a la reina. Buscaba un solo indicio, una minúscula sospecha de que hubiera otras alternativas que albergasen esperanzas sobre el destino de Cassiel y que, por tanto, no lo obligaran a hacer aquel detestable juramento.

Pero sus ilusiones se vinieron abajo al ver el rostro desolado de la reina druida.

—Lo siento, Raziel —se excusó la mujer, al no poder ofrecerle las respuestas que él buscaba—. Dabria, Alem y yo, lo hemos intentado de todas las maneras que nuestros conocimientos nos han permitido, ayudados y guiados por nuestros ancestros. Pero ese maleficio es demasiado poderoso; no ha habido ni una ligera mejoría.

El arcángel miró a los hermanos celtas que, cabizbajos, eludían la desesperación que embargaba su rostro por obtener una esperanza ilusoria. Ambos, vestidos con túnicas blancas igual de hermosas que la de la reina, escondían sus manos dentro de las mangas, y sus cabezas de cabellos blancos como la nieve, debajo de unas capuchas, en una enigmática pose que los hacía parecer mucho más sabios y mayores de lo que, en apariencia, eran.

—¿Y cómo es eso posible? —cuestionó, incrédulo—. Llevo vivo eones y jamás había conocido un poder de tal magnitud.

—El tablero ahora ha cambiado —intervino Dabria que, seguida por su

hermano mellizo, se había acercado a ellos para ofrecerles una respuesta a sus incertidumbres—. Las tinieblas ahora son más fuertes.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó Amitiel.

La pequeña celta recorrió con sus ojos los rostros de los presentes.

—¿No es obvio? —Y continuó hablando al ver que no entendían a dónde quería llegar, revelando de esta forma, sus temidas sospechas desde que había comenzado con el ritual de sanación—. Tienen al Grial, la sangre de un arcángel y el Cáliz Sagrado en su poder. Si cada uno de esos elementos es poderoso por separado, imaginároslos juntos. Y si los mezclamos con magia negra... —Llegados a ese punto, Dabria dejó que el silencio pesara en cada uno de ellos—. Es imposible prever qué objetos o hechizos terroríficos podrían crear en nuestra contra. Todo lo vivido hasta el momento habrá sido un juego de niños en comparación con unas oscuras y espeluznantes consecuencias difíciles de imaginar.

—Eso quiere decir que nos llevan ventaja —apostilló Alem, hablando por primera vez—. Mucha ventaja.

Los allí presentes contuvieron el aliento, temerosos de sus reacciones ante esa aterradora revelación, pero la más impactada de todos, sin duda, fue Alaina.

Griales, arcángeles, cálices sagrados...; ella examinaba cada uno de sus rostros con evidente estupor, creyendo, por momentos, estar sumergida en una esperpéntica pesadilla. Una pesadilla salida de un capítulo de «serie b», por completo carente de sentido.

Pero no estaba viviendo una de sus pesadillas; por desgracia, aquello era real, demasiado real para su mente humana. Una verdad que le costaba horrores digerir.

Se acercó despacio a su apuesto vikingo, pues para ella Cassiel siempre sería su «guapo vikingo», y acarició con ternura un suave y rubio mechón de pelo. Todo había empezado con él y, seguramente, todo acabaría con él.

—Ojalá pudiera darte mi sangre.

De súbito, el arcángel se acercó a su hermano postrado inconsciente en aquella camilla. Las palabras de Alaina le habían dado una idea.

—Quizá haya una manera de salvarlo.

Los demás se acercaron, alentados por sus palabras, y Amitiel fue el primero en querer saber exactamente qué estaba pasando por su cabeza.

—¿Cuál?

—Utilizando las mismas armas que ellos, pero a nuestro favor —

desveló con los ojos brillantes de esperanza por primera vez—. Nosotros también disponemos de sangre de arcángel, y lo que es más importante, un Grial de carne y hueso.

—¡Iria! —exclamó la reina al darse cuenta de por dónde iba Raziel—. Ella podría ser la solución que necesitamos.

—Exacto —manifestó este con orgullo—. Y recordad qué ocurrió con Tomás y Moisés.

Por primera vez desde que lo conocía, Alaina reparó en la sonrisa esperanzadora que iluminó el rostro de Amitiel y...

«¡Por todos los santos!»

Casi se cae de culo cuando unos hoyuelos marcaron su rostro, dándole un aspecto de lo más sexy que jamás había visto.

—Se va a cabrear, y mucho, cuando sepa que no la hemos informado de la situación de Cassiel desde el minuto cero —señaló el ángel, ajeno al impacto sufrido por Alaina.

—Yo estaría más preocupada por la reacción de mi hijo cuando se entere —remarcó la reina.

Todos se miraron entre ellos con preocupación.

—Tendremos que enfrentarnos a lo que venga —declaró el arcángel, resignado, tras soltar un suspiro.

No obstante, ninguno se atrevió a ofrecerse a ser el primero que los informase de la grave situación.

—¿Y tenéis pensado hacerlo algún día de estos? —cuestionó Alaina al ver que nadie hacía nada.

Todas las miradas se posaron en ella, e hizo un gesto con la cabeza señalando al moribundo y otro con el dedo para marcar un reloj inexistente en su muñeca.

—Tiene razón —habló la reina—. El tiempo corre en nuestra contra.

Raziel miró a Amitiel con una expresión abochornada.

—Iremos juntos.

El moreno bufó con fuerza y puso los ojos en blanco.

—Preferiría enfrentarme con cien demonios a la vez, antes que padecer las amenazas y censuras de Tomás un solo minuto —rezongó, descontento por lo que le tocaba hacer.

—Sí, hermano, lo sé —respondió el arcángel, aguantando con paciencia sus quejas.

—Incluso aguantaría mejor que me desollaran vivo, antes que tener que

sufrir sus impertinencias e insultos por ser tan «incompetentes».

—Te entiendo... te entiendo... —murmuró, pasándole un brazo por el hombro.

—¡Maldita sea, no es justo! —protestó, pataleando en el suelo.

—No lo es, no.

Y ambos desaparecieron.



Cinco minutos después, volvieron... acompañados.

Alaina contempló a la mujer que, si no había entendido mal hasta el momento, era la supuesta Grial. Muy diferente, por lo visto, del Cáliz Sagrado. Y si sus conocimientos de historia y teología eran acertados, eso significaba que era descendiente del mismísimo Dios Todopoderoso.

«¡Virgen santa! Esto es por completo surrealista», pensó, estupefacta.

La espió con ojo crítico y tuvo que reconocer que era muy guapa. Un poco más bajita que ella, morena y con el pelo ondulado. Le sorprendió que vistiera una ropa semejante a la suya, si la comparaba con la que llevaban los allí presentes, que favorecía las curvas de su cuerpo.

Sus ojos barrieron la sala hasta que descubrió el cuerpo de Cassiel y se acercó a él con decisión, acompañada, muy de cerca, por un hombre al que no había visto antes. Alaina supuso que sería el polémico Tomás.

—¿Desde cuándo lleva así? —preguntó la recién llegada.

Toda la atención de los presentes, menos la del Grial, que destapó la sábana que cubría al ángel para ver la herida, se concentró en Alaina.

Esta, desconcertada, no entendía qué esperaban de ella.

—Lo siento, no entiendo qué ha dicho.

—Pregunto... —repitió Iria en un perfecto inglés, reparando por primera vez en ella con una penetrante mirada—, que cuánto tiempo lleva así.

Alaina tragó saliva con fuerza. No sabía muy bien por qué, pero esa mujer proyectaba una fuerza arrolladora que infundía un enorme respeto.

—Desde esta mañana a primera hora.

Tanto Iria como Tomás cruzaron miradas de alarma al ver el estado en el que se encontraba.

—¿Por qué diablos no avisasteis antes?! —reclamó este con ira.

Amitiel se enfrentó a él.

—¿De qué hubiera servido?, ¡dime!

Tomás entrecerró los ojos, molesto por la soberbia del ángel.

—¡Mira, melenas...!

Raziel se llevó una mano a la cabeza con desespero.

—¡Basta, hijo! —intervino la reina—. Este no es momento para peleas de gallitos. Amitiel tiene razón, primero debíamos averiguar qué le pasaba exactamente a Cassiel antes de inquietar a nadie más.

—Yo no soy «nadie», madre —replicó, resentido.

—Lo sé, cariño —respondió con ternura, pues sabía que su enfado lo movía la preocupación por su amigo—. Lo hecho, hecho está.

—Tu madre tiene razón, mi amor —medió Iria—. Lo único importante ahora es salvar la vida de Cas.

Este asintió con la cabeza, no sin antes echarle una mirada ofendida al ángel de la Verdad, el cual rodó los ojos sin dar su brazo a torcer.

Ansiosa, Iria miró la espalda de su fiel amigo y después a la reina Lupa. El maleficio prácticamente cubría la totalidad de su cuerpo, y las dudas acudieron a ella despedazando una seguridad en sí misma ya de por sí endeble. Nadie garantizaba que lo que una vez había conseguido se pudiera repetir.

—¿Crees que funcionará, igual que lo hizo con tus hijos?

La druida la miró depositando toda su confianza en ella.

—Solo hay una manera de saberlo.

Iria cerró los ojos y los volvió a abrir para posarlos en el arcángel.

—¿Estás preparado?

—Siempre —respondió Raziel.

—Pues comencemos.

Tras esas simples palabras, Alaina observó el comienzo de un insólito ritual. Tanto los hermanos celtas como la reina unieron sus manos, mientras cánticos atávicos comenzaban a surgir de lo más profundo de sus gargantas. El arcángel Raziel agarró una hermosa y antigua daga con una mano, esperando a que Amitiel y Tomás trabajaran juntos para darle la vuelta al cuerpo inerte de Cassiel y ponerlo boca arriba.

Cuando ambos le abrieron la boca al ángel de la Templanza, Raziel se infringió un profundo corte en la mano, del que manó abundante sangre que fue cayendo en un pequeño cuenco de madera tallada con primitivos y esmerados

adornos. Tras finalizar, le pasó la daga a Iria, e hizo lo mismo. Ambas sangres se mezclaron, elaborando un potente y poderoso elixir, mientras se concebía, nuevamente, un Cáliz Sagrado. Un Cáliz forjado por la sangre de Dios y la de un arcángel, otorgándole a ese objeto el mayor poder de todos.

Fue Iria la encargada de derramar en la boca de Cassiel la mezcla de ambas sangres, rezando por la recuperación total de su amigo y esperando un milagro como el acontecido pocos meses antes.

Pero su desconcierto fue patente cuando su amigo y protector comenzó a convulsionar y a gritar de dolor. Todos observaron con espanto los alaridos y lamentos de martirio que salían, desgarradores, desde lo más profundo de Cassiel.

El estupor y la incredulidad mantenían paralizados a guerreros tan valientes y avezados como lo eran Amitiel y Tomás, incapaces de asimilar que su última esperanza para salvar la vida de su amigo lo estuviera haciendo pasar por un maldito infierno.

La lucha contra el mal que lo tenía infectado era cruenta y feroz, y lo demostraban los chillidos que Cassiel gritaba mientras las oscuras ramificaciones seguían avanzando por su cuerpo hasta cubrirlo por entero.

—¡Sujetadlo! —ordenó la reina al ver que el ángel estaba a punto de caer de la camilla.

Necesitaron de toda la fuerza de Raziel, Amitiel y Tomás para inmovilizar a Cassiel tras salir de su letargo. Y el herido, que todavía gritaba de sufrimiento por los resultados del fallido intento de salvación, se retorció bajo sus manos con fuerza desmedida.

—¡No funciona! —exclamó Amitiel, que sentía cómo la gracia de su hermano se desvanecía por momentos—. ¡Maldita sea, lo estamos perdiendo!

De súbito, el cuerpo de Cassiel dejó de retorcerse para permanecer en una aterradora quietud.

—¡No, no, no, no...! —gritó Alaina, abalanzándose encima del moribundo.

Pero fue interceptada por el arcángel Raziel, mientras lágrimas de angustia corrían por su rostro.

—¡Suéltame! —demandó con rabia.

No podía abandonarla. Cassiel era el único en quien confiaba allí. No podía morir. No podía dejarla cuando más lo necesitaba.

Amitiel se separó del cuerpo inerte de su hermano y compañero, y miró a los demás con un velo de asombro y confusión en los ojos que le impedía

asimilar lo que estaba ocurriendo.

Una aparición inesperada hizo acto de presencia en ese instante, cargando el ambiente, ya de por sí sombrío, en algo más pesado y oscuro.

—¡Azrael!

El arcángel de la Muerte miró despacio, uno a uno, a los allí presentes.

—Lo siento mucho.

Capítulo 9



El impacto que sufrieron los presentes al ver al arcángel de la Muerte allí los pilló a todos desprevenidos.

—Azrael, ¿qué haces aquí? —interrogó Raziel.

Taciturno, el recién llegado caminó despacio hasta la cama en donde se encontraba Cassiel.

—He sentido la llamada de la inminente transición de nuestro hermano Cassiel.

El ángel de la Verdad se interpuso en su camino cortándole el paso.

—¡No! —le advirtió con gesto grave—. ¡No dejaré que te lleves su alma!

El arcángel lo miró entre sorprendido y confundido; tanto como lo estaba Alaina, que no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—Dudo mucho que puedas impedir algo tan inevitable —respondió serio, e inclinó la cabeza, confuso, porque intentara impedir un acontecimiento crucial en la vida de cualquier ser vivo. Como ser celestial que era bajo las órdenes de Dios, debía saber que la muerte era tan ineludible como la vida—. Ni siquiera yo podría hacerlo.

Raziel apoyó una mano en el hombro del moreno, olvidándose por un

momento de la mujer que instantes antes había luchado entre sus brazos con ahínco.

Todos los allí presentes, excepto Alaina, sabían lo que significaba la presencia del arcángel. Y por mucho dolor que eso les causase, jamás se atreverían a enfrentarse al príncipe de las Parcas.

—Tiene razón, Amitiel. Ni siquiera la propia muerte puede eludir su responsabilidad y lo que el destino nos tiene reservado a cada uno. Si ha llegado la hora de Cassiel, deja que su alma emprenda el camino hacia el descanso eterno.

Amitiel apretó con más fuerza los puños. Luchaba tenazmente por lo que creía que era correcto, frente a la obstinación de aferrarse al intenso sentimiento de pérdida hacia su hermano y amado compañero de luchas.

—No puedo... no quiero —susurró, sintiendo que perdía la batalla.

—Entiendo tu sufrimiento, hermano, para mí tampoco es plato de buen gusto estar aquí. Y si he tomado la decisión de aparecer yo, en lugar de encargarle el tránsito a alguno de mis subordinados, es por el aprecio que le tengo al ángel de la Templanza. Es un honor para mí poder acompañarlo en su camino final.

El moreno cerró los ojos, incapaz de aceptar ese horrible desenlace.

—¡Amitiel tiene razón! —exclamó Tomás, situándose al lado de su amigo— ¡Cassiel todavía no está muerto!

—Tomás...

—¡No, Iria! No podemos darlo todo por perdido. Él no lo haría. Jamás tiró la toalla conmigo y no pienso hacerlo yo ahora. —En este punto, incapaz de asumir la pérdida, la voz del guardián se quebró por el dolor—. Es Cas, es mi amigo, mi compañero, mi hermano...

—Hijo, no te aferres a un imposible —intervino su madre, la reina druida—. Cassiel no está muerto, pues todavía respira, pero si la cura no ha impedido el avance de la maldición, solo es cuestión de tiempo que deje de ser el ángel que tú conoces para convertirse en tu enemigo —Y ahora, dirigiéndose a los dos, preguntó—: ¿Es eso lo que queréis para él?

Amitiel bajó los ojos sabiendo que tenía razón. Pero Tomás, terco como era, se negaba a aceptar la realidad que tenía ante sus ojos.

—¿Y si hay una solución que todavía no hemos encontrado? ¿Y si mañana hallamos una forma de revertir esa enfermedad y no podemos curarlo porque lo hemos matado?

—Cariño...

—¡Moisés está encerrado en una fría celda esperando por lo mismo! — gritó desesperado por su pasividad.

La reina lo miró con angustia al recordar el destino de su propio hijo encerrado como una bestia en una oscura y húmeda mazmorra. Tras vender su alma por venganza a uno de los príncipes del Infierno, se convirtió en un demonio inferior, en un convertido. Lágrimas de congoja acudieron a sus ojos tristes y resignados.

—¿De verdad crees que Cassiel querría ese mismo designio para él? — planteó Iria, al advertir el dolor que atravesaba el rostro de su suegra al pensar en su otro hijo—. Después de todos estos meses, todavía no hemos encontrado la manera de recuperar a tu hermano. Y para ser honesta, dudo mucho que podamos conseguirlo.

Tomás observó a la mujer que amaba con toda su alma, con la misma lucha interna que disputaba Amitiel y, abatido, apretó con fuerza los dientes, desviando sus ojos llorosos ante la impotencia y el sufrimiento que padecía.

De súbito, ante el asombro de todos, el aludido abrió los ojos y se incorporó en la cama. Observó a los testigos de su resurgimiento con una mirada negra como la noche y desprovista de cualquier emoción o vida. Abrió la boca y de su garganta salió un grito desgarrador y tenebroso de ultratumba, que los dejó atónitos ante aquella transformación demoniaca.

—Demasiado tarde —musitó el ángel de la Muerte.

Alaina fue testigo de cómo los ángeles se abalanzaron sobre Cassiel, ayudados por Tomás y Alem, usando todas sus fuerzas para sujetar a su hermano celestial a la cama, evitando de este modo el ataque dañino que había estado a punto de realizar, dirigido, en primer lugar contra Iria, y después hacia el resto.

—¡¡Soltadme!! —rugió Cassiel, enardecido por el odio más profundo, con una voz que ya no era la suya—. ¡¡Os mataré a todos!! ¡¡Hijos de puta!! ¡¡Soltadme!!

Impactada, Alaina comenzaba a entender el dilema al que se habían enfrentado anteriormente los amigos del ángel rubio, y ser consciente del alcance de esa maldición, transformándolo en un demonio, la dejó aterrada.

—¡Atadlo a la cama! —ordenó Raziel mientras luchaba por inmovilizar a su hermano celestial, que peleaba con firmeza por deshacerse de su agarre—. ¡Sujetadlo con fuerza!

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Iria, acercándose a ella.

Conmocionada por lo que estaba viendo, la miró, incapaz de articular

palabra, y la mujer entendió perfectamente el trauma por el que estaba pasando.

—Todo saldrá bien —susurró Iria, al mismo tiempo que la abrazaba y le ofrecía consuelo con ese gesto—. Estoy segura de que todo saldrá bien.

Cuando consiguieron reducir y dominar al reciente demonio, atándolo con improvisadas vendas, los ángeles, Tomás y Alem se separaron de la cama, incapaces de mirar a los ojos al ser en el que se había convertido su hermano y fiel amigo. Este, advirtiendo el profundo dolor que eso causaba en ellos, soltó una gutural y tétrica carcajada que demostraba el regocijo que sentía por dentro.

Maldiciendo con rabia, Amitiel se llevó ambas manos a la cabeza, completamente desolado por el infortunio que había alcanzado a su compañero, mientras todos esperaban que estallara en un arrebato de ira. No obstante, ese momento no llegó.

En cambio, entendieron su frialdad y temple cuando se giró para dirigirse directamente al arcángel de los Misterios.

—¡Me lo prometiste!

Azrael tragó saliva con fuerza.

—Amitiel...

—Debes hacerlo ahora, ¡por favor! —rogó, hundido en la pena—. No lo soporto, Azrael. No soporto ver en lo que se ha convertido.

El arcángel entendía lo que su amigo le pedía, pero era la misión más dura a la que se había enfrentado jamás. Una cosa era matar a un ángel caído que había llegado a esa condición por propia voluntad... Sin embargo, se le hacía extremadamente duro acabar con la existencia de un amigo inestimable como Cassiel, que en ningún momento había pedido transformarse en lo que más odiaba... el mal en estado puro.

Recorrió con la mirada los rostros de los demás, con la débil esperanza de encontrar una solución contraria a la que le obligaban a tomar, una medida distinta a la de acabar con la existencia de Cassiel. Pero no la halló.

Un suspiro de lamento escapó de sus labios y cerró los ojos con fuerza, buscando en su interior el valor necesario para cumplir una promesa que jamás debería haber realizado. Entre tanto, escuchaba los forcejeos y gruñidos que Cassiel emitía intentando escapar de sus improvisadas ataduras.

Finalmente, Raziel invocó su espada, que apareció sujeta a su mano. Una hermosa arma de luz forjada en el fuego celestial y con la que arrebataría la vida de su hermano de manera mortífera y brutal.

Todos, a excepción de Alaina y del ángel de la Muerte, desviaron la vista, incapaces de ser testigos de una acción tan atroz. Ni deseaban ver ni querían estar presentes en ese momento tan cruel e injusto. Sin embargo, lo primero era la Orden. Nada había más importante que eso. Y luchar al lado de los suyos ante cualquier circunstancia, era su manera de demostrar respeto, lealtad, amor y compromiso, acompañando a ambos en ese duro trago.

Raziel se acercó despacio a la camilla donde ahora yacía postrado un ente maligno y nauseabundo. Un ser con una naturaleza muy lejana a la de su amado hermano Cassiel, que maldecía, escupía y blasfemaba de modo sórdido y salvaje.

Elevó la espada sujetándola con ambos brazos, con la única misión de separar la cabeza del cuerpo del ángel de la Templanza y acabar así con su sufrimiento. Pero esa visión hizo que Alaina despertara de la horrible pesadilla en la que estaba sumergida, y un grito desgarrador, que surgió de lo más profundo de su alma, detuvo la caída en picado que estaba a punto de suceder.

—¡¡Nooooo!!

De súbito, el ambiente en el dispensario cambió y una energía desconocida emergió con fuerza. Alaina se abalanzó sobre Cassiel para evitar que el arcángel acabara con su vida, y el cuerpo de su «guapo vikingo» comenzó a convulsionar otra vez, pero, en esta ocasión, lo hizo para luchar contra el maleficio y vomitar el repulsivo y pestilente líquido negro.

Todos dejaron escapar el aire que habían estado reteniendo en su interior, aliviados de que por fin el ritual de sanación que habían realizado con la sangre del Grial hubiese funcionado.

Amitiel, recompuesto de su agonía tras ver que finalmente no perdería a su hermano, se acercó a Alaina para apartarla.

—¡¡No, suéltame!! —exigió Alaina, forcejeando con energía, desconocedora del cambio surgido. En cuanto cubrió el cuerpo de Cassiel con el suyo propio para evitar la inminente muerte, cerró los ojos, incapaz de ver lo que estaba a punto de suceder. Y todavía no los había abierto—. ¡¡Suéltame, maldita sea, suéltame!!

—Tranquila, mujer... —habló el ángel de la Verdad con calma—, Cassiel sigue vivo.

Al escuchar esas palabras, Alaina abrió con rapidez los ojos para descubrir que era cierto.

—¡Gracias a Dios! —exhaló, más serena. Y tras cerciorarse de que el

ángel respondía a la cura, expulsándola de su cuerpo, buscó el rostro de Amitiel para que le confirmara la buena noticia—. La cura está funcionando, ¿verdad? Eso significa que se va a salvar, ¿no es cierto?

Por segunda vez en ese día, el ángel le regaló una hermosa sonrisa que iluminó todo su rostro, al mismo tiempo que asentía.

—Así es.

Alaina se abrazó al moreno, felizmente aliviada, olvidando los rencores y los malos gestos que había tenido hacia ella anteriormente. Lo único importante en ese instante era la recuperación total de su guapo vikingo.

Raziel hizo desaparecer su arma, que pendía encima de la cabeza de su hermano como la espada de Damocles, feliz y exultante por no tener que cumplir con la promesa que había hecho.

Optimistas y triunfantes, todos los presentes se miraron entre sí, repuestos del inquietante miedo, felicitándose por haber evitado la pérdida de un ser tan querido para ellos, y olvidando rápidamente la impotencia que habían sentido hacía tan solo un instante, ante el hecho de no poder hacer nada por evitar el triste final.

Pero su alegría fue extremadamente breve, ya que Cassiel dejó de convulsionar y se quedó inerte de nuevo. Las negras ramificaciones que se habían mitigado y replegado conforme el ángel las expulsaba, volvieron de nuevo a avanzar hasta cubrir por completo el cuerpo y rostro del enfermo.

—¡No, no, no, no, no...! —gritó Amitiel, abatido, al ser testigo del horrible avance del mal—. ¿Qué está sucediendo? ¿Por qué no funciona?

Nadie allí entendía nada, y el desconcierto y desaliento volvió a hacer mella en todos. Pero el ángel de la Verdad necesitaba respuestas y centró su atención en la reina druida.

—¿Mi reina...?

—Lo... lo sí... siento —balbuceó, aturdida—, desconozco qué está ocurriendo exactamente.

—¿Mi señora...?

Iria solamente lo miró, incapaz de articular palabra. Y la muda súplica que dirigió al arcángel de la Muerte recibió una negativa por respuesta.

—Algo no va bien, no entiendo qué está ocurriendo —confesó Azrael, perplejo.

Amitiel maldijo en voz alta al ver la expresión de horror en el rostro de Tomás.

¡No podía ser! ¡No era justo!

Los sentimientos de rabia eran tan fuertes que lo sobrepasaban. Durante un ínfimo instante había sentido cómo la esperanza y el alivio desentumecían su cuerpo, desterrando con ello el miedo atroz al creer que su amigo se recuperaría. Pero segundos después, la paz se había esfumado de un modo inesperado y dolorosamente cruel.

Sentía tanta furia por dentro, que solo deseaba destrozar algo, lo que fuera, y dirigió ese coraje hacia el arcángel de los Misterios y guardador de los Secretos de Dios.

—¡Tienes que saber qué ocurre, Raziél! ¡En tu maldita biblioteca debe encontrarse la respuesta para salvarlo! ¡De cómo liberar a nuestro hermano del maldito infierno en el que está!

—Si la hay, yo la desconozco —respondió este, cariacontecido.

—¡¡Aarrgggg!!

Superado por el dolor y la ira, Amitiel agarró una silla y la estampó contra la pared, creando un feo desconchón en ella y logrando que las mujeres pegaran un respingo.

—Hermano... —habló, en un intento por calmarlo.

No obstante, la prudencia ante lo que pudiera hacer mantuvo al arcángel en silencio al observar los ojos del ángel de la Verdad brillar furiosos, y se acercó a la humana con la intención de alejarla y de mantenerla a salvo de cualquier violencia imprevista.

—¡No! —exclamó ella, apartándose del arcángel con rapidez—. No permitiré que... —Pero enmudeció cuando, de nuevo, Cassiel comenzó a retorcerse de dolor y a escupir el mal que lo invadía por dentro.

—¡Un momento! —intervino Iria ante el gesto de Azrael por salvar la integridad de Alaina separándola de Cassiel.

Todos se quedaron observándola con los rostros mudados por el asombro. Ninguno de los presentes entendía qué demonios estaba ocurriendo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tomás, tan perdido como los demás—. Mi amor, ¿has visto algo?

Iria recorrió con la mirada los rostros de los que allí se encontraban, quienes, confusos, la contemplaban sin comprender a qué se refería.

—¿Acaso no lo veis? —cuestionó Iria, examinando con atención a la mujer que se agarraba con empeño al cuerpo de Cassiel—. Es ella. Es Alaina quien provoca la expulsión de ese repugnante veneno que está matando a Cassiel.

Ocho pares de ojos se clavaron en ella. Y Alaina, conmocionada por lo

que esas palabras implicaban, les devolvió la mirada a cada uno de ellos mientras boqueaba como un pez.

—¡¡¿Qué?!! —exhaló, estupefacta, cuando encontró la voz.

Los ojos incisivos renunciaron al rostro de Alaina tras no hallar respuestas, para fijarlos en el de Iria.

—¡¿Cómo?! —cuestionó Dabria.

—¡Es imposible! —adujo la reina Lupa—. Solo es una simple mujer.

—¡¿Estás segura?! —preguntaron al mismo tiempo Amitiel y Tomás.

Iria eludió el interrogatorio y se acercó a Alaina.

—Aléjate de Cassiel —le ordenó con voz autoritaria.

Intuyendo que no era una amenaza para la vida de su guapo vikingo, al contrario de lo que pensaba del arcángel, Alaina obedeció y se apartó del hombre postrado y maniatado a la camilla. En el mismo instante en el que lo hizo, Cassiel dejó de vomitar el negro, pastoso y hediondo fluido que recorría su cuerpo.

—¡¡Por todos los santos!! —exclamó Tomás, impactado ante lo que veían sus ojos.

Azrael la estudió con detenimiento y se acercó unos cortos pasos hacia ella.

—¿Quién eres tú?

Capítulo 10



—¡Dabria...! ¡Dabria...!

Alaina fue despertada por las palabras pronunciadas por Cassiel, que llamaba en sueños a la pequeña druida celta. Enderezó su retorcido cuerpo, que reposaba sentado en un sillón con los pies echados sobre la cama del ángel; se había quedado dormida unas horas después de que este vomitara el último resto del nauseabundo fluido negro que le quedaba en el cuerpo.

Crejó, aliviada, que esas palabras farfulladas de manera inconsciente eran un claro signo de que se recuperaría pronto. Y se pasó ambas manos por la cara, con gesto cansado, mientras su cuerpo se estremecía por un escalofrío. Preocupada por su estado, se levantó un momento para tocar la frente y el rostro de Cassiel, con la esperanza de que no tuviera fiebre. Así era.

—Toma —le habló Amitiel, ofreciéndole una suave y cálida manta.

Alaina se sobresaltó, pues no esperaba la presencia del moreno en la habitación.

—Gracias —respondió, sentándose nuevamente y cubriéndose con ella.

El ángel de la Verdad la estudió durante unos segundos con una intensa mirada, entre asombrada y confundida. Abandonó su rostro para echar un par de leños a la chimenea que caldeaba la habitación.

—¿Crees que ya está fuera de peligro? —preguntó ella, inquieta, mientras seguía sus movimientos y se masajeara el cuello dolorido por la postura rígida en la que había permanecido antes.

—Esperemos que sí.

Alaina elevó una ceja ante la escueta respuesta. Notaba la desconfianza en Amitiel y no entendía por qué.

—Si crees que tienes algo que decirme, suéltalo ya.

Él se cruzó de brazos y apoyó el hombro en la pared con gesto indiferente.

—No tengo muchas cosas que decir, salvo... Gracias.

Alaina abrió la boca para protestar, pero tuvo que cerrarla abruptamente tras unos segundos de franco asombro.

—¡Oh!

Entornó los ojos, extrañada por esa actitud y, confusa, mantuvo silencio durante unos instantes.

—¿Quieres que te pida algo de comer? Pareces agotada y hambrienta.

—Más agotada que hambrienta, la verdad.

—De todas formas, necesitas comer. —Y se dirigió a la puerta para abrirla y hablarle a alguien que estaba apostado fuera.

—¿Tenéis la puerta vigilada? —preguntó, cruzándose de brazos al cerrarla tras de sí—. ¿Por mí?

Molesta porque la creyera una amenaza, lo fulminó con la mirada. Había sido demasiado bonito tanta preocupación y amabilidad por su parte.

—No te creas el ombligo del mundo, mujer. Hay un guarda custodiando esta habitación tanto para tu protección, como para la de Cassiel, como para la del resto de moradores de esta fortaleza. Corren tiempos confusos y debemos ser extremadamente cautos.

—Creo que ya he demostrado que no soy nadie peligroso.

La comisura de la boca de Amitiel se elevó hacia arriba.

—No todo el mundo estaría de acuerdo con esa apreciación —respondió, colocándose exactamente donde había estado antes—. Es más, en este mismo instante se está llevando a cabo una reunión urgente con algunos integrantes del Consejo para decidir qué hacer contigo.

—¿Consejo?! ¿Qué Consejo?! ¿Y quiénes son ellos para decidir sobre mí?! —interrogó elevando la voz.

El ángel apretó los dientes, único signo que delató su malestar.

—El Consejo está formado por miembros destacados cuyo único fin es

luchar contra el mal para defender y proteger a los hombres de los demonios que gobiernan las tinieblas. Nuestro santo padre, Dios, cree que los humanos sois criaturas que merece la pena cuidar y salvar, y es nuestro trabajo hacerlo a toda costa, a pesar de la insensatez de vuestra raza.

Ella enmudeció durante unos segundos e inclinó la cabeza mientras lo examinaba con atención.

—Tú no piensas lo mismo, ¿verdad? En realidad, no te caemos bien.

Amitiel suspiró y se recogió el pelo en un moño alto con un coletero mientras hacía tiempo antes de contestar.

—No es cierto —dijo tras meditarlo unos segundos—, simplemente estoy cansado.

—¿Cansado de qué?

—Cansado de perder a mis hermanos en la batalla —respondió, fijando su atención en su amigo postrado en la cama—. Harto de esta lucha que llevamos librando durante tanto tiempo. Hastiado del mal que corrompe todo lo que toca; de los traidores que conspiran a nuestras espaldas; de la sangre inocente derramada.

—Entiendo —declaró ella poniéndose por primera vez en su pellejo—. Tiene que ser agotador.

—A veces lo es —reconoció, soltando un suspiro.

Alaina lo observó con otros ojos y seguidamente le hizo la pregunta que le quemaba en la lengua.

—Pero tú me crees, ¿verdad?

Él clavó sus impresionantes y penetrantes ojos azules en ella, con una mirada tan intensa que pareció escarbar en su interior. Y tras unos segundos de suspense, dijo al fin:

—Sí, te creo.

—¿Y qué va a ocurrir conmigo?

—Honestamente... no lo sé.

Alaina le dio la espalda tras escuchar una respuesta que no le gustó en absoluto. No obstante, también sabía que no le mentía. Él era el ángel de la Verdad y tenía prohibido mentir. O al menos eso creía.

—¡Dabria...! ¡No te vayas, por favor! ¡Dabria...!

Cassiel, sumamente inquieto, se removía en la cama, ajeno a lo que pasaba a su alrededor.

—¿Quién es Dabria? —se atrevió a preguntar Alaina.

Amitiel arrugó el ceño, todavía con la atención fija en su hermano.

—Es la mujer de pelo blanco que estaba en la enfermería. Tanto ella como su hermano mellizo, Alem, son druidas celtas que nos ayudan con su magia y conjuros.

Que esa información no le pareciera descabellada a Alaina era un claro indicio de que comenzaba a asumir lo que antes le parecía una locura. Y cuanto más información recibía, más curiosidad sentía.

—¿Son familia de la reina?

—No, en realidad son sus discípulos.

—¿Y son inmortales?

Amitiel cambió de postura, apoyando ahora la espalda en la pared. Entendía la curiosidad que abrumaba a la humana y pensaba contarle hasta donde pudiera.

—El único ser inmortal es nuestro padre celestial, Alaina. El resto podemos morir o cesar nuestra existencia conocida hasta ahora. Tanto Alem como Dabria disfrutan de una vida eterna gracias a los beneficios de haber bebido del Cáliz Sagrado, al igual que el resto de la Orden de los Varones. Son de los pocos seres que quedan de su estirpe. En cambio, los ángeles poseemos el don con el que nuestro padre tuvo a bien bendecirnos cuando nos creó, en el principio de los tiempos, para poder luchar contra la oscuridad y todos sus secuaces.

Ella mantuvo silencio mientras digería esa información. Cuando reunió el coraje para hacer la pregunta que le quemaba en la lengua, dijo:

—¿Y los ángeles...?, bueno..., ¿vosotros podéis...?, quiero decir..., ¿Cassiel y Dabria están... juntos?

Amitiel la miró horrorizado. Pero su respuesta fue interrumpida por Cassiel, al escoger ese momento para abrir los ojos.

—Humm... grrr... —farfulló el rubio, comenzando a despertar.

—Hermano...

Despacio, abrió los ojos con esfuerzo y enfocó la vista en su compañero y amigo.

—¿Amitiel...?

—Aquí estoy, Cassiel —respondió, aliviado al ver que lo reconocía—, a tu lado.

—¿Qué... qué ha ocurrido?

Las miradas de Alaina y Amitiel se cruzaron por un instante.

—Ahora no te preocupes, lo más importante es que descanses y te recuperes.

El convaleciente, inquieto, comenzó a negar con la cabeza.

—No, no, no... —rechazó de plano esa sugerencia, intentando ponerse en pie—. Ella está en peligro. Tenemos que ayudarla... No podemos dejarla a su suerte... Los demonios la atraparán...

—Estoy bien, Cassiel —intervino Alaina—. Todavía sigo aquí.

Cuando él la miró, la expresión de angustia en su rostro se desvaneció al instante, y un suspiro de alivio salió con suavidad de sus labios. Pero su consuelo duró muy poco, y una arruga en el ceño se dibujó con claridad.

—¿Conoces mi verdadero nombre? —Tras el asentimiento de ella, Cassiel buscó con alarma el rostro de su amigo—. Dime qué demonios ha ocurrido.



Llevaban varias horas deliberando en la biblioteca cuando, de pronto, la puerta se abrió, dejando paso a los únicos que faltaban en aquella reunión secreta.

—¡¡Cas!! —exclamó Tomás al verlo aparecer.

Todavía algo débil, el ángel recibió con agrado el emocionado abrazo de su amigo, y barrió con la mirada al resto de los familiares y amados rostros, que lo observaban con diferentes grados de alivio, sorpresa y alegría.

Después de esperar pacientemente a que su marido le dejara vía libre, Iria se acercó a él para ofrecerle otro cariñoso abrazo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, mi señora.

—¿Seguro? —cuestionó la reina, con maternal desconfianza.

—Completamente, mi reina.

Tras decir esas palabras, todo el mundo, sin excepción, miró a Amitiel para que lo corroborase.

—¡Ey, a mí no me miréis! —rezongó, molesto—. Intenté que se quedara en la cama, pero fue imposible.

Todos los rostros se volvieron de nuevo hacia Cassiel, que bufó con fuerza al ver la dura recriminación en ellos.

—¡Por todos los demonios, soy un ángel... estoy bien!

No obstante, las protestas por su cabezonería no se hicieron esperar, consiguiendo que tomara asiento en una silla para, según ellos, recuperar fuerzas. En cambio, lo único que Cassiel buscaba era el rostro de Dabria, quien, impertérrita, lo observaba con su habitual y tranquilo semblante.

Tras unos minutos en los que cada uno de ellos le echó la bronca a su manera por estar allí en lugar de estar descansando como era su deber, volvieron a retomar el tema urgente que los ocupaba.

—¿Te ha puesto al día el hermano Amitiel? —preguntó Raziel con cierta inquietud.

—Así es —reconoció Cassiel—, y puedes quedarte tranquilo; no recuerdo nada de lo que sucedió tras ser alcanzado por la espada de Arioch.

Este asintió, convencido de que decía la verdad.

—Yo también les he puesto al tanto de nuestra charla y de la misión que te encomendé, pero necesitamos que nos cuentes qué ocurrió exactamente.

Cassiel le lanzó una mirada de reojo a Alaina, quien todavía no había abierto la boca desde su llegada a la reunión, y tras pensarlo unos segundos, comenzó a contarles todo lo ocurrido desde su encuentro en el *pub*.

—¿Por qué volvieron después de dejarlo todo patas arriba? —interrogó el arcángel cuando terminó su exposición de los hechos.

Cassiel meditó la pregunta durante un momento.

—No lo sé, supongo que no habrían acabado.

—¿Acabado de qué? —cuestionó Tomás.

—De registrar la casa.

—¿Y qué buscaban? —sondeó Azrael.

Cassiel miró a Alaina y después a ellos.

—No lo sé.

Todos los ojos se posaron en ella, que, incómoda, les devolvió la mirada uno a uno con altivez.

—Yo tampoco lo sé.

El ángel de la Muerte estrechó los ojos ante su respuesta.

—Algo tienes que saber. Me cuesta mucho creer que todo esto haya sucedido sin ninguna razón aparente.

—Si la hay, yo la desconozco.

—¡Mientes!

Alaina abrió la boca para protestar, pero fue interrumpida por Amitiel.

—¡No, no miente!

Azrael elevó el mentón y lo enfrentó con cierto desdén por haberlo

desacreditado ante desconocidos, al mismo tiempo que Alaina abría los ojos, sorprendida de que la hubiese defendido ante los demás.

—¿Por qué estás tan seguro?

El moreno desafió su gesto al cruzarse de brazos.

—Porque entré en su mente y pude ver la misma historia que Cassiel acaba de contar.

—Eso no aclara nada. Recuerda que Cassiel se convirtió en un demonio delante de nuestros ojos, siendo salvado, muy convenientemente, por ella, en el último instante. —Y dirigiéndose a los restantes miembros, cuestionó—: ¿Y si es otra artimaña de la oscuridad para debilitar nuestras defensas? Sabemos que tiene traidores trabajando para ellos entre nosotros, ¿y si esta mujer es uno de ellos?

—Yo no lo creo —declaró Cassiel, convencido.

El arcángel lo miró con desconfianza.

—¿Y podemos fiarnos de ti, hermano? —cuestionó, con la intención de sembrar la duda entre los presentes—. ¿Quién me dice a mí que todo lo que sucedió antes no ha sido una pantomima? ¿Y si realmente no te ha curado? ¿Y si sigues estando dominado por la oscuridad?

—¿Y qué propones? —soltó este, levantándose de su asiento—. ¿Echarla a los leones como hicimos con Iria? ¿Cometer el mismo error otra vez? ¿O quizá prefieres desterrarme a mí porque ya no te fías? ¿Es eso?

—¿Acaso podrías tenérmelo en cuenta? —replicó el ángel de la Muerte, sin entender tanto rechazo y ofuscación—. Fui llamado para guiar tu alma al otro lado, para ayudarte a cruzar el velo entre los vivos y los muertos; sin embargo, eso nunca sucedió porque ella lo impidió.

—¡Basta! —estalló Iria ante ese cruel ataque—. No podemos volvernos unos contra otros, Azrael. Si lo hacemos, el mal habrá ganado.

—Lo entiendo —replicó este, al ver que los demás asentían tras las sabias palabras del Grial—, y ojalá no tuviéramos que llegar hasta estos extremos. Pero ya hemos sido engañados anteriormente y la pérdida fue demasiado dolorosa. —Esta vez clavó los ojos en Iria, en clara referencia a sus padres—. Debemos ser muy cautos, mi señora, y lo sabéis mejor que nadie.

—Quizá no os fieis de las palabras de mi hermano Cassiel —intervino Amitiel—, pero yo soy el ángel de la Verdad; creedme cuando os digo que esta mujer no miente. Cuando entro en la mente de un ser vivo, no se me puede engañar, al menos no conscientemente, y ella me contó la misma historia que

nos acaba de relatar nuestro hermano a través de sus recuerdos antes de que lo salvara. Su miedo era real, su dolor verídico, su angustia... su preocupación... Nada había de falso en sus sentimientos o vivencias.

—¿Estás completamente seguro? —cuestionó Azrael, reacio a creerlo.

Amitiel descruzó los brazos, colocándolos rígidamente a ambos lados de su cuerpo, y lo fulminó con la mirada, a pesar de ser un superior y deberle respeto y obediencia.

—¿Acaso pones en duda mi palabra?

—¡Hermanos, calmaos! —medió el arcángel de los Misterios con rapidez, interponiéndose entre ellos—. Con esta actitud no vamos a llegar a ningún lado.

—Raziel e Iria tienen razón —medió la reina, imponiendo un poco de cordura—. Todavía hay muchas cosas que no entendemos, pero debemos trabajar unidos para hallar la solución a estas incógnitas. Enfrentarnos unos a otros no es el mejor camino.

Amitiel relajó la postura al sentir la mano de Cassiel en su hombro, y bajó los ojos, avergonzado ante la mirada de reproche que le lanzó su mejor amigo.

—Está bien —aceptó el ángel de la Muerte, bajo la presión de los demás miembros—, pero tenemos que hallar las respuestas cuanto antes. No obstante, creo necesario recalcar la máxima cautela que hemos de emplear en todo lo que hagamos a partir de ahora. No solo nuestras vidas dependen de ello, sino también la de miles de almas que duermen al amparo de nuestros actos y decisiones.

—Todos estamos de acuerdo con tus palabras —reconoció Iria. Y cuando fijó la atención en el rostro de Alaina, su expresión se suavizó—. Pero vamos a darle el beneficio de la duda a la mujer que ha traído de vuelta a nuestro querido Cassiel.

Alaina la miró con agradecimiento y Azrael suspiró con impaciencia ante tanta indulgencia.

—En verdad, espero que no tengamos que arrepentirnos de esta resolución.

—Votemos entonces —solicitó Raziel para llegar a un consenso lo antes posible—. ¿Quién está a favor y quién en contra de que se solicite una reunión urgente de todo el Consejo para discutir el futuro de Alaina O'Brien?

La única mano que se levantó fue la de Azrael, pues todos en aquella habitación sabían el destino que le esperaba a Alaina si se celebraba una

reunión oficial de la plana mayor de los miembros del Consejo de la Orden de los Varones.

—¡Decidido por mayoría! —resolvió el arcángel, tremendamente aliviado—. Lo mejor es que todos vayamos a descansar y recuperemos fuerzas para lo que aún está por venir.

Los presentes acogieron con alivio la sugerencia, pero antes de que la acompañaran a sus aposentos, Alaina se acercó a Raziel para hacerle la pregunta que llevaba deseando realizar desde que entró en la habitación.

—¿Sabes algo de mi tía Beth?

—Puedes estar tranquila, tu tía está bien, te lo aseguro.

Inmensamente aliviada, dejó escapar el aire que retenía en su interior de manera inconsciente, y se llevó las manos al rostro para ocultar su emoción. Los nervios y la tensión comenzaban a hacer mella en ella, e intentó ocultarlos antes de prorrumpir en sollozos delante de aquellos extraños. La reina Lupa, al ver su estado la agarró con ternura por los hombros para decirle:

—Vamos, querida, te acompañaré a tu habitación.

Alaina se dejó guiar, agradeciendo a la mujer ese gesto de compasión. No obstante, antes de que todos los presentes abandonaran la biblioteca, Amitiel retuvo al arcángel Raziel por el brazo para susurrarle:

—Tenemos que hablar.

Capítulo 11



—¿Qué ocurre? —interrogó el arcángel de los Misterios cuando todos, excepto Amitiel y Cassiel, abandonaron la habitación.

El moreno cerró la puerta para que nadie más escuchase.

—Hay algo que he ocultado a los demás y que quiero compartir con vosotros. Es referente a Alaina.

—¿Es una traidora? ¿Trabaja para las tinieblas? —interrogó su amigo, preocupado.

Amitiel se llevó la mano al mentón y se rascó suavemente con el pulgar.

—En realidad no lo creo, pero he visto algo en sus recuerdos que puede ser importante.

Cassiel arrugó el ceño ante esa nueva información. Creía firmemente en la inocencia de Alaina, pero en ese momento no daba por seguro nada. Sobre todo, tras los acontecimientos de los últimos años.

—¿Y qué has visto exactamente?

—Quizá no sea nada importante, o quizá sea la clave para saber por qué los demonios andan tras ella —reflexionó en alto, poniendo de manifiesto sus dudas—. Pero sería interesante investigar esa información. Además, también explicaría por qué volvieron a la casa tras el primer ataque y...

—¿¡Quieres explicarte un poco mejor!/? —lo interrumpió Raziel, cuando advirtió que su compañero comenzaba a divagar.

—Unas horas antes de que os encontrarais en el *pub*... —prosiguió, posando su atención en el ángel rubio—, Alaina y su tía recibieron una visita de dos extraños. Esos dos hombres decían ser abogados y le entregaron un sobre que ella rechazó.

El arcángel lo miró sin entender qué tenía eso de extraordinario.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que nos ocupa ahora? —interrogó, impaciente—. ¿Acaso un simple sobre puede ocultar un arma tan poderosa, y hasta ahora desconocida para nosotros, que pueda curar a un demonio o a un ser endemoniado?

—No lo sé —respondió Amitiel, creyendo que ese detalle era relevante para descubrir quién era realmente Alaina O'Brien—. Pero es muy significativo que ella no conozca quién es su verdadero padre o la familia de la que proviene, ¿no crees?

Los tres meditaron durante un momento esa posibilidad.

—¿Piensas que nos lo ha ocultado a propósito? —cuestionó Cassiel.

—No, en absoluto. No fue un momento agradable para ella, te lo aseguro. Yo la creo cuando dice no saber por qué la están persiguiendo las tinieblas.

—Yo también la creo —afirmó Cassiel, convencido—. Me lo dice mi instinto. Aunque también es verdad, que nada de lo que sabemos hasta ahora tiene sentido alguno.

—Entonces, ¿qué sugerís? —planteó Raziel.

—Pienso que llenar ese vacío en su historial familiar sería un buen modo por el que empezar a tirar del hilo —señaló Amitiel.

Cassiel se encogió de hombros cuando su superior lo miró directamente esperando su opinión.

—No perdemos nada por investigarlo.

El arcángel asintió.

—Está bien —respondió tras admitir que esa línea de actuación era la más lógica y la única que tenían hasta el momento—. Encárgate de hablar tú con ella, Cas. En este momento, eres el único en quien confía.

—De acuerdo.



Alaina se despertó horas después en medio de una horrible pesadilla. Desorientada, observó a su alrededor y la angustia subió por su pecho hasta que recordó dónde estaba. Se tapó los ojos con una mano e intentó aquietar la respiración, hasta que el corazón comenzó a latir de forma normal y pausada.

Tras rechazar el consejo de la reina de que comiera algo cuando la acompañó hasta su alcoba, se quedó sola en aquella enorme y acogedora habitación. Agotada, lo único que pretendía era descansar un poco antes de pedirle a Cassiel que la llevara con su tía. Sin embargo, lo que menos sospechaba cuando se estiró en la espaciosa y cómoda cama, después de apoyar la cabeza en la mullida y suave almohada, era que se quedaría completamente inconsciente, sumida en un inquietante sueño.

Se incorporó en la cama, apoyó la espalda en el cabecero de madera tallada, y desvió la mirada, perezosamente, por el lugar. Todo estaba decorado con exquisito gusto, muy parecida a la habitación que ocupaba su «guapo vikingo». Una tímida sonrisa asomó en su rostro al recordar a Cassiel. Quizá debería dejar de llamarlo vikingo y cambiarlo por ángel.

Sí, sonaba bien. Su guapo y arrebatador «ángel».

Se llevó el pulgar a la boca para mordisquearse la uña, soñadoramente, mientras pensaba en él y en lo aliviada que se sentía por su salvación. Pese a todo, arrugó el gesto poco después, al recordar cómo había nombrado a otra mientras ella lo velaba. Amitiel no había respondido a la pregunta que le había realizado, a pesar de que su mueca de asombro ayudaba a pensar que era algo del todo imposible. Pero también sabía que los hombres solían ser muy torpes en cuanto a asuntos de mujeres. Quizá no tenía ni idea de lo que su amigo sentía por la mujer de cabellos plateados. Sin embargo, ellos no eran hombres, y tal vez su asombro se debiera a que los ángeles no tenían pensamientos sexuales hacia otros seres muy inferiores.

Frustrada por los derroteros a los que estaba llevando sus pensamientos, se cruzó de brazos, enfurruñada, y examinó el resto de la estancia, hasta que se detuvo al ver unas familiares prendas, diligentemente dobladas, encima de una silla.

Desplazó las piernas a un lado y se bajó de la cama para acercarse a su

ropa, intuyendo que la habrían tomado prestada de su prácticamente destruido hogar. Un suspiro de pesar escapó tembloroso de sus labios, al recordar la tranquila y cotidiana vida que tenía tan solo un par de días antes. Pero, sobre todo, estaba preocupada por no saber el paradero y estado de su tía Beth.

Resuelta, se dirigió al baño para darse una prolongada y ansiada ducha. Una ducha que necesitaba con urgencia para borrar las lágrimas que amenazaban con surgir.

No había terminado de vestirse, cuando unos golpes sonaron en la puerta, y rápidamente fue a abrir.

—¿Puedo pasar? —preguntó el ángel que había ocupado sus pensamientos unos minutos antes.

Alaina arrugó el ceño al ver un guarda distinto al del día anterior custodiando su puerta.

—Si te fías de mí...

—¿Por qué no iba a hacerlo? —cuestionó Cassiel, extrañado por su pregunta.

—No lo sé —replicó apuntando con la cabeza al hombre que seguía apostado allí, impertérrito—. Parece ser que tus amigos piensan que soy muy peligrosa.

Entendiendo que estaba molesta por la presencia de Abraham, Cassiel intentó explicarle:

—La presencia de Abraham es necesaria para tu protección.

Ella chistó con ironía, sin tragarse por un momento tamaña mentira.

—No es necesario que seas tan políticamente correcto. Si algo me quedó claro ayer en la reunión, es que no soy bienvenida en este lugar.

—¿Lo dices por Azrael o por el resto de los presentes que votaron que te quedaras?

Alaina, en un primer momento no respondió; le dio la espalda y se adentró en la habitación. Después se giró y lo enfrentó, poniendo los brazos en jarras y elevando el mentón.

—Lo digo porque no estoy acostumbrada a que me insulten, me encierren, me cuestionen, me interroguen o duden de mí. Y todo eso en un breve espacio de tiempo.

—¿Has comido algo desde ayer?

Parpadeó varias veces, sorprendida por el cambio de conversación.

—No —atinó a decir—. En realidad, no sé si es de día o de noche, si hace sol o llueve. Este maldito lugar no tiene ni una sola ventana o un reloj del

que poder echar mano.

—Es de día, Alaina, hace unas horas que ha amanecido. Y este lugar no tiene ventanas porque se halla en las entrañas de una montaña.

—¡Genial! —adujo elevando los brazos y dejándolos caer de nuevo—. Pues le rogaría al señor, que cuando tenga a bien, por supuesto, me dé la oportunidad de poder recuperar mi teléfono móvil; eso con lo que podré llamar a mi tía para saber si está viva o muerta.

Cassiel, todavía en el marco de la entrada, elevó una rubia ceja creando un arco perfecto. Era evidente que estaba molesta y no podía culparla. Creyendo que quizá el hambre empeoraba su mal humor, ordenó al guarda que le llevasen algo de comida. Después de ver cómo el hombre se marchaba por el pasillo para ejecutar su orden, se adentró en el dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

—Siéntate —ordenó, conciso.

Pero ella no obedeció, y él, impaciente, se pasó la mano por el pelo.

—Alaina, por favor, no seas terca.

—Necesito respuestas, Cassiel —replicó molesta—. Al menos me debes eso.

Sabía que tenía razón.

La admiró por el arrojo y el coraje que trasmitía con fiereza, y también por la vulnerabilidad y la fragilidad que quería esconder a toda costa. Era una mujer sorprendente, con una fuerza interior digna de elogio. Por todo ello, a pesar de ir en contra de las normas establecidas, decidió contestar a las cuestiones que la atormentaban.

—Está bien, te daré las respuestas que necesitas.

Y así lo hizo.

Cassiel le habló de la creación de la Orden de los Varones y de la antigüedad e importancia de la hermandad que llevaba milenios luchando contra el mal y la oscuridad. Después de recibir el apetitoso y succulento desayuno, que Alaina empezó a devorar tras sentarse junto a la mesa redonda que había en su habitación, le habló de la historia de la reina Lupa y el apóstol Santiago, y de sus dos hijos, Tomás y Moisés, ascendidos en el escalafón de la comunidad y designados como los «Guardianes Reales» por su señora Arellys. También le contó la historia de esta, que no era más que el santo Grial, fruto del matrimonio de Jesucristo con María Magdalena. Detalló y narró el dolor y la mortificación que sintieron cuando fueron traicionados por uno de los suyos, y cómo los demonios incursionaron en la fortaleza, logrando

que Arellys fuera capturada por las tinieblas y llevada al averno, al igual que el arcángel Gabriel, no sin antes dar a luz a Iria, consecuencia del amor entre ella y su hermano celestial. No se olvidó de contarle cómo unos meses atrás habían recuperado a Tomás, el cual también había sido apresado por la oscuridad, junto a su hermano gemelo, Moisés, descubriendo, tras ese hecho, la existencia de Iria, pues hasta entonces desconocían su nacimiento y la vida que había llevado hasta el presente.

Respondió, una a una, a las preguntas que Alaina le iba haciendo, sobrepasada por toda esa increíble y espeluznante información. Hasta que un pesado silencio se estableció durante unos segundos en la habitación.

—Entiende que, tras todos esos sucesos, mis hermanos y los miembros de la Orden estén un tanto susceptibles con el tema de la seguridad y la visita de extraños a uno de los lugares más seguros que existen sobre la faz de la Tierra. Máxime, cuando en él viven y dependen muchas vidas humanas — finalizó él—. Pero, sobre todo, por la extraña facultad que ostentas y que has utilizado para salvar mi vida. Por cierto, una facultad por la que todavía no te he dado las gracias.

Alaina se reclinó en su asiento y subió una de las piernas encima de la silla con dejadez, escondiendo tras ese gesto la incomodidad que sentía ante un hecho que ni ella misma podía explicar.

—No me las des, yo no he hecho nada.

Cassiel, por segunda vez en pocos minutos, volvió a enarcar la ceja con asombro.

—No estás hablando en serio.

—¿Acaso me ves reír?

—Alaina...

Disgustada por lo que estaba insinuando, se cruzó de brazos y elevó el mentón con rebeldía para interrumpirlo.

—Te he estado escuchando, atentamente además, y has hablado de ángeles, demonios, antiguas reinas druidas, apóstoles, hijos de apóstoles, santos griales, pero en ningún caso has mencionado a humanos que pudieran tener poderes extraordinarios. Y es lo que soy, Cassiel, una simple humana, nada más.

El ángel tamborileó con los dedos sobre la superficie de la madera pulida.

—¿Y si no lo eres?

Alaina elevó ambas cejas y después estalló en carcajadas.

—Ahora el que está de coña eres tú, ¿verdad? —Como él no respondió, el rostro de ella se tornó mortalmente serio—. Estás loco si piensas que yo tengo algún *supermegapoder* que cura demonios. Nada de toda esta locura tiene que ver conmigo, ¡nada!

Cassiel se mantuvo callado, pensando la mejor manera de abordar y de ejecutar la orden recibida por parte de Raziel.

—¿Estás segura de eso? —cuestionó, meditabundo, pasados unos segundos—. Iria tampoco sabía quién era ella en realidad, a pesar de tener varias pruebas delante de sus narices.

—¿Qué pruebas?

—Sus visiones, por ejemplo.

Inquieta, Alaina desvió la mirada para que no descubriera el miedo en sus ojos. El hecho de que ella sufriera desde que era muy pequeña pesadillas nocturnas en las que era perseguida por demonios, no quería decir absolutamente nada.

—En tu caso, las pruebas son más abrumadoras. Lo digo por lo que ocurrió ayer en la enfermería. No puedes negarlas.

Cansada de todo aquel sinsentido, lo miró directamente a los ojos.

—Lo que ocurrió ayer fue fruto de la casualidad. El remedio que te dieron comenzó a hacer efecto cuando te toqué, nada más. Créeme cuando te digo que no fui yo.

—No lo sé —respondió, tras pensarlo un momento—, pero son demasiadas casualidades como para ser desestimadas sin más, ¿no crees?

—¿Qué insinúas? —lo cuestionó, entrecerrando los ojos.

—No insinuó nada, simplemente creo... creemos —se corrigió—, que sabes más de lo que cuentas.

Profundamente molesta, Alaina se levantó de la silla mientras un gemido de frustración salía de su garganta.

—¿En serio, Cas? —preguntó con un brillo de decepción en la mirada—. ¿Tú también piensas que estoy mintiendo?, ¿qué os oculto información?

Él, reaccionando a su enfado, también se levantó.

—No, por supuesto que no. Pero quizá hayas pasado algo por alto... No sería tan descabellado, te lo aseguro.

Alaina cuadró los hombros, puso los brazos en jarras y lo retó con la mirada.

—Ah, ¿sí?, ¿y qué es?, ¿acaso lo sabes? Porque yo no tengo ni la más remota idea de qué querían esos cabrones de mí, ni de por qué todo el mundo

piensa que soy una maldita gurú salida de una mala serie de ciencia ficción. ¿Será, a lo mejor, que soy el anticristo?

Cassiel hizo una larga pausa, sondeando el rostro de esa mujer singular.

—¿Qué me dices de la visita de dos abogados unas horas antes del ataque?

Ella enmudeció de repente y un escalofrío recorrió su columna vertebral.

El ángel fue testigo de su palidez, de la tensión en el cuerpo y de su gesto desencajado. Y se maldijo por ser él y no otro quien le ocasionara ese profundo dolor. Se veía claramente que era un tema delicado para ella.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, tras recuperar de nuevo la voz.

—Alaina... —comenzó a hablar con tono tierno para que supiera que estaba de su lado.

Pero ella detuvo su avance al levantar una mano, al mismo tiempo que lágrimas de rabia e impotencia asomaban por la comisura de sus bellos ojos. Se mordió con fuerza el labio inferior para evitar que temblara y, enojada, se borró con el reverso de la mano una traidora gota salada que comenzaba a resbalar por su mejilla.

—¡Responde, Cassiel!

Inmóvil, le mantuvo con esfuerzo la mirada, extrañado por los sentimientos de protección y ternura que despertaba en él.

—Amitiel lo vio cuando entró en tu mente.

Alaina retrocedió dos pasos y finalmente le dio la espalda. Con los puños apretados y los brazos pegados al cuerpo, miraba los leños de madera arder en la chimenea que caldeaba la habitación. Quizá fuera injusta con él, pero se sentía traicionada y no creía ser merecedora de la desconfianza que generaba en todos ellos.

—Y tú supones que te lo he ocultado a propósito —susurró al fin.

El ángel se acercó a ella despacio y se quedó muy cerca de su espalda, casi tocándose.

—No, no lo pienso.

Aliviada, Alaina cerró los ojos y dejó salir lentamente el aire retenido en sus pulmones. Necesitaba confiar y que alguien la creyera, porque de lo contrario se volvería loca. Su débil mundo se tambaleaba como un castillo de naipes, y era vital para ella saber que él la apoyaría pese a todo.

—¿Me crees si te digo que esa visita no tiene nada que ver conmigo?

Él la agarró con suavidad por los hombros y Alaina dejó caer el cuerpo contra su fuerte pecho.

—Te creo porque realmente sé que es lo que piensas, pero opino que quizás estés equivocada.

—¿Qué quieres decir?

—Piénsalo, Alaina, hay una parte de ti que desconoces, un pedazo de tu historia que hasta ahora estaba escondida. ¿Y si están ahí las respuestas que buscamos? Tal vez creas que no tiene nada que ver contigo, pero, ¿y si te equivocas? ¿Qué pierdes por intentarlo?

Ella se giró y envolvió con sus brazos el torso de Cassiel, apoyando la mejilla en su fuerte pecho, consiguiendo que él deslizara las manos por su espalda y reposaran en su cintura.

—No es una cuestión de perder o ganar, es una cuestión de dignidad. Mi padre nos abandonó a las dos cuando yo tan solo era una niña pequeña. Y tras la muerte de mi madre, esperé durante muchos años recibir noticias tuyas, hasta que me di cuenta de que jamás le había importado.

Cassiel sujetó con ternura el rostro de Alaina y lo recorrió con la mirada, deteniéndose en las diminutas motas blancas que salpicaban el gris de sus ojos, y dejándose atrapar por la fragilidad y el dolor que los abrumaba. El olor de su cabello recién lavado y el calor que su cuerpo desprendía tan cerca de él, embotaban sus sentidos de una forma que nunca antes había experimentado. Y como si no tuviera dominio sobre su propio cuerpo, alzó la mano para apartar con delicadeza un rebelde mechón cobrizo que caía sobre su frente.

—Es imposible que haya alguien a quien no le importes.

Capítulo 12



Cassiel no fue consciente de lo que sus palabras implicaban hasta que fue demasiado tarde. Ese gesto tierno y esa frase susurrada con más pasión de la requerida podían dar pie a que ella pensase algo que no era cierto.

«¿O quizá sí?»

Rígido, se alejó, tras carraspear con fuerza y mesarse el pelo con nerviosismo.

—Perdón por... Yo no... No quiero que... —tartamudeó, inquieto, mientras se paseaba de un lado a otro—. Me refiero a que sí me importas, pero... no como parece que...

—Tranquilo —habló Alaina al verlo tan alterado—. Sé lo que sientes por la mujer de cabellos plateados. Se llama Dabria, ¿no es así?

El ángel abrió los ojos desmesuradamente al verse pillado por sorpresa.

—¿De dónde sacas esa loca conclusión?

Alaina se cruzó de brazos y lo escudriñó con la mirada.

—¿Acaso no es cierto?

Cassiel le dio la espalda y tragó saliva con fuerza.

—Dabria y yo solo somos amigos.

—Esa no es la pregunta que te he hecho, Cassiel. —Pero su

incertidumbre quedó en el aire cuando él no respondió, por lo que siguió divagando con la clara intención de que saltara en algún momento—. A no ser que los ángeles no puedan estar con otros seres. Quizá sea eso... Si sois asexuados es comprensible, pero... Eso no tendría sentido, ¿no crees? Si no pudierais procrear, Iria no existiría; a no ser que solo los arcángeles...

—Sí podemos —la interrumpió él—, aunque no debemos. Al menos hasta encontrar a la mujer adecuada... O eso dicen.

Ella arrugó el ceño ante esa escueta información.

—¿Qué quieres decir?

—Durante milenios han existido hijos procreados entre ángeles y humanas. Encuentros que solamente ocurrían con los hermanos caídos, los rebeldes que abandonaban el amparo de nuestro padre para abrazar los designios de Lucifer. Esa descendencia tiene un nombre, «los *Nefilim*», que significa «los descendidos». Hasta hace poco, creíamos que no era digno de nosotros yacer con una mujer, que solamente nuestros hermanos renegados se atrevían a semejante sacrilegio inducidos por el mal y la lujuria que los corrompía. No obstante, lo ocurrido entre el arcángel Gabriel y mi señora Arellys ha derrumbado esas creencias hasta hacer temblar los cimientos de nuestro sistema, creando una brecha entre nosotros que nos divide entre los hermanos que piensan que está bien y los que no.

Alaina se acercó despacio a él.

—¿Y tú? —lo interrogó, tocando con la palma de la mano su espalda—, ¿tú qué piensas, Cassiel?

Él sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero y cerró los ojos para disfrutar esa sensación. Pero enseguida los abrió, cuando su respiración comenzó a agitarse. Ella esperó expectante su respuesta, deseando con ansias que desmintiera sentir algo por esa pequeña mujer.

—Esa es una cuestión que no tiene el más mínimo interés en estos momentos —explicó con demasiado énfasis, alejándose de su contacto—. Deberíamos centrarnos en lo verdaderamente importante y olvidarnos de tales nimiedades.

Alaina apretó los dientes al sentir su rechazo y guardó las manos en los bolsillos del pantalón.

—El amor no es ninguna nimiedad, es el motor que nos impulsa a seguir luchando cada día, el motivo que nos hace ser como somos. Donde hay amor hay vida, Cassiel. Sin él, estás muerto por dentro.

Sin saberlo, Alaina estaba tocando un tema escabroso y difícil para él.

No era sencillo sentir amor por un ser que lo ignoraba, que lo repudiaba... Y Dabria lo hacía. Lo hacía porque estaba enamorada de uno de sus mejores amigos y no podía culparla por ello. El amor no lo eliges tú, te elige él, y no hay nada que puedas hacer para ser correspondido, salvo que la otra persona sienta lo mismo.

¡Pero dolía demasiado, maldita sea! ¡Dolía como el fuego del mismo infierno!

Cassiel apretó con fuerza los puños y se giró para mirarla directamente a los ojos.

—No tengo tiempo para sentir esas cosas. Estoy demasiado ocupado matando demonios para proteger a los hombres de ellos. Y tú deberías estar más preocupada por tu destino que por lo que yo sienta o deje de sentir por otra mujer.

Alaina alzó el mentón con orgullo.

—Pues díselo a tu cara cuando veas otra vez a la druida. Creo que no estará de acuerdo con las palabras que salen de tu boca.

Él se acercó a ella con la rabia congestionando su bello rostro.

—Lo que mi cara diga o deje de decir no es asunto tuyo. Y cuando quieras hablar de cosas realmente importantes... avísame.

Atónita, lo observó irse, no sin antes dar un sonoro portazo que hizo temblar las paredes.



Cassiel se encontraba apoyado en el tronco de un ciprés, observando desde la lejanía cómo Dabria trabajaba en su pequeño huerto de plantas medicinales. No se atrevió a acercarse más por miedo a que se lo reprochara nuevamente.

—¿Te pillo en un mal momento?

Distraído como estaba, no había escuchado acercarse a Iria, que lo abordó con cautela.

—¡¿Qué?! No, mi señora, por supuesto que no. ¿Por qué lo dices?

—Porque tienes cara de querer morder a alguien.

—¡Y dale con mi cara! —rezongó, malhumorado—. No sé qué manía os ha entrado a todas con mi cara.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, sorprendida por su irascibilidad.

—¿Todas?

El ángel desvió la mirada, avergonzado por la exageración.

—Bueno, en concreto Alaina. Esa mujer tiene la extraña habilidad de sacarme de quicio.

Iria sonrió con picardía.

—¡Vaya!, y yo que creía que ese don era competencia exclusiva de mi marido. Para ser el ángel de la Templanza, estás muy desentrenado últimamente ¿no crees?

Cassiel fijó su mirada en ella y olvidó el respeto que le debía.

—Y parece ser que las malas costumbres también se pegan, ¿verdad?

Tras soltar una carcajada, su amiga respondió:

—No le echés toda la culpa a Tomás, yo también aprendo rápido. Además, deberías estarle tremendamente agradecido; si no fuera por Alaina, hoy no estaría burlándome de ti.

—Díselo a ella —objetó todavía molesto—, jura y perjura que no tuvo nada que ver.

—¡Estás de broma! —soltó perpleja—. Todos estábamos allí y vimos lo que pasó.

Él se encogió de hombros.

—Esa mujer es más terca que una mula —resopló, irritado, al recordar la conversación mantenida minutos antes—. Afirma que fue casualidad y que no tiene ningún *supermegapoder* que cure demonios. Y si intentas razonar con ella, suelta una sarta de locuras que no vienen al caso.

—¿Qué clase de locuras?

Cassiel, inconscientemente, desvió la mirada hacia la mujer que seguía quitando malas hierbas en su pequeño huerto. No podía reconocer ante nadie que lo más irritante de todo aquel asunto era saber que una desconocida hubiera leído tan bien los profundos sentimientos que profesaba hacia Dabria. El enfado que lo había hecho salir huyendo de la habitación escondía el miedo recurrente de que su mayor secreto saliera a la luz. Si ella había podido descubrirlo, cualquiera podría hacerlo.

—Nada de interés —respondió con estudiada indiferencia.

Pero Iria era mucho más inteligente y avispada de lo que él pensaba, y comenzó a atar cabos al seguir la mirada de su amigo.

—¿Tiene algo que ver con Dabria?

El gesto de espanto de Cassiel fue suficiente para confirmar sus

sospechas, y las comisuras de su boca se elevaron un poco, aplaudiendo mentalmente a Alaina por su intuición femenina.

—Cas, tranquilo —intervino cuando el rostro del ángel pasó por varios tonos de colores—. Sé desde hace tiempo lo que sientes por ella.

—No sé de qué me estás hablando —atinó a decir.

Iria puso los brazos en jarras y elevó una ceja.

—Recuerda con quién estás hablando, por favor.

El bajó la mirada hacia el recién cortado césped, sobrepasado por la vergüenza y la confusión, y terminó por darle la espalda, incapaz de soportar su escrutinio piadoso.

—¿Quién más lo sabe?, ¿Tomás?

Ella rio por lo bajo.

—Mi marido no tiene ni idea de nada, al igual que el resto del género masculino. Solo nos hemos dado cuenta mi madre, Alicia y yo. Quizá sea porque como somos los miembros más recientes, podemos ver la situación entre tú y Dabria con otros ojos, al igual que lo ha hecho Alaina.

El pesado silencio del ángel dejó constancia en Iria de lo importante que era ese tema para él.

—No te preocupes, Cas, te aseguro que ninguna de nosotras dirá jamás nada sobre lo que sabemos —lo tranquilizó, acercándose a él y posando una mano en su tenso hombro.

Este, inquieto, se pasó la mano por el pelo.

—Permíteme que lo dude —replicó, preocupado—, sobre todo conociendo a doña Amelia y su inclinación por decir lo primero que se le pasa por la cabeza.

Iria chistó al comprender su agitación.

—Es cierto que mi madre puede ser un poco bocazas, pero también es consciente del grave conflicto que surgió entre los ángeles por la relación de mis verdaderos padres y mi posterior nacimiento. Las tres respetamos profundamente tu intimidad y la decisión de no decir nada sobre lo que sientes, Cas.

Más tranquilo, se giró para mirarla y de nuevo apoyó la espalda en el rugoso tronco del árbol.

—Gracias.

—No me las des, no es necesario —respondió con una suave sonrisa.

Cassiel la estudió con más detenimiento y seriedad.

—Si te has percatado de mis sentimientos hacia Dabria, supongo que

también sabrás que ella...

—... está enamorada de Tomás —finalizó por él—. Sí, por supuesto.

—¿Y no te molesta?

Iria sacudió la cabeza mientras un brillo de compasión cruzaba por sus ojos marrones.

—En realidad, me da mucha pena la situación. Que mi marido sea tan obtuso como para no darse cuenta de que su «hermanita pequeña» está locamente enamorada de él, no significa que yo esté ciega. Las cosas serían muy distintas para todos si sus sentimientos hacia Tomás no fueran los que son. Sin embargo, es un hecho que nadie puede cambiar y yo no puedo culparla por ello.

—Ahora comprendo mejor—comentó el ángel, admirándola todavía más—, por qué soportas los desaires de Dabria y sus malas contestaciones. Eres una mujer envidiable, Iria.

—No te confundas —repuso seria—. Que entienda por lo que está pasando no significa que esté dispuesta a tolerar sus faltas de respeto durante mucho tiempo. Estoy dándole espacio suficiente para que digiera el golpe que ha sufrido, pero mi paciencia también tiene un límite.

Cassiel asintió, entendiendo por completo sus sentimientos. Y tras esas palabras, ambos enfocaron la atención hacia la mujer que trabajaba de rodillas en la tierra, ajena a lo que estaban hablando de ella.

—Si me permites un consejo —habló Iria tras unos instantes de reflexión—, te diré lo mismo que le diría a ella. Pasa página, Cassiel; no sigas sufriendo más por un imposible. Dabria no está destinada a ti.

Las miradas de ambos se cruzaron, e Iria fue consciente del dolor que atravesó los intensos ojos verdes de su amigo. Se sintió fatal por ser ella quien le hiciera tanto daño.

—¡Ojalá fuera tan fácil!



Alaina llevaba un buen rato caminando de un lado a otro de la habitación como un león enjaulado. Harta de estar encerrada en aquella enorme estancia, se dirigió decidida hacia la puerta para tomar un poco el aire dando un paseo.

No obstante, se detuvo en seco al toparse con el guarda, que se interpuso de inmediato en su improvisada excursión por la fortaleza.

—No puede salir de la habitación.

—¿Por qué? ¿Acaso soy una prisionera? ¿Estoy arrestada? ¿Se me considera un rehén?

El hombre, aturdido ante tanta pregunta, parpadeó repetidas veces al comprender que ella no era ninguna de esas cosas.

—No, claro que no.

—¿Entonces? —cuestionó, poniendo los brazos en jarras.

—Tengo órdenes de no dejarla salir por su seguridad.

Alaina le dio un ligero empujón para disponer de vía libre, apartándolo de su camino, y, decidida, caminó con fingida seguridad por el largo pasillo, rezando para que no la detuviese.

—Estoy completamente segura de que serás muy capaz de protegerme aquí adentro.

Y dejó atrás al sorprendido guarda que, cuando quiso darse cuenta, tuvo que correr unos pocos metros, agarrando la espada sujeta a su cintura para no quedarse atrás.

—¿Sabes dónde está nuestro querido rubiales con alas?

—¿Perdón?

Ella lo miró de reojo con fastidio.

—Si sabes dónde está Cassiel.

—¡Aah!, no, no lo sé.

—¿Puedes llamarlo?, quiero hablar con él.

Desconcertado, el hombre hizo una mueca de contrariedad.

—No creo que...

—¿No lo puedes llamar con la mente? —Resopló molesta, pensando que el tipo era un poco cortito de miras—. ¿Acaso no os comunicáis así?

—Esa facultad solo la poseen los ángeles.

—¡Pues vaya fastidio! —replicó, cada vez más irritada—. ¿Y dónde están esos *angeluchos* cuando los necesitas?

—Pues... yo... no sé muy bien... —farfulló, aturullado.

Alaina le lanzó una mirada tan desaprobadora, que dejó mudo al orgulloso guerrero. Frustrada, pensó en buscar alguna forma de entretenimiento hasta que pudiera hablar con su «guapo y cabezota ángel» para pedirle que la llevara con su tía Beth.

—Y dime, Abraham —habló poco después de recorrer varios pasillos

llenos de puertas a cada lado—, ¿qué lugares hay por aquí para poder pasar el rato? Porque no creo que estéis encerrados todo el día en vuestras habitaciones.

El hombre carraspeó, incómodo, porque sabía que estaba cometiendo una imprudencia dejándola vagar sola por los pasillos. Tenía claro que recibiría una amonestación por haber permitido que esa mujer saliera de su habitación sin permiso, pero...

«¡Cualquiera la detiene, vamos! ¡A ver quién es el listo!»

—No, por supuesto —adujo caminando a su lado—. Disponemos de varios espacios de ocio, como la capilla...

—¡Ummm... nop!

—La biblioteca...

—¡Me aburreeeeeeeee!

—Unos hermosos jardines...

—Bueno, no estaría mal.

—Un cine....

—Vamos mejorando.

—Salones de juegos recreativos...

—Eso suena mejor.

—Cafeterías...

—Ajá...

—Un gimnasio con piscina, spa...

De súbito, Alaina se detuvo en seco.

—Esa idea me gusta, llévame allí.

—Bu... bueno... yo... yo... no sé... si es... una bu... buena idea... — tartamudeó, comenzando a sentir un poco de pánico.

—Tranquilo, hombre —señaló despacio, dibujando en su rostro la sonrisa más dulce y angelical que sabía fingir—, solo pretendo dar unos largos para relajarme, no acabar a golpes con una legión de ángeles.

El hombre meditó durante unos segundos, hasta que tomó una decisión.

—Está bien. —Y tomó la delantera para enseñarle el camino hacia el gimnasio.

Cuando llegaron y accedieron a él, varios compañeros de Abraham se encontraban entrenando en los *tatamis* que tenían a su disposición, con distintas armas letales. Algunos detuvieron el entrenamiento cuando ella apareció, y Alaina recorrió con la vista la enorme sala, equipada con los últimos modelos de aparatos para ejercitarse.

En el enorme recinto, varios hombres sudorosos hacían ejercicio sobre cintas de correr, máquinas dispuestas para trabajar numerosas partes del cuerpo, etc. Disponían de una sauna, pesas de distintos tamaños, un baño turco, y una piscina detrás de una cristalera donde poder hacer unos largos si les apetecía.

No obstante, avergonzada por no haber pensado en ello antes, recordó que para la piscina necesitaría un bañador que no poseía.

—Disponemos de un pequeño almacén con ropa nueva de deporte —le informó el guarda, leyéndole la mente.

—Vaya, eso sería fantástico.

—Sígame y escoja usted misma el modelo y la talla de bañador que prefiera, de entre lo que hay guardado para usar en cualquier momento.

Alaina así lo hizo, y tras elegir un bonito modelo, se dirigió al vestuario de mujeres que en aquel instante estaba vacío. Abrió una taquilla, se desnudó y cambió su ropa por un sencillo y cómodo traje de baño que le sentaba como un guante.

Se introdujo despacio en la desierta piscina olímpica, pues en ese momento estaba disponible para ella sola, dispuesta a disfrutar de un poco de ejercicio con el que destensar los nervios acumulados.

Transcurridos veinte minutos, decidió salir para probar la piscina pequeña del spa urbano, que mantenía el agua unos grados más caliente y contaba con diferentes chorros que caían dirigidos hacia puntos estratégicos de su cuerpo.

—¡¡Oh... Madre... Mía!! —exclamó con éxtasis tras soltar un gemido de placer—. Esto es la gloria.

Cerró los ojos y dejó que el agua relajara músculos de su cuerpo que ni sabía que existían, hasta que minutos después una voz la sobresaltó.

—Parece que lo necesitabas, ¿eh?

Alaina abrió los ojos de golpe y se encontró con una mujer madura que la miraba con un brillo de diversión en los ojos.

—Discúlpame, no pretendía asustarte —señaló, desplegando una dulce sonrisa mientras se colocaba en el chorro de al lado.

—No pasa nada, es solo que no esperaba encontrarme con ninguna mujer. Parece que no hay muchas por aquí.

—Sí que las hay, te lo aseguro —le informó la desconocida—, pero suelen venir un poco más tarde; a estas horas andan un tanto ocupadas. Yo aprovecho que sufro de fibromialgia y algo de artrosis para ofrecerle un poco

de alivio a mis viejos huesos.

La mujer enseguida le cayó bien a Alaina. Proyectaba dulzura y buen rollo, y una ternura difícil de explicar. Su mirada limpia y clara era suficiente para que ella se relajase ante su presencia.

—Pues yo no tengo ninguna excusa para estar aquí.

—Ni falta que te hace, niña —soltó divertida—. Por cierto, mi nombre es Amelia.

—El mío Alaina —se presentó, después de colocarse en una posición donde el chorro pegara con más puntería.

Una mueca de alivio recorrió su rostro cuando encontró el punto exacto.

—¡Vaya, así que eres tú! —señaló la mujer, gratamente sorprendida—. Mi hija me ha hablado de ti.

—¿Su hija?

—Soy la madre de Iria, más conocida como el Grial.

Capítulo 13



—¡Ah, usted es esa Amelia! —exclamó al reconocerla por la historia narrada esa misma mañana por Cassiel—. La madre humana de Iria.

—La misma que viste y calza —respondió con orgullo—. Y tú la que le ha salvado la vida a mi querido Cas.

Alaina hizo un mohín de disgusto.

Entornó los ojos y se fijó en el aspecto de aquella mujer: en su cabello corto de color rubio, peinado de forma tradicional; en sus dulces y serenos ojos castaño claro, enfatizados por unas facciones elegantes y llenas de vida. Exudaba ternura y confianza por cada poro de su piel, al mismo tiempo que un brillo perspicaz vibraba en su mirada.

—Yo no le he salvado la vida a nadie.

Amelia dibujó un gesto de sorpresa con la boca.

—¡Oh!, eso no fue lo que me comentó mi hija.

Ella negó con la cabeza y después cerró los ojos, invitando a la mujer con ese simple gesto a olvidar ese extraño suceso y a cambiar de asunto. En realidad, no le apetecía nada tener que dar más explicaciones.

—Le aseguro que yo no hice nada. —Y aprovechó para cambiar de tema—. Por cierto, ¿suelen salir de este agujero alguna vez?

La madre de Iria la miró extrañada, pero al final le siguió el juego.

—Yo he salido varias veces, solo tenemos que pedirlo y nos acompañarán allá donde queramos ir.

Alaina abrió los ojos con sorpresa.

—¡Está de broma! ¿Voy a estar vigilada siempre, enterrada aquí bajo esta inmensa mole de piedra?

Amelia torció los labios en una sonrisa irónica.

—Cariño, a partir de ahora no podrás ir sola a ningún sitio. Si los demonios te persiguen, el único lugar seguro es este, o cualquiera de los demás refugios que pertenecen a la Orden.

El ánimo de Alaina se hizo añicos.

Solo el pensar que sería prisionera de esa gente durante el resto de su vida la hundió en la miseria. Jamás creyó que su vida daría un vuelco de ciento ochenta grados como aquel, y empezar a comprender que no la recuperaría tal y como había sido la estaba matando.

—¡Pero eso no puede ser! —exclamó, apabullada ante el tumulto de emociones—. Yo tengo una vida ahí fuera. Tengo una familia, amigos, trabajo... No pueden pretender que lo deje todo atrás.

La mujer de más edad clavó sus ojos en ella con tal intensidad, que consiguió intimidarla.

—Niña, creo que no te estás dando cuenta de la gravedad de tu situación. En el momento en el que pongas un pie fuera de este lugar, sin la protección que aquí te ofrecen, tu vida no valdrá nada. Y tu familia, tus amigos y el trabajo que antes realizabas, no será ningún impedimento para que las tinieblas te atrapen entre sus garras. Te lo digo por experiencia propia, no querrás que eso suceda... En serio, no querrás.

La advertencia sugerida con tanta transcendencia la pilló por sorpresa y a su mente llegó el recuerdo de las palabras de Cassiel sobre esa mujer. Amelia había sido capturada por los demonios con la única intención de chantajear a Iria. Y si no la mataron nada más apresarla, fue con la esperanza de poder canjear su vida por la del Grial.

—¿Qué le... le hicieron cu... cuando la capturaron?

La mujer desvió el rostro para que no viera el sufrimiento y el horrible miedo que escondía en lo más profundo de su ser. Jamás había sido capaz de hablar de ello, ni siquiera con su propia hija. Temía que, si lo hacía, se derrumbaría por completo. Su mente había conseguido enterrarlo en lo más hondo, creando una barrera psicológica que la protegiera de la locura y el más

intenso y oscuro terror. Y ese simple gesto hizo que la imaginación de Alaina se disparara.

—Eso no importa —respondió mientras escondía un penetrante escalofrío que le recorrió la columna vertebral—. Lo único que debes tener bien claro es que tu vida ya no volverá a ser la misma a partir de ahora. Si yo sigo viva es gracias al sacrificio que hizo Moisés, el gemelo de mi yerno Tomás, cuando recibió la puñalada que estaba destinada a mí. Si estás en el punto de mira del mal, solamente estarás a salvo aquí. Únicamente los ángeles y la Orden podrán protegernos a ti y a los tuyos.

Alaina mantuvo silencio un instante mientras digería las palabras de esa sabia mujer. Y de pronto se dio cuenta de una cosa. Si antes le urgía saber el paradero y el estado de salud de su tía, ahora con más motivo. Podrían usarla a ella tal y como hicieron con la madre de Iria. Su madrina corría grave peligro. Y necesitaba verla. Era extremadamente urgente encontrarse con ella para saber que estaba a salvo.

—¡Oh, mierda!

—¿Qué ocurre? —interrogó Amelia, sobresaltada por el espontáneo exabrupto.

—¡Mi tía Beth! No sé nada de ella desde hace dos días y puede estar en peligro. A pesar de que los ángeles me dicen que está bien, yo quiero verla y comprobarlo con mis propios ojos.

—Tranquila, si te han dicho que está bien, es que es cierto.

—Sí, pero ¿durante cuánto tiempo?

Amelia no supo responder a esa pregunta, y reconoció el mismo miedo y desolación que ella había sentido por su hija pocos meses antes.

—Pídele a Cas que la traiga aquí.

—No sé dónde está. Esta mañana el rubiales se marchó furioso de mi habitación y no sé cómo encontrarlo en este inmenso laberinto. Bastante me ha costado que me dejaran salir de mi habitación y llegar hasta aquí.

—¿Cassiel furioso? —cuestionó, asombrada ante esa información—. Creía que mi yerno y algunas veces Amitiel, eran los únicos que lo sacaban de sus casillas.

Ella se encogió de hombros.

—Pues no es tan difícil, créame. Para ser el ángel de la Templanza, anda muy justito de paciencia.

Amelia la escudriñó más detenidamente y una juguetona sonrisa asomó a su boca.

«Rubiales», pensó, descojonándose en secreto.

—Te creo, niña, te creo.

Tremendamente preocupada, Alaina se frotó la frente mientras le daba vueltas a lo que esa mujer le había dicho. El peor miedo era el desconocimiento, y tal y como la habían tratado hasta el momento los más altos cargos, no tenía motivo alguno para confiar en la palabra de esa gente. La sospecha y desconfianza era bidireccional. Su tía podía estar muerta y ella no saberlo.

No era consciente del examen tan exhaustivo al que estaba siendo sometida por parte de la agradable señora que la acompañaba en aquel momento. Su mente era un remolino de pensamientos y temores, pues, si algo le habían dejado muy claro desde que estaba allí, era que la Orden y sus intereses estaban por encima de todo.

—El caso es que no sé cómo encontrarlo en este maldito lugar —masculó para sí misma.

—¡Oh, pero eso es muy fácil! —señaló con regocijo Amelia. Y tomándola por completo desprevenida, habló en alto—. ¡Cassiel!

Tras unos segundos de espera, en los que Alaina miró a la mujer como si le hubieran salido de pronto dos cabezas, el susodicho apareció de la nada.

—¡¿Pero qué puñetas...?!

Cassiel observó a las dos mujeres sin un ápice de sorpresa en su rostro. Y pétreo, tras comprobar que todo estaba en orden, dirigió su atención hacia la madre de Iria.

—¿Necesita algo, doña Amelia?

La mujer lo miró con una expresión de no haber roto un plato en su vida.

—Yo no, pero al parecer esta chica lleva buscándote desesperada un buen rato. Y me estás decepcionando, Cas, no creía que fueras tan pésimo anfitrión.

Alaina, que aún mantenía la boca tan abierta que a punto estuvo de desencajársele la mandíbula, la cerró de golpe al mismo tiempo que un brillo feroz refulgía en sus grises ojos.

—¡¿En serio?! —chilló tras recuperarse de la sorpresa—. ¿Solo era necesario gritar tu nombre para que aparecieras?

—Es una manera de hacerlo, sí.

Alaina no daba crédito, y el terror que la había invadido unos minutos antes se fue convirtiendo en ira paulatinamente.

—¿Cuándo pensabas decírmelo, Cassiel? —lo cuestionó mientras salía

de la pequeña piscina—. He pasado horas yo sola en esa horrible habitación esperando a que se te pasara el cabreo y volvieras.

—No exageres.

—Pregunté por ti... —El tono de voz iba subiendo cada vez un poco más —, te he buscado por todas partes...

—¡Cálmate, Alaina!

—¡Y resulta que solo tenía que gritar tu nombre! —finalizó, delante de él, con los brazos en jarras—. ¡¿Qué coño te pasa?!

—He creído necesario que te tomaras un tiempo para pensar en lo que habías hecho. ¡Y cuida esa boquita en mi presencia!

Ella abrió tanto los ojos, que a punto estuvieron de salirse de las órbitas.

—¡¿Qué... qué...?!!

«Jo, jo, jo, esto no me lo pierdo por nada en el mundo», pensó Amelia, disfrutando del espectáculo.

Cassiel abrió un poco las piernas en paralelo, elevó la mirada observando un punto indeterminado por encima de su cabeza, juntó las manos detrás de la espalda entrelazando los pulgares, y asumió la postura militar de descanso.

En silencio y sin mover un solo músculo, tragó saliva con fuerza. Reparar en el curvilíneo y perfecto cuerpo de Alaina saliendo de la piscina; en la fina tela del bañador pegado a su húmeda piel que revelaba unos turgentes pechos; en las gotas de agua dulce recorriendo cada centímetro de su tersa tez; en sus kilométricas y desnudas piernas acercándose a él...

Reparar en todo ello, hizo que la boca se le secara de pronto.

—Lo que has oído —respondió, tras emitir un fuerte carraspeo.

—¿Acaso necesito que me castiguen por decir lo que pienso? ¿Quién puñetas te crees que eres para tratarme como si fuera una niña de cinco años?

Lo único que hizo él fue mirarla de reojo, hecho que la enervó todavía más.

—¡Responde, Cassiel!!

—Cuando dejes de comportarte como una, quizá podamos mantener una conversación adulta y racional.

Alaina lo miró con una expresión de pasmosa incredulidad.

—Adulta —repitió—. Conversación. Tú.

El ángel elevó una ceja después de oírla hablar así y buscó con la mirada a doña Amelia, quien sacudió la cabeza mientras aguantaba, a duras

penas, las ganas de reírse a mandíbula batiente.

—Es lo que he dicho, sí.

Ella apretó los puños con fuerza, reprimiendo el intenso impulso de aporrearle.

—¡¡Aaarrggg!!

Cassiel la vio pasar por delante de él hecha una furia.

—¿A dónde vas?

—¡Vete a la mierda!

La cara de horror del ángel hizo que la madre de Iria estallara en carcajadas.

—¡¿Pero qué demonios...?!

—Ve detrás de la pelirroja, Cassiel, no dejes que se te escape.

Este miró a la mujer que todavía se encontraba dentro de la pequeña piscina disfrutando como nunca del espectáculo.

—¿Qué le ha dicho?

—¿Yo? —planteó, intentando fingir sorpresa, aunque su cara de regocijo era tan excesivamente evidente que no engañaba a nadie—. Creo que no necesitas que te ayuden para cabrearla. Tú solo te bastas y te sobras.

El ángel bufó mientras rodaba los ojos, y fue detrás de aquel sexy y obstinado problema con piernas. Corrió unos metros hasta alcanzarla, consciente de las miradas de deseo que le lanzaban algunos miembros de la Orden mientras cruzaba el recinto con una expresión furibunda.

—¡Alaina!

—¡Déjame en paz!

—No seas terca... —Ella se paró un instante para fulminarlo con la mirada, y después siguió caminando hasta llegar a un pasillo desierto—. Detente un momento y hablemos.

—¿Ahora quieres hablar? —soltó, parándose nuevamente y concentrando su enfado hacia él—. Dime cómo va a ser esto para tenerlo claro, Cassiel. Solo se hablará cuando tú lo decidas, ¿es eso? Mientras tanto, ¿tendré que mantenerme calladita y ser una buena humana para no enfadar al señor?

—No, no es lo que...

—¡Mejor! —lo interrumpió, echando fuego por los ojos—. Porque nunca he sido una mujer sumisa que atienda a los ridículos deseos de nadie. Y, por supuesto, tampoco dejo que me traten como a una estúpida niñata.

Cassiel abrió un poco la boca en un claro gesto de desacuerdo.

—No estás siendo justa y lo sabes.

Ella se erizó como una fina y flexible rama de árbol.

—¿Qué no estoy siendo justa? —replicó, asombrada por su osadía —. ¿Acaso es justo que te fueras de esa manera?, ¿qué me dejaras tirada en esa maldita habitación durante horas solo porque te hice una simple pregunta?

Él se acercó a ella más de lo estrictamente necesario.

—No era una simple pregunta, Alaina. Te estabas inmiscuyendo en mi intimidad.

Ella elevó los brazos y los dejó caer.

—¡Oh, discúlpeme usted! No sabía que fuera un delito tan grave preguntar si hay algo entre tú y Dabria. Tienes razón, merezco que me corten la cabeza por tal infamia.

—No te burles —siseó, pegando su cara a la suya.

Su aliento, agitado por la ira, chocaba contra el rostro de ella que estaba muy cerca, y Alaina pudo reparar en una vena que pulsaba furiosa en su frente.

—¿O qué? —Lo retó con altivez y sin un atisbo de miedo—. ¿Me vas a quemar en la hoguera?

Cassiel la agarró por la nuca con fuerza, apretando su húmedo cuerpo contra el de él, y bajó la cabeza hasta estampar sus labios sobre los de ella en un ejercicio de poder.

No se había ido de la habitación únicamente por escapar de la incómoda pregunta sobre su relación con la druida, había huido por los intensos sentimientos que Alaina despertaba en él. Sentimientos que nada tenían que ver con los que albergaba por Dabria; los de esta eran dulces, tiernos, protectores, sensibles, delicados... En cambio, lo que sentía por aquella pelirroja era puro fuego abrasador, carnal, impetuoso, demoledor... Una pasión desbordante que lo hacía flaquear como nada hasta entonces. Y debía reconocer que tenía miedo, auténtico pavor a lo que Alaina provocaba en él; miedo a caer en sus redes y dejarse llevar por la lujuria y el descontrol.

Cassiel era un ángel, un guerrero, uno de los más respetados y venerados por los suyos. Rendirse a sus más bajos instintos sería un acto despreciable y para nada acorde con su forma de ser. Y que fuera con una humana a la que acababa de conocer, lo hacía más indigno si cabe.

No solo se estaba traicionando a sí mismo, sino también a sus hermanos, a su venerado padre, a sus creencias más profundas y, sobre todo, a la mujer que tanto amaba, Dabria.

Y todo por una simple desconocida; una extraña que bien podría trabajar

para la oscuridad con el claro objetivo de seducirlo y tomar ventaja de su posición. Perfectamente podría ser una traidora con la única misión de engañarlos a todos tras ejecutar un plan muy bien elaborado.

No obstante, allí estaba, devorando con ansias desmedidas la tentadora boca de esa humana, llevándolo hasta el límite, empujándolo más allá de su cordura, y anulando su voluntad de forma magistral.

De súbito, escuchó pasos que se acercaban y la razón hizo acto de presencia en el último momento. Desaparecieron de aquel desierto pasillo y reaparecieron en la habitación de Alaina. Apoyó el cuerpo de ella contra la pared, atrapándolo con el suyo, y descansó la frente sobre la de ella mientras intentaba que su cuerpo dejara de temblar por el deseo.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

Cassiel abrió los ojos y susurró esa pregunta mientras el dolor y la vergüenza atravesaban su rostro. La fuerza de voluntad que estaba ejerciendo en ese momento para dejar de besarla era descomunal.

Alaina, sin entender por qué él se sentía humillado ante un momento tan sublime para ella, respondió:

—Qué me lleves a ver a mi tía Beth.

Confuso, parpadeó varias veces creyendo que no la había escuchado bien.

—¡¿Qué?!

Ella lo empujó con sutileza para huir del dulce encierro que representaba su cuerpo pegado al suyo. Decepcionada, le dio la espalda para que no viera el dolor que la acuchillaba por dentro y, tras soltar un fuerte suspiro, repitió:

—Lo que has oído. Quiero comprobar por mí misma que mi tía está sana y salva. Ya no me sirven vuestras promesas vacías ni las continuas demoras sobre esta repetida petición. —Tras decir eso, se dirigió decidida al armario para coger un poco de ropa, y después se encaminó al baño para cambiarse mientras continuaba hablándole al aire—: Y si no me llevas tú, buscaré la manera de hacerlo por mi cuenta.

—¿Y si no lo hago?

Alaina se giró y lo taladró con una mirada fría y calculadora.

—Me lo debes.

Capítulo 14



Tras recibir el ultimátum de Alaina, Cassiel reunió a todos los implicados que hasta el momento sabían de la existencia de la mujer que lo había salvado de una muerte segura. Y a pesar de mantener varias discrepancias sobre si era una buena idea o no, entre las que se encontraban las expuestas enérgicamente por Amitiel, decidieron cumplir la petición que ella reclamaba con insistencia, no sin antes hacerla prometer que buscarían el misterioso sobre que le habían llevado aquellos dos desconocidos.

Y allí se encontraban, delante de una humilde casa de barrio obrero, Alaina, Cassiel y Amitiel, este último mirando a su alrededor con ojo crítico.

—¿Dónde estamos? —preguntó Amitiel.

—En casa de mi amiga Anne.

—Sigo pensando que no era necesario venir —protestó, molesto porque nadie lo tomara en cuenta.

De súbito, anticipándose a la respuesta cáustica de ella, la presencia de otro ángel se manifestó de la nada.

—¿Qué hacéis aquí?

—Hola hermano, Samuil —lo saludó Cassiel, saliéndole al paso e ignorando la pataleta de su compañero—, hemos venido para hablar con la

humana a la que vigilas.

—No he recibido ningún aviso de vuestra llegada —manifestó confundido.

—Ha sido una decisión tomada a última hora. ¿Ha habido alguna novedad?

—Ninguna, todo sigue en calma.

Amitiel miró a Alaina y le hizo una mueca de «ya te lo dijimos» que ella obvió con gesto impasible.

—¿Está en casa? —preguntó ella posando su atención en el ángel de la guarda.

Este asintió cuando reparó en su presencia.

—Sí.

—Bien.

Sin esperar consentimiento alguno, se dirigió resuelta hasta la puerta de entrada, esperó a que los dos ángeles se detuvieran a su lado, y llamó al timbre.

Al igual que la pequeña casa de su tía Beth, el domicilio de Anne era una construcción simple y típica de los suburbios de Edimburgo. Construida en dos plantas y revestida de piedra con ventanas de madera pintadas en blanco, un par de chimeneas en el tejado expulsando un feo humo grisáceo y un pequeño jardín a la entrada, ese lugar traía recuerdos entrañables a la memoria de Alaina.

Unas pisadas se escucharon tras la puerta y ella contuvo el aliento. Tenía la sensación de que habían pasado años desde la última vez que había estado con Anne o con su tía. Y tampoco tenía muy claro cómo sería su reacción cuando la vieran.

—¡Oh, santo Dios! —exclamó su amiga al verla allí parada. Y antes de que pudieran detenerla, corrió a abrazarla con fuerza—. ¡Alaina!

Esta respondió al cariñoso abrazo con lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien? ¡Oh, madre mía! ¿Dónde has estado? —preguntó Anne atropelladamente mientras la examinaba a conciencia con ojos escrutadores—. Hemos estado muy preocupados. Creíamos que te habían secuestrado, que te habías topado con los salvajes que destrozaron la casa de tu tía y te habían... —De pronto enmudeció, al ver a su lado a dos hombretones enormes. Abrió la boca al reconocer a Cassiel como el chico guapo al que había querido ligarse en la discoteca la noche de su desaparición—. Alaina O'Brien Hayes, dime que no has estado de fiesta todos estos días por culpa de estos dos... estos

dos... —balbuceó buscando las palabras adecuadas, al mismo tiempo que estudiaba con entusiasmo a Amitiel—, dioses griegos sacados de una portada de *Men's Health*.

Sorprendida por las palabras comedidas de su amiga ante la presencia de los dos ángeles, Alaina la empujó con suavidad para hacerla entrar en casa.

—¿Está mi madrina?

—¿Tu madrina? —repitió mientras retorció la cabeza para no perderse aquellas gloriosas vistas—. Sí, claro que está.

—Pues llámala, ¡anda! —le ordenó, entre divertida y avergonzada, chasqueando los dedos para llamar su atención—. Anne... ¡Anne!

Su amiga no cambiaría nunca. Era ver unos pantalones masculinos y perdía el culo por ellos.

—¿Por qué no vas tú? —repuso, ignorándola—. Mientras, yo me quedo a recibir a estos dos chicos guapos. No me harás quedar mal como anfitriona, ¿verdad, querida amiga?

Alaina se encogió de hombros e inmediatamente se dirigió a las escaleras que daban a las habitaciones de arriba. No le importaba dejarla a solas con ellos, sabía que estaría salvo, y, de esa manera, dispondría de unos preciosos minutos de intimidad con su tía.

—En la habitación de invitados, ¿verdad?

—¡Ajá! —respondió su amiga sin prestarle mucha atención. Pero sí fue consciente del gesto que hizo Cassiel para impedir que su compañero saliera corriendo tras ella—. Y díganme, caballeros, ¿puedo invitarles a algo? Me tienen a su entera... «disposición» —ronroneó con deseo.



—Madrina, ¿puedo pasar?

Alaina tocó con los nudillos en el marco de la puerta, y un enorme alivio recorrió su cuerpo al escuchar la voz de su tía responder detrás de ella.

—¿Alaina?! —La puerta se abrió inmediatamente y, tras ella, surgió la figura del único familiar vivo que le quedaba—. ¡Oh, Dios santo!

La mujer se echó a sus brazos nada más verla, mientras que una suave risa de inmensa alegría salía del interior de su sobrina.

—¿Puedo pasar? —preguntó con trabajo, pues se encontraba atrapada entre los férreos brazos de su tía, que se negaba a soltarla.

—Sí, sí, claro —repuso esta mientras se secaba las lágrimas de alivio por verla sana y salva. Pero la angustia dio paso a la alarma—. ¿Estás bien? ¿Te hicieron algo esos desalmados? ¿Te los llegaste a encontrar? ¿Cómo escapaste? ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Has visto cómo han dejado nuestra querida casa? ¡Oh, Dios mío, cariño, estaba muerta de miedo por ti!

Ella rio con más ganas al advertir la familiar preocupación de su tía. Era tan reconfortante estar con los suyos. Poder tocarlos, olerlos, besarlos, abrazarlos... Jamás pensó que podría echar tanto de menos a alguien. Hasta ahora.

—Estoy bien, no te preocupes. Y sí, he visto cómo han dejado nuestra preciosa casa.

—¿Y dónde has estado durante todo este tiempo? —interrogó con congoja—. Hay una alerta activada y la policía lleva buscándote desde hace dos días, cariño. Estaba tan preocupada. Creí que... que ellos te... —Pero no pudo continuar porque se le quebró la voz.

Alaina le agarró ambas manos con ternura.

—Lo sé, yo también he pasado un infierno. Cuando volví y vi el estado de nuestra casa creí que esos demonios te habían atrapado... o incluso peor... Matado.

La mujer arrugó el ceño al escuchar la extraña referencia hacia los asaltantes de su hogar.

—¿Demonios? ¿Qué demonios? Fueron unos vándalos que aprovecharon el momento en el que salí esa mañana a buscar unos bollos para desayunar. Quería darte una sorpresa y despertarte con un rico y succulento desayuno, después del disgusto del día anterior. Lo que todavía no me explico es cómo lograron infringir semejante destrozo en tan poco tiempo. Pero ahora que sé que estás bien, ya no me importa. Lo único que me preocupa es que el seguro no cubra todos los daños. Creo que los cimientos han quedado afectados, y nuestra economía no está tan boyante como para que...

—Tía... tía Beth... —la interrumpió, al ver el desconsuelo en su rostro—. En este momento lo de menos es la casa y el seguro del hogar. —Turbada al ver la confusión en los ojos de la mujer, bajó la mirada—. Tengo tantas cosas que contarte... Momentos, personas que he conocido, sucesos increíbles que me han pasado estos días... tan endemoniadamente locos... que no sé por dónde empezar.

Beth la agarró por el mentón y lo levantó suavemente para que la mirase a los ojos.

—Cariño, ¿qué ocurre?

Ella era el único ser en la faz de la tierra que la conocía como nadie, y sabía, por su seria expresión, que algo grave le estaba sucediendo.

Alaina la observó con un brillo de preocupación.

—Es complicado de contar; además, no sé si me creerás. Al menos hasta que lo veas con tus propios ojos.

—¿Qué tengo que ver con mis propios ojos?

Apretó con más fuerza las manos de su tía.

—Escucha, no he venido sola. Abajo hay dos... —Mantuvo un breve silencio, buscando las palabras correctas que definieran a los ángeles sin que su tía la creyera completamente loca—, dos hombres que quieren ayudarnos. Mi vida corre peligro, tía Beth, y la tuya también. Es necesario que vengas conmigo para ponerte a salvo, pero antes necesito que me digas dónde está el sobre que nos entregaron aquellos dos desconocidos.

Durante unos segundos, la expresión de Beth se mantuvo inmutable, hasta que las palabras fueron calando en su mente aturdida por la confusión. Parpadeó varias veces intentando entender lo que su sobrina quería decirle.

—¿Cómo que tu vida corre peligro?! —prorrumpió de súbito, poniéndose en pie—. ¿De qué puñetas estás hablando, Alaina?! ¿En qué lío te has metido?!

Ella también se levantó, entendiendo perfectamente su reacción. Si fuera al revés, habría actuado de la misma forma.

—No lo sé y es lo que estamos pretendiendo averiguar.

—¿Averiguar?, ¿quiénes?

Se colocó un mechón de cabello rojizo detrás de la oreja y suspiró.

—Es complicado de explicar.

—Sí, eso ya me lo has dicho antes.

Alaina la estudió durante unos segundos, tiempo que aprovechó para encontrar la manera más rápida de hacer que su tía colaborara. No sabía de cuánto margen disponía antes de que Cassiel, o Amitiel, o los dos juntos, irrumpieran en la habitación para asegurarse de que todo estaba en orden y que no se había escapado por alguna ventana o puerta trasera.

Alzó el mentón, puso los brazos en jarras y la miró dirigiéndose a ella con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—Tía Beth, ¿confías en mí?

La mujer abrió los ojos, pues la había pillado por sorpresa, y tardó un instante en contestar.

—Claro que sí, ¿qué pregunta más absurda es esa?

—Muy bien, pues entonces te pido que cojas un poco de ropa y hagas una pequeña maleta con lo más necesario. Te vienes conmigo.

—¿Me voy contigo?, ¿a dónde?

—Te lo explicaré más tarde —declaró con firmeza, resuelta a no darle tiempo a pensar—. Ahora quiero que conozcas a Cassiel y a Amitiel, pero antes dime dónde guardaste el maldito sobre. ¿Todavía está en casa?

Beth la observó con un brillo de malestar en los ojos ante su mandato. No estaba acostumbrada a que su sobrina pequeña la tratara así. Tras descubrir que estaba a salvo, necesitaba respuestas, sobre todo cuando, al parecer, algo misterioso y peligroso las estaba rondando. Y parecía que Alaina no estaba dispuesta a darle esa información de inmediato.

Envaró su cuerpo con fastidio, y se dirigió hacia el armario de la habitación de invitados donde tenía guardadas las pocas pertenencias que había podido salvar. Su instinto de mamá oca se sentía vilipendiado en ese momento.

—Primero no querías saber nada de él y ahora te corre tanta urgencia —protestó mientras revolvía en el interior de una mochila de lona—. De verdad que no te entiendo. A veces me gustaría tener una bola de cristal para saber qué pasa exactamente por tu cabeza.

—Madrina —la amonestó impaciente mientras echaba un breve vistazo a la puerta, temerosa de que entraran los dos ángeles de improviso. El tiempo corría en su contra y su tía no la estaba ayudando en absoluto.

—Lo estoy buscando, cariño, un poco de paciencia, ¿vale?

Alaina, aliviada, suspiró al darse cuenta de que lo tenía en su poder. Y lo hizo por dos motivos fundamentales: primero, porque no le apetecía nada volver a aquella casa otra vez, ya que el riesgo de que hubiera demonios esperando a que apareciera era extremadamente alto; y segundo, porque deseaba ver el contenido del sobre antes de entregárselo a los ángeles.

—Toma.

Observó el envoltorio cerrado de papel marrón. Alargó el brazo y lo agarró con manos temblorosas. Muy en el fondo, tenía miedo de abrirlo. Las dudas sobre su contenido y lo que pudiera significar para ella la invadieron sin piedad. Ni por un momento se había creído la historia de Cassiel sobre que ella podría ser igual que Iria. Imaginar que pudiera poseer algún tipo de don o

poder sobrenatural, proveniente de una misteriosa y antiquísima saga familiar, era completamente absurdo. No obstante, ¿y sí...?

«¡¡No!! ¡¡Para!! ¡Eso es imposible!», se obligó a pensar.

Rasgó la solapa con impaciencia y volcó su contenido encima de la cama. De su interior salió otro sobre más pequeño de aspecto costoso y refinado, con unas palabras escritas en una elegante y elaborada caligrafía:

*«Para mi añorada y amadísima hija,
Alaina Daboub O'Brien»*

Más afectada de lo que pretendía demostrar, leyó varias veces la frase escrita en el anverso del sobre y lo que ese simple gesto venía a señalar. Su verdadero padre siempre había sabido de su existencia. Y le resultaba muy difícil encubrir el dolor que sentía por dentro, imposible ahora de esconder en lo más hondo de su alma, tras conocer esa crucial información.

Tragó con dificultad las lágrimas no vertidas mientras las palabras bailaban borrosas ante sus ojos. Dejó el sobre encima de la cama y recogió un pequeño paquete envuelto. Rompió el papel que lo cubría y se encontró con un estuche para joyas. Abrió la elegante tapa roja y en su interior descubrió un anillo. Era enorme y de oro macizo, con un ángel grabado en cada lado, y en el centro, dentro de un círculo perfecto, un hexagrama con varias letras y símbolos arcaicos.

—¿Qué es? —preguntó su tía con curiosidad, acercándose a ella.

—Parece un anillo... —musitó, desconcertada por el hallazgo—, de hombre.

—¿Pertencería a tu padre?

Ella lo acercó un poco para estudiarlo con más detenimiento. Por alguna extraña razón, ese objeto le resultaba fascinante.

—No lo sé, aparenta muy antiguo.

Por poco el anillo salió volando cuando Alaina, sobresaltada por la brusca irrupción de los ángeles en la habitación, casi lanzó por los aires el viejo objeto.

—Lo siento —se disculpó Anne, atribulada, entrando tras ellos poco después—. He intentado impedir que subieran, pero se estaban impacientando y... —Encogiéndose de hombros, terminó—: Es imposible detenerlos.

—¿Por qué tardáis tanto? —la interrogó Cassiel.

De pronto, y tras pasar el tremendo susto inicial, Beth se interpuso entre su sobrina y esos dos gigantes.

—Un momento, aquí las preguntas las hago yo —declaró con la altivez y

la actitud de una profesora de secundaria enfrentándose a dos estudiantes rebeldes—. ¿Quiénes son ustedes y qué hacen irrumpiendo de forma tan maleducada en mi habitación? ¿Acaso no les han enseñado educación en su casa? ¡Salgan ahora mismo de aquí!

Los dos ángeles miraron a la mujer con evidente estupor. Por un momento, Amitiel bajó la cabeza, arrepentido por su díscola actitud, como cuando un niño pequeño es pillado en plena travesura. Pero enseguida la levantó, con un brillo rebelde resplandeciendo en sus impresionantes ojos azules.

—Pero ¿qué diablos...?

—¡Oiga, jovencito! —lo regañó Beth, mirándolo con dureza—, ¡tenga más cuidado con ese vocabulario delante de las damas!

Alaina enseguida intercedió, pues advirtió que el ángel de la Verdad se estaba encrespando por completo. Y tomó buena cuenta de cómo Cassiel, sin decir ni una sola palabra, apoyaba su mano sobre el hombro de su compañero para calmar los ánimos.

—Madrina, estos dos... hombres, son los que me han acompañado hasta aquí.

La mujer dirigió ahora la atención sobre ella.

—¿Y por qué? —cuestionó, poniendo los brazos en jarras—. ¿Quiénes son? ¿De qué los conoces?

—Te dije que te lo contaría después. Ahora...

—... ahora debemos irnos —intervino Cassiel, y también fijó su penetrante mirada en ella—. Cuanto más tiempo permanezcamos aquí, más peligroso será. Piensa en tu amiga, Alaina; la oscuridad podría estar rastreándote en estos momentos, descubriendo que ella es importante para ti.

Alaina se perdió durante unas milésimas de segundos en esos fascinantes ojos verdes. Vio preocupación y urgencia en ellos, inquietud por salir de allí para mantenerla a salvo, y eso la conmovió en lo más profundo.

No habían hablado entre ellos sobre lo ocurrido en su habitación. Tras la decepción del tórrido beso que habían compartido, las palabras entre ambos parecían sobrar. No obstante, Alaina no podía evitar que él la desarmara con tan solo mirarla.

—¿La oscuridad? —repitió Anne sin entender nada y rompiendo el embrujo—. ¿Queréis que encienda las luces?

Amitiel elevó los brazos y los dejó caer con impaciencia.

—¡Esto es absurdo!

De súbito, la impotencia, el cansancio, la frustración, y varios sentimientos de lo más variopintos, estallaron dentro del cuerpo de Alaina sin control. Estaba harta de ese ángel. De sus desplantes, de su mal carácter, de su soberbia, de sus arrebatos infantiles, de sus humos y de todo él en general. Le caía mal. Muy mal. Y su paciencia había llegado al límite.

—¡Escúchame bien, pedazo de imbécil! Si tan absurdo te parece todo, puedes coger tu pomposo trasero y largarte por donde has venido. No he pedido tu ayuda. No la necesito. Es más, no la quiero. Estoy cansada de ti y de tus berrinches. No me caes bien. No me gustas. Y no quiero volver a verte nunca más.

Amitiel parpadeó varias veces, abotargado por la sorpresa y la incredulidad, y Cassiel elevó los ojos al cielo rogando ayuda, pues preveía la reacción de su compañero.

—¡¿Cómo has dicho?! —aulló tras recuperarse de la impresión.

Los demás no se atrevieron a abrir la boca. Las mujeres no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo allí, pero la actitud del moreno imponía demasiado como para no temer por su vida, y Cassiel estaba dispuesto y prevenido para intervenir en cualquier momento.

—¡Lo que has oído! —estalló ella sin amilanarse ni por un segundo—. Me habéis acompañado hasta aquí para saber qué contenía el maldito sobre, ¿no es cierto? ¡Pues toma! —le soltó, arrojándole el estuche con el anillo dentro—. ¡Ahí lo tenéis! ¡Ahora dejadme en paz!

Cassiel se interpuso entre ella y su hermano con la clara intención de evitar algún tipo de represalias por parte de él. Conocía el carácter explosivo que se gastaba Amitiel, y aun sabiendo que jamás se atrevería a hacerle daño, sí podía decidir encerrarla en alguna celda de la fortaleza durante un tiempo hasta que a la humana se le bajaran los humos.

Tomó el pequeño objeto que su hermano celestial había agarrado con destreza de entre sus manos y lo abrió con ligereza. Pero la sorpresa lo tomó tan desprevenido, que el semblante le cambió por completo, paralizándolo de inmediato. Su compañero, reparando enseguida en su cambio brusco, lo miró con desconcierto, olvidando por completo el pleito que tenía entre manos.

—¿Qué ocurre?

Cassiel le enseñó el elegante estuche y el objeto que contenía en su interior. No hizo falta nada más; los dos entendieron perfectamente lo que debían hacer a continuación.

—Coged lo que necesitéis —ordenó Cassiel a Alaina y a su tía Beth con

una intensa expresión de gravedad en su rostro—, nos vamos de aquí, ¡ya!

—¿Qué ocurre? —preguntó Alaina, comenzando a alarmarse seriamente.

—¡No hagas preguntas y haz lo que te ordeno! —ladró con más brusquedad de la necesaria.

Ella lo miró con rabia contenida, y ayudó a su tía a llenar una pequeña mochila de lona con ropa y enseres necesarios para estar una temporada fuera de casa.

Mientras tanto, el ángel de la Verdad agarró a Anne y posó la palma de la mano en su frente. Tras unos segundos, esta se desmayó entre sus brazos y la depositó suavemente encima de la cama.

—Solo le he borrado la memoria —respondió este ante la mirada desconfiada e inquisitiva de Alaina—. No recordará nada de lo que ha pasado hoy aquí.

Cassiel recogió el sobre que Alaina había dejado sobre la cama y se lo entregó.

—Esto es tuyo, no lo olvides —le habló con un tono mucho más suave, intentando mitigar la rudeza anterior.

Ella alzó el mentón con altivez y lo miró molesta.

—Venía dentro del sobre junto con el anillo, por mí podéis quemarlo todo.

Cassiel leyó la inscripción en el papel.

—Es de tu padre, Alaina.

Ella lo miró con un dolor punzante en sus hermosos y fríos ojos grises.

—Tú no escuchas, ¿verdad, Cassiel? Ya te lo he dicho antes, yo no tengo padre.

Él advirtió el profundo dolor que intentaba ocultar a toda costa, pero su escrutinio fue interrumpido por las palabras de Amitiel.

—Tenemos que irnos.

Asintió conciso, y cada uno agarró a una mujer para desaparecer de aquella casa sin dejar rastro.

Capítulo 15



El arcángel Miguel observaba el anillo que tenía entre los dedos con mucha atención. Examinó la estrella de seis puntas, también conocida como «la estrella de David», dentro de un círculo de contención junto a otros símbolos envolventes, entre los que se encontraba el verdadero nombre de Dios. Mientras tanto, el resto de los presentes en aquel despacho contenían el aliento esperando su opinión.

—Sí, es el anillo que yo mismo le entregué al rey Salomón hace tres mil años.

Todos expulsaron el aire retenido y se miraron entre ellos con estupor.

—Entonces, es cierto —susurró Raziel—, ella es la última descendiente y heredera de la casa de David. Y reina, por derecho propio, del pueblo de Israel.

—¿Ella? —preguntó el arcángel con curiosidad.

Raziel asintió y procedió a contarle todo lo ocurrido hasta el momento. Cuando finalizó, Miguel se mantuvo pensativo durante unos minutos y después dirigió su atención hacia su hermano Azrael.

—¿Por qué no fui informado de la muerte de Sion Daboub? Y, ¿cómo es posible que tuviera una hija y nadie lo supiera?

El ángel de la muerte se encogió de hombros, pesaroso.

—Yo tampoco fui informado de ello.

El jefe de los arcángeles, confuso, elevó una ceja.

—Pero estaban bajo la tutela y protección de varios de tus guerreros — lo increpó Miguel—. No podemos tolerar esta falta de comunicación, hermano. Tanto este sello como la familia que lo hereda por derecho y sangre divino son demasiado importantes para nosotros y nuestra lucha contra la oscuridad.

Azrael, molesto, tensó el cuerpo.

—¿Me estás acusando de algo?

Sorprendido, el arcángel entrecerró los ojos por la susceptibilidad de su hermano.

—Por supuesto que no. Simplemente advierto del tremendo error cometido. El sello de Salomón es un arma eficaz y poderosa por la que los demonios estarían dispuestos a hacer lo que fuera para obtenerla. Si por alguna razón cayera en sus manos, sería una completa fatalidad. Y nuestras imprudencias las pagamos muy caras, como todos bien sabéis.

—Lo sé, Miguel, y te aseguro que llegaré hasta el fondo de este asunto.

Este asintió algo más tranquilo.

—Sin embargo, hay algo que no entiendo —comentó Raziél, pensativo, sentado detrás de la mesa de la biblioteca—. El sello de Salomón es un objeto poderoso capaz de otorgar extraordinarios dones a quienes lo poseen. Tú mismo se lo entregaste, por órdenes expresas de nuestro venerado padre, como un obsequio para poder dominar a todos los demonios sobre la faz de la tierra. Pero únicamente el rey Salomón poseía la sabiduría y maestría para usarlo. Ningún descendiente suyo fue capaz de utilizar nuevamente su poder.

—Hasta ahora —respondió Miguel.

—Eso explicaría cómo fue capaz de salvarme de una muerte segura —comentó Cassiel.

—Pero su linaje no es puro —intervino Azrael—. Recordad que de la dinastía del rey David salió la familia de Jesús, y la madre de Alaina ni siquiera es hebrea.

El ángel de la Verdad también manifestó sus dudas.

—Además, en ese momento no poseía el sello para curar tu posesión demoníaca. Ni siquiera sabe lo que es o para qué sirve—cuestionó Amitiel, confuso—. ¿Cómo explicas eso?

—No lo sé.

—Pero están todos de acuerdo en que ella lo salvó, ¿correcto? — preguntó Miguel para estimar los hechos claramente.

Los presentes cruzaron las miradas y después asintieron uno por uno.

—De eso no hay duda —opinó Tomás.

—Es cierto que todavía no disponemos de todas las respuestas —señaló Iria, pensativa—. Pero supe desde el primer momento que esa mujer era importante para nosotros. —Desvió su atención hacia Cassiel, lanzándole una intensa mirada que él no supo descifrar.

—¿Has visto algo que nosotros no sepamos, querida? —preguntó la reina Lupa.

—Imágenes sueltas, sin sentido alguno... de momento.

La reina druida entrecerró los ojos. Conocía lo suficiente a su nuera como para saber que estaba ocultando algo. No obstante, si no quería decir nada significaba que, o no era el momento de decirlo, o sus visiones no eran lo suficientemente claras.

—¿Sabemos algo sobre la familia materna? —interrogó el general de los cielos.

—Nada relevante —admitió Raziel, molesto, incapaz de ofrecer más luz sobre ese misterio—. Su madre era una mujer común que estudió arqueología y trabajó en el museo nacional de Escocia, al igual que Alaina, y de la que seguramente ha heredado su pasión. El único familiar vivo que le queda es su tía Beth, una simple profesora de secundaria sin nada destacable que mencionar.

Cassiel examinó los semblantes de todos los presentes. Existía un pequeño detalle que todavía no se había revelado, y agradecía a Amitiel el silencio que había mantenido hasta el momento sobre ello.

—Hay una carta.

Todas las miradas se posaron en él tras soltar esa información.

—¿Una carta? ¿Qué carta? —interrogó Azrael, sorprendido.

—Es del padre de Alaina, para ella. Pidió que fuera entregada después de su muerte. —Abrió su cazadora de cuero negra y sacó un sobre de un bolsillo interior, que enseñó tras unos segundos de indecisión.

El arcángel Miguel lo contempló con su habitual frialdad.

—¿Estamos seguros de que Sion Daboub es su verdadero padre? Hasta el momento solo me habéis informado de conjeturas y solo me habéis presentado como prueba un anillo.

—Es lo que sospechamos —respondió el ángel, un tanto vacilante—. Al

menos, todo apunta a ello.

Miguel inclinó la cabeza hacia un lado, decidiendo tomar o no cartas en el asunto.

—¿Y se sabe qué contiene?

—No —admitió, cauteloso—. Ella no ha querido abrirlo. Reniega del hombre que le dio la vida por haberla abandonado durante todos estos años.

—Deberíamos abrirla, seguramente en su interior hallaremos información esclarecedora sobre todo esto.

—No, Tomás, no pienso abrir esta misiva sin su consentimiento —manifestó Cassiel, rotundo—. Esta carta le pertenece y ella es su única dueña.

Raziel se acercó a él y posó una mano sobre su hombro.

—Tienes razón, hermano. Ella confía en ti y debes convencerla para poder descubrir qué se esconde bajo las líneas escritas en esa nota. Es importante para todos.

Él asintió y, tras unos minutos, desapareció, después de disolverse la improvisada reunión secreta.



Alaina se encontraba en los aposentos que habían sido asignados para su tía Beth y que estaban justo enfrente de los suyos. La mujer todavía se encontraba abrumada por toda la información que había recibido tras desaparecer de forma brusca y sorpresiva, y reaparecer de la nada en aquella lujosa y elegante estancia, muy parecida a la de su sobrina.

—Madrina, ¿estás bien?

Sumida en sus pensamientos más profundos, parpadeó, confusa, varias veces, cuando las palabras de su sobrina la devolvieron a la cruda realidad.

—Discúlpame, cariño, pero me resulta tremendamente difícil creer en todo lo que me has contado.

—Parece una locura, lo sé —admitió a regañadientes. Pese a todo, enseguida señaló con su mano la habitación, mostrando lo evidente—. Pero esto no es un sueño, te lo aseguro.

Un brillo de profunda turbación bailó en los ojos de su tía cuando la miró.

—¿En serio estamos hablando de ángeles, de demonios, de griaies, de brujas, de guardianes hijos de apósteles, y de una fortaleza excavada en el interior de una montaña?

Alaina asintió.

La mujer se restregó los ojos mientras negaba con la cabeza. Tras unos segundos, centró nuevamente la atención en su sobrina.

—Me es más fácil creer que hemos sido abducidas por unos alienígenas, o que sufrimos un cuadro de delirios paranoicos inducidos por alguna droga que nos han administrado. O que simplemente nos han puesto una cámara oculta y nos están gastando una broma de muy mal gusto —finalizó, al mismo tiempo que buscaba cámaras escondidas por la habitación.

—Ojalá fuera una broma —convino Alaina, esbozando una triste sonrisa.

En ese mismo instante fue consciente de lo que sus palabras implicaban. Efectivamente, todo lo que le estaba sucediendo no era una broma, era real. Brutal y terroríficamente real.

Las miradas de ambas se encontraron, pero fueron interrumpidas por unos golpes en la puerta. Cuando Alaina fue a abrir, se encontró al otro lado al ángel que ocupaba sus pensamientos desde que lo conoció.

—¿Podemos hablar?

Ella giró la cabeza hacia el interior de la estancia buscando una excusa que le diera la oportunidad de rechazar la petición.

—No quiero dejar sola a mi tía, le está costando trabajo asimilar lo que nos está ocurriendo.

Él se pasó una mano por el pelo con impaciencia.

—Alaina, es importante.

—Aquí todo es sumamente importante, ¿no es cierto? —declaró a la defensiva—. Todo lo que tenga que ver con vosotros, claro. El resto del mundo os da igual.

—No he venido a pelear.

—Cielo, puedes ir con él si quieres —comentó su tía, apareciendo detrás de ella—. Me vendrá bien descansar un poco.

Alaina le lanzó una dura mirada por tamaña traición.

—Tía Beth, no creo que sea...

La mujer la empujó levemente, interrumpiendo su perorata.

—Estaré bien, no te preocupes.

—Pero... —protestó al aire, cuando la mujer le cerró la puerta en las

narices. Avergonzada, desvió la vista hacia cualquier lugar que no fuera el rostro de su guapo y sexy ángel—. ¿Podemos ir a algún lugar lejos de aquí? Necesito un poco de aire fresco.

Cassiel sonrió, agradecido por la actitud de su tía, pero enseguida borró la sonrisa al recordar que tenía una misión que cumplir.

—Por supuesto —adujo, señalando con la mano el camino a seguir—. ¿O prefieres que te lleve yo?

Alaina comenzó a caminar deprisa.

—No, gracias.

Anduvieron unos cuantos metros por varios pasillos iguales hasta que llegaron a un ascensor.

—¿No nos vigila ningún guardia? —cuestionó, entrando en el pequeño habitáculo—. ¿Habéis desistido de ponerme guardaespaldas?

—No creo que sea necesario, ¿tú sí? —inquirió, confundido. Situado detrás de ella, advirtió cómo Alaina retenía el aire en su interior cuando se acercó para pulsar el botón de un piso más abajo. Se arrimó un poco más y bajó la cabeza para susurrarle al oído—: ¿No te sientes segura conmigo?

Alaina pegó un saltito al escuchar las palabras susurradas con esa rica y profunda voz masculina. Su corazón comenzó a latir desbocado dentro de su caja torácica, temiendo que se le saliera por la boca en algún momento.

—¡No! —chilló dos octavas más alto de lo requerido. Carraspeó con fuerza e intentó hablar con normalidad, disimulando su patética conducta—. ¡Sí! —Cuando Cassiel arrugó el ceño, confuso, se apresuró a añadir—. Quiero decir... ¡da igual!

Soltó un suspiro de alivio cuando las puertas se abrieron. Y solo le faltó correr para salir de aquel torturador encierro.

—¡Por aquí! —la llamó cuando, presurosa, comenzó a caminar por el pasillo equivocado.

Avergonzada hasta límites insospechados, desanduvo lo andado y caminó detrás de él. Unos pocos metros después, Cassiel abrió una puerta para dejar paso a uno de los lugares más extraordinarios que ella había visto jamás.

—¡Oh, madre mía! —musitó Alaina, maravillada.

Llamarlos jardines era quedarse cortos. Era como una especie de Edén, un paraíso único y espectacular enclavado en la montaña, muy parecido a un gran parque botánico. Disponía de zonas diferenciadas, como bosques tropicales, plantas exóticas, un puente de madera cruzando un jardín estilo japonés, otro jardín subtropical de zonas áridas, una enorme zona de juegos

para niños, un típico jardín inglés con su templete, y un invernadero con plantas medicinales de todo tipo. Su extensión era la equivalente a cuatro campos de fútbol.

—¿Esto es posible? —comentó, impresionada por las vistas.

—Sí, lo es.

Caminaron durante unos minutos en completo silencio, mientras Alaina contemplaba aquella maravilla con absoluto deleite y dichosa avidez. Se detuvieron al lado de un pequeño riachuelo, que se podía cruzar a través de unos enormes cantos rodados que lo atravesaban, rodeados por cientos y cientos de cerezos en flor de distintos tonos de rosa y blanco. Embelesada, se sentó en el verde y recién cortado césped para aspirar el dulce aroma que inundaba el lugar.

Cassiel se quedó parado muy cerca de ella, y cuando ya no pudo más, se arrodilló a su lado para quedar a la altura de sus ojos.

—Alaina, tenemos que hablar.

—Lo sé —respondió seria, posando los ojos en él por primera vez—. Supongo que habréis mantenido una reunión para hablar de mí y de mi tía.

—Así es —admitió sin rodeos.

—¿Y?

Aliviado porque quisiera hablar del tema sin alterarse, se sentó delante de ella y cruzó las piernas para estar más cómodo.

—El arcángel Miguel confirmó que el anillo es auténtico. Lo que tu padre te envió es el legítimo sello del rey Salomón.

—¿Y eso significa que...?

—Que eres la última descendiente y heredera de la casa de David. Y reina, por derecho propio, del pueblo de Israel.

Alaina permaneció muda durante unos segundos, intentando digerir aquella información.

—¿Podrías aclarármelo un poco más, por favor?

Cassiel arrancó una pequeña brizna de hierba y comenzó a darle vueltas entre los dedos.

—Tu historia, la de tu familia por parte de padre, comenzó hace muchos milenios atrás. David fue el segundo rey hebreo, sucesor de Saúl, descendiente de Isaí, de la tribu de Judá.

—Para entenderlo, ¿estamos hablando del mismo David que luchó contra Goliat? —lo interrumpió, pasmada.

Cassiel asintió.

—El mismo.

Alaina hizo un gesto escéptico con las cejas.

—Vale.

El ángel entendía su incredulidad, y suspiró débilmente buscando las palabras adecuadas que la hicieran comprender.

—Tienes que entender que esto es complicado de explicar. Aunque parezcan cuentos y leyendas, que en algunos casos están completamente sacados de contexto y adornados siglos después, muchas de las historias son ciertas. Hace tres mil años los hombres estaban menos evolucionados y eran más toscos de lo que lo son ahora, y por ello se inventaron metáforas y parábolas para poder explicar cuanto acontecía. Desde los albores de la creación, solamente los ángeles teníamos las armas necesarias para poder luchar contra la oscuridad, hasta que nuestro padre decidió otorgar algo de ventaja a los hombres. Él mismo escogió a David, de entre todos ellos, para ser el segundo rey que luchara contra las fuerzas del mal, porque Saúl, el escogido en primer lugar, estaba cayendo en las garras de las tinieblas. Goliat no era ni un gigante ni un soldado mercenario del ejército filisteo, era un demonio superior que encontró la muerte en manos de este simple hombre gracias a las armas que Dios le confirió. Tras su muerte, le sucedió en el trono su hijo Salomón, que luchó contra el mismísimo Asmodeo, uno de los príncipes del inframundo que transitaba sobre la Tierra en aquel momento. Pero para poder vencerlo, nuestro amado padre envió al general de las hordas angelicales, el arcángel Miguel, para que le entregara un sello; un objeto de poder con el que pudiera dominar a todos los demonios que se atrevieran a escapar del Infierno y a caminar a la luz del día. Esta línea de sucesión es tan relevante en la historia porque de ella saldría la mujer escogida para alumbrar a su hijo en la tierra, a Jesús.

Ella abrió mucho los ojos ante tamaña sorpresa.

—Pero yo no tengo nada que ver con él, ¿verdad?

Cassiel sonrió.

—En realidad, eres un pariente muy lejano. —E hizo una pequeña pausa antes de seguir hablando, extrañado ante la buena aceptación que estaba encontrando en ella—. Como también lo eres de Iria.

Alaina inclinó la cabeza y escondió el rostro entre sus manos, al mismo tiempo que dejaba escapar un largo suspiro.

—Todo esto me supera, Cassiel.

—Lo sé.

Dejó de esconderse y cruzó las manos delante de la cara, apoyando los codos en las rodillas. Meditó durante un momento y agradeció que él no intentara influir en sus pensamientos. Escuchó los pájaros cantar, el suave y rítmico fluir del agua... Entre tanto, su cabeza no paraba de darle vueltas a lo que él le había contado.

—Vale, supongamos que lo que dices es cierto. Y solo vamos a suponerlo, ¿de acuerdo?

—Ajá.

—¿Por qué me han acosado durante todos estos años los demonios? ¿Qué quieren de mí? Yo no tenía el sello en mi poder, ni siquiera sabía de la existencia de mi padre o quién era mi familia; por tanto, no tiene ningún sentido que...

—¿Acosada durante años?

El ángel la miró con gesto serio y ceñudo, y ella se maldijo por haber hablado de más.

—Yo... yo... yo no... —tartamudeó, nerviosa, bajando la cabeza.

—¿Qué nos has ocultado, Alaina?

Se negó a contestar. Llevaba demasiados años negando las horribles pesadillas que la atormentaban por las noches. Se había acostumbrado a padecerlas en soledad, escondiendo los arañazos que le brotaban por la noche y que ella descubría al día siguiente cuando despertaba por la mañana. Había intentado contárselo a su tía, pero jamás la creyó. Y tras los primeros intentos de confesar a sus amiguitas en el patio del colegio que de noche la visitaban malvados demonios, descubrió que lo mejor era omitir aquellas confidencias ante las crueles burlas que sufría por asustarlas con cuentos inventados.

La lección la aprendió de forma eficaz y a muy temprana edad. Y no tuvo paz hasta que cambió de colegio y dejó de recibir tirones de pelo, amenazas, empujones e insultos por ser la loca que se inventaba historias de terror. Nunca más volvió a hablar de ello. A nadie.

—¿Alaina...? —insistió ante su resistencia a contarle la verdad—. No te estoy juzgando, solo quiero entender, saber qué ocurre exactamente.

Ella comenzó a negar con la cabeza mientras intentaba inútilmente contener las lágrimas que se agolpaban en la comisura de los ojos.

—Llevan años visitándome en sueños —confesó al fin—. Me persiguen y me atormentan desde que tengo uso de razón.

De pronto, Cassiel recordó las señales que le había visto en el brazo noches antes. Suavemente, le levantó el mentón, para después tomar su brazo y

subir la manga de la camiseta, dejando al descubierto las marcas de los dedos que, poco a poco, se habían ido desvaneciendo sutilmente con el paso de los días.

—¿Los demonios te hacen esto?

Ella asintió.

—Comprendo.

Alaina lo miró directamente a los ojos con la angustia clavándose en su alma.

—Pues ayúdame, porque yo no soy capaz de hacerlo... ¡por favor!

El ángel por primera vez en su vida tuvo la necesidad de tocar a un humano por voluntad propia. Con extrema ternura, tomó las manos de Alaina entre las suyas, y se mintió a sí mismo diciendo que lo hacía para transmitirle paz y serenidad, porque en el fondo, lo único que ansiaba era sentirla cerca de él.

—Eres una mujer muy especial, Alaina. Has sido bendecida y tocada por la mano de Dios.

Confundida, parpadeó varias veces intentando comprender sus palabras.

—¿Qué?!

—Tras la muerte de tu antepasado, el rey Salomón, ninguno de sus descendientes ha poseído el extraordinario don de reconocer y dominar a las tinieblas, excepto tú. Su único papel hasta ahora era salvaguardar ese sello con su propia vida, pasando de generación en generación. De algún modo, tú atraes a la oscuridad y por eso han estado vigilándote, estudiando tu extraña capacidad y el modo de poder usarla para sus propios propósitos. Sospechaban que eras alguien relevante, y quizá comenzaron a atar cabos cuando te visitaron aquellos dos desconocidos. Quizá tu padre te mantuvo alejada de él por tu propia seguridad.

Ella soltó un jadeo de asombro.

—¿Estás de broma!

—Jamás he hablado más en serio —señaló, posando sus increíbles ojos verdes en ella—. Piénsalo bien, Alaina, tendría todo el sentido que fuera así.

Como no soportaba quedarse quieta en el mismo lugar, se levantó del césped y comenzó a caminar de un lado a otro.

—No... no... no puede ser... no es cierto.

Cassiel sacó la carta que todavía guardaba en el interior de su cazadora de cuero negra y extendió el brazo hacia ella.

—¿Por qué no sales de dudas? Quizá aquí obtengas las respuestas que

necesitas.

Ella se paró en seco al ver aquel maldito sobre. Toda su vida se había vuelto del revés desde el mismo momento en el que los dos extranjeros se personaron en su casa para entregarle aquel documento y objeto tan valioso. No obstante, ella no había pedido nada de aquello. Su meta en la vida no era ser agraciada con la capacidad de someter a los demonios. Jamás solicitó pertenecer a un linaje tan antiguo y distinguido. Era feliz con su simple y tranquila existencia, y todo aquel sinsentido le venía demasiado grande.

Posó sus atemorizados ojos en el rostro de Cassiel, que la miraba con una compasión infinita, sabiendo por el duro momento que estaba pasando. Y un impulso la llevó a acercarse a él y rodearle la cintura con los brazos para sentir el apoyo y la comprensión de aquel ser que la estaba calando tan hondo. Cuando sintió que él la estrechaba con infinita ternura, devolviéndole el gesto, un trémulo suspiro escapó de los labios de Alaina.

Pese a todo, era cierto que necesitaba respuestas. No podía seguir obviando por más tiempo quién era en realidad, y aquella carta podía esclarecer todas sus dudas de una sola vez. También era cierto, que si la leía ya no habría vuelta atrás. Contuviera lo que contuviera, sería un punto de inflexión en su vida.

Las dudas la carcomían por dentro. Necesitaba saber si su padre realmente la había abandonado por voluntad propia, o si por el contrario, lo había hecho para protegerla del mal, tal y como creía Cassiel. No obstante, desconocía si estaba preparada para perdonarlo en el caso de que fuera la segunda opción. Llevaba demasiado tiempo odiándolo.

Todavía seguía debatiéndose con sus demonios internos cuando escuchó una voz de mujer que la sacó de sus cavilaciones.

—Hola, Cassiel.

Cuando él se giró, la palidez transformó su rostro.

Capítulo 16



—¡Dabria!

El tono de sorpresa en Cassiel hizo que Alaina se separara de él para enfrentarse a la visita inesperada. Pero el dolor nuevamente volvió a ella cuando reparó en la incomodidad que mostraba el rostro del ángel, temiendo haber sido pillados en una situación un tanto comprometida.

—Si interrumpo algo puedo volver más tarde.

—¡No, no es necesario! —se apresuró a aclarar él—. Yo no... nosotros... en realidad...

—Ya habíamos terminado —resolvió Alaina con un tono de voz frío como un témpano.

—Mi intención no era molestar —precisó Dabria al escucharla, pues algo en su rigidez y en el modo de dirigirse a ella la confundió.

—Sí, por supuesto —respondió con un ligero tinte desdeñoso.

—¡Alaina! —la reprendió Cassiel, al advertir su matiz despectivo.

Ella le lanzó puñales por los ojos, pero se mantuvo callada.

Alaina no soportaba a esa mujer, la odiaba con toda su alma. Era irracional y ruin, pues la druida no le había hecho absolutamente nada, pero los celos son un sentimiento ilógico y mezquino que afloran lo peor de cada

uno, con razón o sin ella.

—Lo siento, quizá no es un buen momento...

—¡No, tranquila! —la interrumpió el ángel cuando vio que hacía el amago de marcharse—. Todo está bien. Es solo que Alaina está pasando por un momento difícil y...

—Lo entiendo perfectamente —intervino Dabria dirigiéndose a ella—. Es completamente comprensible la maraña de sentimientos encontrados, confusión y desasosiego que debes de estar sintiendo en este momento...

Molesta, Alaina se cruzó de brazos. Detestaba con todo su ser que esa mujer fuera tan comprensiva y sensible, pues le hacía mucho más difícil la tarea de aborrecerla. Quería creer que todo en ella era un papel; que su aspecto delicado y virginal, pues vestía una hermosa y delicada túnica completamente blanca que rivalizaba con su níveo cabello, respondía a una imagen muy diferente a la que escondía debajo.

—... mi intención es agradecerte lo que hiciste por Cassiel. Sin tu ayuda jamás lo habríamos recuperado.

«¡Bingo!»

Ahora la despreciaba todavía más, pues la expresión de sorpresa mezclada con el amor infinito que cruzó por el rostro del ángel logró que Alaina lo viera todo rojo. Era egoísta, lo sabía, pero como excusa irracional que alimentaba su odio y a la que se aferraba como a un clavo ardiendo, era perfecta.

—Mi empeño ese día fue el mismo que el tuyo minutos antes —respondió, esquiva.

—Pero tú lograste salvarlo y yo no. Y por ello te estaré eternamente agradecida.

—Pues aquí lo tienes —señaló con acritud, incapaz de evitar ese doloroso vacío en el pecho al ver cómo el ángel babeaba por la druida—, ¡todo tuyo! —Y se giró para marcharse de allí lo antes posible.

Cassiel la detuvo, agarrándola por el brazo.

—¿Qué estás haciendo? ¿A dónde vas?

Alaina clavó los ojos en los férreos dedos que se incrustaban en su tierna piel, hasta que, cohibido, Cassiel la soltó ante la dura mirada que fue subiendo lentamente hasta llegar a su rostro.

—¡Lejos de aquí! —siseó.

El ángel apretó los dientes con fuerza. No entendía qué demonios le ocurría a esa mujer, pero no iba a permitir que fuera desagradable con otras

personas que la habían tratado con amabilidad, simplemente por gusto.

Había sentido compasión por ella minutos antes, cuando advirtió la lucha interna que libraba con los violentos sentimientos que su padre generaba en ella, pero eso no la eximia del mezquino comportamiento que estaba exponiendo ahora. Ni Dabria ni él se merecían esa actitud tan despreciable por su parte.

Cuando, furiosa, Alaina pasó por delante de él, tomó la determinación de poner a esa mujer en su lugar. Masculló una escueta disculpa a Dabria, pero esta anticipó su reacción y lo detuvo de la misma manera que él lo había hecho antes con la pelirroja.

—Déjala ir, Cassiel.

—No le voy a permitir que...

—Está sufriendo, ángel, ¿acaso no lo ves?

Cassiel reconoció la mirada vidriosa en Alaina cuando lo enfrentó, y ahora caía en la cuenta de que, quizá, estuviera conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir. Pesaroso, dejó escapar un suspiro mientras se frotaba la nuca.

Se le escapaban los motivos. A lo mejor no alcanzaba a ver la magnitud del dolor que la mención de su padre provocaba en ella. Tal vez, la herida suscitada por el abandono de Sion Daboub había dejado una huella difícil de cicatrizar. Aun así, estaba muy lejos de sentir pena por ella en ese momento.

La observó alejarse entre los cerezos, aumentando considerablemente la distancia entre ellos con rapidez, hasta que desapareció de su vista.



Minutos más tarde, que a ella le parecieron siglos, Alaina consiguió salir del enorme emplazamiento que ubicaba los diferentes jardines. Y lo logró gracias a la ayuda de algunas personas que se fue encontrando por el camino, y que tras preguntarles, le fueron indicando la ruta correcta para llegar a la salida, pues obviamente se había perdido en aquel inmenso paraje.

Comenzaba a arrepentirse por su comportamiento anterior mientras vagaba sumida en sus sombríos pensamientos, hasta que encontró la puerta que anunciaba el lugar en el que se encontraba. Después, indecisa sobre por dónde

debía tirar, se encaminó sin rumbo fijo por aquellos interminables pasillos hasta que localizó un ascensor.

Se maldijo en voz alta por no prestar atención cuando acompañó a Cassiel hasta aquel increíble Edén. Si hubiera estado más atenta a lo que debía estar, y menos a lo que ese maldito ángel la hacía sentir, no se encontraría en aquel aprieto. Ahora se hallaba ante la disyuntiva de no saber si aquel era el ascensor correcto, cuántos pisos habían subido o bajado, o dónde quedaba exactamente su maldita habitación.

«¡¡Mierda!!»

A punto de romper a llorar, se introdujo dentro del elevador increpando a su voluble e impulsivo carácter. Con la cabeza un poco más fría y el corazón más hecho añicos, reconoció, muy a su pesar, el lamentable comportamiento que había tenido con la druida.

No podía justificarlo y, lo más grave del asunto, ella no era así. El sentimiento de rabia e impotencia escaló por su pecho hasta atorarse en la garganta. Dabaría no se merecía esas contestaciones ni, por supuesto, su actitud ofensiva. La mujer no tenía culpa de que ella se hubiera enamorado de Cassiel ni, mucho menos, de que los puñeteros celos la convirtiesen en una arpía.

Se secó las lágrimas que escapaban de sus ojos con rabia. Al fin había admitido sus sentimientos por el ángel y, pese a lo que creía, no se sentía mejor, sino todo lo contrario.

Sin saber muy bien lo que hacía, pulsó varios botones con la urgencia de regresar a su habitación lo antes posible, y bajó la cabeza hacia el suelo cuando sintió que el habitáculo se ponía en marcha.

Alaina se masajeó las sienes intentando infructuosamente aliviar un incipiente dolor de cabeza, al mismo tiempo que no dejaba de darle vueltas a lo acontecido en los jardines. Un suspiro de alivio se escapó de sus labios cuando las puertas se abrieron, y salió con rapidez, tomando una profunda bocanada de aire.

Giró la cabeza de un lado a otro, y se dio cuenta de que seguía sin saber dónde estaba. Metros y metros de pasillo, hasta donde le alcanzaba la vista, fue el panorama que la recibió, y decidió buscar a alguien que la ayudara a llegar a su habitación. Pero su mala suerte pareció acompañarla, ya que no se encontró con nadie. Sin ser muy consciente de lo que hacía, anduvo durante varios minutos hasta que llegó a una puerta con un cartel pintado que ponía: «Prohibido pasar».

Curiosa, empujó la pesada puerta de hierro con la certeza de que estaría

cerrada, pero para su sorpresa, cedió ante sus manos y se abrió, invitándola a entrar.

Alaina arrugó el ceño, sopesando la posibilidad de estar cometiendo una imprudencia, pero algo la incitó a cruzar los límites; una sensación inexplicable que en aquel momento no supo entender.

Un extraño escalofrío recorrió su columna vertebral cuando dejó atrás aquellos pasillos iluminados con elegantes y antiguas lámparas de techo y paredes decoradas con magníficos y valiosos cuadros de eminentes pintores, para adentrarse en unos pasadizos que iban cambiando a medida que caminaba, transformando y cargando el ambiente en oscuro y tenebroso.

Se detuvo en seco cuando un sentimiento agobiante la envolvió por completo. Las paredes, al principio grises y desvestidas de cualquier decoración, se fueron convirtiendo en muros de piedra fría, tosca y húmeda a cada paso que daba, con luces escasas y vacilantes que iluminaban pobremente el lugar, evidenciando el exiguo cuidado a aquella parte de las instalaciones a través de sus desconchones. Y un nudo en la garganta se le formó al darse cuenta de que reconocía aquel sitio. Lo había visto a través de unos barrotes, el primer día que pisó la fortaleza. Gruesas paredes de piedra excavadas en la roca, puertas de hierro con cerraduras antiguas, pequeñas ventanas que dejaban entrever un interior oscuro y gélido... Se encontraba en los calabozos.

Giró los pies para dirigirse a la salida lo antes posible, pero una voz la detuvo al instante:

—Vaya, vaya, vaya... Así que la putita de Cassiel vuelve de nuevo. ¿Qué le has hecho esta vez, preciosa?

Alaina, aterrada, no fue capaz de mover un solo músculo. Recordaba aquella cavernosa y tétrica voz, y cayó en la cuenta de las palabras de Tomás y de la reina Lupa en la enfermería cuando intentaban salvar a Cassiel... El ser que retenían en el interior de aquella celda era Moisés, el gemelo de Tomás y, además, un demonio.

Su primer pensamiento fue escapar de allí lo antes posible; no obstante, un impulso temerario la hizo responder:

—Yo no soy la putita de nadie.

Una sórdida carcajada hizo que apretara los dientes con ira.

—Por eso gritabas su nombre desesperada hace unos días, ¿no es así?

Alaina caminó unos pocos pasos hasta que quedó delante de una mazmorra con barrotes que arrancaban desde el techo hasta el suelo. Era

distinta a las demás, pues, en un claro intento de imposibilitar la escasa intimidad que una puerta maciza podría proporcionar, la de Moisés dejaba el interior completamente a la vista de cualquiera que pasara por allí.

El demonio elevó la cabeza e inspiró con fuerza, reconociendo su olor, y ella dio un paso atrás, sin ser consciente de ese simple acto.

—Hablas sin tener ni idea de nada. No me conoces en absoluto y, por supuesto, ignoras la clase de relación que me une a Cassiel.

A pesar de saber cómo sería el aspecto de Moisés, un escalofriante estremecimiento le recorrió el cuerpo de arriba abajo. Esos vacíos y penetrantes ojos negros se clavaron en ella cuando se giró para intimidarla.

Ella le mantuvo a duras penas la mirada. La forma en que ese ser la estudiaba con atención conseguía que se sintiera expuesta y vulnerable. Era una sensación horrible, que aumentó cuando Moisés ladeó la cabeza y le sonrió con una juguetona sonrisa torcida, como si hubiera descubierto un oscuro secreto en ella que nadie más había visto.

—Sé más de lo que tú te crees, preciosa.

Decidida a no dejarse amedrentar, Alaina elevó con orgullo el mentón en un claro desafío.

—Permíteme que lo dude. Máxime, cuando estás aquí abajo aislado de todo y de todos.

Moisés enseñó los dientes un poco más al ensanchar la sonrisa.

—No creas que estoy tan aislado. No es difícil sonsacar información a las personas adecuadas —señaló, muy ufano y seguro de sí mismo—. Por ejemplo, la soledad y el tiempo te enseñan a fijarte en los pequeños detalles, y descubres cosas imperceptibles a las que los demás no dan importancia, pero que te reportan mucha información. Sin ir más lejos, tu actitud defensiva me da a entender que escondes algo que no quieres que nadie sepa.

—No es cierto —respondió ella, cruzándose de brazos.

Los ojos de él brillaron divertidos.

—Mientes y lo sabes.

Alaina entrecerró los ojos valorando si el que mentía era él.

—Todo el mundo esconde algo.

—Sí, pero tú te has molestado cuando he mencionado a Cassiel.

—Error. Yo me he molestado porque me has llamado putita.

Moisés se acercó a los barrotes y apoyó el hombro en ellos con dejadez.

—Fíjate que no te creo.

—Me importa bien poco si me crees o no.

—Mmm... Sigues a la defensiva —habló, meditabundo—, y te revuelves panza arriba con solo mencionar su nombre. Cualquiera diría que sientes algo por ese ángel...

De pronto, una tétrica carcajada surgió desde lo más profundo de su pecho, cuando el demonio advirtió una pequeña señal de alarma en el rostro de Alaina.

—¡Así que es eso!

Ella se cerró en banda ante lo evidente. Desconocía cómo lo había hecho, pero la perspicacia del antiguo guardián iba más allá de la simple observación.

—¡No, no lo es!

—Estás enamorada de Cassiel, no lo niegues. —Y elevando una ceja en un gesto de mofa, continuó—: ¡Vaya con el ángel, parece que nos ha salido Casanova!

—¡No es cierto! —exclamó a punto de entrar en pánico—. Además, él está enamorado de...

Enmudeció de golpe al darse cuenta de que había caído en su juego. Y se maldijo mentalmente cuando reparó en la amplia sonrisa lobuna de Moisés.

—¿... de otra? No me dices nada que yo no sepa.

Ella mantuvo silencio, negándose a caer en la misma trampa. Si creía que la embaucaría para sonsacarle información, iba muy desencaminado.

—No me mires así, sé que está enamorado de Dabria.

—Yo no he dicho que fuera de ella —se atrevió a rebatir con cautela.

—Es algo evidente desde hace muchos siglos —respondió Moisés, encogiendo los hombros al dar por sentada esa información. Y haciéndole un gesto con el dedo índice, la instó a acercarse—. Pero hay algo que estoy seguro de que tú no sabes.

Sin fiarse en ningún momento, Alaina se mantuvo en su sitio.

—¿El qué?

—Pues que la pequeña druida no siente lo mismo.

Ese detalle sí que captó toda su atención y, arriesgándose de forma inconsciente y precipitada, se acercó un poco más a la celda.

—¿Ah, no?

Moisés posó toda su atención en una de las uñas de su mano derecha.

—No —aseguró, rotundo, y soltó un largo suspiro fingiendo pesar—. No debería contarte esto, pues conozco a Cas desde hace más de dos mil años y lo considero un amigo, pero...

—¿Pero...? —planteó, muerta de curiosidad, aproximándose peligrosamente un poco más y olvidándose de la condición demoníaca de Moisés.

Este la miró con intención de desahogar un secreto largamente guardado, pero en el último instante se arrepintió.

—No, no puedo decirte nada más. Lo estaría traicionando y no me lo perdonaría jamás.

Alaina avanzó un par de pasos.

—Te juro que no se lo diré a nadie.

Él fingió meditar si podía confiar en ella o no, y al final murmuró su respuesta tan bajito, que Alaina se adelantó otro paso más.

—No te he entendido.

—Dabria no siente lo mismo... porque está enamorada de otro — repitió, consiguiendo toda la atención de la mujer.

El impacto de esa información fue tal en ella, que bajó la guardia del todo mientras las palabras de Moisés se reproducían una y otra vez en su cabeza.

—¡Oh, vaya! —musitó, sorprendida. Y la intriga por saber quién era el otro fue más fuerte que su sentido de la supervivencia—. ¿Y de quién?

—¿Tú quién crees? —planteó él, provocando su vena cotilla.

—No tengo ni idea.

Moisés se llevó la mano a la boca para susurrar un secreto muy bajito, logrando que Alaina se arrimara un poquito más.

—Pues de mi hermano Tomás.

Sorprendida, los ojos de ella se abrieron como platos, pero nada la preparó para el susto que se llevó cuando una voz inesperada habló a sus espaldas.

—Aléjate de él, Alaina.

Aprovechando el sobresalto, Moisés pasó una mano entre los barrotes para agarrar desprevenida a Alaina y tirar de ella, y con el otro brazo libre la sujetó por el cuello fuertemente contra los viejos pero sólidos hierros.

—¡Lárgate de aquí, Iria!

Esta alzó las manos en un gesto de tranquilidad.

—Suéltala, Moisés.

Él la miró con tanto odio y desprecio que Iria se temió lo peor.

—¿Con amenazas, cuñada? ¿Qué me vas a hacer si no la suelto? ¿Me vas a encerrar? ¿Mandarme a matar? —Una amarga carcajada salió de su garganta

—. Eso ya lo han intentado y no ha funcionado. Y no creo que pueda sucederme nada peor de lo que ya estoy viviendo.

—Por favor...

—De nada te servirá suplicar. Esta puta será mi billete para salir de aquí y si no...

La implicación de lo que pasaría si no conseguía lo que quería era evidente, y Alaina se maldijo por ser tan estúpida. Había caído en su trampa. Desde el primer momento su intención había sido manipularla para llegar hasta ese momento, y ella ni de lejos lo había visto venir.

—Llama a mi hermano —le ordenó.

—No voy a hacerlo, Moisés... No voy a permitir que salgas de aquí.

El demonio apretó el brazo con más fuerza, y Alaina lo sujetó con ambas manos al sentir la asfixiante presión, mientras gruesas lágrimas de terror resbalaban por su rostro.

—¿Quieres cargar con su muerte, cuñadita? Sabes que puedo romperle el cuello con pasmosa facilidad —comentó de pasada, como si la muerte de Alaina no fuera importante y estuvieran hablando del tiempo.

Iria buscaba frenéticamente una salida. Deseaba con toda su alma que su instinto estuviera en lo cierto; no obstante, por nada del mundo dejaría que ese demente saliera libre otra vez.

—Sé que todavía queda bondad en tu interior —dijo, abogando por la poca humanidad que estaba segura de que se encontraba todavía dentro de él —, y que no le vas a hacer daño.

Moisés esbozó una cruel sonrisa.

—¿En serio te la vas a jugar por una estúpida intuición? Pensé que a estas alturas me conocerías un poco mejor, pero veo que sigues siendo la misma idiota de siempre.

—¡Espera! —rogó, alarmada, cuando lo vio sujetar la cabeza de Alaina con la otra mano demostrando que, con un simple movimiento, la podía desnucar.

—No lo volveré a repetir... llama a tu marido.

—¡Suéltame!

Un gruñido bajo resonó en el pecho del demonio. Una fuerza superior a él lo obligó a acatar la débil petición farfullada por Alaina, tomándolo por sorpresa, y un brillo de miedo y desconcierto cruzó por sus ojos negros y desprovistos de vida cuando tuvo que, contra su voluntad, aflojar la presión.

No entendía qué le estaba sucediendo con aquella humana, pero todas las

alarmas saltaron de forma inmediata. Esa putita no era tan simple y bobalicona como él había creído en un primer momento. Debía darse prisa o su plan se frustraría antes de tiempo.

—¡¡Ahora!! —bramó con furia, ejerciendo más presión.

—¡Cassiel! —llamó Iria.

Dos segundos después, el ángel se encontraba a su lado. Sin embargo, su rostro solo mostró una máscara imperturbable mientras estudiaba la peligrosa situación en la que se encontraba Alaina.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó un instante después.

—No lo sé —musitó Iria.

Moisés estudió al recién llegado, tras mirar con odio a la mujer que se encontraba a su lado.

—Este no es mi hermano... pero me vale —comentó ocultando su nerviosismo—. Exijo que abras la puerta o la mato ahora mismo.

La expresión inflexible en el rostro de su «guapo vikingo» le dio a entender a Alaina que este no haría nada por ella. Se había metido sola en ese embrollo y no permitiría que un peligroso demonio escapara de allí por su culpa. Cerró los ojos con fuerza mientras su corazón se resquebrajaba un poco más.

—¡No quiero morir! —sollozó aterrada—. ¡Por favor... te lo suplico... suéltame!

El demonio apretó con fuerza los dientes mientras, sin poderlo evitar, su rostro demudaba de dolor por el tremendo esfuerzo que estaba realizando para obligarse a no acatar su orden. Un rictus temeroso cruzó su cara y llamó la atención de Iria, mientras gotas de sudor perlaban su frente ante su lucha por no aflojar el abrazo mortal.

—Ordénaselo —sugirió Iria, comenzando a entender.

Alaina la miró atónita.

—¿Qué?!

Los tres restantes observaron a la mujer morena con diferentes grados de extrañeza, pero fue Moisés quien bramó fuera de sí para desviar la atención.

—¡¡Cállate, zorra!! —la amenazó, consiguiendo con un esfuerzo titánico comprimir más el brazo contra el cuello de Alaina. Luchaba con desespero por no rendirse ante la petición, pues una extraña fuerza lo obligaba a obedecer, pese a todo su empeño—. ¡Y tú, he dicho que abras la puerta o la mato en este mismo instante!

Iria obvió la amenaza de su cuñado y se centró en la mujer que estaba

sometida en contra de su voluntad.

—¡Ordénaselo, Alaina! —la apremió—. ¡Ordénale que te suelte!

Esta la miró sin entender a dónde quería llegar. Si Iria pretendía que aquella bestia la matara sin dilación, iba por buen camino. Pero no tenía nada que perder, y confió en que la Grial tuviera sus razones para hacerle semejante petición.

—¡Maldito cabrón, suéltame! —le exigió con énfasis—. ¡Te ordeno que me sueltes ya!

Y para el asombro de todos los presentes, a pesar de que Moisés peleó con todas sus fuerzas por no sucumbir a la orden, este hizo lo que le pidió.

—¡Por todos los ángeles! —musitó Cassiel, asombrado al ver cómo Alaina se desembarazaba de su abrazo y quedaba en libertad—. ¡No puede ser!

Capítulo 17



Minutos más tarde, cabizbaja y sentada encima de la cama de su propia habitación, Alaina intentaba comprender qué demonios había pasado en los calabozos.

—¿Por qué me soltó?

Iria, justo a su lado, dejó escapar un débil suspiro.

—Creo que todavía quedan muchas incógnitas sobre ti que debemos resolver —Señalando el sobre que apretaba entre sus manos, continuó—: Y ahí se encuentran muchas de las respuestas.

Alaina examinó con atención su regazo; en una mano tenía sujeta la carta que su padre le había escrito y en la otra daba vueltas al pesado anillo entre sus dedos. Pasados unos segundos, elevó la cabeza para fijar la mirada en su nueva amiga. Una mirada repleta de dudas y miedos.

—No sé si quiero conocerlas.

La morena esbozó una ligera sonrisa.

—Siempre es mejor saber, querida; siempre es mejor saber.

Esta cabeceó varias veces intentando ordenar sus pensamientos. No estaba segura de las palabras del Grial. Ella era feliz antes de conocer nada de aquel mundo. Su vida era tranquila y apacible; sin embargo, ahora... Ahora lo

único que quería era llorar hasta vaciarse por completo y dejar de sentir.

Tras soltarla Moisés, Cassiel las había llevado a los aposentos de Alaina, y después de cerciorarse de que estaban bien y a salvo, se había marchado, dejándolas solas, no sin antes entregarle la carta a su dueña. Y todo eso lo hizo sin mediar palabra, ni una bronca o una mirada recriminatoria por su parte que le hiciera saber qué pensaba o qué sentía en ese momento.

Para ella, la indiferencia del ángel era mucho peor que su enfado, y eso la dejó con una dolorosa sensación de vacío y soledad que le provocó escalofríos.

—¿Por qué fuiste a los calabozos?

Iria, intuyendo lo que la pelirroja estaba sintiendo en ese momento, aprovechó para levantarse, agarrar una silla, y sentarse delante de ella apoyando las manos en sus rodillas con ternura.

—Tengo visiones, cielo, y al igual que tú, no sé explicarlo... Dicen que es un don, aunque muchas veces parezca todo lo contrario. Hay veces que vienen sin más, y otras que lo provoca un contacto con una prenda, un objeto o una persona. En este caso te vi con Moisés y no lo pensé dos veces.

Alaina se mordió el labio con fuerza, resistiéndose a llorar.

—¿Es cierto lo que dijo? —Iria no respondió, aunque sabía perfectamente a qué se refería—. ¿Dabria está enamorada de...?

—¿... de mi marido? —finalizó ella la frase cuando Alaina no pudo hacerlo por miedo a ofenderla—. Sí, así es. Lo lleva amando en silencio desde hace muchos siglos.

El mundo de Alaina comenzó a desintegrarse a sus pies. Si sus sospechas eran ciertas... su corazón se rompería por completo.

—¿Y él lo sabe?

La mujer negó con la cabeza.

—No. Tomás jamás la ha visto con otros ojos que no sean los de un hermano mayor. Y no le he dicho nada porque mi intención es que siga siendo así. Se conocen desde niños, para él es la única familia que le queda, aparte de su madre, y no quiero quitarle eso.

Alaina asintió comprendiendo, al mismo tiempo que Iria bajaba la mirada hacia el suelo. Sabía la pregunta que vendría a continuación, y que le dolería tener que responderla, pero a Alaina le quemaba en la lengua, pues esa incógnita quizás podría cambiarlo todo.

—Y... ¿y Cassiel...? ¿Él lo...? —Tragó saliva con esfuerzo—. ¿Él también lo sabe?

El silencio que vino después fue respuesta suficiente y Alaina cerró los ojos ocultando su vergüenza.

Cassiel lo sabía y aun así suspiraba por una mujer que nunca le correspondería. El deseo o cariño que había creído ver en sus ojos cuando la besó, tan solo había sido un espejismo; una loca ilusión creada en su propia cabeza para justificar sus absurdos sentimientos hacia él.

El ángel no sentía nada por ella, y le había quedado meridianamente claro cuando demostró lo poco que le importaba lo que le pasase con Moisés. En ese instante, su expresión fue de hastío, fastidio y disgusto por tener que lidiar con la estupidez de una humana más, pues se había puesto en peligro sin necesidad. Lo único que le interesaba de ella era lo que pudiera ofrecer a la Orden para ganar su guerra contra el mal. Lo demás, le era por completo irrelevante. Y lo había demostrado una y otra vez insistiendo en que abriera aquella maldita carta.

En su corazón solo existía una mujer... Dabria.

Una triste mueca reflejó lo que sentía por dentro. Era patético, a la par que irónico, hasta límites insospechados. Ella enamorada de Cassiel, Cassiel enamorado de Dabria, y Dabria enamorada de Tomás. Aquello parecía una broma. Una broma cruel y pesada.

Alaina se levantó inspirando aire con dificultad. Se ahogaba entre aquellas cuatro paredes y necesitaba salir de allí. Requería poner distancia para no ahogarse en el dolor. Un dolor punzante que la lastimaba como si le arrancasen las entrañas.

Iria, al ver el inminente ataque de ansiedad, se acercó a ella con cautela y posó con suavidad su mano en el hombro de Alaina.

—Cielo...

Esta se giró, y al ver la ternura y compasión en los ojos de su amiga, rompió a llorar, refugiándose en los brazos que amablemente se abrieron para consolarla.



Cassiel se encontraba en el gimnasio desahogando toda su frustración contra un saco de boxeo. Aporreaba sin piedad la superficie de cuero con los puños y

las piernas, agradecido por el dolor que aquellos golpes le proporcionaban. Necesitaba mantener la mente despejada, lejos de los pensamientos tumultuosos que aquella terca pelirroja le hacían sentir. Todavía seguía tan furioso con ella, que si en aquel momento se le hubiese puesto por delante, no habría puesto la mano en el fuego ante la posibilidad de matarla con sus propias manos.

«¡¿En qué puñetas estaba pensando?!»

Cuando escuchó la llamada de Iria y se materializó a su lado, el corazón dejó de latirle durante unos angustiosos segundos. Ser testigo de cómo Moisés podía acabar con la vida de Alaina en un solo parpadeo, lo conmocionó de una forma difícil de explicar.

Jamás había sentido una angustia tan inmensa. Y fue tan intenso el sentimiento... que lo paralizó.

Una fuerte patada balanceó el saco retornando hacia él con rapidez, y lo sujetó con destreza al mismo tiempo que resollaba por el cansancio.

No era capaz de quitarse de la cabeza la mirada de penetrante terror en los ojos de Alaina, y cómo estos habían sucumbido a la desolación cuando él no hizo nada.

«¡¡Joder!!»

El cuero crujió al recibir un potente puñetazo, y las cuerdas sujetas a una viga chirriaron por la brusquedad.

Todavía no se explicaba su comportamiento. Era un guerrero, uno de los más aventajados y admirados por sus compañeros y hermanos celestiales. No tenía miedo a morir. Estaba acostumbrado al riesgo, a la maldad, a lidiar con el peligro oculto bajo cualquier disfraz, en cualquier momento y situación. Entonces, ¿por qué un oscuro y agudo terror lo había inmovilizado de aquella manera? ¿Por qué el solo pensamiento de perder a aquella mujer había sacudido su interior de forma tan demoledora?

Daba gracias a su venerado padre por no demostrar en ningún momento lo afectado que se sentía ante aquel angustioso panorama. Su experiencia en incontables batallas contra los demonios le había dotado de una máscara de frialdad ante el terror digna de elogio. Si Moisés hubiese sospechado por un solo instante lo muerto de miedo que estaba por dentro, quizá el final de aquella pesadilla hubiera sido otro muy distinto.

No quería ahondar en sus sentimientos. El pánico a lo que pudiera descubrir sobre sí mismo y sobre los sentimientos que Alaina le generaba era quizá más poderoso que lo vivido en los calabozos. Se negaba a admitir una

emoción tan destructiva como la que sentía por Dabria, o incluso más.

Y por eso mismo se había alejado.

En cuanto se aseguró de que las dos mujeres estaban bien, puso tierra de por medio, obteniendo de forma cobarde un pequeño lapso de tiempo para recuperarse de la impresión.

Y allí se encontraba en aquel instante, alargando el momento de tener que informar a su superior sobre lo que había descubierto. Planteándose, incluso, la decisión de ocultar lo que sabía y llevarse muy lejos de allí a la mujer que lo traía de cabeza, proporcionándole, a lo mejor, una vida ajena a los peligros que su don le acarrearía. Sin embargo, aquello sería alta traición.

Si sus sospechas eran ciertas, Alaina era un prodigio, un milagro que jamás se había producido antes. Pero también era un arma. Un instrumento demasiado poderoso y codiciado por ambos bandos. Muchos de sus hermanos no tendrían ningún escrúpulo para usarla a su conveniencia, en nombre de Dios y de la santa guerra contra el mal. Y Lucifer... Lucifer removería el cielo y la tierra para tenerla en su poder.

Y quizá, en otro momento... en otra vida... a él tampoco le hubiera importado utilizarla para diezmar a los ejércitos del maligno. Sin embargo, ahora... ahora...

—¡¡Maldita sea!! —rugió al no hallar una respuesta simple a su dilema.

Giró todo su cuerpo tomando impulso y pegando tal patada, que la potencia del impacto hizo girar el saco de forma descontrolada.



—¿Te encuentras mejor?

Iria y Alaina se hallaban sentadas en el suelo con la espalda apoyada a los pies de la cama. Habían pasado unos minutos desde que Alaina se había vaciado por completo, vertiendo desconsoladamente las lágrimas que le quemaban por dentro. Su amiga había creído conveniente darle el respiro que necesitaba para asentar sus pensamientos, y Alaina se lo agradeció, cuando sus miradas se encontraron para asentir con la cabeza.

—Sí, gracias.

El Grial la observó con intensidad, rebuscando en sus ojos alguna señal

que le indicara que estaba equivocada. No podía confesarle todas sus visiones a su nueva amiga, porque sobre esa nueva capacidad que había descubierto recientemente sobre sí misma era tan neófita como su compañera. Y consideraba peligroso jugar con un don sin saber realmente hasta dónde llegaba su dominio sobre él.

Pese a todo, lo que más le inquietaban eran las dudas. Dudas suscitadas al no saber, a ciencia cierta, si podía confiar en esa mujer al cien por cien. Al fin y al cabo, no dejaba de ser una extraña. Una extraña encantadora que le había robado el corazón. Pero quizá abrigaba esa empatía porque se sentía cercana a Alaina, ya que ella había pasado por lo mismo pocos meses antes. Y no sería la primera vez que consiguieran engañarla. Sin ir más lejos, Javier, uno de sus mejores amigos y el padre de su ahijada, trabajaba para las tinieblas y ella no lo sabía. La había engañado durante años, haciéndola entender que no podía fiarse de nadie.

No obstante, su instinto le decía que podía confiar en Alaina; que esa mujer era una pobre víctima más, tal y como lo había sido ella misma; que el sufrimiento que padecía no podía ser fingido; y que lo sucedido en los calabozos significaba algo. Pero... ¿y si se equivocaba?

—Cariño, no me las des —habló tras colocarle un mechón de cabello detrás de la oreja dulcemente, y espantar aquellos nefastos pensamientos—. Estaré aquí siempre que me necesites.

Emocionada, los ojos de Alaina volvieron a cristalizarse, pero la abrazó con fuerza antes de romper a llorar de nuevo, correspondiendo a ese gesto de bondad con otro de sincero afecto.

—No sé cómo podré pagarte todo lo que estás haciendo por mí.

—¡Chss..., chss...! Todo irá bien, ya lo verás —musitó tiernamente en su oído—. Confía, Alaina, confía...

Unos golpes en la puerta rompieron ese momento de amistad. Alaina, tras soltar un fuerte suspiro, se levantó para ir a abrirla, con fuerzas renovadas para afrontar lo que viniera.

—Pasa, tía Beth.

La mujer estudió su cara con atención y arrugó el ceño al advertir los ojos rojos por el llanto.

—¿Has estado llorando?

—Estoy bien, no te preocupes —declaró dándole la espalda para ocultar los estragos anteriores.

—¿Qué ha ocurrido?, ¿por qué no me has...? —Pero interrumpió su

interrogatorio al advertir la presencia de Iria en la habitación.

Esta, al distinguir un casi imperceptible gesto de desagrado en la mujer recién llegada, decidió que quizá sería mejor irse.

—Será mejor que me vaya y os deje a solas.

—No, por favor —le rogó Alaina—, quédate.

—¿Estás segura?

La pelirroja recogió los objetos que había dejado encima de la cama y después la miró.

—Sí.

La morena asintió con la cabeza confirmando que aceptaba su petición, a pesar de sentir las reticencias de Beth. Suponía que querría hablar con su sobrina abiertamente, y su presencia la obligaba a no decir lo que realmente pasaba por su cabeza por algún insólito temor. En cierta manera, era lógico y lo comprendía, pero había hablado muy en serio cuando le había dicho a Alaina que estaría siempre que la necesitara. Así que...

—De acuerdo.

Alaina se acercó despacio hacia el sillón más cercano a la chimenea. Durante unos pocos segundos, dejó la mirada perdida en el crepitar de las llamas, aclarando sus ideas y tomando una decisión crucial. Su tía Beth se unió a ella poco después.

—Cariño, ¿estás bien?

Ella fijó la mirada en el rostro amado y conocido de su madrina, y se mordió el labio con fuerza para evitar que temblara. Había tomado una decisión y ya no había vuelta atrás.

—Creo que ha llegado la hora, madrina. Necesito saber quién soy realmente.

La mujer la miró con dulzura y le acarició suavemente el rostro.

—Si es lo que quieres hacer, yo estaré aquí para apoyarte siempre, ya lo sabes.

Alaina tragó saliva con dificultad y después dejó salir un suspiro de puro agotamiento mental.

—Lo sé, madrina. —Después rodeó el sillón y se sentó en él. Tras hacerle un gesto con la mano a su tía para que se sentara en la butaca vacía que había al lado de ella, Alaina le entregó el sobre cerrado—. ¿Te importaría leerlo por mí?

La mujer, con gesto medido, alargó el brazo y tomó la carta que su sobrina le entregaba, al mismo tiempo que Iria tomaba asiento cerca de ellas.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—Completamente. No me siento con fuerzas para hacerlo yo misma, y después de todo lo que hemos pasado juntas, creo que tú eres la persona indicada.

Beth dejó a un lado sus dudas y rompió con cuidado el precinto de cera de color burdeos con el sello del rey Salomón que cerraba el elegante sobre para sacar de su interior unas finas hojas escritas a mano. Echó un último vistazo a su sobrina, que abrazaba sus piernas a la altura de las rodillas, encima del señorial asiento de cuero, y observaba cómo el baile hipnótico de las lenguas de fuego devoraba los leños de madera.

Comenzó a leer en voz alta:

«Querida hija mía,

Por fin ha llegado este tan ansiado como temido momento. Si has recibido esta carta... es porque estoy muerto. Las palabras se amontonan en mi garganta sin saber muy bien por dónde comenzar. Solo espero que puedas perdonarme algún día, y que tu corazón albergue un poco de comprensión hacia tu padre. Necesito que entiendas que todo lo que he hecho y todo lo que he sacrificado en esta vida ha sido por ti. Tanto tu madre como yo, creímos hacer lo correcto...»

En este punto, su tía levantó la mirada del papel para fijarla en el semblante de su sobrina.

—Por favor, tía Beth, sigue.

Ella prosiguió, y durante los minutos siguientes aclaró los motivos que tuvieron sus padres para privar a Alaina de una familia normal.

Sion explicó cómo conoció a Sheena, la madre de Alaina, cuando esta viajó a Tierra Santa tras cursar sus estudios de arqueología. Se enamoró de ella nada más verla, mientras la joven admiraba el interior de la Cúpula de la Roca, en pleno Jerusalén, donde él vivía.

Tras un breve pero intenso noviazgo, en el que ambos se dieron cuenta de que estaban hechos el uno para el otro, se casaron y culminaron su felicidad, pocos meses después, cuando tuvieron a Alaina.

Todo esto lo llevaron con el mayor de los secretismos, ya que en cuanto Sion le contó a Sheena que él era judío y el último descendiente del rey Salomón, convinieron ser discretos por la familia de ella, pues, al ser criada en la religión protestante escocesa, quizá no vieran con buenos ojos su conversión por amor al judaísmo.

No obstante, sus problemas no acabaron ahí, sino más bien al contrario. Desde el mismo instante del nacimiento de Alaina, comenzaron a sufrir sucesos difíciles de explicar. Era como si el bebé atrajera de alguna forma al mismísimo mal. No solo sobrevivieron a varios ataques demoníacos en el propio templo, lugar demasiado importante como para que fuera expuesto de esa manera, sino que descubrió que para llevar a cabo esos ataques varios de sus hombres de confianza lo traicionaron.

Sion tomó la decisión de renunciar a todo por el amor de la mujer que amaba más que a su vida y por la hija a la que adoraba por encima de todas las cosas. Y tras varios meses de infernal inquietud, en los que escaparon del peligro que suponía vivir en Jerusalén viajando a otros países, se dieron cuenta de que los extraños sucesos habían cesado. Lograron vivir en paz durante dos maravillosos años, pero al final, Sheena, advirtiéndole que su marido no era completamente feliz, por los remordimientos que le ocasionaba traicionar sus raíces y el ancestral legado familiar, tomó la decisión más dura y valiente de su vida... Abandonarlo.

Sion jamás lo habría permitido, de no haber sido por la terquedad de su amada esposa y por la crucial importancia de proteger a los hombres de la entrada del mal a este plano, pues, bajo los cimientos de la Cúpula de la Roca se encontraba el primer templo del rey Salomón, y los objetos de poder que allí se escondían, ocultos y custodiados por la Orden ante el resto del mundo, impedían la entrada y salida física hacia el Averno, la única puerta del Infierno existente en la Tierra.

Sin embargo, esa renuncia no solo conllevaba la posibilidad de que él siguiera cumpliendo con su juramento de proteger a la raza humana de las tinieblas, sino que además, aseguraría, teóricamente, la seguridad de su propia familia, ya que, siendo conocida su relación por tan pocas personas, los demonios y acólitos del mal dejarían de buscarla y de acosarla si vivían fuera de Tierra Santa.

En el resto de la carta explicaba lo mucho que sufrió cuando se enteró de la muerte de su madre, y de cómo asistió al sepelio, encubierto para no ser reconocido, evitando a toda costa que a Alaina pudieran relacionarla con él, además de lo mucho que le costó no poder acercarse a ella y llevársela a su casa cuando todavía era tan pequeña. Habló de los años que pasó esperando noticias suyas, que llegaban todos los meses desde Escocia, pues tenía bajo sus órdenes a hombres de confianza que la vigilaban e informaban en todo momento sobre el devenir de su vida. Y de lo mucho que le dolía no poder

decirle cuánto la amaba, lo orgulloso que estaba de ella, y lo mucho que la echaba de menos.

Pese a todo, no se arrepentía del sacrificio que había hecho, pues lo hizo por amor. Un amor incondicional hacia la única persona en el mundo que amaba más que a nada, con el único objetivo de que viviera feliz y a salvo, ajena a todo lo que su linaje exigía.

Pero en los últimos tiempos sospechó que entre los suyos había un traidor, y descubrir su identidad era un trabajo altamente peligroso, aunque, no obstante, necesario para impedir que ocasionara un daño mayor a la Orden. Pese a todo, no compartió sus sospechas con nadie, pues si lo que él creía era cierto, se hallaban ante un problema más grave de lo que nadie podría imaginar. La única medida que podía tomar al respecto era dejar una carta tras su muerte a su único pariente vivo, necesaria para que Alaina conociera su verdad y, sobre todo, que quizás estaba en peligro. Una verdad que lo cambiaría todo. Una verdad que la haría poseedora de uno de los mayores secretos de la humanidad.

Ella era... la heredera del sello de Salomón.

Capítulo 18



Despuntaba el alba cuando Cassiel, sentado en el cómodo sillón de su habitación, se hallaba sumergido en sus más profundos pensamientos. Sin haber pegado ojo en toda la noche, ya que no es que los ángeles necesitaran dormir precisamente, se encontraba hipnotizado por las ascuas que refulgían en su chimenea cuando se sobresaltó al recibir el llamado del Grial. Segundos después, se materializó a su lado, y al ver que estaba todo en orden, inclinó la cabeza con respeto en una breve reverencia.

—Mi señora.

—Gracias por venir, Cassiel.

—Siempre a tus órdenes.

Iria se giró hacia su marido y el ángel siguió su gesto con la mirada para encontrarse con un Tomás enojado.

—¿En serio tengo que irme? —le reprochó este, dolido—. ¿Desde cuándo existen los secretos en nuestro matrimonio?

—Cariño, el éxito de todo buen matrimonio consiste en que exista un poco de misterio. Si nos lo contáramos todo, no quedaría nada de magia entre nosotros, ¿no crees?

—No estoy de acuerdo —replicó, molesto—. Mi obligación como tu

marido y Guardián Real es saber todo sobre ti. Estaría incumpliendo mi deber si hiciera lo contrario.

Iria se acercó a él sonriendo y se colgó de su cuello.

—Te aseguro que tus obligaciones conmigo son completamente satisfactorias.

El antiguo policía torció la boca en un gesto travieso.

—Siempre se puede ser más metódico —ronroneó, atrapando con los dientes el labio inferior de su mujer y olvidando por un momento la presencia de su amigo.

—No te digo que no, mi amor —respondió ella pasando la lengua por sus labios—. Pero la base de un matrimonio duradero es darse su propio espacio, o acabaríamos maquinando formas crueles de acabar el uno con el otro por puro hastío. Ten en cuenta que tenemos toda la eternidad por delante.

Tomás separó un poco la cabeza para observarla al saberse manipulado. No obstante, no despegó las manos de las caderas de su mujer. Le encantaba sentirla tan cerca, maravillado por lo bien que encajaban sus cuerpos.

—Esa no es una excusa para ocultarme cosas —protestó fastidiado porque lo dejaran fuera—. Y no creo que Cas tenga algo que decir que yo no pueda escuchar.

—No te estoy ocultando nada, simplemente pido un poco de privacidad para poder hablar con él a solas.

—Pues eso no es lo que parece.

Iria lo taladró con sus ojos y esbozó una sonrisa torcida.

—¿En serio?

El Guardián tragó saliva. Conocía lo suficiente a su mujer como para saber que ese gesto y, sobre todo, el tono que había usado, no traía nada bueno.

—En serio —musitó tan bajito esas palabras, que se murieron en cuanto las pronunció.

Su mujer se separó de él y caminó unos pocos pasos. Vestida con unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca, se colocó bien la parte de arriba antes de girarse y enfrentar a su mentiroso marido.

—¿Acaso tú me cuentas todo lo que hablas o haces con tus amigos?

—¡Por supuesto! —señaló, muy ufano de sí mismo. Y miró de soslayo a Cassiel cuando advirtió la risilla que se le escapó a este por lo bajo.

—Por eso le pediste a Amitiel la semana pasada que te llevara de reconocimiento y no me dijiste nada, ¿verdad? —Sin inmutarse ante la

expresión de sorpresa de su marido, Iria continuó—: Sabes lo mal que lo paso cuando te enfrentas a los demonios, pero aun así decidiste ocultármelo.

—¡¡Mierda!! —maldijo en voz alta y desvió la mirada, avergonzado tras haber sido pillado—. Ese melenas es un bocazas.

—No, cariño —lo abroncó Iria—, no le echas la culpa. Recuerda que es el ángel de la Verdad y no puede mentir ante una pregunta directa. Sin embargo, ¡tú!, acabas de hacerlo en mi propia cara.

Tomás guardó las manos en los bolsillos del pantalón y le dedicó especial atención a la punta de su bota de combate.

—Técnicamente no te he mentado.

Ella puso los brazos en jarras.

—Ocultarme información que sabes que no me va a gustar y mentir, podría considerarse lo mismo.

—Pero no lo es —terqueó él.

—Mi amor, si sigues por ese camino, estás muy cerca de ganarte una noche a todo lujo en el cómodo suelo de nuestra habitación.

Tomás buscó ayuda en su amigo, pero acabó fulminándolo con los ojos al ver el gesto divertido de este.

—Si no me vas a ayudar, mejor no te rías —le soltó de forma brusca, enfadado por su nulo apoyo y porque tenía todas las de perder.

Cassiel se cruzó de brazos con una expresión de regocijo implantada en su rostro.

—¿Prefieres que hable?

El Guardián Real abrió los ojos, sorprendido por tamaña traición, y lo señaló con un dedo acusador.

—Tú no eres el ángel de la Verdad.

—Cierto. No obstante, tú tienes la desquiciante facultad de acabar con mi santa paciencia.

Tomás paseó la mirada de uno a otro sin dar crédito, y llegó a la conclusión de que «una retirada a tiempo siempre es una victoria». Por lo que se encaminó con la cabeza erguida hacia la salida, sin dar muestras de debilidad ante el ataque de sus oponentes.

—¿Sabéis que? Lo mejor será que os deje a solas con vuestros secretitos. Os ponéis insoportables cuando sacáis a pasear vuestra superioridad moral.

—Cariño...

—¡¿Qué?! —exclamó, haciéndose el ofendido.

—¿No se te olvida algo?

Tomás desanduvo sus pasos y, tras hacerle notar su disgusto, le dio un breve y embarazoso beso de despedida en los labios.

—Te quiero —farfulló entre dientes.

Iria sonrió ampliamente antes de verlo partir.

—Y yo a ti.

Cuando la puerta se cerró tras él después de haber conseguido lo que quería, la mujer centró su atención en el ángel que tenía delante.

—Es incorregible —señaló divertida, cabeceando varias veces.

Cassiel le devolvió la sonrisa de cariño que bailaba en el rostro de ella.

—Todavía no entiendo, mi señora, cómo te enamoraste de ese cabezota.

—Ese cabezota es uno de tus mejores amigos, Cassiel.

El ángel fingió pensarlo durante un instante, para terminar, posteriormente, encogiendo los hombros al no llegar a una conclusión satisfactoria.

—Nadie es perfecto. Yo también cometo errores.

Ahora le tocó a ella simular un gesto de horror ante esas palabras, pero no pudo mantener durante mucho tiempo la farsa.

—Me sorprende que todavía no se haya convocado una reunión de urgencia con el cónclave de la Orden —habló, tras decidir ir directa al grano—. ¿Has hablado con Miguel de lo que ocurrió ayer con Alaina?

Cassiel no pudo evitar erizar su cuerpo, e Iria advirtió el cambio de actitud en su postura. Pasó de estar relajado a, en ese instante, encontrarse a la defensiva.

—No —admitió a regañadientes, eludiendo mirarla directamente.

Iria esperaba esa respuesta, pero, aun así, hizo la pregunta pertinente.

—¿Por qué?

El ángel se acercó a la chimenea y apoyó su mano en la repisa mientras buscaba una excusa convincente... pero no halló ninguna. Un escalofrío recorrió su cuerpo; tomó el atizador para remover los leños de madera y avivar el fuego mientras hacía tiempo.

La fortaleza contaba con chimeneas en todas las habitaciones privadas, pues, a pesar de utilizar un excelente sistema de ventilación de última generación, que combinaba la renovación y extracción de aire y humos, y regulaba la humedad y la temperatura de forma eficiente y ecológica, nunca venía mal un extra de calor en todo el complejo, ya que, como estaba excavada en el interior de la montaña Pico Sacro, la frialdad de la piedra debía ser

contrarrestada por la calidez de un hogar que ofreciera, además, un ambiente confortable.

La mujer se acercó a él y apoyó su trasero en el brazo del sillón más cercano.

—¿Cassiel?

Este dejó escapar un suspiro de desaliento.

—Estoy cansado, Iria —confesó tras unos segundos—. Ha llegado un momento en el que no le veo significado a nada de todo esto. Estoy harto de esta lucha sin sentido.

—¿A qué te refieres?

Él se mesó el pelo con impaciencia.

—Me refiero a lo de siempre. Desde los albores de la humanidad, llevo combatiendo junto a mis hermanos contra la oscuridad sin tregua, para seguir en el mismo punto donde empezamos.

—Eso no es cierto, Cas.

—Sí lo es —señaló, decaído—. Es desmoralizador ver cómo tus esfuerzos no sirven de nada, cómo la oscuridad sigue avanzando paso a paso, llevándose a gente inocente por delante sin dificultad alguna. —Mantuvo silencio durante unos segundos mientras ordenaba sus pensamientos. Ahora que había conseguido el valor necesario para desahogarse, quería que ella entendiera sus motivos y que no lo juzgara como un traidor—. Sé que mi deber es hablar con el arcángel Miguel... y lo haré, pero... Pero también desearía no tener que hacerlo. Me gustaría dar marcha atrás en el tiempo para no ser el responsable de destruir la vida de una mujer inocente, como es el caso de Alaina. O el tuyo mismo, tan solo pocos meses atrás.

Iria se levantó para acercarse a su amigo y ofrecerle el apoyo que tanto necesitaba en ese momento. Odió con toda su alma verlo tan hundido. Apoyó una mano en su brazo y con la otra le acarició con cariño el pelo corto de la nuca.

—No seas tan duro contigo, cielo. Jamás serías el responsable de arruinar la vida de nadie. En todo caso, la salvaste de caer en las garras del mal. Igual que me salvaste a mí.

—¿Y si fui yo el causante de que fueran a por ella esa noche? Hasta el momento solo la tenían vigilada. Quizás, mi presencia en aquel *pub* influyó en los posteriores acontecimientos.

—Eso no lo sabes.

—Exacto, no lo sé —soltó con rabia alejándose de ella—. Como

tampoco sé qué habría sucedido si no hubiese revelado mi presencia ante los demonios allí presentes. Quizá no habría ocurrido nada. A lo mejor la habrían dejado en paz tras comprobar que era inofensiva —reflexionó llevándose las manos a la cabeza—. Posiblemente, ahora Alaina podría llevar una vida tranquila sin que esta corriera peligro.

—O quién sabe, a estas alturas podría estar muerta.

El ángel bajó los brazos y le lanzó una dura mirada.

—Quizá fuera lo mejor.

La mujer abrió los ojos con sorpresa.

—No puedes estar hablando en serio.

—Todavía recuerdo tu deseo de morirme cuando te enteraste del fallecimiento de Tomás. Ese sufrimiento no se lo deseo a nadie, Iria. Te arrebatamos tu vida para ofrecerte otra llena de peligros.

—Pero no estamos hablando de lo mismo, Cassiel.

El ángel apretó con rabia los puños.

—¿Y de qué estamos hablando entonces? En el momento en que la Orden conozca su don, no tendrá escapatoria. ¿Qué vida le espera a partir de ahora? Deberá tomar el lugar de su padre. Se verá obligada a renunciar a todo para luchar contra los demonios. ¿Es justo eso? ¿Y por qué?, ¿porque yo me interpose en su camino?

Iria odiaba verlo así, cuestionándose todas y cada una de sus acciones, y pretendiendo caer en la ridícula idea de ser el culpable de todos los males.

—¿Te has parado a pensar que podría ser su destino? —preguntó la joven.

—¿Tú no habrías rechazado el tuyo de haber sabido en qué consistía?

Ella se tomó unos segundos para pensarlo.

—No —dijo al fin, de forma taxativa.

Él no la creyó y un gesto en su rostro lo delató.

—Créeme, Cassiel, no cambiaría lo que tengo ahora por nada del mundo. Lo que viví entonces me ayudó a comprender lo afortunada que soy ahora.

—Viviste un infierno.

—Pero supuso conocer al hombre de mi vida —rebatí, convencida—. Que una madre recuperara a su hijo; que mi marido supiera quién era en realidad y hallara por fin a su familia. Y que tú te reencontraras con tu viejo amigo. Salimos ganando, ¿no crees? Además, Alaina ya conoce el contenido de la carta que le escribió su padre.

El ángel parpadeó varias veces, sorprendido por la reciente noticia.

—¿Qué ha dicho? ¿Cómo ha reaccionado? Sé el miedo que tenía a abrirla.

—No lo sé —admitió con un encogimiento de hombros—. Nos pidió que la dejáramos sola, pues tenía muchas cosas que asimilar. Pero lo que sí sé, es que tiene derecho a decidir por ella misma su futuro.

Tras un breve silencio, Cassiel elevó una ceja con altanería y se cruzó de brazos.

—Si a todo lo que diga me vas a responder con argumentos de tanto peso, mejor discuto con otra persona. Así no se puede.

Iria no pudo evitar soltar una carcajada espontánea; máxime, cuando él habló con tanta seriedad.

—Es lo que tiene llevar la razón.

Inútilmente, el ángel intentó ocultar una taimada sonrisa que asomaba tímida a sus labios.

—No seas tan engreída, negaré ante cualquiera haber mantenido esta conversación contigo. Pero, sobre todo, jamás admitiré que tenías razón.

Iria se acercó a él para rodearlo con sus brazos, demostrando el enorme cariño que le tenía.

—No esperarías menos de ti.

Y Cassiel, rendido ante esa muestra de sincero afecto, devolvió el gesto estrujándola con fuerza.

—Hablaré con Miguel.



Alaina se encontraba en su habitación dando buena cuenta de un succulento y tardío desayuno, tras no haber probado bocado desde la mañana anterior. Después de que su tía le leyese la carta, les pidió a las dos mujeres que la dejaran sola para pensar en lo que haría a continuación. Necesitaba aclarar sus ideas y procesar toda la información que le habían ocultado hasta el momento. Tras pasar una de las peores noches de su vida, se quedó dormida a altas horas de la madrugada, después de tomar una decisión.

Unos suaves golpes en la puerta llamaron su atención:

—Adelante.

La puerta se abrió y tras ella apareció su tía Beth.

—¿Puedo pasar?

Alaina se bebió el resto de su café con leche y se limpió la boca con una servilleta.

—Claro, madrina, pasa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó esta, preocupada, después de cerrar la puerta a sus espaldas.

Alaina le regaló una sonrisa confiada.

—Mejor, gracias.

La mujer se sentó a su lado y la miró con cariño.

—¿Estás segura?

—Ajá.

La joven arrugó el ceño al percibir cierta turbación en su tía y ante el hecho de que no se atreviera a decir lo que pensaba.

—¿Qué ocurre?

Ella miró a su alrededor con desconfianza.

—¿Crees que es seguro hablar aquí?

El frunce en el ceño de su sobrina se acentuó todavía más.

—Yo creo que sí, ¿por qué?

La mujer agarró una esquina del mantel y lo arrugó en pliegues con nerviosismo, una y otra vez, entre los dedos.

—No sé, cariño, tengo la sensación de que nos espían a todas horas. No me siento cómoda en este lugar.

Alaina tomó las manos de Beth entre las suyas para detener el tic nervioso, después de recordar su nefasto encuentro con Moisés.

—Te aseguro que aquí estamos completamente seguras.

—Daría lo que fuera por volver de nuevo a casa —anheló con tristeza.

—Eso es imposible, tía.

La mujer la miró con la esperanza de convencerla.

—Sé que ya no podemos tener nuestra antigua vida, pero si nos vamos de aquí, estoy segura de que nadie nos perseguirá.

Alaina le sonrió con ternura.

—Ojalá pudiéramos... Ojalá consiguiéramos borrar estos últimos días y continuar con nuestras vidas ajenas a todo esto. Pero es inútil lamentarnos por un acontecimiento diferente a nuestros deseos, y pretender ignorar todo lo vivido hasta ahora como si no fuera cierto.

—Si no lo intentamos, nunca lo sabremos.

—Yo sí lo sé, tía Beth, como también sé que no puedo eludir mi destino.

Molesta por sus palabras, la mujer se levantó de su asiento.

—Me niego a creer que te rindas tan fácilmente.

Ella la miró con aceptación.

—No me rindo, simplemente afronto lo inevitable.

—Inevitable, ¿por qué? Podemos hacer lo mismo que hizo tu madre.

Huir juntas, empezar una nueva vida en otro país donde nadie te busque.

—Ya es tarde para eso.

—¡No! ¡Me niego! —estalló, al ver la pasividad en su sobrina.

Enseguida se arrepintió de su arrebató y se acercó a Alaina para arrodillarse ante ella y mirarla con ojos suplicantes—. Cariño, si mi hermana pudo, nosotras también podremos. Confía en mí.

Lágrimas de congoja y culpabilidad se agolparon en la comisura de los ojos de Alaina.

—Confío en ti más que en nadie, madrina. Pero hay algo que no sabes y que debo contarte.

La mujer la miró desconcertada.

—Cariño, no me asustes.

Se mordió el labio con fuerza para no romper a llorar, temerosa de confesarle la clase de persona en la que se había convertido. Y rebuscó con ahínco en su interior, para encontrar la fuerza necesaria que le permitiera relatarle lo sucedido con Moisés el día anterior, sin desgarrarse por completo.

—¡Cielo santo! —exclamó Beth, impactada tras su confesión.

Alaina bajó la mirada a su regazo, pues había detectado un brillo de miedo en el rostro de su tía.

—Por eso yo no puedo irme de aquí. Por lo que yo sé, mis antepasados conseguían controlar a los demonios a través del sello. Sin embargo, yo...

—Tú puedes dominarlos a voluntad.

Ella asintió.

—Y eso significa, que vaya a dónde vaya, me perseguirán.

La mujer se incorporó de nuevo, pero esta vez le dio la espalda a su sobrina.

—¿Cómo es posible? —murmuró, incrédula, para sí misma.

Alaina no supo responderle. Ella tampoco entendía por qué disponía de esa habilidad.

—No tiene objeto lamentarse, madrina. Es un hecho irrefutable con el

que tendré que cargar el resto de mi vida. Sin embargo, hay algo que debo pedirte y que no te va a gustar.

La mujer se giró para mirarla cara a cara.

—¿El qué?

—Quiero que tú te vayas.

El rostro de su tía pasó por varias fases. Primero aturdimiento, después compresión, siguiendo por el asombro más absoluto y terminando con un cabreo monumental.

—¡No! ¡Estás de broma!

Ella comenzó a negar con la cabeza.

—Jamás bromearía con algo así.

—Pues ya puedes ir quintándote esa absurda idea de la cabeza, jovencita —la reprendió con los brazos en jarras—. No pienso irme a ninguna parte sin ti. Jamás te abandonaré, ¿me entiendes? ¡Jamás!

Gruesos lagrimones comenzaron a deslizarse por el rostro de Alaina, en tanto su corazón y su alma se henchían de amor.

—Madrina... —comenzó a hablar tras levantarse de la silla.

—¡Ni madrina ni leches!

—¡Escúchame! —exclamó tomándola por los hombros—. Tú puedes escapar de todo esto, a ti no te persiguen. Puedes empezar una nueva vida en otro país, encontrar un hombre que te ame, formar tu propia familia, dedicarte a ser feliz.

Esta sacudía la cabeza repetidamente.

—¡No! ¡Ni hablar!

—¡Por favor, tía! Tú ya te has sacrificado lo suficiente por mí. No puedo pedirte que hundas tu vida con la mía.

Un reflejo, que Alaina identificó de dolor, cruzó por los ojos de la mujer.

—Ya es demasiado tarde para eso.

—Eso no es cierto —señaló con énfasis, intentado con todas sus fuerzas que entrara en razón—. Todavía eres joven, hermosa, generosa, divertida, tierna... Eres lo que cualquier hombre podría desear.

Alaina observó cómo volvía a darle la espalda nuevamente, negándose en redondo a entrar en razón.

—¡Te lo suplico! No podría vivir con la culpa sabiendo que te condeno a un futuro incierto donde lo mejor que puedo esperar es que mi muerte a manos de un demonio no llegue pronto.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación.

Alaina maldijo en alto por escoger un momento tan inoportuno. Se tomó un momento para secarse los ojos con el dorso de la mano y soltar un fuerte suspiro antes de abrir.

—¡Buenos días! —saludó Iria, ajena al drama que se vivía dentro del dormitorio. No obstante, arrugó el ceño al advertir los ojos enrojecidos de su amiga. Su sonrisa franca dejó paso a un gesto de incómoda disculpa—. Espero no molestar, pero vengo a buscarte porque la Orden, casi al completo, quiere conocerte.

Capítulo 19



Alaina, confusa, parpadeó varias veces.

—¿La Orden?

—Así es. Casi todos los miembros del Consejo han venido para conocerte —confirmó entrando en la habitación.

—¡Oh, vaya!

—No habéis tardado nada en ir con el cuento, ¿no? —saltó Beth, molesta—. Mi sobrina acaba de sufrir un golpe importante y ya la estáis presionando para que ocupe el puesto de su padre.

—Madrina...

—Nadie ha dicho nada semejante —aclaró Iria rápidamente—. Todos ignorábamos la existencia de Alaina, y aunque yo no conocía personalmente a Sion Daboub, sé que era muy apreciado entre los nuestros. En cuanto han sabido que tuvo una hija, el Consejo en pleno ha coincidido en su deseo de conocerla.

Beth, que se paseaba nerviosa de un lado a otro, la miró con irritación y se cruzó de brazos.

—Mi sobrina no es ningún mono de feria, ¿sabéis? No podéis jugar con la vida de los demás a vuestro antojo. ¿Y si ella no quiere conocerlos? ¿Y si

quiere volver a su vida de antes y olvidarse de todo esto?

El Grial entornó los ojos para escudriñar a la mujer. A su parecer, la exaltación de la tía de Alaina era un poco exagerada, y su sobrina creía lo mismo.

—Tía Beth, no es necesario enfadarse; ya hemos hablado sobre esto. — Se giró hacia Iria con una expresión de disculpa—. No le tengas en cuenta sus palabras, únicamente la guía su preocupación por mí. Entiendo por completo la postura de la Orden y su deseo de conocerme.

—Eres demasiado buena, Laini —protestó la mujer.

Alaina se enfrentó a ella.

—Ellos no tienen la culpa, madrina. No son culpables de nada. En realidad, si esa noche Cassiel no hubiera estado en el *pub*, en estos momentos seguramente estaría muerta.

Su tía se giró dándole la espalda y ella, entendiendo que quizás había sido algo dura, se acercó para abrazarla con afecto por detrás y apoyar la barbilla en su hombro izquierdo.

—No es la Orden quien me persigue, ni tampoco son los culpables de ser quien soy. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, lo entiendo —respondió tras unos segundos—. Pero no me pidas que me conforme con lo que está pasando. Yo quería otra vida para ti, cariño. Tu futuro tenía que ser otro... Por el bien de las dos, tiene que ser otro.

Alaina soltó un suspiro de pesar mientras retenía las lágrimas en la comisura de los ojos. Y tras un fuerte apretón, le dio un beso en la mejilla y se giró hacia su nueva amiga.

—¿Tengo que ir yo sola o mi tía también viene?

—Tu tía Beth viene, por supuesto. Siento no poder dejarla al margen, pero el Consejo debe conocer a todo aquel forastero desconocido que vive en la fortaleza.

—Lo comprendo —respondió, asumiendo la lógica de esa explicación—. Está bien, Iria, acabemos con todo esto cuanto antes.



Al cabo de unos minutos, se detuvieron delante de una puerta con extrañas

grabaciones de símbolos y letras, que fue abierta, segundos después de que Iria tocara con los nudillos, por el arcángel Raziel.

—Pasad, por favor —solicitó este haciéndose a un lado.

Cuando accedieron al interior, quedaron impactadas por el esplendor de aquella sala. Era grandiosa. Tanto sus suelos como las paredes estaban elaborados con exquisitos mármoles blancos donde, además, descansaban unas hermosas y elaboradas alfombras persas de la más alta calidad. Obras de arte decoraban sus paredes con magníficas tallas de estatuas romanas, griegas, bizantinas y renacentistas, que le daban un porte regio y solemne al espacio. De las paredes colgaban varios cuadros de distintos estilos y épocas, enmarcados con molduras de pan de oro.

Justo en el fondo, se encontraba un majestuoso trono delante de un altar mayor. Muy cerca de ellos descansaba un féretro tallado en piedra con la imagen del apóstol Santiago. Rodeándolo a ambos lados de la sala, se encontraban dispuestas unas magníficas sillerías del coro de madera maciza de dos niveles, elaboradas con relieves y labores ornamentales, exactamente igual a la existente en la Catedral de Santiago de Compostela. Sentados en ellas había varias personas, cada cual más imponente.

—Bienvenidas a la Cámara del Consejo —habló el ángel sacándolas de su estupor, y les hizo un gesto con la mano para que lo siguieran.

Cuando llegaron al lugar en donde se encontraban los demás miembros, reconocieron a Amitiel entre aquellas personas, a la reina Lupa, a Dabria, a su hermano mellizo, y a varias personalidades mundialmente reconocidas, mientras sentían las miradas de interés sobre ellas dos.

—Por favor, sentaos ahí —les indicó Raziel, señalándoles unas sillas idénticas entre sí, justo delante del majestuoso trono situado frente al altar mayor.

Mientras tomaban asiento, Iria ocupó su puesto en el trono y a ambos lados se posicionaron su marido Tomás y el arcángel Miguel.

Después de las miradas llegaron los murmullos, y Alaina bajó la cabeza, incómoda ante el escrutinio, no sin antes darse cuenta de que, de pie, con expresión seria, se encontraba Cassiel, justo al lado del general de las hordas angelicales.

—¡Buenos días a todos! —comenzó a hablar el arcángel Miguel—. Estamos aquí reunidos para celebrar la llegada de un nuevo miembro a nuestra comunidad. Ella es un ser muy especial. Una mujer valiente que recientemente ha descubierto sus raíces. Sé que todos estabais deseando conocerla, y ella,

muy amablemente, ha accedido a comparecer aquí. Me complace presentarles formalmente a... Alaina Daboub O'Brien, heredera del sello del rey Salomón.

Los murmullos se convirtieron en un clamor y los ojos de Alaina se encontraron brevemente con los de Cassiel. Unos ojos serios y cautos, que no expresaban nada de lo que sentía el ángel en ese momento.

—Muchos de vosotros conocíais personalmente a su progenitor —continuó el arcángel—, pues no en vano era un integrante destacable en la Orden, muy querido y respetado por todos. Aunque nos apena enormemente su muerte y nos ha tomado por sorpresa, siendo una gran pérdida para la congregación, gracias a nuestro venerado padre hemos podido descubrir la existencia de su hija antes de que la oscuridad se hiciera con ella.

Una voz se alzó entre los asistentes, interrumpiendo el discurso:

—¿Cómo supieron tus ángeles de su existencia si era un secreto?

Miguel centró su atención en el hombre mayor.

—En realidad, fue por pura casualidad, hermano Jacobo. Vigilábamos a unos demonios convertidos cuando nos dimos cuenta de que Alaina estaba siendo acechada por ellos. Raziel ordenó a Cassiel que la custodiara entre las sombras hasta descubrir qué querían de ella.

—Pero tu soldado no cumplió con las órdenes, ¿no es cierto? —cuestionó el mismo hombre. Como Miguel no dijo nada, prosiguió—: Desoyó el mandato y se mostró ante los demonios delante de todo el mundo en un antro de perversión.

Alaina escrutó el rostro de Cassiel, cuyo único gesto fue apretar los dientes con fuerza.

—Mi soldado reveló su posición para salvar a la mujer —lo defendió el arcángel—. Además, eso no es relevante con lo que nos ocupa en est...

El anciano se levantó de su asiento interrumpiéndolo.

—Yo creo que sí es relevante, Miguel. Últimamente tus hombres, y en este caso hablamos de una nueva desobediencia por parte de Cassiel, toman decisiones arbitrarias poniendo en peligro nuestra comunidad. Primero trajo a nuestra señora Iria y a Tomás bajo nuestro techo sin consultarnos siquiera, y ahora...

—Ahora le ha salvado la vida a la hija del último descendiente del rey Salomón —intercedió Iria en defensa de su amigo—. ¿Acaso han sido malas decisiones, hermano Jacobo?

Este la miró entre contrito y ofendido por rebatir su argumento. Era evidente el esfuerzo que estaba realizando para no enfrentarse al Grial, pues

se notaba a leguas que no estaba de acuerdo con su intervención.

—Por supuesto que no, mi señora, no me refiero a eso —respondió rebajando el tono y mostrando el respeto que ella, como hija de Cristo, se merecía—. Me refiero a que los ángeles no pueden tomar decisiones sin medir las consecuencias de sus actos.

—Es muy fácil hablar desde la seguridad de un despacho —intervino Raziél, molesto por ser testigo de un conato de enjuiciamiento absurdo contra uno de los suyos—. Mis soldados toman decisiones en el fragor de la batalla y bajo circunstancias difícilmente previsibles.

—Lo sé...

—Pues entonces, no entiendo a qué viene este ultraje, poniendo en tela de juicio el trabajo de guerreros tan leales como Cassiel.

El hombre miró hacia un punto indeterminado entre los presentes buscando el apoyo de otros que, al igual que él, estaban en claro desacuerdo con los métodos utilizados por algunos ángeles. Sin embargo, al no hallar a nadie que defendiera su alegato, decidió sentarse mientras susurraba:

—Esa no era mi intención.

Alaina giró la cabeza para observar algún gesto extraño entre los asistentes, pero no advirtió ninguno. Conocía las guerras internas entre algunas facciones de los ángeles y miembros de la Orden; aun así, le resultó muy extraña esa fiera contienda hacia un miembro destacado como Cassiel.

Tras el silencio, Miguel carraspeó con fuerza para, de nuevo, llamar la atención sobre su persona.

—Entiendo que todos estamos nerviosos. Vivimos tiempos inestables y parece que las tinieblas nos llevan la delantera. Pese a todo, debemos estar agradecidos por nuestra buena suerte en este caso en concreto.

Otra voz, cercana a Alaina, se alzó entre las demás.

—¿Estamos completamente seguros de su linaje?

El arcángel fijó su mirada en ella y después asintió rotundo.

—Completamente. Hemos investigado a los abogados que le entregaron a Alaina los objetos que su padre le confirió, concluyendo que son hombres de absoluta confianza que trabajaban bajo sus órdenes. También existe una carta escrita por el propio Sion, donde explica los motivos que le llevaron a ocultar el nacimiento de su única hija, precintada y lacrada con su propio sello real. Un sello que he visto con mis propios ojos y que entregué al propio rey Salomón hace milenios, cumpliendo el mandato de nuestro amado padre. Sin duda alguna, Alaina es la heredera del reino de David y, por tanto, reina por

derecho propio del pueblo de Judá.

La consternación y alarma en el rostro de la propia Alaina tras escuchar el ilustre título que le habían otorgado fue notorio para todos los congregados a la reunión. Jamás se había parado a pensar que pudieran llamarla reina. Cuando escuchaba hablar sobre sus antepasados, el rey David o el rey Salomón, le eran tan ajenos a ella y tan lejanos en el tiempo, que le resultaba difícil asimilar algo así.

—Yo mismo doy fe de lo que mi hermano Miguel afirma —intervino Azrael poniéndose en pie—. La identidad de esta mujer quedó fuera de toda duda cuando varios de nuestros miembros, incluido yo mismo, fuimos testigos de cómo salvó al propio Cassiel de ser devorado por la oscuridad. Y lo más asombroso de este hecho, es que impidió que nuestro leal hermano se convirtiera en un demonio justo delante de nuestros ojos y sin ninguna ayuda externa; al contrario que sus antepasados, que podían dominar a las bestias únicamente si poseían el anillo.

La cara de asombro de algunos miembros se manifestó ante la noticia, y el cuchicheo entre ellos fue elevándose a medida que lo fueron asimilando.

—¿Es posible tal cosa? —cuestionó otro hombre de mayor edad.

—Así parece —respondió Miguel.

—¿Cómo?

Todas las miradas se posaron en Alaina, y esta, intimidada, solo pudo balbucear.

—Yo... yo no... no lo sé.

Los asistentes la observaban con varios grados de escepticismo.

—Hay preguntas que jamás obtendrán respuestas —medió Iria al ver dudas en los rostros del Consejo—. Nuestro señor decidió su destino del mismo modo que decidió que su antecesor, el rey David, fuera el primer rey del pueblo hebreo; o que su hijo, más tarde, pudiera dominar a los demonios dotándolo con un objeto de poder.

Algunos rostros comprendieron y afirmaron aliviados.

—Lo importante aquí no es el cómo, el dónde o el cuándo —intervino el ángel de la Muerte—. Lo primordial es lo beneficioso que nos resulta su extraordinario don para la lucha contra la oscuridad.

Nuevamente, los congregados afirmaron complacidos.

—Disculpa mi osadía, hermano Azrael—habló por primera vez Cassiel, cortando de raíz el bullicio que comenzaba a surgir entre todos los presentes, al darse cuenta de la increíble baza de la que disponían—. Pero la reina

Alaina no está obligada a emplear su «don» para nuestra causa. No está preparada ni mental ni físicamente para la lucha cuerpo a cuerpo contra los demonios.

Alaina parpadeó varias veces al escuchar cómo Cassiel se refería a ella con tanta ceremonia, sin dirigirle siquiera una breve mirada.

—Pero es su obligación, debe cumplir con su legado familiar —clamó una voz.

—Eso no es cierto —rebató nuevamente el ángel—. La reina Alaina no ha sido instruida para el puesto que ocuparon los reyes anteriores, ni tampoco es su obligación. Ella no pertenece a este mundo, jamás lo ha hecho.

Las palabras de él le dolieron como clavos ardiendo atravesándole el corazón. Era patente su desinterés hacia ella y a que formase parte de su vida. No le interesaba, nunca lo había hecho.

—¡Esto es inaudito! —protestó una voz.

—Si es de los nuestros, tiene que cumplir con su deber —se alzó otra con indignación—. No puede obviar su obligación.

Los miembros de la Orden reclamaban molestos ante la mera posibilidad de perder un activo tan importante. No les importaba nada más allá de sus intereses y de la posibilidad de no contar con su importante defensa.

Beth agarró la mano de su sobrina en un gesto de apoyo al ver la expresión de angustia en su rostro.

—¡Hermanos, por favor! —habló Iria con decisión, levantándose de su asiento—. Estamos hablando del destino de un ser humano que acaba de recibir un duro golpe. Se acaba de enterar de que su verdadero padre no la abandonó tal y como ella creía, además de su triste fallecimiento. Y, por si fuera poco, tiene que asimilar que su vida ha dado un giro de ciento ochenta grados, que lo que creía mitos y leyendas realmente existen, y que, además, posee un don innato para dominar a demonios del que no sabía nada. Sin obviar el hecho, de que ostenta un cartel de «Se busca» sobre su cabeza, que cualquier demonio estaría deseoso de cumplir, preferiblemente muerta, claro. Estoy segura de que cualquier otra persona en sus circunstancias estaría bajo una crisis nerviosa importante. Tengamos un poco de consideración.

—Entendemos tu petición, mi señora —intervino el ángel de la Muerte otra vez—, y todos sentimos compasión por el momento que está pasando, pero debemos hablar sobre el grave problema que nos apremia. Si ella no ocupa el puesto de su padre, no habrá nadie lo suficientemente poderoso como para custodiar la única puerta del Infierno. Y creo que todos entendemos lo

que eso significa.

Nuevas voces se unieron para reclamar una solución.

—Es un arma poderosa contra los demonios, tiene que ayudarnos en la batalla contra el mal.

—No puede negarse. Si lo hace, estamos perdidos.

De pronto, no aguantando más la presión, Alaina se puso en pie para enfrentarlos a todos.

—¡Lo haré! —habló por primera vez, barriendo con los ojos los rostros extraños que la juzgaban duramente—. Tomaré el lugar de mi padre y el que me corresponde por derecho propio.

—¡No! —El grito espontáneo de su tía los tomó a todos desprevenidos y, avergonzada por su acto involuntario, la cogió del brazo para susurrar más bajo—: ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre? ¡No consentiré que pongas tu vida en riesgo!

—Madrina, por favor...

Cassiel apretó los puños con fuerza; esa pelirroja descerebrada iba a acabar con él. Un intenso terror lo recorrió de arriba abajo al pensar que pudiera enfrentarse ella sola contra los demonios. Y la imagen de su cuerpo despedazado no alivió su angustia, siendo el aliciente que necesitaba para seguir oponiéndose a esa maldita idea.

—¡Desapruebo por completo esa idea! —objetó con fiereza, evitando a Alaina y dirigiéndose al Consejo en pleno—. Los anteriores reyes fueron entrenados duramente durante años por mis hermanos para tener una oportunidad contra los demonios. Estaban versados en diferentes modalidades de combate cuerpo a cuerpo y defensa personal. Y, aun así, disponían de su propia guardia personal que los custodiaban y velaban por su seguridad. Esta mujer no duraría ni un asalto contra ellos.

—Estoy de acuerdo con el hermano Cassiel —intervino el arcángel Raziel—. El riesgo es demasiado alto. Ni siquiera controla su propio don, no sabe utilizarlo convenientemente.

Alaina advirtió cómo los miembros de la Orden cuchicheaban nuevamente entre ellos intercambiando opiniones, y le ofendió que nadie la tuviera en cuenta. Vale que para Cassiel fuera como un cero a la izquierda, pero ¿qué otra opción le quedaba? ¿Vivir allí, encerrada entre aquellos muros, muriendo de amor por un ser al que le era completamente indiferente?

«¡No! ¡Ni hablar!»

Cuando le planteó a su tía la posibilidad de que se fuera de allí y

empezara una nueva vida, fue porque la noche anterior, después de leer la carta de su padre, resolvió que iría a Jerusalén y asumiría su puesto. Había tomado la decisión de poner tierra de por medio con Cassiel. Ella no viviría el infierno por el que estaban pasando él y Dabria, enamorados de personas que jamás podrían sentir algo por ellos. De algún modo, ella también empezaría una nueva etapa, pero lejos del ángel por el que daría la vida. Su indiferencia dolía demasiado, y no se veía capaz de soportar ver todos los días cómo babeaba por la druida celta.

—La que decide sobre mi destino soy yo y ya he tomado una decisión. Iré a Jerusalén y ocuparé el puesto de mi padre.

Cassiel se acercó peligrosamente a ella.

—Alaina... —comenzó a hablar con un tono de advertencia.

Ella cuadró los hombros y elevó la barbilla desafiándolo.

—Si no te importa, dirígete hacia mí como «mi reina».

Atónito, parpadeó varias veces ante esa provocación directa.

—¿Pero qué puñetas...? —soltó, dispuesto a dejarle claro quién mandaba allí.

No obstante, no llegó muy lejos, pues su tía se interpuso en medio para protegerla de su furia.

—¡Hermano Cassiel! —intervino Iria llamándolo al orden—. No está en tus manos decidir por ella. Ha tomado una decisión y debemos respetarla.

Confuso, arrugó el ceño sin entender muy bien a qué venía todo aquello. No se esperaba en absoluto que Iria apoyase esa locura.

Observó a los presentes, que lo examinaban con cierto grado de preocupación y asombro, y tuvo la impresión de que eran unos completos extraños. Se pasó las manos por el pelo con una intensa sensación de impotencia.

¿Acaso nadie estaba en su sano juicio? ¿No entendían que la estaban mandando a una muerte segura?

—¡No lo voy a permitir! —estalló, furioso—. Su padre murió a manos de un traidor, ¿acaso creéis que ella no correrá el mismo destino? Vosotros mismos lo habéis admitido, es demasiado valiosa para el enemigo, su vida será un trofeo con el que cubrirse de gloria ante sus amos. Y yo no pienso cargar con su muerte en mi conciencia.

Azrael lo miró con dureza y se dirigió al arcángel Miguel mientras, impassible, tomaba asiento.

—Contén a tu soldado, hermano.

Miguel apoyó una mano sobre el hombro de Cassiel, que este enseguida retiró de forma brusca y que fue tomado por todos como un gesto de desafiante rebeldía. Su superior alzó un dedo para detener el avance de algunos ángeles dispuestos a contener al ángel de la Templanza por la fuerza si era necesario.

—Es mejor que te tranquilices, Cassiel, todavía no se ha tomado una decisión. Y en caso de que se tome, jamás la dejaríamos desamparada, otros hermanos velarán por su seguridad.

Este no pudo evitar que una carcajada mordaz escapara de su garganta.

—¿Como velaron por la seguridad de Sion Daboub?

Alaina advirtió el gesto iracundo que cruzó por el rostro del general y temió por Cassiel. No entendía bien su empeño desmedido en velar por su vida ahora; máxime, cuando su actitud había sido de fría indiferencia desde que llegaron a la fortaleza. Pero ahora sentía cierta culpabilidad por si se estaba metiendo en un buen lío por ella.

De súbito, Amitiel se levantó de su asiento para intervenir ante la conducta desatada e incomprensible de su mejor amigo.

—¡Yo lo haré!

Todas las miradas se posaron en él, y fue Tomás el único que se atrevió a preguntar:

—¿Qué es lo que harás tú?

—Yo la entrenaré.

Capítulo 20



—¡Y una mierda!

La respuesta de Alaina pilló a todos por sorpresa, incluido al propio Amitiel, y, atónitos, observaron cómo se dirigía furiosa hacia la puerta a grandes zancadas.

Cassiel se materializó delante de ella cortándole el paso.

—¿Qué demonios estás haciendo?! —siseó, colérico.

—¡No pienso dejar que ese energúmeno me toque un solo pelo! —soltó mientras lo empujaba para pasar—. Estoy completamente segura de que, en cuanto me despiste, me clavaré un puñal por la espalda.

Él no se movió, y ambos se miraron con furia mientras se retaban con la mirada.

—Amitiel jamás haría algo así.

—¿Ah, no? —cuestionó, escéptica. Miró hacia atrás, advirtiendo que todo el mundo los estaba contemplando con atención, incluido el ángel de la Verdad, quien esgrimía una inexplicable expresión que no pudo descifrar—. Mira, rubiales, él no me cae bien. Yo no le caigo bien. No hay más que hablar.

Y esquivó su cuerpo para alejarse de él.

—¿A dónde te crees que vas?

—A mi habitación.

Antes de poder parpadear, Cassiel cumplió su deseo.

—¡Estás loca! —estalló, furioso, tras materializarse en los aposentos de Alaina—. ¡Rematadamente loca!

Ella abrió los ojos, acostumbrándose con rapidez a aparecer de la nada, y con mucha parsimonia, se cruzó de brazos mientras le sostenía la mirada con altivez.

—Cuidadito con el tono, Cassiel —le advirtió.

Él le lanzó una mirada airada y, tras pensarlo un instante, se inclinó en una reverencia. Después, con mucha lentitud, inspiró aire y lo expulsó. Inspirar, expirar, inspirar, expirar...

«Tranquilo, eres el ángel de la Templanza...»

—Discúlpeme usted, «mi reina» —replicó con afectación. Pero nada más terminar la farsa, concluyó—: Sin embargo, sigo pensando que estás... ¡absolutamente mal de la cabeza!

Alaina jadeó exacerbada, al tiempo que dejaba caer los brazos a sus costados.

—Yo soy la loca.

—¡Sí, maldita sea! —rugió, en tanto se paseaba de un lado al otro, resistiendo, a duras penas, unas irremediables ganas de estrujar su lindo cuello.

—Por supuesto. Y también soy la que se ha enfrentado sola a todo un Consejo, ¿no?

Él se detuvo en seco y ella tuvo que tragar saliva con esfuerzo. Un extraño brillo en sus ojos le paralizó el corazón haciendo que se saltara un latido.

—Y volvería a hacerlo otra vez, Alaina. Por ti me enfrentaría a quien fuera una y mil veces más.

Sorprendida por el ardor de sus palabras, giró la cabeza para esquivar sus ojos verdes y el modo en que la taladraban. Anduvo unos pocos pasos hasta que quedó parada delante de la cama y se abrazó a sí misma.

¿A qué venía eso ahora? ¿Pretendía volverla loca o qué?

Cassiel arrugó el ceño al contemplar la vulnerabilidad en su apariencia. Estaba desconcertado ante su cambio, pues había pasado de encararlo a hundir los hombros y esconder el rostro tras su melena pelirroja. Dubitativo, avanzó hacia ella.

—Alaina...

—No pienso cambiar de opinión.

Exasperado, se pasó la mano por el rostro.

—No tienes ni idea de a lo que te enfrentas.

—No creo que sea peor infierno que este.

Horrorizado por sus palabras, no tuvo tiempo de decir nada antes de que aparecieran Miguel, Amitiel, Iria y Tomás.

—Menuda la que habéis montado vosotros dos —soltó Miguel, muy cabreado, y levantó una mano con rapidez para cortar a Cassiel ante cualquier intento de excusarse—. Contigo hablaré más tarde, ahora no quiero ni oírte.

Iria se acercó a su amiga y posó una mano en su hombro.

—¿Estás bien?

Alaina solo asintió. Pero su respiro duró poco cuando el general se dirigió directamente hacia ella.

—¿Estás segura de que quieres ir a Jerusalén? Ni debes ni has de sentirte presionada por lo ocurrido en la Cámara del Consejo. A pesar de que las formas no han sido las adecuadas, mi hermano... —Calló durante un segundo para lanzarle una mirada recriminatoria a Cassiel—, tiene razón. No estás preparada para ocupar un puesto tan crucial y peligroso como ese.

—Sin embargo, yo sigo empeñada en ir.

El arcángel la estudió con atención buscando una razón coherente a su conducta.

—¿Por qué?

—Es lo que se espera de mí, ¿no es cierto?

—Te lo he dicho, no es necesario —recalcó con frialdad—. Tu nula preparación te exime de cualquier obligación que tus antepasados, antes de ti, contrajeran con la Orden.

Ella se giró para mirarlo directamente.

—Tengo mis propios motivos.

Iria intervino antes de que este siguiera con su interrogatorio.

—Es su decisión, Miguel, y debemos respetarla.

—Debe conocer los riesgos a los que se enfrenta.

—Puerta del Infierno y demonios; las pistas son claras, no será un paseo por el parque —señaló Alaina, irónica.

Cassiel bufó ante tanta necedad. Jamás había conocido a una mujer tan exasperante como ella.

Previendo que se iba a oponer otra vez, Miguel se adelantó a ordenarle:

—¡Tú, a mi despacho! —Cassiel abrió la boca para protestar, pero

enmudeció cuando los ojos de su líder se tornaron blancos y brillaron peligrosamente—. ¡Ahora!

A regañadientes, al ángel desapareció.

—¡Y tú! —dijo señalándola directamente—. Tendrás que ponerte de acuerdo con Amitiel porque no irás sola a Jerusalén.

—¿Qué?! ¡De eso nada! —protestó, molesta—. ¡Ni hablar!

El Príncipe de la Luz se aproximó a ella con gesto de no tolerar una tontería más.

—Yo tampoco estoy de acuerdo con tu decisión y me tengo que aguantar. De momento, el que da las órdenes aquí soy yo, y si no te acompaña Amitiel, no irás a ningún lado, ¿entendido?

Alaina desvió la vista hacia el ángel de la Verdad que, apoyado de forma perezosa en la pared, la miraba con un brillo de diversión bailando en sus ojos. Esta pateó el suelo con rabia y soltó un «¡Mierda!» alto y claro.

—Pues iré con otro, pero no con él. Estoy segura de que habrá miles de ángeles que sepan instruirme en la defensa y pelea contra los demonios.

El arcángel puso los brazos en jarras.

—Muchacha, por si no te has dado cuenta, solo él se ha ofrecido a entrenarte. Y lo repito por última vez, tú sola no irás a custodiar la Cúpula de la Roca. Es mi última palabra.

Y dicho esto, desapareció.

Tomás e Iria también decidieron que aquel era un buen momento para que ambos aclarasen sus diferencias dejándolos a solas.

—Tienes que apoyarme —le rogó Alaina—. No nos soportamos, Iria.

—Cariño, te aseguro que Amitiel no es tan malo como crees —respondió el Grial, desoyendo sus quejas—. Además, en este caso estoy de acuerdo con Miguel, es impensable que vayas tú sola.

Alaina espío de reojo al ángel moreno que todavía seguía en la misma posición, solo que esta vez el brillo de regocijo que reflejaban sus ojos azules iba acompañado por una sardónica sonrisa.

—¡Maldita sea! —soltó, colérica—. ¡Joder!

Su amiga se acercó a ella con un objeto en la mano.

—Cariño, escúchame, es importante —llamó su atención, y le entregó un pequeño vial cerrado con un líquido púrpura en su interior—. Esta es mi sangre y quiero que la lleves contigo. Creo que sabes perfectamente lo que debes hacer con ella, y en tus manos dejo la decisión de si quieres disponer de una vida eterna o no. Todos los miembros de la Orden gozan de ese privilegio

y tú no podías ser menos.

Alaina, honrada, examinó el objeto, a pesar de que le repelía la idea de beber sangre de otra persona.

—Iria, no sé... —habló con ciertas dudas—, ¿esto cómo va? ¿Te conviertes en un vampiro o algo así? ¿Tendré que beber tu sangre por el resto de mi vida para no morir? —cuestionó, aguantando las arcadas al pensarlo.

El Grial y su marido estallaron en carcajadas y Amitiel puso los ojos en blanco.

—¡Oye, nunca había pensado en esa posibilidad! —comentó Tomás, divertido por la ocurrencia.

Alaina se ofendió por el poco tacto ante su ignorancia sobre un tema desconocido para ella.

—Pues si lo piensas fríamente no suena tan descabellado, ¿no crees? Si existen ángeles y demonios, bien podrían existir los vampiros. Todo empieza bebiendo sangre; esta te transforma, te convierte en inmortal... —finalizó, encogiéndose de hombros.

Marido y mujer intercambiaron miradas.

—Visto así...

—¡Menuda tontería!

El comentario de Amitiel les recordó que todavía seguía allí, e Iria y Tomás se despidieron de ambos.

—Piénsatelo, ¿vale?

Ella asintió y le dio un fuerte abrazo.

Cuando la puerta se cerró tras Iria y su marido, Alaina se dejó caer con rabia en el sillón, y comenzó a tamborilear los dedos en el cuero del reposabrazos, inquieta porque se había quedado a solas con el ángel.

—¿Hemos terminado con la rabieta o todavía debo esperar? —preguntó él tras un tenso silencio.

—¡Por mí como si te vas al infierno! —espetó, grosera, y la furia le hizo rechinar los dientes cuando se dio cuenta de que él no se inmutaba—. ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—Es evidente, ¿no crees?

—Pues no, no es evidente. Y te advierto que no estoy para aguantar tus tonterías.

Amitiel se sentó en el otro sillón cercano y clavó la mirada en ella tras borrar todo rastro de diversión.

—Muy bien, pues dejémonos entonces de tonterías —habló serio—.

¿Quieres ir a Jerusalén, sí o no?

—Sí, pero no contigo.

Él soltó un largo suspiro.

—Soy el único que se ha ofrecido a ayudarte.

Alaina se inclinó hacia adelante tanteando sus motivos, mientras apretaba con fuerza el vial en la otra mano amenazando con romperlo.

—Y todavía no entiendo por qué.

—¿Eso importa acaso?

—Por supuesto, sobre todo cuando no me soportas.

—Eso no es cierto.

Esta vez fue ella la que sonrió con sorna.

—¡Venga ya, Amitiel! No me vengas ahora con esas.

—Soy el ángel de la Verdad, por tanto, no puedo mentir —expuso serio—. Quizás no tenga el don afable y sociable que tiene Cassiel, es cierto. En mi defensa, he de decir que no poseo los años de que dispuso él por trabajar infiltrado entre los humanos. Tampoco ostento la virtud de la paciencia, aunque viendo el comportamiento que está teniendo últimamente mi amigo, empiezo a creer que él tampoco. No obstante, eso no significa que te odie o desprecie, más bien al contrario. Me siento en deuda contigo por haberle salvado la vida.

Confusa por su respuesta, boqueó varias veces como un pez, hasta que al final, desarmada por la sorpresa, se reclinó en su asiento.

—¡Vaya!, eso no me lo esperaba.

Él imitó su postura y también descansó la espalda en el sillón de cuero.

—Hemos empezado con mal pie, Alaina, pero quizás estemos a tiempo de remediar ese error.

El crepitar de la madera al arder fue el único sonido que rompió el silencio durante unos minutos. Instantes que ella necesitó para asimilar el cambio de actitud en el ser que se encontraba a su lado.

—Me has tratado horrible —comentó al recordar los momentos angustiosos en la celda.

—Te creí culpable de intentar matar a mi hermano.

—No disponías de ninguna prueba.

—Eras la única que se encontraba a su lado y que, además, empuñaba el arma que lo había herido.

—Has sido muy grosero conmigo y con mi tía.

—No voy a volver a disculparme por eso. Te repito que mi máxima

virtud no es el de la paciencia.

Ella arqueó una ceja.

—Perdona, ¿en qué momento de este espacio-tiempo me has pedido disculpas por algo?

Amitiel sonrió ampliamente ante esa puya, y Alaina contuvo el aliento al advertir los hermosos hoyuelos que se le marcaron en las mejillas, tornándolo demasiado atractivo incluso para ella.

«¡Dios!, si no fuera tan insufrible, sería la condena para cualquier mujer», pensó.

—Soy un ángel orgulloso, humana, pero te pido perdón por mi inexcusable comportamiento.

Nuevamente, Alaina abrió la boca para responder y al final la cerró. Volvió a abrir la boca y, tras un segundo, la volvió a cerrar.

—¡Guauu! —exclamó, atónita. Y ante la inexplicable falta de palabras, repitió otra vez—: ¡Guauu!

Amitiel, receloso, arrugó el ceño.

—Si no vas a decir nada coherente, mejor sería que te callaras.

—Perdón... —objetó, divertida—, es que me has dejado sin palabras.

El ángel la estudió de soslayo, indeciso sobre si creerla o no, sospechando que a lo mejor estaba burlándose de él. No obstante, su desconfianza se esfumó cuando Alaina estiró la mano hacia él.

—Acepto tus disculpas.

Este suspiró aliviado y estrechó con fuerza el gesto de paz.

—Y yo las tuyas.

—¡Eh! —protestó, molesta—. Yo no te he pedido disculpas.

—Pues deberías —sentenció con gesto pícaro—. No te creas que aguantarte es fácil. Sin ir más lejos, antes he tenido que contenerme para no lavarte con jabón esa boca que tienes.

—¡Será posible! —protestó, haciéndose la ofendida.

El moreno observó el involuntario tic nervioso de Alaina con el vial entre sus dedos.

—Deberías tomarlo —sugirió, señalándolo con un gesto de la cabeza para llamar su atención.

—No sé, me da bastante apuro, la verdad.

—Tú verás, pero no me gustaría dejarte con alguna secuela importante en la cabeza cuando comencemos tu entrenamiento.

—Se supone que los ángeles curan las heridas.

—Así es, siempre y cuando sean heridas internas, como una costilla rota perforando un pulmón, o la rotura del bazo por culpa de una patada más fuerte de lo normal. Pero si sufres un derrame cerebral por un puñetazo mal dado, no puedo curar las secuelas que queden a posteriori si te quedas lela de por vida —exageró.

El rostro desencajado de Alaina hizo que estallara en carcajadas.

—¿Vas a entrenarme o a torturarme entre terribles sufrimientos? —interrogó, aliviada en gran medida al saber que ese ángel podía bromear con ella e intentar llegar a un entendimiento por el bien de ambos.

Divertido, Amitiel se levantó de su asiento con la intención de marcharse, tras haber aclarado su situación y relajado el ambiente entre los dos, y ella hizo lo mismo.

—¿Cuándo tienes pensado ocupar el puesto de tu padre? —preguntó antes de desaparecer.

Indecisa, carraspeó después de colocarse un mechón de pelo tras la oreja.

—Supongo que lo antes posible.

Él asintió.

—Lo dispondré todo y te avisaré.

—De acuerdo. —Pero las dudas la carcomían por dentro y lo llamó antes de que se volatilizara en el aire—. ¡Amitiel!

Este elevó una ceja, extrañado al notar una expresión aprensiva en su rostro.

—¿Sí?

Alaina tragó saliva con fuerza al mismo tiempo que, nerviosa, se frotaba las manos.

—¿Por qué?

No era necesario que explicara nada más.

—Me he ofrecido porque no estaba dispuesto a permitir que mi hermano Cassiel siguiera cavando su propia tumba.

—¿A qué te refieres?

—Al defenderte de esa forma tan exaltada se estaba poniendo en una situación francamente insostenible. Jamás lo había visto así.

—¿Defenderme? —cuestionó, incrédula—. No excuses su empeño por hacer valer su opinión sobre un tema que no le concierne.

De pronto, el ángel sacó una daga y la apoyó sobre la tierna carne del cuello de Alaina. Esta abrió los ojos desmesuradamente al sentir el filo del

metal, que apuntaba directamente hacia el pulso de su vena carótida, errática y descontrolada por el miedo.

—Este es un claro ejemplo de lo que puedes encontrarte en las entrañas de la Cúpula de la Roca cuando un demonio o un traidor intente acabar con tu vida para robarte el sello de Salomón o las reliquias que allí se esconden. No estás preparada, Alaina. No los verás venir ni sabrás defenderte ante un ataque mortal. Tu orgullo y terquedad harán que tu existencia en esta vida sea muy breve. Lo único que mi hermano pretende es evitar tu muerte a toda costa, y todavía no sé por qué le preocupa tanto.

Alaina volvió a respirar cuando Amitiel apartó el arma y la guardó entre sus ropas. En ese instante, descubrió que él tenía razón. Que todos tenían razón. Estaba empeñada en huir del único lugar donde estaba a salvo, dispuesta a todo por ocultar los sentimientos que Cassiel provocaba en ella. No obstante, ahora era demasiado tarde. Ya no había vuelta atrás.

Examinó con otros ojos el pequeño recipiente de cristal que encerraba entre sus dedos.



Cassiel estampaba los puños contra el cuero del saco de arena con más ímpetu del debido, y este crujía bajo sus golpes con quejidos mudos. Debía expulsar toda la rabia y frustración contenida en su interior de alguna manera, o de lo contrario, se volvería completamente loco.

Habían pasado dos horas desde su «charla» con el arcángel Miguel, y la bronca había sido de proporciones épicas... y con razón. No podía dar una explicación sobre los motivos que lo habían llevado a enfrentarse a toda la Orden de los Varones al completo; al menos, no una coherente. Solo sabía que desde que conocía a esa humana pelirroja su mundo se había vuelto del revés. Se vanagloriaba de ser un ángel estoico, cabal, paciente, justo, comprensivo, íntegro, valiente...

«¡¡Valiente idiota!!»

Otro golpe contra el saco hizo que se balancease de un lado a otro. Lo sujetó con ambas manos para estabilizarlo y apoyó la frente en la fría superficie.

«¡¡Demonios!!»

Los sentimientos que esa mujer le provocaba lo superaban absolutamente. Eran incontrolables y desproporcionados, y le frustraba sobremanera no poder dominarlos.

Dejó escapar un lamento.

Jamás le había ocurrido nada parecido. Se había encontrado en situaciones de difícil solución, pero siempre había mantenido la cabeza fría y racional ante el riesgo y el peligro más extremo, incluso cuando, algunas veces, creyó que había llegado su fin.

«Excepto ahora», pensó.

Una fuerte patada hizo volar el saco, haciendo crujir las cuerdas que lo sujetaban a la viga. Varios compañeros lo observaron inquietos y extrañados, pero no se atrevieron a preguntarle si estaba bien, tras su despiadada mirada advirtiéndoles que no lo molestaran.

Un profundo gruñido escapó de su pecho cuando recordó la amenaza de Miguel de degradarlo a ángel de la guarda, y de pasar el resto de su existencia protegiendo a dulces ancianitas de no morir atragantadas por las pastillas de la tensión. Aunque pensándolo fríamente, se lo merecía... ¡Y con creces!

Otro golpe furioso hizo que el dolor infringido subiera por sus manos desnudas, alimentando la rabia que lo consumía por dentro.

«¡¡Maldita insensata!!»

Unas manos contuvieron el golpe, y tras el saco, apareció la cabeza de Amitiel.

—¿Pensando en alguien en concreto? —Un bufido fue la única respuesta que recibió—. ¡Vaya!, parece que no estamos de humor.

—¿Tú qué crees? —masculló tras propinarle una sucesión de golpes continuos al saco.

Amitiel empujaba con fuerza el saco para no ser desplazado ante los golpes que asestaba Cassiel.

—Últimamente no sé muy bien qué creer. Acabo de tener una reunión con Iria y me ha dejado descolocado.

Cassiel ignoró ese comentario pues, en su cabeza, lo único que predominaba era la majadera decisión de Alaina.

—¿Has hablado con ella?

—Te lo acabo de decir.

El rubio detuvo los puñetazos.

—¿Y qué te ha dicho? —interrogó, ansioso—. ¿Sigue empeñada en su

locura de ocupar el puesto de su padre?

Su amigo lo miró sin entender. Hasta que cayó en la cuenta de que hablaba de Alaina y no de Iria y, entre incrédulo y divertido, sacudió la cabeza varias veces.

—Sí, está decidida —confirmó tras soltar un suspiro.

—¡¡Joder!! —bramó, llevándose ambas manos a la cabeza—. ¡¿En qué diablos está pensando?! ¡Esa estúpida mujer va a conseguir que la maten!

—¿Tan poco confías en mí? —cuestionó comenzando a ofenderse—. Soy muy bueno en lo que hago, y no permitiré que nadie le haga daño mientras esté bajo mi supervisión.

Cassiel abrió la boca para hablar; no obstante, se detuvo en el último momento. Un bufido desdeñoso fue la única respuesta que obtuvo Amitiel antes de verlo abandonar, furioso, el gimnasio.

—¡¡Mierda!! —gritó en alto, al mismo tiempo que manoteaba al aire y pegaba una patada a una taquilla.

Cuando los demás compañeros que se ejercitaban en el lugar miraron con curiosidad al moreno esperando una explicación, este solo acertó a encogerse de hombros y aproximar un dedo a su cabeza para dibujar el gesto de «está loco».

Capítulo 21



Alaina llevaba tres semanas en Jerusalén. Su día a día era una continua rutina de entrenamientos y clases de diferentes modalidades de defensa personal, desde la mañana hasta la noche.

Amitiel no era tan despiadado e inflexible como ella había creído en un principio, aunque sí era estricto y riguroso con sus métodos para que aprendiera lo antes posible, y sus moratones por todo el cuerpo daban buena cuenta de ello.

De igual modo, ese trabajo forzado a ella le venía de perlas para no pensar continuamente en su «guapo y sexy ángel», pero fracasaba estrepitosamente cuando, agotada al finalizar la jornada, se refugiaba en su propio dormitorio.

En cuanto se encontraba a solas era incapaz de impedir que su mente se llenase de recuerdos de Cassiel. Y pese a sus conflictos, ella lo extrañaba. Extrañaba su voz, su presencia, su olor, su manera de mirarla o de dirigirse a ella.

Añoraba sentir el vuelco de su corazón cuando estaba cerca, logrando, de esa manera que solo él sabía provocar en ella, que fuera completamente consciente de su presencia. Su modo de rascarse el mentón con el pulgar

cuando pensaba o de revolverse el pelo cuando estaba furioso... Echaba de menos el sonido profundo, vibrante y seductor de su voz, el verde de sus intensos ojos, los mechones dorados de pelo rebelde cayendo sobre su frente. Lo echaba de menos a él.

Un respingo escapó de su garganta cuando sus pensamientos fueron interrumpidos por unos golpes en la puerta.

—¡Laini, cariño, ¿puedo pasar?!

—Pasa, madrina.

La puerta se abrió para dejar paso a la mujer que siempre había estado a su lado.

—¿Te apetece almorzar conmigo? Últimamente no te veo mucho el pelo, siempre estás con el «señor Miyagi», melenudo y hormonado hasta las cejas —se burló, comparando a Amitiel con el viejo maestro de la película *Karate Kid*.

Alaina soltó una carcajada ante esa ocurrencia.

—Como se entere de que le llamas melenudo hormonado la vas a tener con él.

Beth se encogió de hombros con despreocupación.

—Ya ves tú, como si me importara.

—Nunca has visto a Amitiel realmente cabreado —aseguró, tras acercarse a darle un abrazo cariñoso y un beso en la mejilla—, te aseguro que da bastante respeto.

—Últimamente ya estoy curada de espanto, cariño. Y date prisa, que ese bruto enseguida te reclamará para seguir moliéndote a golpes.

Alaina se acercó al armario para coger una chaqueta fina.

—Hoy tengo la tarde libre —le informó mientras se la colocaba—. Y no seas tan exagerada, ¿quieres? La verdad es que estoy aprendiendo mucho con él.

La mujer la miró sorprendida.

—¿Y ese milagro?

Alaina liberó el pelo de los hombros que había quedado atrapado por dentro de la prenda.

—Tenía una reunión con sus superiores o algo así.

Beth elevó ambas cejas, extrañada ante su buena suerte.

—Vaya, por fin podremos pasar un poco de tiempo juntas. La verdad es que aquí me aburro como una ostra.

Su sobrina abrió la puerta y se hizo a un lado para que ella pasara.

—Ya sabes mi opinión sobre eso, ¿cierto?

Su tía bufó molesta y entornó los ojos.

—Sí, ya sé —rezongó, aburrida de la misma historia, y comenzó a imitar de forma burda la voz de su sobrina—. ¡Tía Beth, no es necesario que arruines tu vida! Bla, bla, bla... ¡Tía Beth, tú puedes comenzar de nuevo en otro lugar! Bla, bla, bla... ¡Tía Beth...!

—¡Encima! —protestó, divertida.

—Es que eres muy cansina, hija, muy cansina —rezongó por enésima vez.

Y Alaina sonrió para sus adentros.

En el fondo, agradecía la presencia de su tía allí. Su adaptación al lugar y a su nueva vida habría sido mucho más dura si se hubiera encontrado sola, sin nadie en quien apoyarse, pues todavía era incapaz de acostumbrarse a la ceremonia y deferencia de los que allí vivían hacia ella, y Beth era el ancla al que podía aferrarse cuando todo la sobrepasaba.

Pese a todo, no había hallado el valor suficiente para contarle los sentimientos que tenía por Cassiel, pues sabía que no los entendería. Aun así, la reconfortaba saber que la tendría cerca en el caso de desfallecer. De igual forma, sentía cierta culpabilidad por no haberla obligado a tomar su camino y, de alguna manera, haberla atado al de ella.

Alaina agarró a su tía por la cintura mientras caminaban por el pasillo que las conducía hasta el comedor principal, donde ocuparía su lugar en la cabecera de la enorme mesa, presidiendo y haciendo valer su destacada y nueva posición de reina del pueblo judío.

—Ahora que lo comentas, sí que está cachas, ¿verdad?

Beth la miró de reojo al mismo tiempo que sonreía pícara.

—Podría cascar una nuez solo con mirarla.

Ambas estallaron en risas mientras el guarda, que acompañaba a su sobrina en todo momento excepto en su dormitorio, fingía no haber oído nada. Ya se habían acostumbrado a su sombra y, en cierta medida, hasta le habían cogido cariño.

Después de una succulenta comida, se encontraban ambas en una agradable sobremesa degustando un delicioso café.

—Y dime, ¿qué te apetece hacer ahora?

Alaina revolvía tranquilamente con una cucharilla el oscuro y humeante líquido en su pocillo de porcelana fina.

—Pues no lo sé —respondió encogiéndose de hombros—, no lo había

pensado.

Beth se inclinó un poco por encima de la mesa para disponer de mayor privacidad.

—¿Qué te parece si subimos al exterior y visitamos el templo?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado mientras meditaba.

—No creo que sea buena idea, y menos, cuando no está Amitiel.

—¿Por qué? —protestó, decepcionada—. No creo que haya ningún problema. Solo saldremos un poco a tomar el aire y a conocer algo de este sitio. Llevamos aquí tres semanas y todavía no has salido de este lugar. Esto no es vida, Laini, tiene que darte un poco el sol; estás tan pálida como una muerta.

Ella sonrió y le guiñó un ojo.

—Pues yo me veo muy bien. Mi cuerpo nunca había estado tan tonificado, firme y definido como ahora.

Beth se cruzó de brazos enfurruñada.

—A mí no me hace gracia. Tú te estás poniendo tremenda y yo ajándome como una pasa. —Al ver el gesto de culpabilidad en el rostro de su sobrina, insistió—: ¡Venga, no seas muermo! Iremos tapadas hasta las cejas, nadie te reconocerá. En serio, ¿no tienes ninguna curiosidad por conocer el exterior?

Alaina deliberó durante unos segundos las opciones y consecuencias de hacer lo que le proponía, aunque no hizo falta mucha insistencia por parte de su tía para convencerla; estaba tan deseosa como ella de salir a la calle y respirar un poco de aire fresco.

—De acuerdo.

—¡Bien!

No obstante, Abraham, el guarda de la Orden de los Varones que la acompañaba a todas partes y que se sentaba a la misma mesa que ellas, se impuso rotundo:

—Mi reina, permítame desaconsejarle sobre esa decisión. No es conveniente que salga de estas instalaciones usted sola con mi espada como única defensa. No podría protegerla adecuadamente si cayéramos en una emboscada.

—¡En una emboscada! ¡Por el amor de Dios, ¿de qué estás hablando?! —cuestionó Beth, molesta—. Solo vamos a dar un pequeño paseo. Nadie sabe que estamos aquí ni que hemos pensado visitar el exterior... Para caer en una emboscada primero deberían saber nuestros planes, ¿no es cierto? Unos planes que acaban de surgir y que solo sabemos nosotros tres.

Pillado ante un planteamiento con tanta lógica, Abraham no supo qué decir.

—De igual manera, me opongo a esa idea. Deberíamos consultarlo con...

—Mi tía tiene razón —lo interrumpió Alaina—. No creo que haya peligro alguno si tomamos las medidas necesarias. Iremos cubiertas como unas mujeres musulmanas más, y nadie podrá adivinar quién soy en realidad.

—Por favor, mi reina, piénselo...

—Está pensado, Abraham —respondió categórica—. Me niego a ser un rehén en mi propia casa. Saldré ahí afuera con tu compañía o sin ella.

El guarda apretó los dientes y la miró desafiante, y Alaina sostuvo su mirada elevando el mentón con altivez y terquedad a partes iguales.

—¿Necesitas que sea una orden?

El Varón capituló con desgana y masculló entre dientes:

—No, mi reina.

—Bien —dijo poniéndose en pie—. Nos cambiaremos de ropa y nos encontraremos en mi habitación dentro de quince minutos.



Pasado el tiempo acordado, las dos mujeres siguieron al guarda por el subterráneo emplazamiento construido bajo las entrañas del monte *Moriah*. La fortaleza de la Roca no era tan extensa como la del Monte Pico Sacro, pero sí más antigua y opulenta, acorde a los dominios de un rey. Excavada en el mismo corazón de Jerusalén, se escondía debajo del lugar más sagrado para los judíos, cristianos y musulmanes. Según la tradición judía, la roca donde se erigió el templo fue la superficie sobre la que el profeta Abraham estuvo a punto de sacrificar a su hijo Isaac.

Transitaron por pasillos y subieron por escaleras en diferentes niveles, hasta que llegaron a una puerta secreta, custodiada por dos ángeles guerreros, que no se extrañaron por dejar salir a dos mujeres tapadas y vestidas con ropa musulmana, que además iban acompañadas por el aguerrido miembro de la Orden.

Al cruzar la puerta, el sol los cegó a los tres, y se cubrieron los ojos con

una mano a modo de visera.

—¡Vaya!

Alaina, tras acostumbrar sus ojos a la claridad diurna, contempló extasiada la explanada donde se encontraban. Caminaron en silencio por el sagrado recinto, donde la historia narraba que se situaba el antiguo Templo de Jerusalén: un área majestuosa llamada *Al-Haram al-Sharif*, donde destacaba el enorme templo de la Cúpula de la Roca, y una mezquita más pequeña con el nombre de *Al-Aqsa*.

El espacio que albergaban la Cúpula y la mezquita fue construido en el siglo primero después de Cristo bajo el mandato de Herodes el Grande, y después destruido por los romanos, por lo que solo quedaba parte de un muro de piedra conocido como el «Muro de las lamentaciones».

Abraham les enseñó la magnífica construcción de la Cúpula de la Roca accediendo por la puerta sur, sustentada por un pórtico de columnas. Todo en la construcción de ese sagrado templo había sido minuciosamente planeado. Erigido a treinta metros por encima de la piedra sagrada, transmitía una inmensidad y un poder abrumadores para Alaina. En cierta medida, era como estar en casa. Por esas mismas piedras de roca blanca cargadas de historia caminaron sus antepasados. El mismísimo Jesucristo oró a sus seguidores y profetizó la destrucción del templo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Alaina al pensar en todo lo que escondía ese monumento, y observó a los turistas que, ajenos a la verdad, disparaban los flashes de sus cámaras o móviles sin saber que, debajo de sus pies, se encontraba la Puerta de Infierno.

Las formas octogonales del diseño simbolizaban la unión del cielo y la tierra. Los arcos, las columnas y los pilares desprendían paz y orden, todo ello bellamente decorado con mosaicos de vivos colores, y rematado por una cúpula de media naranja.

Mientras las dos mujeres, extasiadas, se empapaban de esa clase de historia magistral, Abraham no abandonaba su obligación de analizar todo aquello que pudiera salirse de la norma, mientras paseaban encubiertos entre el gentío congregado.

No obstante, no pudo advertir que estaban siendo vigilados por otros que, al igual que ellos, no eran lo que parecían.

Beth se empeñó en bajar de aquella pequeña colina para contemplar con sus propios ojos el Muro de las lamentaciones. Y a pesar de la fuerte reticencia del guarda, no pudo hacer nada contra dos mujeres empeñadas en

hacer su voluntad.

Tanto Alaina como su tía, escondidas bajo una túnica que las cubría desde el cuello hasta los pies, y un pañuelo que ocultaba su cabello y parte del rostro, caminaban despreocupadas entre los judíos ortodoxos, con sus sombreros negros y tirabuzones a los costados de la cabeza uniendo la sien con las patillas, mientras oraban los versículos de la *Torah*. Contemplaban a peregrinos de diferentes países y nacionalidades, fueran católicos, protestantes o budistas, esconder entre las grietas de las rocas distintos deseos u oraciones escritos es pequeños trozos de papel.

Y en tanto ocurría todo esto, no se dieron cuenta de que Abraham había sido separado de ellas por varios individuos que, de forma inteligente, habían armado un alboroto como parte de una elaborada distracción, hasta que fue demasiado tarde.

De súbito, Alaina buscó con la mirada la presencia de su protector y solo pudo divisar el rostro de varios seres acorralándolas entre la muchedumbre, con los ojos negros como la noche.

Asustada, agarró a su tía por la mano para escapar de allí.

—¡Corre!

La mujer, sorprendida, la siguió durante unos metros hasta que, cansada, se detuvo liberándose de su agarre.

—¿A dónde vamos? ¿Por qué corremos?

Ella también se detuvo mientras se tapaba mejor el rostro y tanteaba a su alrededor.

—¡Rápido, tenemos que volver! —dijo, intentando ocultar el terror en su voz—. Abraham ha desaparecido y los demonios nos han encontrado.

—¡Oh, Virgen santa! —exclamó su tía, atemorizada.

Alaina la agarró nuevamente y tiró de ella para encontrar el camino de vuelta. Sus respiraciones entrecortadas denotaban el esfuerzo de haber tenido que salir de allí rápidamente con la intención de escabullirse de las sombras que las perseguían. Pese a todo, no fueron conscientes de cómo estas las dirigían hacia donde ellas querían exactamente, hasta que fue demasiado tarde.

Al igual que habían hecho en Escocia, las guiaron hábilmente cortándoles el paso aquí y allá, por las arcaicas calles empedradas y solitarios callejones, hasta que llegaron a uno que no tenía salida.

—¡Dios mío, Alaina! —exclamó Beth, al pararse y ver que estaban arrinconadas.

Ella la empujó hacia atrás para protegerla con su propio cuerpo y

extendió la mano donde llevaba el sello de Salomón para detener su avance, mientras con la otra sujetaba una pequeña daga que había ocultado bajo sus ropajes.

—¡Atrás! —ordenó, abriendo la mano hacia los demonios que se acercaban sigilosamente.

Estos se detuvieron contra su voluntad y por un instante Alaina creyó que, quizá, podrían tener una oportunidad.

Examinó el escenario con ojo crítico, y a pesar de lo asustada que estaba, el temor no era tan acuciante como en Edimburgo. Si de algo habían servido las breves clases de Amitiel, era para darle un poco más de confianza en sí misma y no entrar en modo pánico. A sus espaldas, una alta pared de piedra cortaba toda huida posible. A los lados, las paredes de dos edificios que solo contenían pequeñas ventanas cerradas a cal y canto. Y frente a ellas, media docena de demonios dispuestos a alzarse con su premio.

Su mente flaqueó, pues una cosa era estar ella sola en peligro y otra muy distinta, que su tía también lo estuviera. Y advirtió cómo estos aprovechaban para aproximarse un poco más. Era necesario mantener toda su concentración para dirigir su don y el poder del anillo en someter a las bestias.

—De nada te servirá, ¡zorra! —siseó uno de los demonios desplegando una malévola sonrisa—. Te tenemos exactamente dónde queremos, y nada ni nadie podrá evitar que te despelleje con mis propias manos.

Una sacudida de terror hizo que sus piernas temblaran, pero mantuvo la compostura como buenamente pudo.

—He dicho que... ¡atrás!

El demonio apretó los puños con fuerza y retrocedió dos pasos, y ese pequeño gesto dio esperanzas a Alaina para poder salir de aquel atolladero con vida.

Caminó un poco hacia ellos, dubitativa, en tanto su tía se agarraba con fuerza a su cintura, impidiéndole avanzar.

—¡Por favor, para! —suplicó Beth, aterrorizada, escondiendo el rostro tras la espalda de su sobrina para no ver los maléficos ojos que las observaban sin un asomo de vida—. ¡No quiero morir, Laini! ¡Por Dios, no quiero morir!

—Madrina, necesito que confíes en mí —le pidió con urgencia—. Puedo dominarlos. Puedo obligarlos a que nos dejen pasar.

Esta desoyó su petición, logrando que Alaina perdiera la concentración en dirigir su don para dominar la voluntad de los demonios, y estos

aprovecharon la distracción agarrándola entre varios.

Los gritos de Beth cuando la separaron de su sobrina fueron acallados por un fuerte bofetón que le propinó unos de los demonios. Mientras, Alaina asestaba alguna que otra patada al tiempo que se revolvía entre sus captores, poniendo en práctica los consejos y enseñanzas de Amitiel. No obstante, todo fue en vano, pues eran mucho más fuertes que ella. Y tuvo que detener sus golpes cuando uno de esos seres malignos le advirtió:

—Si no te quedas quieta la matamos, ¡puta!

—¡Soltadme! —gritó fuera de sí—. ¡Os ordeno que me soltéis ahora!

Los demonios lucharon con todas sus fuerzas por desobedecer la orden, y Alaina se dio cuenta del enorme esfuerzo que estaban ejerciendo cuando observó, brevemente, el sudor que perlaba sus frentes pálidas. Cuando uno de ellos estuvo a punto de arrebatarse el anillo, Alaina hizo algo que nadie se esperaba, ni siquiera ella misma.

Comenzó a sentir un extraño calor que generaba una ola abrasadora desde la boca del estómago; una energía que recorría sus terminaciones nerviosas y le robaba el aliento, ganando tamaño e intensidad conforme iba subiendo por el pecho, hasta que al final, la dejó salir de su interior a través de las manos y el anillo, convertida en una intensa luz blanca que explotó y redujo a cenizas a los demonios más cercanos a ella.

A continuación, se hizo el silencio más absoluto. Agotada, Alaina observó con asombro los vestigios producidos por su poder. Entre tanto, los dos demonios supervivientes la miraban aterrorizados, indecisos entre seguir con las órdenes establecidas o huir por patas de allí.

Cuando recuperó parte del control, Alaina les exigió a los restantes demonios que liberasen a su tía, y estos no dudaron ni un instante en cumplir con sus directrices, escapando de aquel callejón como las cobardes cucarachas que eran.

Aliviada, se abrazó a ella con fuerza, dando gracias a Dios por no tener que lamentar su muerte.

—¿Estás bien? —La mujer asintió con la cabeza, incapaz de dejar salir las palabras que acudían a su garganta. Alaina la examinó rápidamente para cerciorarse de que no tenía ningún rasguño y, a continuación, volvió a agarrarla de la mano para tirar de ella con urgencia—. Tenemos que irnos de aquí antes de que vengan más.

Estaban llegando al final del callejón cuando, de súbito, apareció una imponente silueta caminando tranquilamente hacia ellas. Alaina tragó saliva al

reconocer quién era. Arioch.

—¿Creías que te iba a resultar tan fácil escapar de mí, maldita bastarda?!

Instintivamente, interpuso su cuerpo entre esa bestia y su tía.

—Si no quieres acabar como tus perros, ¡aléjate de mí! —le advirtió, alzando como única defensa la mano que portaba el anillo, pues la daga se la habían arrebatado anteriormente sus secuaces.

Los ojos color rubí del demonio superior barrieron el suelo reparando en las cenizas negras; frágiles huellas que señalaban el lugar donde debían estar los cuerpos de sus hombres. Pero impasible ante la insignificante pérdida, inclinó hacia atrás la cabeza para soltar una espeluznante carcajada.

—¿Crees que me importan algo esos patéticos parásitos? —cuestionó tras esbozar una depravada sonrisa—. Son simples siervos cuya única función es obedecernos para conseguir un fin, desechados sin miramientos si no cumplen con lo esperado.

—No sé si te importan o no, solo te advierto que correrás el mismo destino si no te vas ahora mismo.

Lejos de obedecer, Arioch caminó con despreocupación hacia ellas. Y sonrió más ampliamente al ver correr una gota de sudor por la frente de Alaina.

—Y dime, perra, ¿qué vas a hacer para impedir que te mate?

Alaina tuvo que concentrarse para replicar la acción que había creado anteriormente, pero esta vez de forma un poco más controlada. Y le tocó a ella sonreír levemente al advertir el evidente esfuerzo que realizaba el demonio superior para acercarse, cuando su poder lo obligaba a no seguir en su avance.

No obstante, el gesto triunfal se esfumó al instante cuando notó un pinchazo en el costado, y los ojos se le abrieron como platos por el asombro, al escuchar la voz que le susurraba al oído:

—Detente, Laini, o te clavo este puñal en el corazón.

El rostro de Alaina perdió todo color y se giró un poco para enfrentarse a la mujer que la amenazaba.

—¡Tía, Beth...! —exhaló, estupefacta—. ¡¿Por qué?!

Pero la mujer la agarró firmemente por el brazo, incrustando con más fuerza la punta de la daga en la tierna carne del costado de su sobrina.

—Porque necesito recuperar mi alma.

La carcajada demencial de Arioch resonó en su cabeza. Sin embargo, el impacto al descubrir tamaña traición la alejó de cualquier acción o peligro

que esa bestia tuviera pensado utilizar contra ella.

—Esto no te lo esperabas, ¿verdad, puta?

Alaina tanteó el rostro de su tía, que no demostraba ninguna emoción. Su semblante era frío e imperturbable, y sus ojos, vacíos de un mínimo afecto, escondían cualquier tipo de arrepentimiento por su acto.

—¿Por qué?! —repitió, confusa.

La mujer la miró con tanto odio contenido, que para Alaina fue como recibir una bofetada.

—¿Acaso tienes idea de lo que es vivir bajo la sombra de tu hermana pequeña? —siseó, rabiosa—. Ella siempre lo tuvo todo. Era la más guapa de las dos, la talentosa, la dulce e inteligente Sheena. La exitosa arqueóloga que, en cuanto acabó la carrera, comenzó a trabajar en el prestigioso Museo Nacional. Era el orgullo de tus abuelos, que no tenían nada más que ojos para ella. En cambio, yo... yo no les importaba nada. Yo era la triste y solterona profesora de secundaria, la patética primogénita que no llegaría a nada en la vida, su máxima decepción —lamentó, atormentada—. Pero la que tuvo que cargar contigo cuando ellos no soportaron la muerte de su preciosa y amada hija. Me dejaron sola. Sola con una mocosa de poco tiempo que espantaba a todo hombre que se me acercaba.

—¡Dios mío! —musitó, horrorizada por el rencor que destilaban sus palabras.

—Tú no has sido más que una carga para mí, y de no haber sido por la mala imagen que habría ofrecido al mundo exterior, te habría dejado tirada en cualquier orfanato sin mirar atrás.

—Entonces, ¿eres una de ellos?

—Todavía no —respondió Ariocho tras emitir otra carcajada—, pero tiene un contrato firmado con su sangre y, si no hace lo acordado, me llevaré su alma al infierno conmigo.

Estupefacta, Alaina miró a su tía sin entender.

—¿Un contrato? ¿Has vendido tu alma al Diablo?

Beth bufó, impaciente por tanta pérdida de tiempo.

—¿Piensas que tuve elección? ¿Quién te crees que mató a tu madre, estúpida? Ellos la encontraron y decidieron eliminarla del tablero. Contactaron conmigo para criarte y tenerte controlada hasta que mostraras tus verdaderos poderes. —Y chistó la lengua en un gesto de profundo desagrado—. Pero no contamos con la posibilidad de que los ángeles te encontraran antes. Tú debías de servirnos a nosotros y no a ellos.

—¿Tú sabías desde el principio quién era yo?

Una sonrisa de suficiencia afloró en el rostro de su tía.

—Tu madre me lo contó todo antes de morir, para algo éramos hermanas.

Alaina dejó escapar un gemido de desesperación. Todos los años de angustia que había vivido creyendo que su padre la había abandonado se podrían haber evitado si su tía hubiese hablado antes. No obstante, ahora creía a ciencia cierta que esa perturbada mujer había disfrutado todo ese tiempo viéndola ahogarse en el dolor de saberse abandonada cuando era una vil mentira. Elevó la cabeza con furia y ahogó las lágrimas de rabia que pugnaban por salir.

—¿Y qué te ofrecieron a cambio?

En ese punto, los ojos de su tía brillaron por la emoción y el recuerdo.

—Un brillante futuro con un hombre que me amara, mi propia familia, despuntar en mi trabajo, ser reconocida y admirada por todos... —recitó con voz esperanzadora.

—¿Y has conseguido algo de todo eso? —la interrumpió Alaina, obligándola a pisar el suelo—. ¿Acaso no sabes que son retorcidos y mentirosos?, ¿expertos manipuladores para decirte lo que quieres escuchar?

—¡Cállate! —masculló, furiosa—. Ellos me consiguieron a Evan.

—¿Y dónde está Evan ahora, madrina?

—¡He dicho que te calles! —le ordenó con inquina.

Sin embargo, Alaina desobedeció su orden.

—¿Acaso no te dejó por otra? Otra mucho más joven que tú.

La mujer la miró de forma despiadada rezumando ira, odio, rencor, venganza y mucha rabia y resentimiento acumulado durante años, y mientras clavaba el puñal en el costado de Alaina atravesando el pulmón, le susurró al oído:

—¡Me dejó por tu culpa y pagarás por ello con tu vida! Lo recuperaré todo cuando te entregue a ellos. Mi alma, mi hombre; una vida con la que jamás podrás soñar.

Capítulo 22



Cassiel salió de la ducha y se enrolló una toalla limpia y fresca alrededor de la cintura, tras eliminar de su cuerpo, con agua y jabón, los restos de la mugrienta y pestilente sangre de los demonios que había matado en su última misión.

Se acercó al espejo del baño y peinó con las manos su pelo húmedo hacia atrás. Inspeccionó con atención su imagen reflejada, pero enseguida desvió la mirada cuando unos bellos y expresivos ojos grises surgieron de la nada para hundirse en su alma.

Llevaba tres semanas de un humor de perros, y ese día, sin duda alguna, había sido el peor de todos. Tenía un insólito y acuciante sentimiento de inquietud, que no lograba disipar de ninguna manera y que lo estaba volviendo loco.

Salió del baño y revisó la ropa dispuesta en su armario. Como siempre, se encontraba pulcramente lavada, planchada y doblada, y eso lo irritó sobremanera.

En realidad, su malhumor venía propiciado por otro motivo muy diferente al que él quería admitir. Los recuerdos de una pequeña pelirroja de carácter endiablado no lo dejaban en paz.

Terminó de secarse con rapidez y se vistió igual que siempre: botas, pantalón, camiseta y cazadora negra.

Nervioso, comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación. Se sentía enjaulado, dividido entre lo que quería y lo que debía hacer.

Sin pensarlo dos veces, se materializó delante de la puerta de Iria y tocó suavemente con los nudillos.

—¡Adelante!

Cuando accedió al interior, dio gracias porque estuviera ella sola y no con Tomás. No estaba de humor para lidiar con su amigo.

—Hola, Cassiel.

—Mi señora —respondió con una breve reverencia.

El Grial mantuvo silencio para que él explicara el motivo de su presencia; no obstante, no halló palabra alguna.

—¿Te encuentras bien?

El único gesto del ángel fue un escueto asentimiento. Después se acercó inquieto a la chimenea para evitar cruzar las miradas, pues temía que descubriera lo preocupado que estaba.

Deslizó un dedo a lo largo de la repisa de la chimenea, carraspeó con fuerza y se alejó de allí para, a continuación, clavar los ojos verdes en el rostro de Iria. Abrió la boca con la intención de decir algo, pero enseguida se arrepintió. Se mesó el pelo con impaciencia, y a punto estuvo de soltar un gruñido de frustración. Se alejó unos pasos buscando la manera correcta de abordar lo que le rondaba por la cabeza.

—Si te sirve de consuelo, yo también siento lo mismo —habló Iria al ver que él no se atrevía.

Cassiel se forzó a mirarla.

—¿Qué quieres decir?

La mujer le sonrió con ternura.

—Yo también estoy preocupada por Alaina.

La alarma en su rostro fue demasiado patente, y no se detuvo a pensar en lo que significaban las palabras que emitió a continuación:

—¿Acaso sabes algo que yo desconozca? —preguntó, angustiado—. ¿Le ha ocurrido algo? ¿Está bien?

—No, no... —respondió Iria con intención de calmar su angustia—. En realidad, no sé nada. Sin embargo, no puedo quitarme la sensación de que algo horrible va a ocurrir.

Cassiel se acercó a ella y la tomó por los hombros.

—Dime la verdad, has visto algo, ¿cierto? Sé que últimamente pasabas mucho tiempo con ella, estoy seguro de que has sufrido alguna visión sobre su futuro —cuestionó, comenzando a sospechar que quizá le ocultaba algo importante—. Por lo más sagrado, Iria, no me escondas lo que está ocurriendo.

Ella lo miró a los ojos con cierta tristeza.

—Ojalá mis visiones fueran tan precisas como a mí me gustaría —declaró, pesarosa. A continuación, negó con la cabeza—. No, Cas, no he visto nada que sea realmente claro. Solo imágenes inconexas aquí y allá sin sentido aparente. Es más un presentimiento... una corazonada... Y sé que tú sientes lo mismo.

Él la soltó, incapaz de aguantar la compasión que veía en los ojos de su amiga, y le dio la espalda.

—Lo único que yo sé es que está a salvo en Jerusalén —admitió a regañadientes—. Parece que Amitiel la está enseñando bien, y que ella responde y aprende con facilidad.

—Es cierto —confirmó Iria—. Alaina se adapta a su nueva vida con mucha disposición y ganas de aprender. Incluso Amitiel se ha sorprendido por la naturalidad con la que ha asumido su nuevo rol.

Cassiel la miró de soslayo y después habló con orgullo.

—No es de extrañar, lo lleva en la sangre.

Su amiga sonrió levemente y se acercó para tocarlo en el hombro.

—Así es.

El ángel se separó de ella con brusquedad. De nuevo esa sensación inminente de peligro lo trastocó por completo, y se llevó ambas manos a la cabeza en un gesto de desasosiego.

—Entonces, ¿por qué tengo esta extraña sensación aquí, Iria? —cuestionó, tocándose el pecho—. Llevo semanas con esta agonía y cada vez se hace más apremiante. Es como una alarma silenciosa que me va carcomiendo por dentro. Y te aseguro que hoy el miedo está siendo tan intenso, que si me dejase llevar por él, incluso podría volverme loco.

Ella lo miró con atención.

—¿De verdad quieres que te responda a esa pregunta?

Cassiel se giró para enfrentarse a ella.

—No sé a qué te refieres.

—¿En serio, Cas? ¿Pretendes hacerme creer que no sabes la respuesta?

Iria se dio de bruces contra un muro de silencio, y asumió que su amigo jamás admitiría sus sentimientos por Alaina si no lo obligaban. Demasiados

milenios se interponían ante una emoción tan nueva para él o para los suyos.

—Alaina no es Dabria... y lo sabes bien.

El rostro de Cassiel se transformó en una máscara de ira.

—¡No te atrevas...! —la advirtió.

—¿Por qué? —lo desafió con la clara intención de abrirle los ojos—.

¿Porque te da miedo descubrir que los sentimientos que te provoca Alaina son diferentes a lo que sientes por Dabria? Obvio, Cas, la pasión que Alaina te hace sentir es la de una pareja de verdad. La de una compañera para toda la vida.

—¡Cállate!

Iria sabía que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa y hacer que su amigo entrara en razón.

—¡No! ¡Debes oír la verdad!

Él comenzó a caminar de un lado a otro, furioso.

—¡Por favor, Iria!

—Lo que has sentido todo este tiempo por Dabria son los sentimientos de un buen amigo. A ella la admiras, la respetas, le tienes un cariño especial propiciado por todo lo que habéis pasado juntos. Es lo normal, Cassiel, lo insólito sería lo contrario. Es lógico que hayas confundido tus sentimientos. Si lo piensas fríamente, podrían ser muy parecidos a los que tienes por Amitiel.

Él se paró en seco y la fulminó con la mirada.

—¡Ni hablar!

Iria no se dejó intimidar.

—En cambio, Alaina...

—¡Para, Iria!

—Por Alaina la pasión te ciega. Es un amor tan profundo e intenso, que te enfrentaste a toda la Orden sin pensarlo siquiera. Lo que sientes por ella va más allá de ti o de tus creencias. Y eso te da miedo, ¿no es cierto?

Cassiel se removía como un león enjaulado. Apretaba los puños con fuerza, reprimiendo el impulso de estamparlos contra una pared.

—¡Maldita sea, Iria, cállate!

—Tú, el ángel de la Templanza, el más equilibrado de todos, el más justo, el más sensato... Tú mismo te pusiste en riesgo al desafiar a Miguel, tu posición en la Hermandad, el respeto de tus hermanos... Lo arriesgaste todo por una desconocida, Cassiel.

—¡Hice lo que tenía que hacer! La iban a mandar sola a un lugar peligroso, no habría durado ni un día en esas condiciones. Tenía que salvarla

de alguna manera. No podía permitir...

Iria puso los brazos en jarras y lo observó con ironía.

—¿Como hiciste conmigo? —lo interrumpió con una sonrisa socarrona. Cassiel parpadeó varias veces sin llegar a entender—. Te recuerdo que me dejasteis sola ante los leones y que el único que salió en mi defensa fue Tomás. Y corrígeme si me equivoco, a mí me iban a expulsar a la calle mientras que a Alaina la querían mandar a un lugar seguro.

—No es lo mismo.

La risa de ella llenó la habitación.

—Es exactamente lo mismo, Cassiel, solo que ahora, quien está en el lugar de mi marido eres tú.

De improviso, esa verdad lo golpeó con tanta fuerza que lo dejó sin aire en los pulmones, y tuvo que agarrarse al respaldo de una silla cuando trastabilló hacia atrás.

—¡No! —soltó cuando recuperó el aliento.

—¡Sí!

—¡No!

Iria se cruzó de brazos y no pudo reprimir una pequeña sonrisa. El rostro de Cassiel era tan gracioso ahora...

—¡Que sí!

La expresión de él dejaba bien a las claras sus ganas de matarla, e Iria tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no estallar en carcajadas.

—¡Cállate!

—Reconoce que te mueres por besarla.

—¡No, maldita sea! ¡¡No!!

—Reconoce que te preocupas en exceso por ella. Que darías lo que fuera por volver a verla, por acariciarla, por sentirla entre tus brazos, por hundir las manos en su pelo, por recorrer con la lengua su piel, por oír su voz, por...

De pronto, el grito de rabia que salió del pecho de Cassiel retumbó en toda la habitación. Se acercó a Iria con el rostro desfigurado en una agonía tan intensa que dolía físicamente, y la agarró con tanta fuerza que comenzó a zarandearla sin control.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! —Y por primera vez en su extensa vida, el ángel supo lo que era perder el control.

Tras unos segundos, se detuvo con la respiración agitada y miró

horrorizado el rostro de la mujer que había prometido proteger. Impactado ante su total falta de dominio y a punto de volatilizarse, pensó huir de allí para esconderse en algún lugar lo más lejano posible, avergonzado y completamente hundido.

No obstante, Iria lo detuvo. No podía dejarlo marchar, no ahora que estaba tan cerca de que él admitiera su mayor vergüenza. Ver a un ser de sus características sufrir de esa manera no le hacía ninguna gracia, pero debía pasar por ese padecimiento para darse cuenta de la verdad.

—¡No te vayas! —le suplicó, sin un asomo de miedo por la pérdida de control anterior—. ¡Habla conmigo, Cas! ¡Por favor, habla conmigo!

El ángel intentó ocultar su rostro entre las manos. No soportaba que viera su vulnerabilidad de forma tan descarnada. No obstante, su alma gritaba de dolor. Todo su ser temblaba por la angustia y el tormento que sentía en aquel momento.

—¡Alaina es humana, Iria! —sollozó con el alma rota—. ¿Entiendes lo que eso significa? Yo soy un ángel y ella es una humana.

Su amiga lo contempló rebotando ternura y comprensión.

—Sé que para ti eso es importante... En realidad, para los tuyos es importante; pero te aseguro que carece por completo de significado.

Cassiel la miró atónito.

—¿Cómo puedes decir eso? Tú, que sufres desaires todos los días por parte de los más radicales. Que te miran con desprecio por provenir de quien provienes.

Iria se encogió de hombros y chistó con la lengua.

—Contra los cortos de miras ya nada se puede hacer. Sin embargo, son minoría y lo sabes. Sé que muchos de tus hermanos no son tan estrictos con los preceptos que lleváis años cumpliendo. Que el arcángel Gabriel diera el primer paso fue muy importante para todos los que, como tú, deseáis algo más que servir a vuestro padre.

Él le dio la espalda, avergonzado.

—Pero no está bien.

El Grial se acercó a él por detrás.

—¿Quién lo dice?

Cassiel volvió a apretar con fuerza los puños y elevó la cabeza al techo.

—Hablas así porque él es tu padre. Entiendo que lo defiendas, pero Gabriel no hizo lo correcto.

—Nuevamente te equivocas, Cas. Tanto tú como tus hermanos andáis

muy errados en lo que concierne al ser humano. Lo creéis inferior solo por el simple hecho de que no posee dones especiales como los vuestros —En ese punto, Iria agarró al ángel para que la mirara directamente—. Sin embargo, me gustaría que te hicieras una pregunta. ¿A quién ha ordenado Dios proteger?

Él la miró sin entender a dónde quería llegar.

—Al hombre —concluyó—. Pero porque es débil, Iria.

—Si fuera tan débil, ¿crees que habría confiado en una humana para traer a su propio hijo al mundo? ¿De verdad nunca os habéis parado a pensar por qué su propio hijo, carne de su carne, amó a una humana como María Magdalena, pudiendo haber escogido a una hermana tuya para pasar el resto de la eternidad? Si fuera tan indigno como pensáis, ¿Dios habría permitido semejante perversidad?

—Tuvo su motivo, él debía sacrificarse para salvar a la humanidad.

—¿Y no te parece extraño un acto de amor tan magnífico hacia un ser tan inferior como el hombre? Si realmente fueran tan insignificantes como creéis, ¿no sería demasiado pago por algo que no lo merece? —Al no recibir respuesta, Iria continuó—: Si el mismo Jesucristo obró así fue porque no hay nada de malo en ello, salvo vuestros prejuicios contra el hombre. Y si Dios permitió la relación entre mi madre y mi padre fue por la misma razón, Cassiel.

Confundido, no sabía qué pensar. La miró de soslayo buscando una pequeña evidencia que le demostrase que lo dicho era verdad.

—Yo... yo no sé...

En ese instante, Iria supo que tenía que dar la estocada mortal. Le dolía tener que ser ella quien le abriese los ojos definitivamente, pero ya era hora de que su amigo dejara de mentirse de una buena vez.

—Sí lo sabes. Sabes que has estado escudándote tras un amor vacío que no iría a ningún lado porque era más sencillo así. Dabria era perfecta para ti, una buena excusa para ensalzar tu frustración. Un amor imposible que jamás te obligaría a enfrentar tus oscuros demonios. Era muy cómodo y conveniente, sobre todo para tu orgullo, pues no dejaba de ser la firme constatación de que podías luchar contra ello tú solo sin caer en la tentación, ¿no es cierto?

Él la miró horrorizado por lo certeras que eran sus afirmaciones.

—No, no es cierto.

—¡Ahh, pero llegó Alaina! Esa humana decidida y fuerte que te trastocó en cuanto la conociste. Una mujer libre para amar que enardecía tus instintos más bajos, por la que sufres una atracción tan intensa, que te aturde y te

remueve por dentro, sintiéndote fuera de control y a la deriva. Pese a todo, el miedo te paralizó. No podías permitir que esa obsesión llegara más lejos. Esto era distinto, ¿verdad? No había trabas ni excusas; solo tú contra tus temores más profundos. ¿Y qué fue lo que hiciste? Lo único que se te ocurrió: crear una fría máscara de indiferencia para proteger tu ardiente corazón. Y como eso no fue suficiente, te mentiste con más intensidad, haciéndole creer a ella, pero sobre todo a ti mismo, que lo que sentías por Dabria era único e inmortal.

Cassiel apretó los dientes con fuerza, pero esta vez mantuvo el control como buenamente pudo. Las palabras eran certeras y tan incisivas como puñales afilados. Iria había sabido leer en su interior con absoluta claridad, incluso más allá de lo que él mismo se había atrevido a reconocer en algún momento. Aun así, sacudía la cabeza negando hasta el último instante la verdad que se mostraba cristalina ante él.

—No lo niegues, Cassiel. No niegues que tu única intención era alejarla de ti... Y al final lo conseguiste, ¿no es así? Pero no contabas con la reunión en la Cámara del Consejo; fuiste incapaz de esconder lo que sentías cuando creíste que la abandonarían a su suerte. Huelga decir, que te pudo más el amor que te provoca Alaina, que los milenios de obediencia, compañerismo y respeto que profesas por tus hermanos y la Orden. Ella es tu compañera y lo sabes.

Respirando con dificultad, Cassiel mantenía su cuerpo en completa tensión, aguantando las irrefrenables ganas de destrozarse todo lo que se encontrara por delante. Iria sostenía su mirada con calma, manteniendo la certeza de que él jamás le haría daño y de que estaba a muy poco de rendirse ante lo evidente. No obstante, unos golpes en la puerta interrumpieron aquel tenso momento.

—Mi señora, ¿estás ahí?

La voz de Amitiel logró que ambos abrieran los ojos, alarmados. Iria corrió hacia la puerta con una angustiante sensación en la boca del estómago.

—¡Amitiel! —exclamó tras abrir con ímpetu—. ¿Ocurre algo? ¿Alaina está bien?

El ángel de la Verdad los contempló a ambos con desconcierto, pues el rostro de Cassiel expresaba la misma angustia que la de su señora.

—Sí, por supuesto —aclaró, confundido—. La dejé en Jerusalén bajo buen recaudo.

—¿Y qué haces tú aquí? —cuestionó Cassiel, con la misma sensación de zozobra y temor que llevaba días experimentando, pero multiplicada por mil

—. ¿Por qué no estás con ella?

—Porque debía personarme ante Miguel y Azrael para ofrecerle el infor...

De súbito, los dos ángeles enmudecieron al escuchar una débil llamada. Se miraron entre sí, al mismo tiempo que palidecían con una grave expresión de pánico implantada en sus rostros que no dejaba lugar a dudas de que algo terrible estaba ocurriendo. Y ante la sorpresa de Iria, desaparecieron al mismo tiempo.

Cuando se materializaron de nuevo, la escena con la que se encontraron fue mucho peor que la que habrían podido tener en sus más oscuras y terribles pesadillas.

Por una milésima de segundo, el horror paralizó a Cassiel, que observó la escena como si su cuerpo no estuviera allí. El corazón dejó de latir y un vacío aterrador inmovilizó cada molécula de su cuerpo.

Entre tanto, Arioach, el ángel caído, caminaba con confianza hacia Alaina, que se encontraba tendida en el suelo sobre un enorme charco formado por su propia sangre, y Beth enseñaba los dientes en una horripilante sonrisa dedicada a su amo, convencida de que por fin había cumplido con su misión y de que, por tanto, no debería entregar su alma sino recibir la parte que le correspondía del trato que habían pactado.

Amitiel fue el primero en reaccionar, y enseguida arremetió contra el demonio, cargando con todas sus fuerzas en una lucha cuerpo a cuerpo que, en un principio, tomó desprevenido a su adversario. Sin embargo, Cassiel, incapaz de moverse, no veía nada a su alrededor que no fuera el cuerpo inerte de Alaina tendido en el suelo.

Hasta que escuchó la espeluznante frase que salió de la boca de aquella horrible mujer.

—Llegas demasiado tarde.

Esas tres simples palabras fueron suficientes para hacerlo despertar. En un abrir y cerrar de ojos, se materializó detrás de la tía de Alaina y le rompió el cuello en un giro seco de ciento ochenta grados, que hizo que el cuerpo de Beth cayese desmadejado a sus pies con un rictus de sorpresa perpetuo en su rostro.

Cassiel desechó su cadáver como si fuera menos que basura y cayó de rodillas al lado de la mujer que se había vuelto tan importante para él. Completamente ajeno a la pelea que se producía a su lado, solo era consciente de la palidez de Alaina, de la sangre que salía a borbotones de su suave y

dulce boca, de su cuerpo descansando en el frío suelo mientras sus pulmones se llenaban de sangre. Y por primera vez en su extensa y larga vida, Cassiel sintió las lágrimas resbalando por sus mejillas sin control alguno.

Tomó a la pequeña pelirroja entre sus brazos, al mismo tiempo que un profundo gruñido iba tomando forma e intensidad en los más hondo de su ser, hasta que lo dejó escapar en un alarido desgarrador que retumbó en todo el callejón y que se escuchó en gran parte de la ciudad, incluyendo a sus propios hermanos celestiales.

Capítulo 23



Trece horas después, Alaina entreabrió los ojos por primera vez y reconoció la habitación del refugio bajo la Cúpula de la Roca. Se estiró cuan larga era en la cama. No recordaba el tiempo que hacía desde la última vez que se había despertado tan bien y tan descansada. Unos susurros quedos la distrajeron de su placentero despertar, y se incorporó de golpe al recordar los últimos acontecimientos.

—¡Tía Beth!

Una de las mujeres se levantó del sillón situado delante de la chimenea y se acercó a ella con preocupación.

—Tranquila, cielo, ya estoy aquí.

Alaina, confundida, observó cómo Iria se sentaba a su lado en la cama.

—¿Qué ha pasado, Iria? ¿Y mi madrina?

Su amiga cruzó una mirada grave con su suegra, la reina Lupa, que se encontraba sentada en el otro sillón delante del hogar, atenta a lo que ocurría.

—Cariño, ¿qué recuerdas exactamente?

Ella sacudió la cabeza para despejar la mente y concentrarse en sus recuerdos.

—Estábamos recorriendo el santuario, después bajamos a visitar el

Muro de las lamentaciones, y allí... allí... —En este punto, a Alaina le resultó muy doloroso continuar.

El Grial tomó su mano entre las suyas con ternura.

—¿Allí qué?

Alaina sintió cómo se le humedecían los ojos y los cerró con fuerza, negándose de esa manera a recordar, mientras un dolor lacerante le subía por el estómago, provocándole unas inusitadas e intensas náuseas difíciles de aguantar.

—Sufrimos una emboscada —musitó, casi inaudible—, y mi madrina... mi madrina...

Elevó los ojos hacia su amiga buscando la respuesta muda al paradero de su tía Beth, pero esta no pudo sostenerle la mirada, confirmándole de esa manera la peor de las noticias.

Los sollozos escaparon de su corazón hecho añicos, al ser consciente de la traición del ser que más amaba en su vida; de la única persona en la que había confiado desde que tenía uso de razón. Ella, su segunda madre, le había mentido y engañado de la forma más vil y mezquina posible.

—¡No! —gimió, devastada—. ¡No, por favor, no!

El Grial la miró con la mayor compasión posible. Ella misma había pasado por algo parecido no hacía mucho tiempo y sabía el dolor que estaba sintiendo.

—Lo siento mucho, Alaina, pero tu tía Beth ha fallecido.

Alaina ocultó el rostro entre las manos mientras diferentes sentimientos la consumían por dentro, y se aferró a Iria buscando consuelo cuando esta se acercó para abrazarla.

Quizá su tía había cometido errores, seguramente debía dar cuenta de sus actos y recibir un castigo... Pero, honestamente, creía que no se merecía la muerte. Era una sentencia definitiva, sin vuelta atrás, sin opción alguna a redimirse. Y Beth, por suerte o por desgracia, era el único familiar que le quedaba. Ahora se encontraba completamente sola en el mundo... ¡Sola!

Lloró. Lloró hasta desgarrarse por dentro y una fría sensación de vacío la secó por completo. Lloró hasta que dejó de sentir cualquier emoción que no fuera la inmensa pena que colmaba cada célula de su ser.

Minutos más tarde, cuando se sintió más calmada, la reina Lupa le ofreció una tisana de hierbas relajantes.

—Querida, ¿cómo te sientes? —preguntó la druida.

Alaina tragó el sorbo del caliente líquido que bajaba por su garganta.

—Mejor, gracias.

La mujer asintió aliviada.

—Queremos que sepas que no estás sola, cielo —habló Iria al verla más serena—. Aquí estaremos siempre que nos necesites.

Ella solo atinó a asentir, pues sintió nuevamente cómo las lágrimas acudían a sus ojos. Parpadeó varias veces para alejar la emoción que le formaba un nudo en la garganta. Y tras carraspear con fuerza, reunió el coraje suficiente para hacer la siguiente pregunta, enfrentándose a ella con temor:

—¿Y Abraham...? ¿Él está... está...?

—Está vivo y a salvo —respondió Iria.

El suspiro que dejó escapar Alaina denotó lo angustiada que sentía por dentro. No sabía si podría perdonarse una muerte más en su conciencia.

¡Dios, cuánto echaba de menos a su amiga Anne!

—Yo también debería estar muerta —susurró, apenas imperceptible, mientras bajaba la cabeza avergonzada—. Si no fuera porque Amitiel me obligó a tomar tu sangre, yo... yo...

Iria le apartó el pelo de la cara con ternura.

—Yo doy gracias al cielo por ello.

Las dos mujeres se miraron entre sí.

—Abraham nos contó parte de la historia, querida —habló la reina demostrando mucho tacto al hacerlo—. Pero nos sentimos perdidas y en completa oscuridad después de que a él lo hirieran. ¿Quieres explicarnos qué sucedió exactamente antes de que te encontraran?

Ella las miró con cierta reticencia.

—Entiendo tus dudas y las pocas ganas que tienes de hablar —comentó Iria al notar su desconfianza—. No obstante, creo que es mucho mejor que nos lo cuentes a nosotras, a que tengas que explicarlo delante del Consejo en pleno.

Al ver el gesto de horror en su rostro, la reina se apresuró a aclarar.

—Comprende que hemos sufrido una seria y profunda grieta en la seguridad interna del refugio y que deben buscar al culpable que, probablemente, todavía estará entre nosotros. No lo dejarán pasar, cielo, tu vida sigue corriendo grave peligro. Y tu testimonio es fundamental para descubrir al traidor.

Alaina entendía los motivos. Podía ser muchas cosas, pero no obtusa, así que les contó todo lo que recordaba hasta instantes antes de desmayarse. Lo que menos le apetecía en ese momento era tener que enfrentarse nuevamente a

todos esos rostros fríos y desconocidos que la culparían por su insensatez. Y, abochornada, le narró los motivos que la habían llevado a abandonar la seguridad del refugio.

Cuando finalizó, ambas mujeres la miraban atónitas.

—¡Madre mía! —exclamó Iria con las manos en la cara y sin salir de su asombro—. ¡Tu tía Beth...! ¡¿En serio?!

El labio de Alaina comenzó a temblar y se lo mordió con fuerza en un hercúleo intento de no echarse a llorar otra vez.

—Eso explica por qué Cassiel la mató —concluyó la reina tras meditarlo.

Ahora la que se llevó las manos a la boca para ahogar un gemido de sorpresa fue ella.

—¿Fue él? ¿Cassiel la mató?

Ambas mujeres asintieron con profundo pesar.

—Cassiel te salvó la vida, Alaina. De no haber sido por él, ahora mismo estarías desangrada y tu alma estaría siendo guiada por Azrael hasta el otro lado del velo —le explicó Iria, creyendo que quizá esa información la volviera más magnánima a la hora de perdonar al ángel por la muerte de su tía—. Te encontró prácticamente con un hálito de aliento en un charco de sangre y te sanó con sus propias manos. Pero tras traerte aquí y confirmar que te recuperarías, no hemos vuelto a saber nada de él. Lleva horas desaparecido.

Alaina mantuvo silencio durante unos minutos mientras asimilaba esa información. Ciertamente, no comprendía los motivos que habían llevado al ángel a desaparecer, él simplemente había cumplido con su obligación. Y que hubiese acabado sin miramientos con la vida del único familiar que le quedaba, demostraba, una vez más, lo poco que le importaban ella o sus sentimientos.

—¿Por qué? —cuestionó instantes después.

En un primer momento Iria no supo qué contestar.

—El único que recibió respuesta mental de su parte fue Amitiel —reveló la reina—. Ha ocultado su rastro hábilmente para que no lo encontremos. Y le dijo que no volvería hasta haber matado a Ariocho con sus propias manos.



—¡¡Cassieeeeelll!!

Habían pasado tres días. Tres días que Alaina llevaba llamando al ángel una y otra vez sin recibir respuesta. Caminó de un lado a otro de la habitación con los brazos en jarras.

—¡¡Cassieeeeelll... te estoy llamando! ¡¿Acaso estás sordo?!

Bufó con más fuerza al no verlo aparecer y entornó los ojos hacia el techo mientras profería otra amenaza:

—¡Maldito idiota! ¡Te ordeno que vengas aquí inmediatamente, ¿me oyes?! ¡Si no haces lo que te ordeno, te perseguiré hasta el fin de tus días!

De súbito, una voz a su espalda la sobresaltó.

—Te debo respeto, pero no obediencia, que te quede claro.

Alaina se giró para enfrentarse a él. Aliviada, lo inspeccionó rápidamente para comprobar que se hallaba bien, y soltó un leve suspiro. Estaba sucio y desaliñado, con un aspecto terriblemente demacrado, pero sano y salvo. Era lo único que importaba.

—Soy tu reina, no lo olvides —señaló con altivez, ocultando disimuladamente cualquier vestigio de preocupación anterior.

—Pero no mi superior, no lo olvides tú —apuntilló él, sin rastro de emoción alguna—. Solo debo explicaciones a mi padre y a mis hermanos celestiales, a nadie más.

—Pues pocas explicaciones vas a dar si sigues escondiéndote de todo el mundo. ¿Pretendes que te echen a patadas del cielo? Miguel está que trina contigo.

—Hablaré con él.

—Deberías, y cuanto antes mejor —insistió, molesta—. Amenaza con encerrarte en la mazmorra más profunda si no apareces de una vez. Por lo visto, la desobediencia está mal vista ahí arriba.

—¡He dicho que lo haré! —bramó, perdiendo la paciencia—. ¡No me atosigues!

Exhausto, el ángel se pasó la mano por la cara. Llevaba días atacando nidos de demonios buscando información. Deseaba con toda su alma enfrentarse a Arioeh cara a cara, y tener el enorme placer de matarlo con sus

propias manos.

Quería venganza. ¡No! Clamaba desquitarse contra esa mala bestia por haber atacado a Alaina. Y se lo haría pagar, de eso no cabía duda, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Cansado, dejó escapar un largo suspiro. Solo había aparecido para que dejara de tocarle las narices con tanto llamado. Ahora, lo mejor era irse de nuevo.

—No tengo tiempo para esto.

—¡Espera! —rogó, al ver su propósito de desaparecer otra vez. Cuando obtuvo su atención, Alaina disminuyó el tono de reproche y se acercó a él despacio—. No lo entiendo, Cas, por más que lo pienso no encuentro el motivo de esta situación. ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué es tan importante para ti encontrar a Arioch? Me has salvado la vida, dos veces, además. Estamos en paz. Déjalo estar.

De súbito, Cassiel se acercó a ella en dos grandes zancadas y le agarró la cara entre sus manos. La intensidad de sus ojos verdes la tomaron por sorpresa, e intuyó un cambio drástico en su interior, pero no pudo descifrar exactamente qué. Aunque, en realidad, eso no importaba mucho. Saber que estaba bien le había quitado un peso enorme de encima.

—¿De verdad crees que lo hago por eso?, ¿para reparar una deuda contigo?

Alaina agarró con sus manos las de él y cerró los ojos ante las intensas sensaciones que ese simple contacto generaba en ella. Un revoltijo de sentimientos y anhelos, de dudas y miedos, de escalofríos y sofocos, que solamente Cassiel despertaba con tanta fuerza.

Entreabrió los labios para susurrar con la respiración entrecortada:

—No lo sé.

Él, vencido, apoyó la frente sobre la suya.

No podía recordar el devastador momento de verla medio muerta en el suelo sin que se le encogiera el corazón. En aquel instante, supo que amaba a Alaina por encima de cualquier cosa. Iria tenía razón, esa pequeña pelirroja era su alma gemela, su pareja de por vida.

Jamás había sentido algo parecido con Dabria. Admiraba a la druida por su sabiduría, su prudencia, su discreción, su bondad, su templanza... Y había creído erróneamente que, quizá, era el ser que podía complementarlo.

Sin embargo, ahora se daba cuenta de lo equivocado que estaba. Dabria era como su otro yo, su igual en muchos aspectos, su parte femenina, por

decirlo de algún modo. Una mujer con la que se sentía cómodo, comprendido, con la que compartía afinidades, que le producía ternura... Todo lo contrario, a Alaina.

La mujer que tenía entre sus brazos en ese momento lo llevaba al límite, lo desquiciaba, lo retaba, le hacía arder por dentro, y la anhelaba con tanta intensidad que lo martirizaba. Le recordaba con firmeza que estaba vivo, que su existencia era algo más que luchar contra el mal; le daba un sentido, un propósito, un motivo para seguir adelante. Incluso, si se atreviera tan solo a soñar un poquito... un proyecto de vida.

No obstante, tenía un miedo atroz a que ella no sintiera lo mismo por él y a pasar el resto de la eternidad sin tenerla a su lado. ¿Y cómo no temer algo así, cuando le había arrebatado a su ser más querido? A esas alturas ya debería saberlo, y por lo poco que la conocía, dudaba mucho que pudiera perdonarlo. Con todo, no la juzgaba; le había hecho mucho daño y lo sabía. Debía vivir con ello.

Por eso mismo no se atrevió a volver antes. No soportaba la idea de enfrentarse a Alaina sin, al menos, entregarle la cabeza del demonio que había usado a Beth en su contra. Necesitaba desquitarse con alguien antes de enfrentarse a su odio. Precisaba volcar toda su ira contra el ser despreciable que casi se la arrebatara; vengarse por el horrible padecimiento que le había hecho sentir cuando la tuvo entre sus brazos en aquel maldito callejón, rezando por no perderla. Y saber, a ciencia cierta, que Arioeh jamás intentaría dañarla de nuevo; que ni siquiera se volvería a atrever a tocar uno de sus hermosos cabellos. Al menos, no mientras él respirara.

—Quiero atraparlo por ti, Alaina, para asegurarme de que jamás pueda hacerte daño —confesó, conteniendo a duras penas su pasión—. Quiero entregarte su cabeza en bandeja para que pague por todo el mal que te ha hecho. Usó a tu tía para que te traicionara; quiere darte caza a toda costa y no descansará hasta verte muerta... Y eso jamás lo permitiré, ¿lo entiendes? Primero tendrá que pasar por encima de mi cadáver. Si para ello tengo que bajar hasta el mismo Infierno... ¡Juro por lo más sagrado que lo haré!

Asombrada, abrió los ojos y se separó unos centímetros de él para perderse en la inmensidad de ese agitado mar en el que se había convertido su mirada. El mismo mar embravecido que bullía sin ningún control en su estómago. Un mar de mariposas revoloteando y creando un precipicio a sus pies.

Entre tanto, Cassiel buscó alguna señal en su rostro de rencor o ira hacia

su persona. Al no hallarla, bajó la cabeza, incapaz de resistirse a besar esos labios que lo atraían como si una cautivadora sirena entonase una dulce sintonía.

Cuando sus bocas se rozaron, el abismo se abrió ante ellos y se aferraron el uno al otro con tantas ansias, que el mundo dejó de existir salvo ellos dos.

Sus bocas encajaban a la perfección, y a pesar de que ya se habían besado antes, para ellos fue como la primera vez. La primera vez que descubrían sus lenguas que, juguetonas, invadían, retozaban y se enroscaban entre ellas con frenesí.

Cassiel separó una mano de su rostro para depositarla en la parte baja de la espalda de Alaina, y con ello, pegarla más a su cuerpo, demandando un contacto más amplio e íntimo, enloquecido por lo que ella le hacía sentir.

Sus cuerpos ardían y vibraban reclamando cada caricia, cada suspiro, cada gemido como suyo. Protestando por la barrera que creaba la ropa entre ellos, negándoles el placer de tocarse y acariciarse a conciencia. De fundir piel contra piel, caricia contra caricia, latido contra latido, hasta perderse en ellos mismos.

Un gemido escapó de la garganta de Alaina cuando el ángel abandonó su boca para saborear, con exquisita lentitud, el cuello hasta llegar a la clavícula. Aferrada a sus hombros, liberó una mano para enterrarla en el suave pelo de Cassiel, enroscar los dedos en sus mechones rubios, y sentir cómo su cálido aliento le rozaba la oreja y erizaba por completo el vello de la piel.

Sus cuerpos eran como elegantes lienzos que se descubrían, creyéndose osados pinceles, a través de las caricias de sus labios y dedos, dibujando sensaciones devastadoras para sus sentidos allá donde rozaban o se posaban.

El ángel elevó la cabeza para fijar su oscura y sensual mirada en ella, derritiendo cualquier barrera entre los dos y pidiendo permiso para continuar. Y cuando sintió la rendición total de Alaina, la bajó de nuevo para reclamar esa boca como suya, profundizando en un intenso y demoledor beso que entremezclaba gemidos y gruñidos de placer, dejándolos trémulos y ávidos de más.

Cassiel actuaba por instinto, nunca se había encontrado en una situación semejante y, en cierta forma, era completamente virgen a los impulsos sexuales, sometido, únicamente, a la pasión desmedida que Alaina le hacía sentir. Pero no le importaba, se estaba dejando guiar por su intuición, sin saber bien si estaba haciendo lo correcto o no. Lo importante era que su corazón

latía al mismo ritmo que el de ella, y que jamás había sentido una felicidad y plenitud igual.

La agarró por el trasero para izarla, y ella enroscó las piernas en su cintura mientras caminaba hacia la cama. Se dejó caer en el colchón con su cuerpo debajo del suyo, teniendo mucho cuidado de no aplastarla ni hacerle daño con su peso. Alaina, con movimientos precipitados, intentaba torpemente quitarle la cazadora de cuero. Y cuando Cassiel se deshizo de la prenda, ella metió las manos por debajo de la camiseta para sentir su piel bajo las yemas de los dedos.

—¡Oohh Dios, cómo deseaba hacer esto!

En otro momento el ángel la hubiera reprendido por tomar el nombre de Dios en vano, pero en ese preciso instante le dio igual. Lo único primordial eran los miles de escalofríos que sentía cuando Alaina le tocaba. Su piel temblaba y reaccionaba a su contacto con entusiasmo, contrayéndose allí por donde ella pasaba, a punto de quemarse por combustión espontánea.

Pero todo su mundo se tambaleó cuando ella abrió la boca para pasar la lengua húmeda y caliente por su torso, degustando cada centímetro de su piel dorada.

En ese instante, Cassiel echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca en busca de aire, pues le resultaba difícil respirar mientras millones de olas de placer lo estremecían de pies a cabeza.

Eran sensaciones tan intensas y tan sublimes, que le costó captar los toques en la puerta que interrumpieron aquel glorioso momento:

—¡Ey, «pocaspecas»! —llamó Amitiel desde el exterior de la habitación—. Llevo esperándote un buen rato en el gimnasio para darte una paliza, ¿vienes o qué?

Alaina dejó escapar un suspiro de frustración ante aquella desafortunada intromisión.

—¡Maldito melenas! —masculló entre dientes.

Pero el momento de pasión se había esfumado, así como Cassiel al recuperar por fin la cordura.

Capítulo 24



Tras darse una larga y helada ducha para enfriar cuerpo y mente, Cassiel se encontraba delante del despacho del arcángel Miguel, dispuesto a enfrentarse a lo que el destino le tuviera preparado. Inclino la cabeza a un lado y a otro para destensar los músculos del cuello, sin dejar de darle vueltas a la locura que había estado a punto de cometer.

Reprimió un gemido cuando las imágenes de los dos en la cama acudieron nuevamente a su ardiente imaginación, e intentó desterrar esos recuerdos al mismo tiempo que se daba una colleja mental. Ante todo era un ángel y debía asumir las consecuencias de sus actos; la rebelión y desobediencia eran cargos importantes.

Agitó los brazos, estiró los dedos de ambas manos repetidamente y, tras encontrar el valor suficiente, golpeó suavemente en la puerta con los nudillos.

—¡Adelante!

Cassiel no sabía muy bien con qué se iba a encontrar al cruzar el umbral, pero la fría mirada con la que le recibió su superior en cuanto lo vio, no le hizo abrigar muchas esperanzas de salir de allí sin represalia alguna.

El arcángel se reclinó en su asiento al verlo entrar, y unió las yemas de los dedos en un ademán reflexivo, ocultando magistralmente sus sentimientos e

intenciones.

Tras un tenso minuto, hizo un gesto con la mano invitándolo a empezar:

—Habla, Cassiel, te escucho.

Este, visiblemente nervioso, se frotó el cuello buscando las palabras que lograran ablandar a su hermano y, avergonzado, fijó la mirada en un punto indeterminado de la pata de la silla que tenía delante de él.

—Lo siento.

Miguel se acercó los dedos a la boca, creando otro tirante e interminable minuto de espera.

—¿Es lo único que tienes que decir? —cuestionó con voz severa.

—Es lo único que te puedo decir.

La fría calma que se respiraba en aquella habitación era peor que cualquier bronca o disputa esperada por Cassiel. Había aguardado gritos, recriminaciones, insultos, incluso amenazas; pero no el gesto imperturbable de su hermano celestial.

—¿Por qué? —preguntó Miguel con una ligera nota de decepción en su voz—. ¿Por qué me desobedeciste? ¿Por qué no confiaste en mí?

Cassiel no supo qué responder. Ese tinte de amargura en su tono lo estaba destrozando.

—No era una cuestión de confianza, Miguel —dijo después de unos breves segundos, incapaz de mirarlo directamente a los ojos.

El arcángel se levantó de su asiento y apoyó los puños en la mesa del despacho.

—Fíjate que estoy en total desacuerdo. Traicionaste mi confianza cuando incumpliste la orden de no ir tú solo en busca de Arioeh. Me desobedeciste, Cassiel, y eso merece un castigo.

Él izó una mirada cargada de ira al recordar el nombre de ese maldito bastardo. Apretó los dientes con fuerza y elevó el mentón con orgullo.

—Tú no lo entenderías.

El arcángel se irguió en toda su estatura.

—¿Qué es lo que no puedo entender, hermano? —lo atacó, enfurecido—. ¿Que te hayas enamorado de una humana? ¿Es eso? —Cassiel, sorprendido, parpadeó varias veces y retrocedió dos pasos cuando Miguel se acercó a él con rabia contenida—. ¿O quizá, lo que no entendería serían tus ansias de venganza contra el ser que casi te la arrebató?

Tragó saliva con fuerza antes de atreverse a preguntar.

—¿Cómo lo has sabido?

Su superior se cruzó de brazos y no pudo evitar que un brillo de complacencia centelleara en su mirada.

—Lo que no concibo es cómo todavía no lo sabe el mundo entero —reveló, orgulloso de sí mismo por no estar equivocado. Pero volviendo nuevamente a su gélido tono, prosiguió—: Tú solo te has delatado, imbécil. Te aseguro que no hace falta ser un lince para descubrir que esa mujer te remueve por dentro. Lo dejaste muy claro en la Cámara del Consejo.

—¡Oh, mierda! —exclamó, preocupado—. ¡¡Joder!!

Cassiel se llevó ambas manos a la cabeza en un gesto de desesperación. No podía predecir las represalias que sufriría Alaina por los miembros de la Orden y sus hermanos más radicales. Si no bastaba con el peligro que corría porque todavía andase libre el traidor que trabajaba en la sombra para las tinieblas, ahora se le sumaba la facción más conservadora y contraria a cualquier tipo de relación entre ángeles y humanos. Era una ignominia que no dejarían pasar, de eso estaba seguro.

—¡Por todos los demonios, ¿qué voy a hacer?!

Tomado por sorpresa, a Miguel se le descolgó la mandíbula.

—¿Qué vas a hacer tú? Más bien deberías preguntarte qué voy a hacer yo. ¿Acaso entiendes el delicado compromiso en el que me has metido? —El arcángel fijó su atención en él, y su gesto de desconcierto le dejó claro que no sabía de qué le estaba hablando. Elevó los ojos al techo y bufó con fuerza—. ¡Maldita sea, ¿cómo puedes ser tan obtuso?! Uno de mis mejores hombres me ha desobedecido de forma pública y no puedo mirar hacia otro lado, Cassiel.

—¿Obtuso?! —respondió elevando la voz y poniéndose a caminar de un lado a otro, inquieto—. Entiendo que merezco un castigo por mi desobediencia, y por eso mismo he venido hoy aquí, para aceptar la pena que me impongas. Pero compréndelo, Miguel, en este momento te aseguro que eso es lo que menos me importa. Alaina corre peligro y yo no he hecho más que avivar el fuego.

—¡Cálmate, ¿quieres?! —le exigió, rotundo—. A ella no se atreverán a tocarla.

Cassiel se paró en seco y le lanzó una mirada furiosa, gesto que tomó, nuevamente, por sorpresa a su superior.

—Ambos sabemos que eso es mentira —siseó entre dientes.

El arcángel lo estudió con atención. Durante todo el tiempo que se conocían, su hermano jamás se había atrevido a retarlo. No obstante, allí se hallaba, encarándose otra vez a él.

—¿Y de verdad puedes reprochárselo? —cuestionó, dándole la espalda para recorrer el breve camino hacia su asiento detrás del escritorio—. No me considero un ser intransigente o extremo, como muchos de los que se oponen a los cambios, pero con tu actitud les estás dando la razón. ¿Acaso no lo ves? —Advirtió cómo él arrugaba el ceño con desconcierto—. Te amo y te respeto, Cassiel, no solo como a un hermano o soldado, sino como a un leal amigo, pero lo que sientes por esa mujer te está cambiando.

—No es cierto.

—Sí lo es —aseguró, convencido—. Tú eres el ángel de la Templanza y príncipe del Orden de las Potestades, quien provee serenidad y enseña moderación, calma, templanza y sobriedad; el ángel que se asocia con las leyes del Karma y que ayuda a las personas a entender la ley de la Causa y el Efecto. Sin embargo... ¿dónde está tu apacibilidad ahora? ¿Dónde has dejado el sentido común, la frialdad de mente o el sosiego? No haces más que actuar de forma impulsiva y rebelde, desoyendo las órdenes y enfrentándote a los que no opinan como tú, sin temor a las consecuencias de tus actos.

Cassiel jadeó al recibir el impacto de esas palabras, pues el arcángel tenía razón. Lo que sentía por Alaina lo volvía más errático, algo por completo impropio de él e incapaz de controlarlo.

—¡Oh, mierda! —exclamó dándole la espalda y revolviéndose el pelo con impaciencia.

—Tienes que serenarte, hermano. En este instante me preocupas más tú que ella.

—¿A qué te refieres? —preguntó, mirándole directamente a los ojos.

—Ya viste lo que ocurrió en la Cámara del Consejo; hay algunos miembros que cuestionan tanto tu comportamiento como el de Amitiel. Es más, varios me han pedido ya vuestras cabezas. Ambos estáis en el punto de mira, y tras tus últimas actuaciones, se vuelve realmente difícil cualquier tipo de defensa o justificación hacia ti. Hasta Amitiel tuvo que intervenir para salvarte el trasero.

Cassiel apretó los puños con rabia. Entendía perfectamente las advertencias del arcángel, pero bajo ningún concepto dejaría que nadie le hiciese daño a Alaina. ¡Jamás!

—No me importa si me destierran.

Su amigo lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Serías un ángel caído.

—Te lo he dicho... no me importa.

—¿Tanto la amas? —preguntó, tras soltar un suspiro de pesar—. ¿Lo sacrificarías todo por ella?

El silencio fue respuesta suficiente. Miguel negó repetidamente porque no entendía esa clase de sentimientos. Se escapaban a su entendimiento, los mirase por donde los mirase.

Maldijo internamente la cabezonería de su amigo, y apoyó los dedos encima de la mesa, inclinándose hacia adelante y fijando una dura mirada en él.

—Me reafirmo en mi opinión. Con tu actitud, no haces más que debilitarnos ante el mal.

Cassiel se apoyó también en la mesa para responder con contundencia.

—Ese es un golpe bajo y ruin hasta para ti.

—Puede que sea cierto, pero haré todo lo que esté en mi mano para hacerte entrar en razón.

El ángel se alejó de él, exasperado, para finalmente, emitir una risa abatida.

—¿Hacerme entrar en razón? —repitió la pregunta con tristeza por no ser entendido—. ¿Crees que me lo he buscado?, ¿que no lucho contra lo que siento?, ¿que no me culpo por ello? Pero es superior a mí, ¡maldita sea! No puedo evitar amarla con todo mi ser.

—No veo que lo hagas. Ese amor que dices sentir te ciega, te hace más débil. ¿No lo entiendes? Son los argumentos necesarios para fortalecer la oposición de los que abogan por el purismo más conservador.

Él negó con la cabeza ante esa acusación.

—El que no lo entiende eres tú. Lo que yo siento por Alaina es inmenso e incalculable, y va más allá de cualquier entendimiento, de cualquier creencia o fe. Lo daría todo por ella, Miguel. Haría lo que hiciera falta, removería cielo y tierra por protegerla. Ofrecería mi vida, mis alas, mi propia alma...

—¿Y cómo pretendes protegerla si no estás aquí? Si te expulsan y te arrebatan las alas, jamás podrás acercarte a ella.

Fue consciente del momento en el que la pregunta calaba en su amigo cuando este abrió los ojos como platos.

—¡¡Joder!! —estalló al caer en la cuenta—. ¡¡Mierda!!

Nuevamente tenía razón y eso lo estaba sacando de quicio. En el momento en que fuera un ángel caído, aunque no trabajara para las tinieblas, sería perseguido hasta su fin. Empezaba a pensar seriamente que debía hacérselo mirar, si ni siquiera era capaz de darse cuenta de ese pequeño

detalle.

—No estás haciendo las cosas correctamente, hermano. Si realmente amas a esa mujer, deberías hacer lo apropiado.

—¿Por qué debería hacerlo? —planteó, molesto—. ¿Por qué debería escoger entre lo que más amo y lo que soy? ¡No es justo, joder! Ante todo soy un ángel, un guerrero... y no entiendo por qué debería dejar de serlo solo por encontrar a la pareja adecuada. Llevo luchando desde el amanecer de los tiempos, Miguel; he demostrado mi lealtad, mi honor y mi valía con creces, ¿por qué debo sacrificar más? ¿Por qué debo renunciar a un amor que no hace daño a nadie?

El general de las hordas celestiales dejó que se desahogara y, con mucha calma, tomó asiento. Volvió a juntar las yemas de los dedos y los acercó a su boca mientras pensaba.

—No lo hagas.

Atónito, Cassiel lo miró fijamente, examinando su rostro con atención en busca de una señal que le hiciera pensar que estaba de broma.

—¿Hablas en serio?

—Ajá.

—¿Y me puedes explicar cómo?

—¡Por supuesto! —señaló con convencimiento—. Demuéstrales a todos que se puede. Sé el primero en dar el paso, pero hazlo bien, hermano. Tienes que encontrar el equilibrio, tu don interior, la templanza que has perdido. Hazles ver a todos que no pierden a un soldado de la luz, sino que ganan dos. Alaina es una humana muy especial, tiene un don sobrenatural y muy beneficioso para nuestros intereses. Haz que cambien de opinión, enséñales que se equivocan cuando ven a los humanos como seres débiles o inferiores a nosotros.

—Pero eso supondría ponerla a ella en peligro constante.

—Toda acción tiene su consecuencia y tú lo sabes mejor que nadie. Si quieres que haya cambios, tendrás que evolucionar tú primero. Dejar atrás tus dudas, tus miedos, tus inseguridades... Y para ello debes confiar. Quizá no varíes la opinión del sector más ortodoxo y disconforme con los nuevos cambios, pero sí alcanzarás el respeto de los que piensan como tú.

Cassiel se frotó la frente mientras asimilaba esas palabras.

—No sé... yo...

—Tienes que encontrar la manera de cerrar bocas, hermano, y solo tú puedes hacerlo.

—No sabría ni por dónde empezar.

—Tal vez yo tenga una idea.

Cassiel se dejó caer en el asiento que se encontraba justo en frente de él con una expresión de apremio en su rostro.

—¿Cuál?

Miguel lo observó con un brillo provocador en la mirada, a la par que inflexible.

—¿Confías en mí?

Él asintió.

—De acuerdo, pues comencemos a trabajar.



Habían pasado ya tres semanas desde que besó a Cassiel y Alaina seguía sin saber nada de él. Había desaparecido de su vida sin dejar rastro, como si aquel beso no hubiera significado nada para él.

Se reprendió mentalmente por darle importancia a algo que evidentemente no la tenía, por mucho que le doliese. Dejó escapar un suspiro mientras volvía a la realidad. A su realidad.

Sentados a su mesa se encontraban Amitiel, la reina Lupa y uno de los miembros más destacados de la Orden, el hermano Jacobo, que acababan de llegar hacía pocas horas.

—Espero que nuestra visita no haya causado problemas —comentó la reina druida después de beber un trago de su copa de vino.

—Por supuesto que no —respondió Alaina tras limpiarse los labios con una servilleta—, vuestra presencia aquí siempre será bien recibida.

La mujer sonrió complacida.

—Creo que ya es hora de que me tutees, querida. Soy más vieja que tú, pero ambas ostentamos el mismo rango.

Ella asintió satisfecha. En cambio, por el rabillo del ojo, Amitiel observó un sutil gesto de desagrado por parte de Jacobo, que no se le escapó por muy poco.

—¿Cómo se encuentra Iria? —preguntó Alaina a la reina con interés—. Me entristeció cuando se fue, la echo mucho de menos.

—Ella está muy bien, aunque un tanto preocupada por ti. Me pidió que te hiciera llegar su interés por tu estado, manifestando que si la necesitas estará aquí enseguida.

—Es muy amable por su parte, pero no es necesario —comentó agradecida por su genuina preocupación—. Puedes decirle que estoy bien y que entiendo perfectamente que tuviera que irse. Todavía no se sabe quién nos traicionó, y la protección y seguridad del Grial está por encima de cualquier cosa.

—Así es —intervino Jacobo—, y en gran medida hemos venido por ello. Acabamos de saber que hay una investigación abierta y teníamos interés por saber cómo va.

—¿Una investigación abierta? —inquirió Alaina, sorprendida, buscando más información en los rostros de los presentes—. Es la primera noticia que tengo.

—Pues resulta muy extraño, ¿no creéis? —cuestionó Jacobo observando a Amitiel con interés—. No resulta muy apropiado que la persona que más peligro corre no esté enterada.

El ángel, que todavía no había abierto la boca hasta el momento, encogió los hombros con frialdad.

—No es un asunto que me incumba.

La reina, molesta, apoyó los cubiertos en el plato.

—No entiendo cómo puedes decir eso, Amitiel, es tu mejor amigo. Hemos sabido que está aquí, en esta fortaleza, y venimos a que nos informe de los avances.

Él la miró con ira contenida.

—Espero que tenga más suerte que yo. He intentado hablar con él, pero se cierra en banda. —Y encogiéndose de hombros, terminó—: ¿Qué puedo hacer?

Alaina arrugó el ceño con desconcierto.

—¿De quién estáis hablando?

Todos la ignoraron.

—Pues poner más empeño, por ejemplo —lo reprendió la druida celta—. Es un duro golpe que te degraden y te releven como han hecho con él.

Amitiel se limpió la boca con rabia.

—¿Cree que no lo he intentado? Sé que volvió hace dos días, pero no quiere hablar conmigo. Está amargado y furioso con todo el mundo, sobre todo con...

El ángel miró hacia Alaina, pero enseguida retiró la mirada. Ella abrió la boca para preguntar; no obstante, fue interrumpida por Jacobo.

—¿Y de qué se extraña? Miguel ha sido demasiado benevolente con él. En cualquier otro caso, estaría encerrado o lo habrían desterrado para siempre del cielo.

—¿A quién? —interrogó de nuevo, comenzando a sospechar de quién hablaban.

La reina se tensó al oír esas palabras tan duras.

—Hermano Jacobo, ¿no cree que está siendo bastante duro? Estamos hablando de desobediencia, no de traición o de matar a un ser inocente.

El hombre, indignado, alzó la cabeza con altanería.

—En absoluto, mi reina —respondió, resentido—. Es más, esto mismo llevo advirtiéndolo demasiado tiempo. No podemos permitir que gobierne la anarquía entre nuestros hombres, han de haber unas reglas claras y una autoridad precisa. De lo contrario, será el primer paso para ir directos hacia nuestra propia destrucción.

La mujer se inclinó un poco en la mesa para decir entre dientes.

—No estamos hablando de un hombre cualquiera, sino de Cassiel. Ese ángel del que con tanto desprecio habla, ha sido un soldado leal y valioso, entregado a la lucha con admirable fiereza... No podemos enviarlo a la picota por un simple error.

Estupefacto, Jacobo miró a la reina sin poder dar crédito.

—¿Error? No estamos hablando de un simple error, señora; estamos hablando de dar ejemplo, de no permitir que otros ángeles tomen la venganza por su mano o desobedezcan órdenes concretas y precisas poniendo a los demás en peligro.

—Eso es exagerar y lo sabes.

—¿Exagerar? —repitió, erizándose más a cada momento—. Ese ángel fue infectado con un veneno demoníaco y lo llevaron a la fortaleza sin pensar en ningún momento en el riesgo que conllevaba. —En ese instante, clavó los ojos en Amitiel, pero como este no se dio por aludido, volvió su atención a la reina—. Después, aparentemente sanado, se enfrenta a su superior y a toda la Orden en la cámara del Consejo. Y si todo eso no fuera suficiente, desobedece una orden directa y se escapa durante días sin saber exactamente por qué ni para qué. Su comportamiento no es el usual, pero parece que nadie le da importancia. ¿Eso es exagerar?

La reina, leal a su amigo, se levantó de la mesa, pues no soportaba que

lo injuriasen de tal forma.

—¡Qué bonito...! ¡Y qué fácil, ¿verdad?! —atacó la mujer, harta de todo aquello—. Qué fácil es hablar desde la comodidad y seguridad que esos soldados te proporcionan sin despeinarte un solo pelo. Ellos son los que se enfrentan cada día a la maldad, al peligro, a una muerte incierta, mientras que otros como tú se acomodan y juzgan con soberbia. Otro gallo cantaría si le tocara a un miembro de tu familia, por ejemplo, a un hijo tuyo. Me gustaría saber si pensarías lo mismo, Jacobo. Si te desharías de él como si fuera basura cuando ya no te sirviera o cometiera un error. Actuando así, ¿en qué nos diferenciamos de esas bestias? ¡Dime!

—No lo lloves al terreno personal, Lupa —respondió, dejando ambos los formalismos—. Yo no tengo la culpa de que tu hijo vendiera su alma al diablo y se convirtiera en un ser inmundo.

La reina, estupefacta, sintió como si le clavaran un puñal por la espalda. Pese a todo, no perdió la compostura, y apretó los dientes con fuerza impidiendo que las lágrimas acudieran a las comisuras de sus ojos, al mismo tiempo que erguía el mentón con orgullo.

—Ese ser inmundo como tú lo llamas, salvó a Iria.

—Eso todavía está por aclarar.

—¡Basta! —estalló Alaina. Aquello se estaba pasando de castaño oscuro y no pensaba permitir que se le hiciese daño de forma gratuita a esa mujer. Desconocía todos los detalles y, en cierta medida, se sentía muy culpable por lo que estaba pasando, máxime, tras la confesión que el mismo Cassiel le había ofrecido antes de desaparecer de nuevo. Por ello, acudió al único que podría poner un poco de cordura en todo aquello—. ¿Tú no vas a decir nada?

Amitiel miró a la reina con un brillo de pena en sus ojos azules, y después, profundamente abatido, dejó escapar un largo y hondo suspiro.

—Esta vez estoy de acuerdo con el hermano Jacobo —admitió con más facilidad de la que se podría esperar de él—. Cassiel ya no es el mismo, y supone tanto un peligro para él como para los demás. No obstante, el arcángel Miguel ha dado una orden y yo asumo su decisión. Degradarlo a un simple soldado raso con labores de papeleo es el castigo más benevolente al que se podía haber enfrentado, aunque parece que él no lo ve así.

Todos los allí presentes lo contemplaron con estupor. Ninguno de ellos se esperaba esas palabras.

—¿Lo dejas en la estacada? —interrogó la reina Lupa, estupefacta—.

¿Reniegas de tu mejor amigo?

El ángel le sostuvo la mirada con estoicidad.

—No, mi reina, en todo caso me rindo, que no es lo mismo.

Capítulo 25



Alaina se encontraba en la habitación de invitados mientras una alterada Lupa caminaba de un lado a otro.

—¡No puedo creerlo! —rugió, furiosa—. ¿Cómo se atreve ese malnacido?

—Por favor, cálmate.

La reina puso los brazos en jarras y la miró muy molesta.

—¿Que me calme? Por culpa de hombres como Jacobo, que en vez de evolucionar involucionan, estamos como estamos. Tiene la misma mentalidad que hace dos mil años o peor. No se da cuenta de que los cambios son necesarios, que ya no vivimos en el medievo.

—Sé que estás disgustada por sus comentarios, pero de nada sirve tomárselo de esa manera.

—¡Ay, querida, el derecho al pataleo no me lo quita nadie!

Alaina sonrió ante esa explicación.

—Eso es verdad.

La mujer cambió de rumbo y se puso a caminar en círculos.

—¿Y qué me dices de Amitiel? ¡Es inaudito! —protestó, enervada—. ¿Cómo puede darse tan rápidamente por vencido? Es su mejor amigo, ¡por el

amor de Dios!

—Supongo que tendrá sus motivos.

—¿Motivos?! —exclamó cada vez más alterada—. No hay ningún motivo para esa falta de lealtad. En la vida creí que fuera capaz de algo así... Cassiel jamás lo haría. Si fuera al revés, él lucharía hasta el final, tal y como lo hizo con Tomás. Fue el único que lo apoyó, que estuvo a su lado, que apostó por él. Si no fuera por su nobleza y sentido de la amistad, yo no tendría a ninguno de mis hijos conmigo. Y eso jamás se lo podré agradecer lo suficiente.

Alaina se sentó a los pies de la cama e inclinó la cabeza hacia un lado mientras contemplaba a aquella poderosa mujer perdiendo los papeles.

—¿A pesar de que Moisés ya no sea quien fue?

La druida se detuvo un instante y la observó fijamente.

—Lo tengo conmigo, Alaina, vivo y entero; es lo único que me importa. No pierdo la esperanza de poder encontrar, algún día, una forma de traerlo de nuevo.

Ahora sí que no entendía nada. Moisés era un demonio y, por tanto, un ser sin alma y sin conciencia alguna.

—¿Cómo?

Lupa se masajeó las sienas.

—No lo sé —confesó finalmente—. Llevo inmersa mucho tiempo entre hechizos y conjuros antiguos, buscando alguno entre los viejos libros de los ancestros que me ilumine, que explique cómo recuperar su alma. Raziel, por su parte, también está investigando en su inmensa biblioteca.

Alaina sintió compasión por la reina, así como una férrea admiración. Era una mujer luchadora, decidida a pelear por los suyos y a defenderlos a vida o muerte.

—Deduzco que sin éxito alguno.

La mujer la miró de forma extraña.

—Cierto, pero no pierdo la esperanza. Máxime, cuando vi cómo tú misma salvabas a Cassiel. En ese instante creí que lo perdíamos, que no había salvación para él. Pero tú me demostraste que nunca podemos rendirnos, que siempre debemos luchar hasta el final. Y en ese momento, tuve esperanzas de poder conseguir lo mismo para mi hijo Moisés.

Ella bajó la mirada, incapaz de sostenerla al ver la ilusión brillando en sus dulces ojos. Era duro no tener las respuestas, no saber cómo ayudar.

—Ojalá pudiera hacer algo —confesó, cabizbaja—. Me siento tan impotente, tan inútil...

La reina dejó de caminar y se sentó a su lado.

—¿Y te crees que yo no? —Alaina la miró con inmensa compasión y la mujer le sonrió con tristeza—. Lo daría todo por traer de nuevo a mi hijo, ¿sabes? Pero de nada sirven todos los años vividos ni los profundos conocimientos de la magia, si no hay un camino por donde encauzarla. — Exhaló un cansado suspiro antes de continuar—: Es muy duro, niña, muy duro...

—Quiero que sepa, que si hubiera alguna manera de poder ayudar, lo haría sin pensarlo.

La reina le acarició con ternura el pelo y le colocó un mechón rojizo detrás de la oreja.

—Gracias, querida —respondió agradecida por su gesto—. Quizás algún día encontremos la manera. Mientras tanto, debemos seguir luchando y no perder la esperanza.

Ella asintió, y durante unos segundos se mantuvo el silencio entre ambas.

—Agradecería que alguien me contara qué está pasando exactamente.

El rostro de la mujer reflejó la preocupación que la sumía en un estado de inquietud. Parecía como si todos los problemas del mundo recayeran en sus débiles hombros.

—Es Cassiel —dijo tras un largo suspiro—, estamos realmente preocupados por él.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Nada, ese es el problema. —Como Alaina la miró sin entender, la reina se explicó—. Hace unas semanas, Cassiel se presentó ante Miguel, y este, a raíz de su desobediencia, lo castigó duramente. Le arrebató todos sus privilegios y lo degradó a un simple ángel sin rango alguno, ni siquiera como ángel de la guarda.

—¿Y eso no es bueno?

—Para Cassiel, no. Ha pasado de poseer un alto estatus, solo por debajo de los arcángeles, a situarse en el último escalafón entre los suyos. Siempre ha luchado bajo las alas de Miguel, y perder ese privilegio es un duro golpe para un guerrero como él.

—Pero las consecuencias podrían haber sido mucho peor, ¿cierto?

—Sí, por supuesto, pero comprendo que eso no lo consuele.

—Pues debería bastarle —comentó, sintiendo cómo los remordimientos se le enroscaban en el pecho—. Es preferible a la muerte o a la expulsión definitiva.

La reina se frotó la frente, pensativa.

—Tienes que entender que es un soldado; de los mejores, además. Y ahora, de la noche a la mañana, se ve desprovisto de todo lo que ama. Es doloroso para él, Alaina. Sería duro para cualquier ángel. Es una forma de desprestigio, de deshonor... será señalado de por vida.

—¿Únicamente por desobedecer una orden? —cuestionó, consternada—. No entiendo por qué tanta historia solo por irse unos días de caza.

—Como en cualquier ejército, los ángeles se rigen por una jerarquía y unas normas que no se pueden romper. Si eso no fuera así, gobernaría la anarquía y el caos.

—Entonces, estás defendiendo los argumentos del hermano Jacobo.

La mujer se puso en pie de nuevo.

—¡No, ni hablar! —señaló, molesta por esa simple sugerencia—. Estoy de acuerdo con las reglas a seguir, con el orden y los estatutos entre ellos, pero debe haber cambios. Es hora de que modernicen sus prioridades, no pueden anclarse en criterios obsoletos y arcaicos. Deben evolucionar.

—Entiendo..., eso sería lo más lógico, sí.

—Así es —convino Lupa—, pero de momento estamos muy lejos de que eso pueda pasar. Y Cassiel no ayuda nada con su actitud.

—¿Por qué?

La druida dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Cassiel recibió la orden de investigar todo lo posible sobre tu altercado con Arioeh y tu tía Beth, pero hasta el momento, no ha hecho nada por averiguar lo sucedido. Está caminando sobre una delgada línea, una línea tan débil y estrecha que podría llevarlo a su fin, y parece que no se da cuenta —señaló con pesar—. Oficialmente, alega que no hay mucho donde rascar. Extraoficialmente, defiende un firme dictamen carente de cualquier base o argumento fehaciente.

—¿Y esa opinión cuál es?

—Qué la culpa es enteramente tuya.

La mandíbula de Alaina se descolgó hasta la barbilla mientras, atónita, no podía creer lo que esa mujer estaba diciendo.

—¿Perdón?

—Los demás tampoco lo entendemos, pero afirma que su vida y reputación se fue al traste el día que te conoció.



—Tu amigo es el ser más desesperante, insoportable y frustrante del mundo, ¿lo sabías? —soltó rabiosa, después de pegar una patada al aire con la intención de impactar en el costado de Amitiel.

El moreno la miró con cierto estupor tras esquivarla, y sonrió para sus adentros al caer en la cuenta de quien hablaba.

Se encontraban entrenando en el gimnasio de la fortaleza, en uno de los *tatamis*, al mismo tiempo que Cassiel desahogaba su frustración en una de las peras de velocidad.

—¿Problemas con el rubiales?

Ella entrecerró los ojos fingiendo odio.

—Solo tú sabes que lo llamo así —susurró antes de mirar de reajo a Cassiel, comprobando que no los había oído—, ¿quieres crearme más problemas?

Este se encogió de hombros fingiendo indiferencia.

—Supongo que sigue en su línea, ignorando a todo el mundo.

—No, a todo el mundo, no. A sus antiguos amigos en concreto, y a ti y a mí en particular.

El ángel la agarró desprevenida y le hizo una llave que la tiró al suelo. Cuando ella quiso darse cuenta, lo tenía encima inmovilizándola con todo su cuerpo.

—Ya te lo he dicho, no quiere hablar conmigo —susurró en su oído—. Y yo no puedo ayudar a alguien que no quiere ser ayudado.

Alaina escuchó una maldición en alto, y cuando desvió los ojos hacia la fuente del impropio, se encontró con un Cassiel furioso que los miraba con ira.

—Yo también he intentado hablar con él —explicó, agarrando la mano del ángel que la ayudaba a levantarse del suelo—. Varias veces, además. Sobre todo, tras saber que me echa la culpa a mí de todo lo que ha pasado. ¿Te lo puedes creer?

—¿Quién te lo dijo?

—La reina Lupa —admitió, disgustada—. Aunque me hubiera gustado saberlo de tu boca, para algo pasamos tantas horas aporreándonos. Creí, al

menos, que había un poco de confianza entre tú y yo.

El moreno la miró con un brillo de diversión refulgiendo en sus impresionantes ojos azules y cambió de tema a propósito.

—Deduzco que no has tenido mucho éxito en tu empeño.

Ella hizo un gesto despectivo.

—¡Vaya, menudo lince! —señaló, fastidiada por su indiferencia—. Llevo dos días detrás de él, pero en cuanto me acerco lo suficiente... o me esquivo o directamente desaparece.

Cuando él amplió el gesto divertido a una sonrisa, bufó molesta.

—No sé qué te hace tanta gracia.

Amitiel se encogió de hombros con dejadez.

—Bueno, en realidad parte de razón tiene.

Estupefacta, abrió la boca varias veces boqueando como un pez. Después, la cerró con fuerza transformándola en una delgada línea, y se abalanzó decidida a asestarle varios golpes, que él supo detener con maestría.

—¿De parte de quién estás?

—De la verdad, querida, de la verdad.

Alaina echó el cuerpo hacia atrás evitando grácilmente un golpe.

—¿También piensas que yo soy la culpable de todo? —cuestionó, lanzando un fuerte rechazazo que Amitiel esquivó.

—No —respondió, sorteando hábilmente los golpes que le siguieron—. Pero debes admitir... que te advirtieron sobradamente... de que no era una buena idea salir sin más escolta que Abraham... y tú desoíste los consejos.

Alaina perdió el equilibrio ante un empujón, y Amitiel aprovechó para agarrarla de los brazos y colocarlos detrás de su espalda, por lo que la pegó fuertemente a su pecho.

—Eso no es motivo suficiente para que me odie como lo hace —señaló, aprisionada entre sus brazos.

De súbito, un grito frustrado resonó en medio de la sala, y cuando ambos miraron hacia atrás, advirtieron que Cassiel, en un ataque de ira, había roto la base en donde estaba anclada la pelota de cuero con la que estaba entrenando.

—¿Qué diablos le pasa? —interrogó ella, mientras lo veía dirigirse furioso hacia el saco de boxeo.

Amitiel escondió una sonrisa de complacencia, al mismo tiempo que retaba con la mirada a Cassiel.

—Puedo imaginármelo —dijo con tono misterioso.

Alaina sacudió la cabeza sin entender nada, y levantó con ímpetu la

rodilla para clavarla en la entepierna de su oponente y poder liberarse de ese modo de su opresión. Por muy poco no pilló las partes bajas del sorprendido Amitiel, con la indebida maniobra.

—¡Ey, no valen los golpes bajos!

Ella elevó ambas manos en un gesto de disculpa. No obstante, la expresión de su rostro evidenciaba que no se arrepentía del movimiento.

—Debo suplir mi falta de experiencia de alguna manera, ¿no crees?

Divertido, sacudió la cabeza varias veces, lugar al que se llevó las manos para apretarse bien el pelo atado en un improvisado moño. Debía admitir que se sentía orgulloso de lo rápido que aprendía.

Alaina aprovechó esa breve tregua para acercarse a beber de una botella de agua. Y mientras se ajustaba su pelo rojo en una fuerte coleta, domando los rebeldes mechones que se escapaban de la goma elástica, espió de reojo a Cassiel, que aporreaba sin piedad el pobre saco de boxeo, descargando toda su ira sobre él. Uno de los ángeles, apiadándose del objeto en cuestión, se acercó valientemente para sujetarlo antes de que lo reventara.

—No entiendo qué le pasa al rubiales, está como desatado —comentó Alaina tras acercarse a Amitiel nuevamente.

Este contempló a su antiguo amigo con desinterés.

—Tiene demasiada testosterona que aplacar —musitó inconscientemente.

Sorprendida, elevó una ceja en un arco perfecto.

—¿Los ángeles tenéis de eso?

Amitiel, incómodo, carraspeó fuertemente y se colocó en posición de ataque.

—Parece ser que sí —respondió entre dientes.

—Pero yo creía que...

El moreno atacó con rapidez interrumpiendo su perorata.

—Ignóralo, es lo mejor que puedes hacer.

—¿Como haces tú? —cuestionó, parando un golpe dirigido a su costado con el antebrazo—. No puedo creer que eso salga de tu boca.

Amitiel arrugó el ceño al no entender a qué se refería.

—¿El qué?

Alaina se agachó con rapidez, barriendo a continuación el suelo con una pierna con la intención de hacerlo caer.

—¿Te recuerdo cómo te pusiste cuando supiste que estaba infectado? Te enfrentaste a todo el mundo, Amitiel, cuando creían que no había más salida

que matarlo. Sin embargo, ahora no mueves un solo dedo por el que decías que era tu mejor amigo.

—¿Y eso qué tiene que ver? Su vida no corre peligro.

—¿Ah, no? —planteó, mirándolo con incredulidad—. Se ha librado por los pelos tras su rebeldía y desobediencia. ¿Qué crees que hará Miguel cuando sepa que sigue en las mismas?, ¿darle palmaditas en la espalda por su buen comportamiento? ¡Ja!

—Te lo he dicho, no puedo ayudar a alguien que no quiere ser ayudado.

—No me lo creo.

Tras esa excusa, Amitiel asestó velozmente unos golpes certeros para evitar responder a sus ataques. Ella los esquivó ágilmente y recibió alguno que la dejó jadeando mientras terminaba inmovilizada una vez más.

—Dime, ¿qué más te dijo la reina? —preguntó él.

Enfadada consigo misma, gruñó al recibir una leve patada en el trasero que la desestabilizó y la apartó de él. Le lanzó puñales con la mirada, mientras el moreno la examinaba con pedantería tras dejarla en ridículo.

Alaina apretó los dientes y se recompuso dignamente.

—Estuvimos hablando de Cassiel, pero también de ella y de su hijo Moisés. De sus esfuerzos por buscar una manera de recuperar su alma y, con ello, traer de vuelta al antiguo Guardián.

Amitiel prestaba atención a las vendas de las manos y la miró un breve instante cuando advirtió que había dejado de hablar para, a continuación, seguir ajustando las gasas.

—¿Y?

—Y... estoy pensando seriamente en ayudarla.

El ángel arrugó el ceño al escuchar esas palabras. No le preocupaba su significado sino el tono en el que las había dicho. Se acercó a ella con recelo y la apartó unos metros de cualquier oído que pudiera estar atento.

—¿Qué quieres decir exactamente con ayudarla?

Alaina tardó unos segundos en contestar, en tanto lo observaba con cautela. Sabía que en el mismo instante en el que le planteara su idea, se encontraría con su firme oposición. A pesar de todo, le daba igual. Estaba decidida a hacer lo que debía, con o sin su consentimiento.

—Voy a buscar la manera de entrar en el Infierno y recuperar el alma de Moisés.

Incrédulo, Amitiel perdió la facultad de hablar durante un momento, ya que no salía de su asombro. Y le tocó a él boquear esta vez mientras las

palabras calaban en su mente.

—¡¡¿Estás loca?!! —chilló tras recuperar la voz.

Al advertir que eran el centro de atención, el moreno dio por finalizada la clase y desapareció con ella del gimnasio.



Cassiel escuchó los gritos de Amitiel en su cabeza exigiendo su presencia en el acto; no obstante, los ignoró de nuevo. Por fin, después de varias semanas infructuosas, estaba cosechando los primeros frutos de su plan elaborado.

—¿De verdad la detestas tanto? —preguntó el ángel que agarraba con fuerza el saco de boxeo.

Cassiel lo miró con rencor, expresando con ese simple gesto el resentimiento que Alaina le generaba.

—¿Tú qué crees? —respondió con un gruñido—. Por su culpa lo he perdido todo.

En realidad, sus escenas fingiendo un odio profundo por Alaina no eran más que un fiel reflejo de los celos desmedidos que sentía cuando Amitiel la tocaba, según él, de manera inapropiada. Llevaba días subiéndose por las paredes, y había estado a punto de agarrar al ángel de la Verdad y retorcerle su maldito cuello.

—Si le preguntases a los demás, dirían, más bien, que tú mismo te has buscado tu propia ruina, hermano.

Cassiel dejó de golpear el saco y lo examinó concienzudamente antes de responder. Sus ojos verdes mostraban una frialdad y un odio profundo.

—Me importa muy poco lo que piense el resto, hermano Abelech —escupió con inquina—. A estas alturas, ya no hay nada peor a lo que temer. Me han juzgado y condenado sin tener en cuenta todo lo que he hecho antes. Si eso es justicia divina... prefiero ir por mi cuenta.

El ángel abrió los ojos sorprendido.

—¿No crees que demostrando tu contrariedad de forma tan pública, te expones demasiado a un castigo peor?

—¿Peor? —cuestionó, confundido—. ¿Qué puede haber peor que esto? ¿El destierro? —Y echó la cabeza hacia atrás para soltar una amarga

carcajada—. Prefiero eso mil veces antes que vivir entre tanto hipócrita. Al menos actuaría según mi conciencia.

Abelech dibujó una retorcida sonrisa que ocultó rápidamente. Llevaba destinado entre aquellas paredes desde el reinado de Salomón, y entendía perfectamente la decepción de Cassiel. Su nombre era invocado para subyugar a los espíritus infernales durante los rituales de magia negra, y llevaba a la espera de un ascenso en sus labores demasiado tiempo. Quería ser algo más que uno de los Guardianes que protegían la puerta del Infierno, pero el líder, Malik, no creía necesario proponerlo para un ascenso.

—Solo te advierto sobre la conveniencia de ser más cauto a la hora de expresar tus opiniones.

—Ya te lo he dicho, hermano, me importa muy poco lo que tú o los demás penséis de mí. —Sin embargo, Cassiel dejó de golpear el saco para escudriñar el rostro de su compañero—. Y si estás de parte de esa puta, es mejor que te largues de aquí cuanto antes.

Abelech elevó ambas manos en un gesto de tregua.

—Ey, tranquilo, te aseguro que yo no soy el enemigo. —Y antes de abandonar su ayuda con el saco, le susurró—: Estoy seguro de que tendrás noticias mías muy pronto.

Cassiel esperó convenientemente a que el ángel se marchase para aparecer en los aposentos de Amitiel. No debía generar ningún tipo de sospecha sobre su falso juego, y menos ahora que estaba tan cerca de descubrir al traidor.

En cuanto se materializó, se acercó en dos grandes zancadas y le propinó un derechazo a su amigo que le hizo crujir los dientes. Amitiel encajó el golpe y lo miró con desconcierto.

—¿A qué demonios viene esto?

Con tranquilidad, Cassiel se frotó los nudillos al mismo tiempo que destensaba el cuello.

—Que sea la última vez que te restriegas contra Alaina de esa manera.

El moreno lo miró sin salir de su estupor.

—¿Que me restriego?!

—Restregar, frotar, rozar, manosear, tocar, palpar, acariciar... Llámalo como quieras.

Todavía desencajado, Amitiel sopesaba la decisión de tomar represalias o no. Pero las dejó aparcadas a un lado cuando recordó que él mismo había buscado una reacción similar en su amigo. Después de mantener una

conversación con Iria y de procesar el tremendo impacto que le había causado saber que su hermano estaba enamorado de Alaina, había tomado la decisión de ayudarlo un poquito a decidirse. Era mejor verlo emparejado con una humana, a que lo desterraran de por vida de los cielos y se convirtiera en un proscrito condenado a muerte.

—¡Estás muy mal de la cabeza! —se quejó mientras se masajeaba la mandíbula.

Este se encogió de hombros con indiferencia.

—No eres el primero que me lo dice —le espetó, impaciente—. A ver, ¿a qué vienen tantas prisas? Estaba con un asunto muy importante entre manos mientras lloriqueabas como una nenaza en mi cabeza.

El ángel de la Verdad entornó los ojos escudriñándolo. Los celos lo volvían más arisco de lo normal. Estaba deseando arreglar las cosas para ver si volvía su antiguo amigo o si, en su defecto, tendría que matarlo él mismo con sus propias manos.

—Es sobre tu «querida» Alaina —le informó, recalcando la palabra con un tono burlón por el simple placer de molestarlo.

Cassiel ignoró el tono, pero enseguida se puso en guardia al recordar la insistencia de su llamado.

—¿Qué ha hecho ahora?

—El problema no es lo que ha hecho ahora, sino lo que quiere hacer en un futuro.

—No estoy para adivinanzas, hermano, escúpelo ya.

Amitiel enseñó los dientes en una mueca entre divertida y sarcástica, y mantuvo una larga pausa dramática, pues quería memorizar a conciencia cada gesto que mostrase Cassiel cuando se enterase de la noticia. Cuando este hizo una mueca de impaciencia, respondió:

—Quiere entrar en el Infierno para rescatar el alma de Moisés.

El gesto de horror de su hermano fue suficiente para deleitar a su amigo...

—¡¡¡¿Qué?!!! ¡¡La mato!! ¡¡Juro por lo más sagrado que la mato!! —aulló, estupefacto, desapareciendo a continuación ante sus ojos.

...No obstante, había sido demasiado breve para su gusto.

Capítulo 26



Cuando Cassiel apareció en la habitación de Alaina, esta no estaba, y un escalofrío de puro terror le recorrió el cuerpo entero hasta que la vio aparecer proveniente del baño, enroscándose una toalla al cuerpo.

—¡¡Tú!! —bramó fuera de sí—. ¡¿Se puede saber qué demonios te pasa?!

Pillada por sorpresa, Alaina pegó un brinco junto a un agudo chillido y dejó caer la suave tela de algodón, quedando expuesta su desnudez en plenitud ante los ojos de él. Rápidamente cogió la toalla del suelo y se cubrió con ella mientras le lanzaba puñales por los ojos.

—¿Qué me pasa a mí? ¿En serio me preguntas eso? —replicó, atónita—. ¿Te parece bonito aparecer así y pegarme semejante susto? ¡Mejor pregunta qué te pasa a ti!

Cassiel, todavía con la imagen de su cuerpo desnudo, no atinaba a responder. Sacudió la cabeza levemente, luchando por mantener su mente lúcida y despejada, ya que la bruma del deseo la nublabla por completo. Tragó saliva con fuerza y carraspeó fuertemente.

—A mí no me pasa nada, no sé a qué te refieres —respondió bajando cinco tonos.

Alaina puso los brazos en jarras y se acercó a él, no sin antes bufar de forma sonora. Llevaban sin hablar varias semanas, y no porque ella no lo hubiera intentado de todas las formas posibles, obviamente, sin obtener ningún resultado. Y ahora, tras haberla esquivado e ignorado públicamente y en privado, el «señorito» llegaba pegando gritos sin ton ni son. ¡Y eso no se lo iba a permitir!

«¡¡Por supuesto que no, lo lleva claro el rubiales este!!»

Sin embargo, era consciente del deseo que brillaba en la fiera mirada de Cassiel y de cómo sus pupilas dilatadas no le quitaban el ojo de encima, y eso la cabreaba todavía más. No podía aparecer de la nada y trastocar su mundo como si tal cosa. Aunque... debía admitir que la excitaba.

¡¡Dios santo, cómo la excitaba!!

—¡Que no le pasa nada dice el muy bruto! —lo increpó, aumentando su enfado por momentos por estar tan guapo y avivar el anhelo que crecía en ella. Con el dedo índice extendido, fue dándole pequeños golpecitos en el pecho mientras le seguía regañando—: Todo el mundo anda preocupado por ti, por el extraño comportamiento que dejas salir a pasear últimamente, por tu rebeldía, por tu pasotismo... Y por si eso fuera poco, me echas la culpa enteramente a mí. —Y cambiando de dirección el dedo, se señaló a ella misma—. ¡¡A mí!!

Cassiel tragó saliva de nuevo tras seguir la dirección de ese índice que apuntaba directamente hacia sus senos que, aprisionados por la tela, se agitaban arriba y abajo debido al cabreo. Y se descubrió a sí mismo soñando con que fuera su propio dedo el que recorriera ese valle tortuoso, dibujando con la yema un camino de lava ardiendo.

—Eso no tiene la menor importancia.

—¿Que no tiene importancia?! ¿Te parece poco importante estar jugándote la vida? ¿Que el arcángel Miguel decida no seguir aguantando más tus tonterías y te destierre para siempre o que acabe con tu existencia?

Cassiel inclinó la cabeza hacia un lado y, tras mucho esfuerzo, la miró a los ojos.

—¿Eso te importaría?

Ella parpadeó varias veces, entre incrédula y confusa.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —cuestionó, exasperada—. ¡Por supuesto que me importaría!

Él enseñó los dientes en una amplia y sensual sonrisa. No obstante, enseguida se esfumó al recordar su propia locura.

—¿Y qué me dices de ti? —interrogó, tornando su expresión en una

furiosa máscara—. ¿Crees que le gustará a Miguel saber que quieres entrar en el mismo Infierno?, ¿que estás dispuesta a perder la vida por una locura? ¡Eres una maldita insensata!

Alaina dio un paso atrás.

—¿Tú cómo sabes eso?

—¿Tú qué crees? —respondió serio.

Ella se giró rápidamente, soltando un exabrupto.

—¡¡Maldito melenas...!! ¡¡Lo voy a matar!!

Sin embargo, Cassiel interceptó su huida agarrándola por el brazo y la pegó contra su cuerpo.

—¡Estás loca, Alaina! ¿Has perdido la cabeza?! ¡¿Cómo se te ocurre?!

Ella elevó la barbilla con terquedad y lo retó con la mirada.

—Se supone que no os habláis, pero ¿sí os ponéis de acuerdo para aliaros contra mí?

—¡Por supuesto!

—Bien, pues te informo de que ese no es vuestro problema.

Los dientes de él rechinaron al apretarlos fuertemente, al mismo tiempo que la vena hinchada de la frente pulsaba rabiosa. Sus miradas, cada cual más terca, se desafiaban con furia desmedida.

—No te lo permitiré.

—Tú no eres quién para permitirme o no algo.

—Te ataré a la cama si es necesario.

—¡Inténtalo si puedes!

No fue necesario mayor aliciente. Cassiel agarró el cuello de Alaina con una mano, con la otra arrimó la base de su espalda hasta no dejar ni un milímetro de espacio entre sus cuerpos, y estampó su boca contra la de ella.

Las ansias que tenían el uno por el otro les hizo devorarse con frenesí. Sus respiraciones, trémulas y jadeantes, se entremezclaban en un baile perfectamente sincronizado entre sus lenguas húmedas y anhelantes. En aquel instante no había nada más allá de ellos dos. Tras esas paredes, desapareció todo aquello que no fueran sus corazones latiendo con frenesí, el deseo recorriendo sus venas como lava ardiendo, y sus pieles buscándose con desesperación.

Cassiel separó la cabeza unos centímetros, con sus ojos oscurecidos por la pasión, sus mejillas levemente sonrojadas, su respiración entrecortada, la boca entreabierta, y asombrado por las intensas y sublimes sensaciones que Alaina removía en él. Estaba asustado, pues jamás había experimentado algo

ni remotamente parecido, pero moriría si no podía seguir bebiendo del dulce néctar que era para él su sabor. Descubrió en ese mismo momento, que su lugar en la inmensidad del universo era estar allí, con la mujer que amaba por encima de todas las cosas.

Enterró las manos en su cabello ensortijado y pesado por la humedad, y después sepultó la cara en el hueco de su hombro, embriagado por el olor y la tersura de su tez, y acariciando con su cálido aliento, sin saberlo, una de las zonas más erógenas de la mujer. Necesitaba saber, tras degustar su boca, a qué sabía su piel. Y lamió despacio el cuello de Alaina, mordisqueando suavemente el lóbulo de su oreja, arrancándole gemidos de placer.

Ese sonido era música celestial para sus oídos, y lo animó a seguir descubriendo las porciones de piel expuesta y desnuda que tenía a su disposición.

No obstante, ella tampoco soportó más tiempo el picor que sentía en sus manos; una comezón que la instaba a acariciar ese torso dorado y perfecto. Interrumpió la degustación del ángel para agarrar el bajo de la camiseta negra con la que había estado entrenando y subirla un poco, dejando al descubierto una buena porción del abdomen duro y definido de Cassiel, marcando los impresionantes abdominales que ya conocía.

Este, a su vez, percibía maravillado cómo su piel, de forma involuntaria, se contraía bajo el tacto de los dedos de Alaina. Era como si se estuviese sometiendo a ella de forma completa, sin fisuras, reconociendo que era su dueña incondicional y enseñándole, con brutal claridad, lo que se había negado durante tanto tiempo a ver.

Todo él se hallaba rendido a sus pies, comenzando por su cuerpo, siguiendo por su corazón, y terminando, por supuesto, por su alma. Ella era la reina absoluta de todo su ser.

Casi se cae de rodillas cuando Alaina hizo el mismo recorrido que había realizado con los dedos, pero esta vez con la lengua, subiendo un poco más la fina tela hasta alcanzar un pequeño pezón. Un gemido ahogado escapó de su garganta, mientras miles de escalofríos recorrían su espina dorsal.

Por un instante, Cassiel sintió miedo. Provocaba en él sensaciones atterradoramente intensas, más allá de lo imaginable, un gozo jamás vivido antes... Y era tan fuerte e incommensurable, que sintió pavor.

—¡Por lo más sagrado, Alaina, ¿qué me estás haciendo?! —musitó, sobrecogido.

Sus miradas se encontraron en ese torbellino de emociones, y el mismo

miedo que sentía Cassiel, se reflejó en los ojos de ella. Un miedo que la hizo dudar de lo que estaba haciendo... y se alejó.

—¡No puedo! —dijo dándole la espalda.

Aturdido, la observó ajustarse la toalla al cuerpo para, a continuación, abrazarse con ambos brazos buscando detener los temblores que la estremecían de arriba abajo.

Cassiel se sintió vacío. Un frío helador le caló en los huesos al verse desprovisto de su presencia, de su proximidad. Era como si le hubieran arrancado una parte de sí mismo, como si su contacto fuera necesario para vivir... Y ese silencio lo estaba matando.

—Alaina, ¿qué ocurre? —preguntó, acercándose por su espalda.

Percibió la desolación que la embargaba y eso le hizo arrugar el ceño, preocupado. Todas las dudas lo golpearon con fuerza. Quizá ella era la mujer de su vida, eso lo tenía meridianamente claro; sin embargo, era muy posible que él no fuera el ángel de la suya. Era demasiado novato en la lides del amor, tal vez lo que él sentía no significaba nada.

—No puedo entregarme a ti sabiendo que estás enamorado de otra mujer —balbuceó Alaina, afligida.

Cassiel cerró los ojos ante esa frase demoledora. Había sido un miserable egoísta y ahora se daba cuenta de ello. No pensó en ningún momento en las dudas o miedos de Alaina respecto a lo que él sentía por ella. Jamás se lo había dicho. Ni tan siquiera dejado entrever. Había estado más preocupado por reconocerse a sí mismo lo que sentía por ella, o por su absurda venganza hacia Arioeh, que por los sentimientos de la mujer que aseguraba amar.

Ella seguía pensando que tenía fuertes sentimientos por Dabria, y a pesar de que nunca lo había admitido abiertamente, tampoco se lo había negado. Ninguno de los dos había hablado claramente de sus sentimientos por el otro. Por un motivo u otro, siempre había quedado todo en el aire. Y, tal vez, había llegado la hora de hacerlo.

«¡Pero, ¿cómo?!»

Alaina se giró, convencida de que Cassiel ya no estaría en la habitación, que habría desaparecido como cada vez que las cosas se ponían intensas entre ellos. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Lo encontró sentado a los pies de la cama, con los hombros hundidos y la cara oculta entre las manos. Renuente, se acercó a él despacio.

—Perdóname —le pidió, abatido, cuando la sintió a su lado, alzando los ojos cargados de arrepentimiento—. Perdóname por ser el mayor estúpido del

mundo.

Ella fue incapaz de resistirse a acariciarle el rostro. En el fondo no podía culparlo por no corresponder a sus sentimientos. Y sus ojos se empañaron cuando al rozarle la mejilla con el dorso de la mano, Cassiel cerró los suyos disfrutando de su suave contacto.

—No tengo nada que perdonarte —dijo, luchando con el nudo que se le estaba formando en la garganta.

Él le cubrió la mano con la suya y dejó escapar un suspiro.

—Te equivocas, Alaina, tienes mucho que perdonarme. —Y abrió sus impresionantes ojos verdes, que se clavaron hasta el fondo de su alma—. Te suplico que sepas perdonar mi cabezonería, mi egoísmo, mi orgullo, mi ignorancia, pero, sobre todo, mis miedos. Mis miedos a confesar mis sentimientos hacia ti. A no saber gestionar el inmenso amor que siento y que me trastorna por completo.

Asombrada, Alaina dejó escapar un jadeo de sorpresa.

—¡Cassiel! —farfulló, sobrecogida.

—No encuentro las palabras que puedan definir lo que deseo expresar. Es difícil para mí, Alaina, esto es completamente nuevo. Nunca he sentido nada ni remotamente parecido, ni tan siquiera por Dabria. Antes de conocerte creía que la amaba, es cierto. Sin embargo, ahora puedo decir con rotundidad que estaba equivocado. Lo que siento por ella no es más que admiración, respeto y cariño hacia alguien que conozco desde hace mucho tiempo. Pero pese a todo, nunca logró que mi corazón palpitará como lo hace cuando estoy contigo. Que me robe el aliento con su sola presencia. Jamás consiguió despertar mis celos, ese sentimiento de protección que siento por ti y que me lleva hasta los infiernos. Nada me había preparado para concebir un amor tan inmenso y profundo como el que siento cuando pienso en ti. —Cassiel tomó aire mientras desnudaba su alma como no lo había hecho antes, abriéndose en canal, dejando a un lado sus inseguridades y demostrando que lo daría todo por ella—. Desde los albores de la humanidad, me he enfrentado a todo tipo de demonios y situaciones escalofriantes, he luchado en infinidad de batallas hasta caer agotado, he visto cómo la muerte esperaba para llevarme... —Se levantó para acunar su rostro entre las manos y susurrarle con un infinito amor desbordante en su semblante—, hasta que tú me salvaste, Alaina. Hasta que el destino te colocó en mi camino. Ahí me di cuenta, por primera vez, de que tú eras la elegida. He esperado por ti eones, mi amor; el tiempo se ha hecho interminable, pero por fin te he encontrado. Y te juro por mi santo padre, que

no habrá nada ni nadie que pueda separarme de tu lado jamás. —Y en ese punto la voz se le quebró, cuando la inquietud volvió de nuevo—. Si me aceptas, claro.

Alaina lloraba por la felicidad de saber que él sentía lo mismo. La dicha la embargaba por completo, abrumada por la suerte que tenía de escuchar lo que su corazón llevaba ansiando tanto tiempo.

—Cassiel, mi amor...

—Por eso me volví loco cuando creí perderte, cuando tu sangre manchaba mis manos sabiendo que te habían hecho daño y yo no había estado para protegerte. —Un gesto de profundo dolor cruzó su rostro, pero lo desterró a un lado mientras borraba con los pulgares las lágrimas que ella vertía por sus mejillas—. Creí morir, mi vida. Creí que lo había perdido todo... El pánico me paralizó por un momento y no supe reaccionar. Pero entendí, en ese mismo instante, que si tú morías, yo lo haría también.

Alaina se puso de puntillas para rozar con sus labios los de él.

—No vuelvas a repetir eso nunca.

Cassiel suspiró de alivio y disfrutó de esa breve caricia con deleite.

—Pero es cierto —insistió—. Mi vida no tiene ningún sentido sin ti, ¿no lo entiendes?

—Yo siento lo mismo, mi amor, pero no puedo permitir que lo pierdas todo por un estúpido sentimiento de culpabilidad. Que te alejes de tus amigos, que pierdas tus alas y tu vida por un sinsentido. —Lo miró fijamente, sabiendo que tenía razón—. No te lo permitiré, Cassiel, sobre todo cuando nada de lo que pasó fue culpa tuya.

—Alaina...

Con la voz temblorosa por la emoción, Cassiel susurró su nombre henchido de amor, y con sus ojos verdes perdidos en ese inmenso mar gris, dio gracias al santo padre por la suerte de haberla encontrado.

—... te amo... y te amaré por el resto de mi existencia... por toda la eternidad.

Ella cerró los ojos, abrumada por el cúmulo de sentimientos que la embargaban, y esbozó una sonrisa de plena felicidad cuando esas palabras calaron por fin en su alma.

—Y yo a ti, Cassiel —respondió abriendo los ojos y mirándolo con intensidad—. Mi corazón te pertenece... siempre te ha pertenecido.

Él agachó la cabeza para rozar con sus labios los de ella. Deslizó la lengua por ellos con delicadeza, descubriéndolos de una forma diferente, y

explorando con cautela. Pero la pasión volvió con fuerza, y mientras un gemido profundo escapaba de su garganta, empujó la lengua para invadir el interior de su boca con ansias renovadas. Ella respondió al ataque con la misma intensidad, pero al mismo tiempo sus manos trabajaron con rapidez para quitarle la ropa a Cassiel, ávidas por el contacto y el calor de su piel.

En pocos segundos, los dos se encontraron desnudos, uno frente al otro. El ángel admiró su cuerpo, embelesado por su perfección, por sus turgentes pechos, su vientre plano, sus torneadas y largas piernas. Alargó la mano para acariciar con ternura la piel del hombro, bajando lentamente por el brazo hasta llegar al codo, recorriendo el mismo camino a la inversa, y sintiendo cómo la piel de Alaina se estremecía allí por donde él la tocaba.

Recorrió con las yemas de los dedos el cuello, la clavícula, el valle entre sus senos; lugar donde había soñado poder descender tan solo minutos antes. Y se detuvo en el pequeño montículo arrugado y de color rosa que le arrancó un jadeo.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, preocupado.

Alaina se mordió el labio intentando con esfuerzo no reír, y él, profundamente avergonzado, gruñó al percibir el brillo de humor en sus ojos.

—No te enfades —le pidió cuando Cassiel quiso alejarse.

—¿Te parece gracioso que no tenga experiencia en el ámbito sexual? —le recriminó—. Soy un ángel, Alaina, nunca antes he estado de forma íntima con ninguna mujer.

—¿Nunca? ¿Ni una sola vez?

—No.

—¿Y has visto desnuda a alguna antes de mí?

—Sí —respondió sincero—, pero jamás ha significado nada.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado mientras la curiosidad salía a flote. Se volvió a morder el labio, pero esta vez no había rastro de humor en el gesto, sino una oscura e intensa lujuria. Deslizó la mirada por su fuerte y esculpido cuerpo de dios griego, hasta llegar a su imponente erección.

En realidad, no sabía muy bien con qué iba a encontrarse. Nunca había pensado en un ángel de manera lasciva, ni en si ellos tendrían impulsos sexuales o, si tal vez, serían como muñecos *Ken* en versión eunuco. A pesar de todo, el miembro de Cassiel la saludaba feliz y orgulloso en toda su plenitud. Eso sí, sin un solo pelo que le hiciese sombra, como en el resto del cuerpo.

Las miradas de ambos se volvieron a encontrar, y un calor abrasador comenzó a quemarles las entrañas como lava ardiendo.

—Sin embargo, parece que sí estás contento de verme a mí.

Él se acercó a ella tanto, que su miembro quedó atrapado entre ambos cuerpos.

—Solo tú me has hecho sentir algo así.

Todavía se encontraban a los pies de la cama cuando Alaina lo empujó un poco tomándolo por sorpresa, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera en el suave y mullido colchón.

—¿Y lo que te hago sentir te duele, mi amor? —le preguntó, sentándose a horcajadas encima de él.

Cassiel no pudo responder. Su mente, abotargada por el remolino de sensaciones que lo colapsaban, no podía discernir. Alaina enterró las manos en su pelo, al mismo tiempo que atacaba su boca con codicia, devorándolo a la vez que se dejaba devorar. Sus manos no duraron mucho tiempo en la misma posición, y los dedos comenzaron a dibujar caminos sinuosos y ardientes que estremecían su cuerpo allí por donde tocaban. Abandonaron sus hombros y el pecho para clavar con las suaves pero afiladas uñas la espalda del ángel, dejando unas pequeñas marcas coloradas que evidenciaban el apasionado frenesí que derrochaban.

A su vez, él saboreaba cada centímetro de su torso, hasta llegar a uno de sus pequeños botones rosados para atraparlo entre sus dientes. Cassiel procedía por intuición, como si sus cuerpos actuaran por voluntad propia, enseñándoles el camino a seguir de forma natural. Y lo hacían sin pensar, solo dejándose llevar por sus corazones, que latían al unísono en un compás perfecto.

Hasta que Alaina coló una de sus manos entre ambos cuerpos y agarró el pene de Cassiel acercándolo a su sexo, provocando que este echara la cabeza hacia atrás mientras un ronco gemido se formaba en lo más profundo de su interior.

—¡¡Santo cielo!! —graznó con la voz enronquecida.

—¿Te duele lo que te hago, mi amor? —preguntó otra vez.

Cassiel abrió los ojos febriles para posarlos en ella.

—Es una tortura, Alaina —masculló con los dientes apretados al sentir el calor de su interior tan cerca de su glande—. Es una deliciosa y agónica tortura.

Ella solo sonrió.

—Es la misma fascinante y maravillosa tortura que tú me haces sentir a mí. —Y abriendo los suaves y húmedos pliegues de su sexo, lo ayudó a

encontrar el camino hacia su interior.

Este, impactado al sentir el fuego abrasador de ella envolviéndolo por completo, cayó de espaldas en la cama, y Alaina aprovechó la libertad de movimientos para apoyar las manos encima de su vientre y profundizar más en la penetración. Ahora, a quien le tocó morderse el labio fue a él, para evitar a toda costa proferir un grito por tan sublime gozo, que alertara a toda la fortaleza.

Alaina marcó un lento y perezoso ritmo, disfrutando de cada sensación, de cada estremecimiento, de cada embestida y de cada espasmo que la sacudía por completo. Se inclinó para atraparle el pezón, logrando que Cassiel se retorciera bajo sus caricias. Hasta que él ya no pudo más y tomó las riendas de la situación.

La giró hasta colocarla de espaldas, le agarró ambas manos elevándolas por encima de su cabeza, con las rodillas le abrió más las piernas y empujó hasta hundirse por completo. Cada acometida era más profunda y candente que la anterior, y Alaina las recibía elevando sus caderas y dándoles la bienvenida de forma entusiasta.

Los gruñidos se mezclaban con los jadeos, que cada vez eran más rápidos y acordes a la intensidad y rapidez de las embestidas. No obstante, en ningún momento cortaron el contacto visual. Hasta que ella se liberó de su agarre y acarició con ternura la espalda de Cassiel, y él escondió la cara entre su pelo cuando ella, inocentemente, rozó las dos hendiduras de su piel. Dos fisuras a la altura de los omóplatos por donde aparecían las majestuosas alas que le conferían su condición de ser angelical cuando las desplegaba; la zona más sensible en el cuerpo de un ángel y la más crucial.

En ese instante, cuando Cassiel sintió las suaves caricias de Alaina, el clímax llegó de forma brutal y demoledora, haciéndole creer que moriría en mil pedazos. Sintió una fuerza arrolladora e inimaginable que le robó la facultad de respirar, dejándole únicamente la capacidad de sentir, de comprender que por fin todo tenía sentido, que pertenecía a algo mucho más importante de lo que creía, y de entender que al fin había encontrado su lugar.

Alaina lo siguió a continuación, alcanzando el cielo con las manos, y él pensó que podría agonizar de dicha. Notar cómo se estremecía entre sus brazos por el amor que él le ofrecía era el sentimiento de felicidad más sublime que había experimentado jamás. Esa unión tan intensa y especial entre dos almas, entre dos cuerpos y entre dos mentes, simplemente era perfecta.

Y se dio cuenta de una verdad crucial, una verdad sin fisuras. El amor es

el aliento de toda criatura, la determinación que le da sentido a la vida, que mueve montañas, que abarca océanos y que conquista universos. Y por ello, Dios, su venerado padre, el ser que representaba el amor más puro e infinito, era también el más poderoso de toda la creación.

Miguel se equivocaba. Lo que sentía por Alaina no lo hacía más débil; al contrario, se sentía invencible. Ella era su fuerza, su coraje, su otra mitad, su inspiración, su corazón; era su verdadero hogar.

Y ese descubrimiento hizo que la templanza que un día había perdido volviera de nuevo con más firmeza todavía.

Capítulo 27



Acostado de lado en la cama y abrazado a la mujer que amaba con todo su ser, Cassiel observaba las llamas de la chimenea danzar en un baile tan antiguo como la vida misma. Completamente relajado y satisfecho, besó con reverencia la coronilla de esa hermosa pelirroja que lo había trastocado por entero.

—¿En qué piensas? —preguntó sintiendo su inquietud.

Alaina se removió un poco entre sus brazos y besó suavemente una pequeña porción de piel desnuda de su pecho antes de responder.

—Me preguntaba si haber perdido tus privilegios y tu estatus por mi culpa no nos pasará factura.

Cassiel, confuso, arrugó el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Ella se separó un poco para mirarlo a los ojos.

—Sé que eres un guerrero, mi amor, y que tu vida es pelear contra los demonios. Por mi culpa te rebelaste. Si yo no hubiera hecho caso omiso a los demás y no hubiese abandonado la fortaleza, no me habrían atacado, tú no te habrías vuelto loco de dolor y no habrías buscado a Arioeh para matarlo. Lo has perdido todo por mí, por mi cabezonería e insensatez, y quizá... tal vez...

eso nos pueda separar en un futuro.

Él advirtió la culpa reflejada en su mirada y la amó todavía más por ello.

—Alaina...

—Hablaré con Miguel y con Amitiel... Haré lo que sea necesario para que te readmitan.

—Mi amor, no es necesario.

—Sí, sí lo es —terqueó, decidida a arreglar ese asunto fuese como fuese—. La culpa es mía y yo tengo que solucionarlo. Me niego a que dentro de un tiempo te frustre tu situación y eso te haga odiarme. No podría vivir sabiendo que tú no eres plenamente feliz, Cas, entiéndelo.

—Alaina...

—No vas a convencerme, te lo advierto. Sé lo importante que es para ti ser un ángel respetado; Iria y la reina Lupa me lo dejaron bien claro. Y también sé que si la relación con Amitiel es tensa y prácticamente nula, también es por mi culpa. Pero no voy a esperar a que los reproches hagan mella en nuestra relación. Yo no pued...

La boca de Cassiel la hizo enmudecer, y durante unos segundos, se olvidó por completo de lo que estaban hablando.

—Amitiel y yo no estamos enfadados —le aclaró contra su boca cuando por fin consiguió que lo escuchara. Atrapó con los dientes el labio inferior y después lo lamió con lascivia—. Y Miguel no ha tomado represalias contra mí en ningún sentido.

Alaina tardó un momento en volver a la realidad, y con dificultad, abrió los ojos mientras asimilaba esa información.

—¿Ah, no? —farfulló tras soltar un suspiro. De pronto abrió los ojos y lo miró confusa—. ¡¡¿Ah, no?!!

—No —aseguró él sonriendo con arrogancia.

Confirmar que causaba estragos en ella cuando la besaba, lo hacía sentir mejor consigo mismo, pues no se veía tan estúpido sabiendo que sus caricias la afectaban tanto como a él las suyas.

—¿Cómo es posible?

—Cuando asumí que por mí solo no encontraría a Ariocho, y que por tanto, no conseguiría mi ansiada venganza, decidí enfrentarme a las consecuencias de mis actos. Primero vine aquí, y tras discutir contigo y corroborar que estabas bien, opté por personarme ante Miguel y aceptar mi castigo.

—¿Y? —preguntó Alaina ante su silencio.

—Y recibí la mayor bronca de mi vida.

Alaina bufó exasperada.

—Eso me lo imaginaba, ¡so idiota! —soltó molesta—. ¿Y qué más?

Cassiel echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. Adoraba cuando se ponía arisca con él, lo excitaba demasiado ese carácter rebelde que hacía juego con el color de su cabello. Además, empezaba a conocerla un poco mejor, y comprendía que ese malhumor era su manera de esconder el miedo. Sin olvidar, por supuesto, que la curiosidad la estaba matando.

—Pues Miguel —comenzó a hablar después de esgrimir una sonrisa complaciente, como si su insubordinación fuera un motivo de orgullo—, decidí ver mi acto de locura transitoria como una ventaja más que una desventaja, y simular un castigo disciplinar para ocultar una misión encubierta.

Pillada por sorpresa, Alaina elevó mucho las cejas y parpadeó varias veces.

—¿Misión encubierta?

—Así es —enfaticó con orgullo—. Debía simular una decepción muy grande con mis hermanos y fingir un odio desmedido hacia ti, echándote la culpa de mi caída en desgracia. De ese modo, podríamos conseguir una oportunidad para atrapar al traidor o traidores que ayudaron a tu tía y que todavía no hemos descubierto.

—¿Cómo?

—Haciéndoles creer que no estoy de acuerdo con lo que está ocurriendo y que no sería descabellado la opción de pasarme al otro lado.

—¿Convirtiéndote en un ángel caído?

—Probablemente.

Alaina, tremendamente inquieta y preocupada, se incorporó en la cama.

—Pero eso es demasiado peligroso —señaló comenzando a angustiarse—. ¿Y si no se lo tragan? ¿Y si te descubren?

Cassiel devoró con los ojos esos blancos y suaves pechos que quedaron al descubierto al incorporarse de forma brusca, deslizándose las sábanas por su cuerpo hasta quedar desnudos ante sus ojos. Y se lamió los labios como un hombre hambriento por probar de nuevo semejante manjar.

—Para eso contamos con la participación de Amitiel —informó mientras comenzaba a depositar pequeños besos en su cuello, al mismo tiempo que atrapaba uno de sus rosados pezones entre los dedos—. Su ayuda hace que esta pantomima sea más creíble. Por eso, decidimos que tampoco

informaríamos a los demás para que sus reacciones fueran lo más verosímiles posibles; tú entre ellos.

Alaina se debatía entre la curiosidad por saber más, la ofensa por haberse tragado semejante mentira y que la hubieran utilizado sin contar con su aprobación, y la tensión que comenzaba a sentir en el bajo vientre producida por las caricias de Cassiel.

Un jadeo escapó de sus labios cuando el ángel atrapó con su boca el pezón, dejando en evidencia que su cuerpo también la traicionaba vilmente.

—Pero se supone que... ¡¡aahh!! —gimió, excitada por sus caricias—, Amitiel es el ángel de la ver... dad y no... ¡¡oohhh, Dios!!... puede men... tir.

Cassiel la empujó hacia atrás hasta quedar encima de ella.

—Así es —se jactó, enseñando los dientes—, y por eso mismo es tan brillante la idea. Nadie podrá poner en duda la versión de Amitiel, sobre todo por su incapacidad para no decir la verdad. En el fondo él no está mintiendo; a no ser que le hagan las preguntas adecuadas, en cuyo caso, intentará eludirlas para no responder la verdad.

Se inclinó para pasar la lengua por el valle de sus senos, y continuó dibujando un camino de lava ardiendo hasta llegar al centro de Alaina. Esta contuvo el aliento cuando él abrió los labios de su sexo y lo observó con interés.

—Interesante —musitó, asombrado, preguntándose cómo demonios había entrado antes por ahí.

Ella se mordió los nudillos con fuerza al sentir el aliento cálido de Cassiel.

—¡Cas...! —exclamó con la voz estrangulada, antes de que perdiera todo pensamiento coherente en su cabeza.

—¿Sí?

«¡Oh, Dios...! ¡Oh, Dios...!»

Alaina irguió la cabeza para encontrarse con la mirada de él y tragó saliva con esfuerzo.

«¿Qué era lo que tenía que decirle?»

Pero la echó hacia atrás cuando sintió la lengua de Cassiel recorriendo su vagina y centrándose en el pequeño botón rosado de placer.

—¡¡Oohhh, Virgen Santa!!

El ángel se detuvo un instante para preguntar:

—¿Vas a nombrar a todos los santos también?

—¡Cállate y sigue! —rugió ella, impaciente. Ya recordaría más tarde lo

que tenía que decirle.

Él amplió la sonrisa y continuó con lo que estaba haciendo, satisfecho por verla retorcerse bajo sus caricias. Ahora sabía que esos gemidos, bufidos y lamentos, no eran porque le estuviera haciendo daño.

—¡¡Por el amor de Dios, Cassiel!! —exclamó ansiosa, pues la había llevado casi al límite del orgasmo para detenerse en el último momento.

—¿Estoy haciendo algo mal?

—¡¿Que si estás haciendo algo mal?! —farfulló fuera de sí—. Lo que me estás es matando. ¡¡No pares, por favor!! —suplicó, al borde de la locura.

Y él obedeció de buena gana.

Cuando la sintió convulsionar y estremecerse bajo sus húmedas caricias, Cassiel se incorporó y se colocó entre sus piernas para, de un solo movimiento, introducirse hasta el fondo en su interior. Se maravilló al sentir que se complementaban a la perfección, y empujó las caderas con lentitud, dejando que ella se amoldara a su invasión. Los movimientos, al principio lánguidos y suaves, fueron incrementando en pasión y fuerza, hasta que ambos volvieron a tocar el cielo con las manos en una maravillosa explosión de sensaciones.

Exhausto, el ángel se retiró de ella para tumbarse boca arriba, mientras esperaba a que las pulsaciones de su corazón volvieran a la normalidad.

—Parece que le estás cogiendo el punto —ronroneó Alaina, abrazándose a él.

Cassiel sonrió feliz.

—No veo que pongas ninguna oposición a que practique contigo.

Ella suspiró, completamente satisfecha.

—Sería tonta si lo hiciera.

Los dos se miraron y se echaron a reír.

—Pues tengo pensado practicar toda la noche o, incluso, por tiempo indefinido —comentó, juguetón.

—¿Pretendes recuperar el tiempo perdido?

Cassiel simuló estar pensando la respuesta.

—Mmm... puede ser, ¿algún inconveniente?

Alaina se mordió el labio en un gesto de complaciente anticipación.

—En absoluto.

—¡Bien! —respondió, satisfecho por la respuesta, e inclinó la cabeza con la intención de besarla.

—A no ser... —lo interrumpió ella, esquivando su beso—, que la

finalidad de tenerme encerrada en la habitación sea con la esperanza de quitarme de la cabeza la idea de ayudar a Moisés y no entrar en el Infierno.

Cassiel cerró los ojos y dejó escapar un fuerte suspiro.

—¿De verdad estás empeñada en cometer semejante locura?

Alaina asintió y él maldijo internamente.

Cada célula de su ser, cada átomo y cada partícula de Cassiel se negaban a dejarla correr ningún riesgo... Sin embargo, sabía que era imposible. Y recordó las palabras de su hermano Miguel cuando se presentó ante él para recibir su castigo:

«—Demuéstrales a todos que se puede. Sé el primero en dar el paso, pero hazlo bien, hermano. Tienes que encontrar el equilibrio, tu don interior, la templanza que has perdido. Hazles ver a todos que no pierden a un soldado de la luz, sino que ganan dos. Alaina es una humana muy especial, tiene un don sobrenatural y muy beneficioso para nuestros intereses. Haz que cambien de opinión, enséñales que se equivocan cuando ven a los humanos como seres débiles o inferiores a nosotros.

—Pero eso supondría ponerla a ella en peligro constante.

—Toda acción tiene su consecuencia y tú lo sabes mejor que nadie. Si quieres que haya cambios, tendrás que evolucionar tú primero. Dejar atrás tus dudas, tus miedos, tus inseguridades... Y para ello debes confiar. Quizá no varíes la opinión del sector más ortodoxo y disconforme con los nuevos cambios, pero sí alcanzarás el respeto de los que piensan como tú.»

—Mi amor, confía en mí —le rogó ella al ver su inquietud, devolviéndolo al presente—. Creo que puedo ser de gran ayuda... Sé que puedo ser de gran ayuda —aseguró, convencida—. He pensado mucho en este don, ¿sabes? Y si estoy segura de algo, es de que mi habilidad para controlar a los demonios no es ninguna casualidad. Piénsalo. Si no fuera por algo importante, ¿por qué mis antepasados carecieron de él?

Cassiel entendió su postura y la estrechó entre sus brazos mientras dejaba que la calma y la tranquilidad volvieran de nuevo. Sabía que debía confiar, que debía dejar actuar al destino... Pero sobre todas las cosas, debía depositar toda su fe en la mujer que amaba. Juntos eran más fuertes, podían ser invencibles.

—Está bien.



—¿Otra vez aquí? —inquirió, arisco, mientras se alejaba lo máximo posible.

Alaina inclinó la cabeza hacia un lado, estudiando su comportamiento con más atención.

—¿Por qué?, ¿te molesto? —Moisés la miró con odio, pero no le respondió—. Te he hecho una pregunta.

—¿Tú qué crees?

Ella se dio cuenta de que estaba eludiendo responder.

—Creía que agradecías las visitas.

—Obviamente la tuya no.

Alaina se acercó más a la puerta de la celda.

—¿Por qué?

El demonio apretó los puños con fuerza.

—Porque no me gustas.

Ella colocó las manos a la espalda y comenzó a caminar de un lado a otro.

—¿Te doy miedo, Moisés?

Él, como respuesta, le dio la espalda.

—¡Vete!

—¡Responde! —le ordenó.

Moisés, de repente, se abalanzó contra los barrotes sujetándolos con ira desmedida.

—¡Sí, maldita puta! Me das miedo, ¡contenta!

Ella le enseñó los dientes, satisfecha.

—¿Por qué?

Entendiendo que no iba a darse por vencida, Moisés suspiró resignado.

—Porque no me gusta sentirme sometido y débil, incapaz de desobedecer tus órdenes, ¿te vale la respuesta?

Complacida, Alaina asintió y, acto seguido, fue interrumpida por la presencia de la reina Lupa, que iba a visitar a su hijo como todos los días.

—¿Alaina? —inquirió la mujer, sorprendida por su presencia—. ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado?

—Mi querida Lupa —saludó acercándose a ella con un brillo alegre en

la mirada—, ¡cuánto me alegro de verte!

La mujer la observó confundida.

—Y yo, querida —respondió tras recibir los dos besos de cortesía en la mejilla—. ¿Sabe Amitiel que estás aquí?

Ella negó con la cabeza.

—En realidad, venía a verte a ti —matizó, sin revelar nada más, por los oídos que pudieran haber escondidos entre las sombras—. Pero antes, he querido hacerle una visita de cortesía a tu hijo.

La druida la miraba sin entender a qué se debía aquel interés, sobre todo, tras la mala experiencia que había vivido la última vez con él.

—Pues ya has comprobado que estoy bien, así que... ¡largo! —exigió Moisés.

Alaina acortó la distancia entre ellos en unos pocos pasos, quedando a tan solo unos escasos palmos de distancia del demonio.

—¡Alaina! —exclamó la reina, asustada al verla tan cerca de su hijo.

—Tranquila —dijo alzando la mano en un gesto de calma—, no puede hacerme nada. ¿Verdad, Moisés?

Este, furioso, respiraba por la nariz con fuerza. Deseaba con todas sus fuerzas romperle el cuello, pero un poder intenso se lo impedía.

—Te mataré, ¡zorra!

—Sí, sí, sí... lo que tú digas —respondió moviendo la mano con indolencia. Y pese a su arranque de ira, Alaina se acercó un poco más y lo tomó desprevenido. Agarró a Moisés por el cuello para susurrarle al oído con la intención de que solo él la oyera—. Pero dime una cosa, ¿sabes dónde tienen escondida tu alma en el Infierno?

Moisés abrió los ojos, aterrorizado, y luchó hasta conseguir zafarse, alejándose de ella hasta dar con la espalda en la pared del fondo de la celda. Durante un breve instante sintió cómo su cuerpo se iba vaciando, sintiendo un frío y aterrador agujero en el pecho. Notó cómo la «nada» lo iba despojando de cualquier emoción, quedando un vacío inmenso en su lugar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lupa.

—¡Llévatela de aquí, madre! —le rogó él, con el rostro desfigurado por el miedo—. ¡Por favor, llévatela lejos de mí!

Alaina detuvo a la druida que, consternada por la situación, creía que lo mejor era salir de allí cuanto antes.

—¡Responde! —ordenó con firmeza.

El demonio luchó intensamente contra la necesidad de obedecer; gotas

de sudor frío caían por su frente, evidenciando el enorme esfuerzo que estaba realizando para oponerse a ello. Sin embargo, toda lucha fue en vano.

—¡¡Sí!! —rugió fuera de sí.

Ella asintió, satisfecha por la respuesta. El plan que había elaborado con Cassiel era arriesgado, imprudente, atrevido y descabellado, lo miraras por donde lo miraras, pero creían tener una oportunidad de éxito si cada uno de los afectados cumplía con su parte. Por eso estaba allí, para comunicárselo al resto y rezar para que nadie se opusiera, sobre todo el arcángel Miguel.

—Vámonos —dijo, agarrándose al brazo de la mujer y saliendo de allí cuando creyó haber finalizado su experimento.

La reina echó un breve vistazo a su hijo que, todavía atemorizado, se encontraba agazapado en una esquina, abrazándose las piernas y temblando como un niño pequeño, mientras lágrimas negras rodaban por sus mejillas.

Capítulo 28



Treinta minutos después de dejar a Alaina en la habitación de invitados, Raziel se presentó en los aposentos de la reina Lupa con la orden de llevarla a una reunión secreta sin dar más explicaciones.

Tras materializarse en un lugar distinto, la druida observó a su alrededor y reconoció las ruinas de un monasterio emplazado en las *Fragas do Eume*; un lugar mágico y ancestral en un profundo bosque de la Galicia más recóndita, antiguo enclave de sus antepasados celtas. Rodeados por árboles milenarios de distintas especies que le conferían un halo de fantasía, y ocultos entre el denso follaje y la bruma que emanaba del pequeño riachuelo que corría cerca de ellos, los seis miembros se mantenían unidos y desconocedores de los motivos de aquella reunión.

El arcángel Miguel, encargado de llevar a Iria, reconocía la zona para asegurar el perímetro. Amitiel, asignado para viajar con Tomás, descansaba la mano en su espada, atento a cualquier circunstancia extraña que evidenciara peligro. Y Raziel, con los ojos cerrados, escuchaba cualquier sonido extraño a varios kilómetros a la redonda.

—¿Es seguro? —preguntó Amitiel cuando regresó el arcángel Miguel.
Este asintió.

—Lo es.

—Bien, ¿puede alguien explicarme qué ocurre? —preguntó Tomás.

Raziel alzó una mano pidiendo silencio e, inmediatamente, aparecieron Cassiel y Alaina.

—Reina Lupa, haga un hechizo de ocultamiento —ordenó Miguel.

Tardó unos segundos en recitar unas antiguas frases, pronunciadas en una lengua ancestral, y enseguida se notó la formación de una especie de burbuja invisible que los ocultaba ante los ojos y oídos de cualquiera que pasara por allí, creando en su interior una atmósfera más cargada y electrizante alrededor de ellos.

—¡Iria, cuánto me alegro de verte! —exclamó Alaina acercándose a ella para darle un cariñoso abrazo.

—¡Yo también! —correspondió esta, alegre por verla—. ¿Cómo te encuentras? ¿Va todo bien?

Alaina echó un breve vistazo a Cassiel y sonrió feliz.

—No podría ir mejor.

A nadie se le escapó ese gesto, y mucho menos a Tomás, que los miraba desconcertado y con el ceño arrugado.

—¡Ejem...! —interrumpió de nuevo—. No quiero ser pesado, pero me gustaría saber qué ocurre exactamente. —Y dirigiéndose a su amigo, le increpó—: ¡Y tú!, ¿se puede saber qué mierda te pasa? ¿Por qué no me has respondido en todo este tiempo, Cas? Llevo semanas intentando hablar contigo.

—Te lo explicaré todo, pero a su debido tiempo.

—¿A su debido tiempo? ¿Qué cojones significa a su debido tiempo? —estalló, molesto—. He escuchado muchas cosas últimamente que no me han gustado ni un pelo, ¿sabes? Y no estoy para...

—Cariño —lo interrumpió su mujer—, déjalo hablar.

El arcángel Miguel intervino antes de que lo hiciera su subalterno.

—Cassiel no podía hablar con ninguno de vosotros porque estaba en una misión encubierta —aclaró, conciso.

Los allí presentes se miraron unos a otros con desconcierto.

—¿Una misión encubierta? —cuestionó el Guardián, confuso.

—Ajá.

—Entonces, ¿todo eso de que odia a Alaina y de que se está acercando a la oscuridad es mentira? —cuestionó Lupa.

—Así es, mi reina —respondió el arcángel—. Necesitábamos que todo

el mundo creyera esa versión para poder atrapar al traidor o traidores que se esconden entre nosotros.

—¡Oh, vaya! —susurró la mujer—. Eso significa que tampoco estás enfadado con Amitiel, ¿no es así?

Cassiel, avergonzado por haberle mentado, sacudió la cabeza.

—Lo siento mucho, pero decidimos no decir nada para que vuestras reacciones fueran las más auténticas posibles y no hubiera lugar a dudas sobre mi insubordinación.

—No me hace gracia que me mantuvierais al margen —señaló Raziel, lanzándole una mirada recriminatoria a su hermano Miguel—, pero entiendo vuestros motivos.

Este se acercó al arcángel de los Misterios y posó una mano sobre su hombro.

—Discúlpame, hermano, pero era necesario. Cuantos menos implicados hubiese, menos posibilidades de fallar y de ser descubiertos tendríamos. —Después de que Raziel asintiera, Miguel, con mucha seriedad, se dirigió a Cassiel—. Lo que no tengo muy claro es el motivo de esta reunión clandestina.

—Eso va a tener que explicarlo la pelirroja —dijo señalándola con el pulgar—. Pero que vaya por delante que esta idea no ha sido mía, para que quede claro.

—¡Cobarde! —musitó entre dientes Alaina mientras se acercaba a él.

—No, querida, de cobarde nada —objetó cruzándose de brazos—. Te dije que te apoyaría en lo que decidieses, a pesar de mi firme oposición, pero lo que no voy a hacer es comerme un marrón que no me concierne.

Ella movió la cabeza y la boca imitando su seriedad de forma burlona.

—La edad te sienta fatal, mi amor. Te estás volviendo un cascarrabias, que lo sepas —replicó tras darle una palmadita en el culo.

La cara de estupefacción de todos los allí presentes ante esa muestra de afecto fue para sacar una foto y enmarcarla, incluida la del propio Cassiel. A excepción de la de Iria y Amitiel, y quizá la de Miguel, que se recuperaron pronto, pues no les había pillado por sorpresa del todo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —cuestionó Raziel cuando se recuperó de su estupor.

Miguel intervino colocando nuevamente su mano en el hombro del arcángel para decir:

—Después te cuento, hermano. —Y dirigiendo otra vez la atención sobre ese par de idiotas, clavó su profunda mirada sobre ellos para preguntar—:

¿Qué marrón es el que no te quieres comer?

Abochornado y un tanto intimidado, Cassiel le hizo un gesto a Alaina con la cabeza para que fuera ella quien explicara su demente plan.

Ella tomó aire profundamente, preparándose para la cantidad de preguntas y recriminaciones que vendrían a continuación. Tomó de la mano a Cassiel buscando su apoyo y soltó:

—Estáis todos aquí porque, según Cassiel, sois las únicas personas en las que podemos confiar. —Sobrevino una pausa melodramática de unos segundos, tiempo que usó Alaina para armarse de valor y continuar—: Tengo intención de entrar en el Infierno para recuperar el alma de Moisés.

El silencio resultante fue tan tenso que no se escuchó ni el vuelo de una mosca. Hasta que, de repente, se rompió cuando todos comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—¡¡¿Qué?!!

—¡¡¿Estás loca?!!

—¡¡¿Cómo se te ocurre semejante idiotez?!!

—¡¡Ni hablar!! ¡Jamás pisarás el Infierno!

—¡Por encima de mi cadáver!

Alaina, divertida, miró a Cassiel.

—¿Te hace gracia? —susurró él entre dientes.

Ella se encogió de hombros con tranquilidad.

—Me esperaba esta reacción.

Un brillo orgulloso refulgió en los ojos del ángel.

—¡Jamás he escuchado nada más absurdo!

—¿Acaso quieres morir joven?!

—¡Creía que eras más inteligente!

Alaina se encontró con la mirada de la reina Lupa que, sin poder articular palabra, escondía su asombro tras las manos que tapaban su boca, al mismo tiempo que lágrimas de agradecimiento y asombro inundaban sus ojos. Y mientras los demás despotricaban en alto, dejando claras sus opiniones y reacciones contrarias a semejante noticia, la reina dejó al descubierto su cara para hablar con la voz temblorosa por la emoción.

—No puedo dejar que lo hagas.

—No estoy pidiendo permiso.

La druida se acercó a ella.

—Es demasiado peligroso.

—Lo sé.

—No me lo perdonaría si te pasara algo.

—Es decisión mía y estoy determinada a hacerlo.

Lupa tomó su cara entre sus manos, conmocionada por el inmenso valor y la gran generosidad afianzada en una persona tan joven y pequeña, en tanto el resto callaba.

—¿Por qué?

—Porque ahora sois la única familia que me queda.

—Seguiremos siendo tu familia pese a todo —respondió, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. No es necesario que pongas en peligro tu vida, Alaina. Y, por supuesto, no tienes nada que demostrarnos.

—Lo sé, pero sería irresponsable y muy egoísta por mi parte no usar el don que me ha sido concedido únicamente por miedo a que me pase algo, mientras seres a los que yo quiero y admiro sufren —respondió con contundencia—. El ángel al que amo recuperaría un amigo, tú tendrías a tu hijo de vuelta, Tomás se reencontraría con su hermano perdido, e Iria conocería a su verdadero cuñado. Tal y como yo lo veo, todos saldríamos ganando.

La emoción no solo alcanzó a la reina Lupa, el resto enmudeció al escuchar esas palabras dichas con tanta valentía. Incluido Cassiel, que hinchó el pecho lleno de orgullo al descubrir lo inmensamente generosa que era la mujer a la que amaba con toda su alma.

Sin embargo, y pese a la madre destrozada por la pérdida de un hijo que llevaba dentro, la reina tenía miedo a las nefastas consecuencias que ese acto acarrearía si salía mal.

—Pero, ¿a qué precio, mi querida niña?

—Al que sea necesario.

Lupa sacudió la cabeza, negándose a la única esperanza que tenía para salvar a su hijo.

—No puedo... No puedo dejar que cometas esa locura. Nadie que haya entrado en el Infierno ha regresado para contarlo. Mi hijo tomó una mala decisión, vendió su alma por una absurda venganza, por el dolor insoportable de un amor no correspondido... Y por ese error tiene que pagar.

—Todos cometemos errores y tenemos derecho a una segunda oportunidad. Moisés no es un demonio completo, todavía queda un resquicio de humanidad en él, lo he sentido. Y yo estoy dispuesta a ayudarlo. Además, no soy cualquiera, querida, no te confundas —dijo elevando el mentón con orgullo—. Soy Alaina, la heredera del sello de Salomón, la reina del pueblo de Judá, y la única que tiene dominio sobre los demonios del inframundo.

Antes de que nadie pudiera hacer nada, Tomás se acercó a ella y la atrapó entre sus brazos, dándole un abrazo de oso.

—¡Eres la ostia! —soltó, con la barbilla temblando por la emoción contenida tras darle un sonoro beso en la mejilla. Y dirigiéndose a un estupefacto Cassiel, al mismo tiempo que se secaba las lágrimas con el dorso de la mano, le dijo—: Me gusta tu chica, colega, cuídala bien o te parto la cara.

El estallido de las carcajadas de Amitiel hizo que el ambiente abandonara la intensidad del momento para tornarse un poco más alegre.

—¿Y vosotros sois mis amigos? —cuestionó, divertido, mientras los apuntaba a ambos con el dedo—. Sois lo más ñoño y cursi que he visto en mi vida. ¡Nenazas!

—Ya te tocará, melenas, ya te tocará —lo amenazó Tomás, propinándole un puñetazo de amigo en el hombro.

—No me quieras tan mal, idiota —refunfuñó él—. Te aseguro que eso no pasará en la vida.

—Espero que te tragues tus palabras —apuntó Cassiel, y abrazó a Alaina con ternura, mostrando la suerte que tenía por haberla encontrado—. Además, no tienes ni idea de lo que te pierdes. Te lo digo yo.

—¡Eh!, que no soy ningún trofeo —protestó ella, propinándole un codazo en el costado y aparentando molestarse.

Cassiel le agarró el rostro y le plantó un beso delante de todos.

El arcángel Miguel y su hermano Raziel cruzaron miradas, y este último elevó una ceja de asombro.

—¡Ejem...! Basta ya —intervino el general de los ángeles—. Centrémonos en lo que nos ocupa ahora. Supongo que tendréis un plan.

—Así es —respondió Cassiel—, pero necesitamos vuestra ayuda.

—¿Necesitamos? ¿Tú también vas a ir?

—Por supuesto.

—¡No puedes estar hablando en serio! —objetó el arcángel de los Misterios—. La reina Lupa tiene razón, nadie ha vuelto del Infierno con vida, y mucho menos un ángel, lo sabes de sobra.

—Eso no es cierto —replicó Tomás—. Yo mismo soy una prueba de ello.

—Es cierto —admitió Amitiel—, pero ¿en qué condiciones? Además, tu caso era especial y lo sabes. Si la oscuridad te dejó volver fue porque le convenía hacerlo.

Este bajó la cabeza reconociendo que su amigo tenía razón.

—Correré el riesgo —declaró Cassiel.

—No, Cassiel, no es un riesgo, es una sentencia de muerte —repuso Raziel—. ¿Acaso quieres convertirte en uno de ellos?

—Un momento —pidió Alaina alternando su mirada entre los dos—, ¿qué significa eso? —Pero la fijó en el ángel que amaba cuando advirtió un gesto de contrariedad—. ¿Qué me estás ocultado, Cas?

Este cerró los ojos e inspiró y expiró aire por la nariz con intensidad.

—¿No se lo has contado? —cuestionó Amitiel.

—No lo creí necesario —farfulló entre dientes.

El ángel de la Verdad entornó los ojos mientras soltaba un fuerte bufido de malestar.

—¿Qué tenía que decirme?

—Los ángeles somos seres de luz —comenzó a explicar el moreno, caminando de un lado a otro—, y el Infierno es el último lugar en donde deberíamos estar. A pesar de que podemos cruzar al otro lado, la maldad y la oscuridad que allí rezuma corrompe nuestras almas de forma brutal, convirtiéndonos en ángeles oscuros.

—Como Arioeh —susurró Alaina comenzando a comprender.

—Así es. Somos las únicas criaturas que pueden viajar y moverse en diferentes planos. Así como las almas no pueden salir del Infierno sin poseer un cuerpo, los humanos tampoco pueden acceder a él si no es a través de la única puerta que custodiamos.

La desolación abarcó a todos los presentes, que vieron cómo se esfumaba la última esperanza de salvar a uno de los suyos. No obstante, Tomás dio un paso al frente.

—Iré yo.

—¡No! —exclamó Iria de forma impulsiva y, aterrorizada, se agarró al brazo del hombre que amaba, negándose a imaginar que pudiera volver a ese maldito lugar y perderlo—. ¡Por favor, Tomás!

—Tranquila, mi amor —le habló dibujando una sonrisa de calma—. Es lo lógico y natural. Moisés es mi hermano, yo ya he estado allí y te aseguro que podré soportarlo.

—No dejaré que lo hagas, hijo —intervino su madre—. No volveré a perderte, no lo consentiré.

Alaina los observaba mientras hablaban entre ellos y se maldijo por ser tan tonta. Había dado esperanzas a una madre y a un hermano de manera inútil.

Debería haber sabido que nada era tan fácil, y pensaba hablar muy seriamente con Cassiel por haberle ocultado información tan crucial deliberadamente.

—Iré yo sola, no os preocupéis.

—Si tú vas, yo también —recalcó este.

—¡Maldita sea, Cas! —comenzó a protestar, furiosa por su cabezonería —. No voy a dejar que te convier...

Pero fue interrumpida por las palabras del arcángel Raziel.

—A lo mejor hay una manera —habló tras unos minutos meditando las opciones de las que disponían.

Todos centraron su atención en él.

—¿Cuál?

—Vincularlos.

La reina druida abrió los ojos, asombrada ante esa reflexión.

—Sí... podría funcionar —admitió, comenzando a ver una oportunidad aunque fuera minúscula—. Alaina tiene la facultad de expulsar el mal de los demás, si los vinculamos con un hechizo poderoso, quizá pueda mantener a Cassiel alejado de la oscuridad.

—Exacto.

—Pero nunca se ha hecho algo así. No sabemos si podrá funcionar la vinculación entre un ángel y una humana.

—Debemos intentarlo —intervino Alaina, esperanzada.

—Tendré que buscar entre mis libros, pero creo recordar haber visto algo en uno de los grimorios de los que dispongo en mi biblioteca —reveló Raziel.

—Quizá en las Clavículas de Salomón —sugirió Miguel.

—Sí, puede ser.

Amitiel los miraba sin dar crédito.

—¿Y ya está? ¿Abrimos la puerta del Averno y los dejamos a su suerte?

Cassiel se acercó a su hermano y lo tomó por lo hombros.

—Todo saldrá bien, te lo prometo. Hallaremos la manera de traer de vuelta a Moisés. —Y se encogió de hombros, al mismo tiempo que un brillo de esperanza refulgía en sus verdes ojos, pecando de optimista—. Y, ¿quién sabe?, quizá también a nuestro hermano Gabriel y a nuestra señora Arellys.



Habían pasado varios días desde la reunión secreta en el bosque, días frenéticos buscando la información necesaria para que su propósito funcionara, y no era otro que rescatar el alma de Moisés, cuyo plan seguía en marcha.

Por ello mismo se encontraba Cassiel sentado cerca de la piedra donde el profeta Abraham quiso sacrificar a su hijo, en el interior sacrosanto de la Cúpula de la Roca.

Tras ganarse la confianza de su hermano celestial Abelech, había conseguido concertar una cita con un miembro más relevante de su grupo de traidores, ya que, por lo visto, estaban muy interesados en incorporarlo a sus filas.

Tras unos tensos minutos, el ángel no tardó en percibir una presencia a sus espaldas. Sin embargo, no se giró ni realizó ningún ademán de sorpresa al escuchar la voz que se dirigía a él. Era crucial no demostrar ningún tipo de emoción ante su presencia, actuar como si todo le resultara irrelevante, incluso propenso al hastío e indiferencia. Además, incluso podría no ser la persona que estaba esperando. Debía ser cauto y dejar que él mismo se delatara.

—¿Recordando viejos tiempos, Cassiel?

—Quizá —respondió, evasivo.

El hombre se apoyó a su lado, en una de las barandillas de madera que rodeaban la estancia.

—Las cosas por aquel entonces no eran tan complicadas, ¿cierto? —cuestionó, refiriéndose a la terrible decisión a la que se enfrentó un padre al tener que sacrificar a uno de sus hijos por los designios de Dios.

—Pase el tiempo que pase, las cosas «siempre» son complicadas.

—No estoy de acuerdo —respondió tras chistar la lengua—. Pero no vengo a tratar de eso contigo.

Por primera vez, Cassiel giró el rostro para mirar al hombre con desidia, ocultando hábilmente la desconfianza.

—Dudo mucho que tengamos algo que tratar tú y yo —comentó, evidenciando su claro desinterés por su presencia—. En realidad, todavía no sé por qué he aceptado venir esta noche aquí.

Un brillo de ira cruzó por la mirada del individuo que tenía tan cerca, pero que logró controlar tras contar hasta diez y soltar un fuerte suspiro.

—Llevo tiempo deseando hablar contigo, ángel, pues todos estamos preocupados por tu reciente actitud.

—Si has venido a sermonearme, es mejor que no pierdas tu tiempo. No tengo ningún interés en escuchar tus reproches ni los de nadie —advirtió, desviando nuevamente la mirada para posarla en un lugar de mayor atractivo para él, demostrando que nada le importaba.

—¿Tampoco quieres saber la opinión de tus hermanos? ¿Ni siquiera la de Miguel? —inquirió, asombrado—. Sé que está furioso contigo y no tardará en tomar medidas más contundentes hacia ti.

—¿Acaso ves que me importe? —soltó, despreocupado—. He perdido todo lo que significaba algo para mí, lo que venga ahora me da igual.

El hombre lo estudió durante unos segundos. Después, se incorporó y apoyó la espalda en la barandilla, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Jamás creí que fueras de los que se rinden, Cassiel.

—Has creído muchas cosas de mí y ninguna era cierta.

El tipo, conforme con esa reflexión, asintió con la cabeza.

—La vida a veces nos decepciona y nos enfrenta a situaciones y sentimientos que nos desagradan, por eso me cuesta creer que un guerrero como tú tire la toalla tan fácilmente.

Cassiel giró la cabeza hacia él con un brillo peligroso y perturbador en su mirada. Tan fuerte apretó los dientes, que el músculo de la mandíbula se le contrajo repetidamente.

—No tiro la toalla, simplemente me obligo a no perpetrar mi venganza contra los que me han traicionado.

—¿Tan dolido estás, que harías algo así contra los tuyos?

—Me contengo a duras penas, pero juro por lo más sagrado que ganas no me faltan.

Tras esas duras palabras, su acompañante esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Pues hazlo en el bando adecuado —señaló con entusiasmo—. Utiliza tus energías y habilidades por la causa correcta.

Cassiel se incorporó para estar a su altura, a pesar de que le sacaba varias cabezas, pues deseaba imponer su autoridad moral. Al fin el hombre estaba hablando claro, y sintió náuseas al descubrir lo cerca que habían tenido siempre a esa vil y traicionera alimaña.

—¿Causa correcta? —cuestionó, perplejo, y clavó su intensa mirada en el otro, demostrando que iba muy en serio—. No lo entiendes, ¿verdad? Ya no quiero saber nada de ningún bando. Estoy harto de toda esta mierda. Cansado de pelear por los demás para no recibir nada más que ingratitud.

—En nuestro caso no sería así, te lo prometo.

Cassiel achicó los ojos mientras estudiaba con gran atención al hombre que lo instaba a ser desleal a los suyos.

—¿Tú me lo prometes? ¿Y cómo puedo fiarme de la palabra de un traidor?

Este, ofendido, se envaró, sintiéndose insultado.

—No soy ningún traidor.

—¿Ah, no? ¿Y cómo se llama entonces a lo que tú haces?

—Luchar por una causa en la que creo a pies juntillas. Tener el valor de pelear por mis ideales utilizando todas las armas que tengo a mi disposición. Tú no lo entiendes, pero todo lo que hago es por la Orden.

—¿De qué forma? —cuestionó Cassiel, ocultando a duras penas su profundo desprecio—. ¿Engañando y vendiendo a los tuyos?, ¿trabajando con el enemigo?, ¿conspirando en contra de los que te aprecian?, ¿mintiendo a los que confían en ti?

—Puede que no estés de acuerdo con nuestros métodos, pero te aseguro que el fin justifica los medios. Todo lo que hacemos es para salvaguardar nuestro legado, seguir con los designios de Dios en la lucha contra el mal, y no apartarnos del camino que nos han marcado. —Y señalándolo como ejemplo, continuó—: Mira si no, las nefastas consecuencias que acarrearán los cambios a los que estamos siendo sometidos. Todo se desmorona a nuestro alrededor y parece que nadie se da cuenta de ello.

Cassiel soltó un intenso suspiro de frustración, al mismo tiempo que se mesaba el pelo, exasperado, sintiendo que hablar con ese hombre era como hacerlo con una pared.

—No importa... Ya nada importa —aseguró, fingiendo profunda decepción.

El traidor posó la mano en su brazo para llamar su atención.

—¿Qué necesitas para creerme?, ¿qué podemos hacer para que confíes en nosotros y en nuestra causa? ¿Quieres que hablemos con Miguel? Podemos devolverte tu estatus, conseguir que recuperes tu vida anterior. —Y siguió hablando al ver la desconfianza en el rostro de Cassiel—. Te aseguro que poseemos influencias importantes tanto entre los hombres como entre los

ángeles. No será difícil mover los hilos a nuestra conveniencia.

Cassiel, indeciso, sacudió la cabeza. Sabía que no podía ceder tan fácilmente, lo tenía comiendo de su mano, pero cualquier imprudencia podría salirle cara.

—No creo que sea suficiente.

El hombre lo miró con suspicacia y se tomó unos segundos en realizar la siguiente pregunta:

—¿Qué más quieres?

—Dudo que puedas conseguir lo que quiero.

—Pruébanos.

Cassiel le dio la espalda y fingió meditar sobre su petición. Tras unos minutos, se enfrentó al hombre con la actitud de quien no pierde nada en el intento. Debía aparentar que estaba de vuelta de todo, ratificar su postura rebelde hacia su anterior vida, y que se uniría a ellos solo si decidía hacerlo. Debía dejarles claro que no estaba dispuesto a recibir órdenes, a no ser que le convinieran.

—El alma de Moisés.

La sorpresa en el otro fue patente ante su petición.

—¿Por qué?

—Eso solo me concierne a mí.

El hombre, preocupado, se frotó la barbilla sopesando los pros y los contras de su demanda.

—Es un riesgo demasiado grande.

—Pero la recompensa bien vale la pena.

Interesado, alzó una ceja pidiendo una explicación.

—¿Por qué? ¿Qué nos ofreces a cambio?

—Os ofrezco a la mujer que me ha destrozado la vida —reveló, mostrando una máscara imperturbable que no diera pista alguna de su propia traición—. Os entregaré a Alaina en bandeja de plata.

Boquiabierto, el impacto hizo mella en el traidor, dejándolo mudo durante un buen rato. Tras recuperarse, comenzó a caminar de un lado a otro ideando la manera de conseguir satisfacer las demandas del ángel.

—Debes darnos tiempo para elaborar un plan. Recuperar el alma de Moisés supondría tener que entrar en el Infierno y eso es algo imposible de realizar.

—Lo sé y para ello tengo una idea que puede funcionar.

Capítulo 29



El hermano Jacobo entró en la sala donde se encontraba la única entrada al Averno y se dirigió hacia los dos ángeles que la custodiaban en ese momento. Apostados a ambos lados de una anodina pared rocosa, se hallaban Abelech y Malik, el líder de los Guardianes de la Puerta.

—Bienvenido seas, hermano Jacobo, nos honras con tu presencia — saludó el líder al verlo.

—Muchas gracias, hermano Malik, espero no importaros viniendo sin avisar.

—Por supuesto que no —aseguró el ángel—, las visitas siempre son bien recibidas, aunque sean muy escasas.

—Siento que esta no sea una visita de cortesía —comentó excusándose —, pues vengo para transmitirte un mensaje del arcángel Miguel.

—¿Un mensaje? —cuestionó, desconcertado por lo inusual del acto—. ¿Ocurre algo?

—No lo creo —respondió demostrando calma—. Sospecho que simplemente aprovechó mi visita por la fortaleza para pedir que te avisara. Quiere que vayas a verlo.

—¿Ahora?

Jacobo asintió conciso.

—No se lo tengas en cuenta —defendió Jacobo al arcángel—, anda bastante alterado con diferentes problemas que lo acosan.

Malik arrugó el ceño, preocupado, y se giró hacia Abelech.

—Llamaré a Abbaton para que me sustituya.

—No creo que sea necesario —señaló este rápidamente—, yo puedo encargarme de todo hasta que vuelvas. Si la puerta no se ha abierto en todos estos eones, dudo que se vaya a abrir hoy.

El líder de los Guardianes meditó durante unos segundos las consecuencias de dejar solo a su hermano, y al final asintió y se encogió de hombros con cierta despreocupación.

—Está bien, te dejo al mando.

En cuanto este desapareció, también lo hizo Abelech, siguiendo las órdenes establecidas anteriormente, y en su lugar apareció Cassiel, acompañado por la reina Lupa y Alaina, tal y como habían acordado.

—¿Qué hace ella aquí?! —exclamó el hermano Jacobo, alarmado, al ver a la druida.

Cassiel clavó la mirada en él advirtiéndole que midiera sus palabras. Era evidente que al hombre no le hacía ninguna gracia que se descubriera su tapadera. Que la reina supiera que era un traidor, lo ponía en una situación extremadamente delicada.

—Tranquilo, hermano Jacobo, necesitamos a la reina para realizar nuestro cometido. Es la única hechicera con una magia lo suficientemente poderosa como para ayudarnos a abrir la puerta. —En ese instante apareció Abelech con un Moisés amordazado y maniatado—. Además de ser la madre que nos ayudará a salvar a su hijo.

Este estudió concienzudamente cada gesto en el rostro de la mujer, que se ablandó en cuanto vio aparecer a su hijo endemoniado. Todavía escéptico, Jacobo hizo una seña al ángel de la Templanza para que se acercara y pudieran hablar alejados de oídos extraños.

—La presencia de Lupa no entraba dentro de nuestros planes —susurró en voz baja para que no le oyeran.

Cassiel lo miró fijamente.

—Te dije que yo me encargaría de abrir la puerta y eso es lo que voy a hacer —señaló, considerablemente serio.

—¿Cómo has conseguido convencer a la heredera de Salomón?

—No ha sido muy difícil —explicó, fingiendo dirigir su atención y su

odio desmedido hacia ella—, me debe la vida. Sabes tan bien como yo que esa zorra no podría abrir la puerta sin la ayuda de la magia, ni siquiera poseyendo el sello. Hace falta un ritual muy poderoso para invalidar el hechizo que lo rodea. En cuanto hablé con la reina y le dije cuáles eran mis intenciones, no fue muy difícil convencerla para que nos ayudara. Es su hijo, haría lo que fuera para salvarlo.

—¿Y si algo sale mal? —cuestionó, receloso—. Esa mujer podría delatarnos, Cassiel, es demasiado peligroso.

Este fijó su mirada intensa nuevamente en él.

—No lo hará, está tan metida en el ajo como nosotros.

—Pero...

—Actúa con normalidad, ¿quieres? —siseó el ángel, furioso—. Estás tan preocupado por que no descubran tu doble juego con la Orden, que no piensas con claridad. La reina no tiene ni idea de tu papel en esta misión, solo cree que vamos a rescatar el alma de su amado hijo, no levantes sospechas con tus temores y celos.

Molesto por las formas, Jacobo apretó los puños con fuerza antes de continuar:

—¿Y qué pasará cuando vea que Alaina no vuelve? ¿Crees que se quedará callada cuando los demás se enteren de su desaparición? Esa mujer tiene demasiados escrúpulos como para mantener el secreto.

Cassiel se colocó de tal manera, que ocultó con su cuerpo a los demás lo que pretendía hacer a continuación, y agarró por el cuello al hombre, determinado a conseguir lo que quería.

—¡Escúchame bien, imbécil! Tú y yo tenemos un trato y lo vas a cumplir. Lo que hagas con ella cuando cruce esa puerta me importa una mierda. Puedes matarla o borrarle la memoria, haz lo que te dé la gana, pero no pienses ni por un segundo en echarte atrás. —Presionando un poco más con los dedos su endeble cuello, continuó—: Me lo prometiste, maldito bastardo, y ahora no me vas a dejar tirado, ¿entendido?

Con el rostro congestionado por el miedo y la falta de aire, Jacobo asintió y se llevó la mano al cuello cuando el ángel lo liberó.

—Está bien —balbuceó, asustado.

Cassiel suavizó el gesto e incluso forzó una sonrisa mientras le recomponía la ropa.

—Ya solucionaremos ese problema cuando vuelva, ¿de acuerdo?

Jacobo no respondió. En realidad, ya había tomado una decisión, una

que Cassiel ni se imaginaba.

Ambos se dirigieron hacia el lugar donde se encontraban las dos mujeres.

—Alaina... Lupa... —saludó el hombre en cuanto llegó.

La reina, seria, devolvió el saludo con un gesto de cabeza, aunque fue incapaz de quedarse callada ante su presencia.

—Jamás creí que tú, precisamente tú, fueras la persona que me ayudaría a salvar el alma de mi hijo.

Él entendió su reproche y fingió compasión por ella y su situación.

—Tú misma me abriste los ojos, hermana, la última vez que estuvimos juntos. Me hiciste recapacitar y reconocí que yo también haría lo que fuera por los míos.

—Me sorprende tu cambio —confesó la druida mirándolo con dureza—, máxime cuando tu postura siempre ha sido contraria a actuar a espaldas de la Orden.

El hombre la tomó de las manos y le habló con suavidad.

—Nunca es tarde para darse cuenta de los errores que uno comete, querida Lupa. Creo honestamente en la causa de la congregación, y por ello todos estos años de reticencias. Pero también pienso que existen momentos en los que se deben tomar medidas y no quedarse de brazos cruzados. —Y giró la cabeza para posar la atención en un Moisés que se debatía en los brazos de su compinche Abelech con la intención de soltarse—. Sobre todo, cuando el motivo lo merece. No puedo imaginarme el sufrimiento por el que estás pasando.

La mujer suavizó su mirada sin saber que su destino estaba sellado en la mente de su supuesto amigo. Aunque ella bien sabía de su traición, un hecho que le revolvía el estómago solo de pensarlo.

—Me alegra saber que piensas así.

Jacobo le dedicó una falsa sonrisa, y Alaina aprovechó ese momento para acercarse a la reina y consolarla, al mismo tiempo que, disimuladamente, la ayudaba a liberarse de las garras de su enemigo.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

La druida la miró con un brillo de emoción y agradecimiento danzando en sus pupilas.

—Eso espero, niña, eso espero.

—Debemos darnos prisa —los interrumpió Cassiel con un tono urgente en la voz—, Malik puede venir en cualquier momento.

Todos estuvieron de acuerdo y se apresuraron a comenzar.

Mientras Abelech mantenía sujeto a Moisés, los demás se colocaron delante del muro. La reina dibujó un hexagrama compuesto de sal en el suelo, rodeado por un círculo protector de malos espíritus, y se situaron dentro mientras se agarraban de las manos. Comenzó a recitar unas palabras en una lengua arcaica y primitiva, canalizando la energía y la magia tanto de sus ancestros como de los presentes en el ritual, para poder anular el hechizo que mantenía la puerta oculta y cerrada.

En muy poco tiempo la atmósfera comenzó a cambiar. Un aire pesado y sobrenatural empezó a formarse a su alrededor; chasquidos invisibles cargaban el ambiente, resquebrajando las piedras de la pared y dejando pequeñas grietas en el aire, que cada vez se iban haciendo más grandes.

La reina druida, en completo trance, formulaba las palabras cada vez más rápido, aumentando el volumen, hasta que el *glamour* que ocultaba la puerta se reveló por completo. En realidad, no era una puerta en sí, sino una enorme abertura en la pared que dejaba ver el otro lado.

Alaina tragó saliva. Mas allá del agujero en la roca se divisaba un lugar gris, yermo, oscuro y tenebroso, que no invitaba en modo alguno a entrar. Cassiel se acercó a ella con la preocupación cubriendo su semblante.

—¿Estás preparada?

Ella asintió.

Frustrado por no poder tomarla entre sus brazos e infundirle la calma que necesitaba, el ángel se encaminó hacia donde tenían retenido a Moisés. Por mucho que deseara consolarla, no podía hacerlo delante de los dos traidores, ya que podrían avisar a los demás o intentar escapar y desbaratar todo el plan. El ritual de vinculación entre ambos era poderoso, y sentía el miedo de Alaina como si fuera suyo, pero ahora no podían flaquear. Habían llegado demasiado lejos.

Tomó al antiguo Guardián por el brazo y se dirigió al traidor de Jacobo:

—¿Todo está preparado en el otro lado, tal y como acordamos?

—Sí —confirmó, aliviado—. Os estarán esperando para llevaros hasta donde tienen guardada el alma de Moisés.

Lo que no sabía el resto de los presentes, a excepción de su compinche Abelech, era que ninguno de los tres volvería para contarlo. La traición había sido orquestada y calculada bajo sus convenientes intereses. Por eso mismo, le había preocupado la intervención de la reina en toda esa pantomima; era una parte de la ecuación imprevista y no planeada de antemano. Aunque no le

dolería mucho tener que desembarazarse de ella también. Siempre había sido una china en su zapato en cuanto a sus propósitos y ambiciones dentro de la hermandad.

Sonrió discretamente al imaginarse la cara que pondría el maldito bastardo de Cassiel cuando se diera cuenta de que había caído en una trampa. Su rebeldía y posterior exigencia habían encajado perfectamente en sus planes de deshacerse de Alaina. Lo habían intentado antes y habían fallado estrepitosamente.

Ahora se les presentaba la oportunidad perfecta. Ese imbécil había convencido a la perra para que lo ayudara a rescatar el alma del descerebrado Moisés. No sabía cómo ni tampoco le importaba, siempre y cuando no supusiese un peligro para su propia tapadera y la de los suyos. Y tras hablar con las tinieblas, era evidente que ninguno saldría con vida del Averno. No le convenía a nadie que eso sucediera, y matarían tres pájaros de un tiro. En este caso, cuatro.

La reina se acercó a ellos con el reflejo de la inquietud en su dulce rostro.

—En cuanto crucéis esa puerta estaréis solos.

—Lo sé —respondió Cassiel serio, y bajó la voz para que los traidores no le oyeran—. Confío en que vuestro hechizo de protección funcione con nosotros.

—Raziel está seguro de que funcionará y yo quiero creerlo con toda mi alma —susurró la mujer.

—Lo comprobaremos muy pronto —señaló Alaina, dibujando una sonrisa tranquilizadora.

Lupa les acarició con ternura el rostro a ambos, deseándoles, con ese simple gesto, toda la suerte del mundo.

—Por favor, tened mucho cuidado —rogó con fervor.

Alaina la abrazó con cariño.

—Tranquila, lo tendremos.

La reina los miró agradecida por lo que estaban a punto de hacer. Después posó la mirada en su hijo, que la observaba con un brillo de pánico en sus negros ojos.

—Te quiero muchísimo, hijo mío —susurró con el alma encogida por el miedo y desbordando amor por cada poro—. Espero que algún día sepas el sacrificio que están haciendo por ti.

—Lo traeremos de vuelta —le prometió Alaina con un nudo en la boca

del estómago.

La druida asintió, más con la intención de convencerlos a ellos que a sí misma. Se separó lentamente mientras lágrimas de gratitud inundaban sus ojos.

—Ahora debéis iros.

Escoltando al demonio a cada lado, Alaina y Cassiel se dirigieron a la puerta con la esperanza de volver muy pronto en sus corazones. Tras cruzarla, y antes de que esta se cerrara ante ellos, fueron testigos de cómo aparecían de la nada, Malik, el arcángel Miguel, Raziel y Amitiel, para detener a los dos desleales antes de que estos cometieran la bajeza de matar a la reina Lupa, único testigo de su complot.

Cassiel enseñó los dientes en un gesto de triunfo cuando Jacobo, con el rostro demudado por el asombro, clavó su mirada en él acusándolo con los ojos por su vil traición. Ahora que estaba seguro de que no podría delatarlos y de que no saldrían impunes de su infamia, pudo respirar mucho más tranquilo.

Dentro de las circunstancias, claro.



Cuando la abertura desapareció del todo, lo único que quedó fue otra pared de roca excavada en una pequeña colina. Alaina buscó con la mirada a Cassiel, temerosa y a la vez impaciente por salir de allí lo antes posible. Sus hermosos ojos le devolvieron un amor infinito, suficiente para darle la fuerza que necesitaba para continuar con su cometido.

Sin embargo, antes debía hacer algo crucialmente importante. Se acercó a Moisés y le susurró unas palabras al oído:

«Te ordeno que te mantengas callado hasta que yo lo diga»

Este gimió y se retorció con inquina, luchando contra la necesidad acuciante de obedecerla sin resultado alguno.

Recorrieron tres pasos para salir de la pequeña hendidura en la pared rocosa, y un calor sofocante les pegó en el rostro robándoles el aliento, al mismo tiempo que un hedor a huevos podridos inundaba sus fosas nasales. Era nauseabundo y lo identificaron inmediatamente con el azufre.

—¿Estás bien? —preguntó él al advertir cómo el color abandonaba el rostro de Alaina.

Ella a duras penas detuvo unas intensas arcadas que le subían por el esófago y asintió con la cabeza.

—¿Y tú?

—De momento, sí.

De pronto, unas palmadas sonaron a sus espaldas.

—¡Oh, pero qué tierno! —se burló Ariocho, saliendo de entre las sombras de la colina.

Cassiel se giró, adelantándose un paso y protegiendo con su cuerpo a Alaina y a Moisés. Apretó los puños con fuerza, resistiéndose a las intensas ganas de desplegar su espada angelical y arrancar con ella la cabeza de ese maldito bastardo.

—No te acerques más —le advirtió.

El demonio abrió muchos los ojos y se llevó una mano al pecho simulando expresar sorpresa.

—¿No te fías de mí, hermano? —inquirió, dolido por sus frías palabras—. Ahora se puede decir que estamos en el mismo bando, ¿no es así?

Cassiel apretó los dientes con furia antes de sisear.

—Tú y yo jamás estaremos en el mismo bando.

Una carcajada malvada sonó en el aire.

—Por supuesto, por supuesto... —dijo levantando los brazos en señal de buena fe—. Todavía tienes la esperanza de volver cubierto de gloria a los brazos de Miguel, ¿verdad?

Cassiel no respondió, pero Alaina sintió cómo la rabia y el odio tomaban fuerza en su interior. A pesar de estar vinculados y de que la influencia angelical del ángel junto a su don los hacía más resistentes a ambos, debía luchar para mantener esa fuerza oscura alejada de él.

—No le escuches —le aconsejó, al percibir cómo la oscuridad pretendía poseerlo.

El ángel caído posó los ojos en ella y la miró con inmenso desprecio de arriba abajo.

—¿Vas a dejar que una simple mujer te dé órdenes, Cassiel? —Al no encontrar una reacción a su puya, Ariocho desvió la atención hacia su antiguo hermano y descubrió que este se mantenía impassible, sin quitarle su gélida mirada verde de encima. Se llevó la mano al rostro y reprodujo un gesto pensativo, mientras caminaba en círculos alrededor de los tres—. ¡Oh, disculpa!, no quiero echar abajo tus planes —se burló, mostrando una sonrisa torcida—. Por qué todavía no le has contado tus planes a esta putita, ¿verdad?

Cassiel mantuvo la calma, a pesar de que la sangre le hervía por dentro. La intención del demonio era hacerle perder el control o que hablase más de la cuenta, y no podía ceder a ninguna de las dos cosas. Debía mantener todos sus sentidos alerta, no solo por las oscuras intenciones de ese malnacido, sino también por Moisés y un posible intento de fuga por su parte. A pesar de estar amordazado y maniatado, era un peligro a tener en cuenta.

—No he venido hasta aquí para perder el tiempo hablando, Ariocho —dijo al fin—. Tengo un cometido y quiero hacerlo lo antes posible.

—¡Por supuesto! —respondió este, inclinando el cuerpo en una irónica reverencia—. Tus deseos son órdenes para mí. —Y comenzó a caminar delante de ellos.

El paraje era desolador. Hasta donde la vista alcanzaba, los tres visitantes solo veían un desierto de tierra gris y yerma por doquier. Alguna que otra pequeña colina salpicaba el horizonte, y el cielo, gris y plomizo, se abría de vez en cuando dejando ver relámpagos de fuego y lava. De ahí venía ese olor nauseabundo e intenso a azufre. Cuando las nubes se cargaban demasiado, soltaban lastre en forma de gotas de lava ardiente, quemando a todo aquel que se encontrara bajo el fuego infernal.

Caminaron durante unos minutos en silencio bajo el calor abrasador, hasta que a Ariocho le entraron ganas de volver a hablar.

—Y dime, Cassiel, ¿cómo están mis viejos hermanos por el cielo? ¿Siguen tan arrogantes y altivos como siempre? —Lo miró de reojo al no recibir respuesta—. Supongo que ahora mismo los echarás muchísimo de menos, ¿verdad?

—Eso no te importa.

El demonio, ladino, sonrió con petulancia.

—Sé cuál es tu plan —insinuó, dando a entender que intuía algo que nadie más podía—. Lo supe desde el mismo instante en que esa inmunda sanguijuela de Jacobo nos contó tu caída en desgracia y posterior exigencia para traicionar a los ángeles.

Asustada, Alaina desvió la mirada hacia Cassiel, pero este apretó los puños con fuerza y se mantuvo imperturbable. Con cada paso que daba, la oscuridad amenazaba con tomar el control sobre él, introduciéndose como un vil veneno en su sangre, y borrando todo vestigio de su mente y alma con la intención de anular la esencia del hombre que amaba. Sentía cómo el odio, la rabia, el dolor, el asco, el rencor, el desprecio y todo aquel sentimiento negativo que un ser podía sentir, se hacía más fuerte en su interior, amenazando

con despojarlo de cualquier sentimiento de luz. Y ella luchaba con todas sus fuerzas por evitarlo.

—Tú no sabes nada.

—Sé que lo que le contaste a ese imbécil era mentira. Jamás me he tragado la patraña de tu rebelión y de pasarte a nuestro bando.

Capítulo 30



Alaina se detuvo en seco.

Comenzaba a sentirse un poco débil, quizá porque el esfuerzo de mantener limpio a Cassiel le estaba pasando factura, o porque aquel intenso y abrasador calor la estaba matando; pero también porque intuía que, a lo mejor, en otra equivocada idea suya, él le había ocultado información importante para protegerla. En todo caso, temer que Ariocho pudiera descubrir la verdad de su elaborado plan le robó el aliento.

—¿Qué quiere decir? —interpeló, seria, buscando un gesto o una mirada en su semblante que desvaneciera sus repentinas dudas.

No obstante, ella también se topó con un muro de silencio. Un silencio que fue interrumpido por una carcajada desdeñosa.

—¡Ay, pequeña estúpida! —se mofó Ariocho—. No tienes ni idea de cuál va a ser tu destino, ¿verdad?

Cassiel se acercó despacio y clavó su profunda mirada en ella. Un rictus de sufrimiento cruzó su bello rostro, y Alaina entendió que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantener la calma. A pesar de todo, su amor seguía ahí, reflejado con veneración en cada mota, en cada variación del color verde, en cada pigmento de sus ojos, en su misma esencia. Un amor que volvió a

darle fuerzas.

—No lo escuches y camina —susurró lo suficientemente bajo como para que el otro no lo oyera—. Solo quiere retrasarnos, crear confusión y desconfianza entre nosotros para ganar ventaja. Está esperando a que la oscuridad me posea y me una a ellos.

—¿Por qué? —cuestionó, indecisa—. ¿Por qué es tan importante para ellos que te conviertas en un ángel caído?

Cassiel cerró los ojos. Sentía cómo la oscuridad se cernía sobre él.

—Porque son muy escasos y a la vez poderosos en el Infierno. Y porque poseo información relevante que podrían usar contra la Orden y mis hermanos.

Abrió los ojos y un velo negro los cubrió durante un instante, pero enseguida desapareció. Alaina entendió su urgencia, y Arioch se enfureció por no haberse enterado de la conversación y ver que la pequeña puta asentía.

—¡No sabía que fueras un maldito cobarde, Cassiel! —le increpó, decepcionado por no salirse con la suya, y sorprendido por la fuerza que demostraba ante la oscuridad. Una fuerza que provenía de la vinculación entre ellos dos y que él desconocía. Se encontraba en el mismo Infierno y su alma pura y angelical debería estar retorciéndose, corrompiéndose y sucumbiendo ante tanta maldad; pero no era el caso y el demonio no lo entendía. Así que centró su atención en ella, para ver si de ese modo provocaba algún tipo de reacción—. Que sepas, querida, que tu amigo Cassiel solo tiene en mente una cosa: recuperar el favor de su amado y venerado hermano Miguel. Y si para ello tiene que sacrificarte y entregarte al enemigo... no lo dudes, lo hará.

Ella lo observó con pasmosa tranquilidad sabiendo lo errado que estaba en sus ideas, y comenzó a dibujar una sonrisa arrogantemente amplia.

—Que lo intente.

Furioso, Arioch procuró acercarse a ella, pero la mano de Cassiel en el pecho, interponiéndose entre ambos, detuvo su avance.

—Tú no lo entiendes, ¡maldita zorra! No permitiremos que salgas viva de aquí. Cassiel solo quiere recuperar su antigua vida, el estatus que por tu culpa perdió, y hará lo que sea necesario para conseguirlo. Incluso traicionarte. Ha llegado a un acuerdo con nosotros para cambiarte por el alma de ese despojo humano de Moisés, con la única intención de redimirse ante los ojos de los suyos. Lo que él no entiende es que Miguel jamás le perdonará.

El ángel lo empujó con fuerza para alejarlo de ella.

—Que tú no lo hayas logrado no significa que yo no pueda.

El demonio elevó una ceja con asombro.

—Me sorprende que de verdad tengas alguna esperanza de conseguirlo. Conoces perfectamente a ese maldito bastardo, y sabes que si pierdes su favor... lo haces para siempre.

—Te lo he dicho antes, ese no es tu problema.

Enfrentados cara a cara, se midieron el uno al otro manteniendo sus posturas durante unos segundos, hasta que al final Arioch se encogió de hombros. Era estúpido seguir con ese enfrentamiento, máxime, cuando en realidad ninguno saldría vivo de allí. La oscuridad acabaría pervirtiendo el alma del ángel más tarde o más temprano; en realidad, solo era cuestión de tiempo. Por tanto, tomó la determinación de acabar con aquello cuanto antes, ya que había dejado de divertirse.

Caminaron durante unos minutos hasta que llegaron a un edificio. Era una construcción simple y sin muchos lujos; nadie diría que pudiera albergar algo tan importante en su interior. Aparentemente, ni siquiera parecía custodiada.

—¿Aquí esconden las almas que los hombres venden? —preguntó Alaina sorprendida.

Arioch la miró con desprecio.

—Nosotros no disponemos de un almacén de almas, si es lo que piensas. Aquí solo llegan cuando la carcasa muere y vagan libremente alimentándose del sufrimiento eterno.

—¿La carcasa?

—El cuerpo —le explicó Cassiel—. Cuando un humano muere, su alma inmortal abandona el cuerpo y toma el camino que sus actos en vida han determinado. Si la bondad ha predominado, irá al Cielo; si ha sido la maldad, vendrá aquí, al Infierno. En el caso de los que venden su alma al diablo, no pasan por el *Juicio particular* cuando su cuerpo deja de existir, sino que directamente transcienden aquí.

—El caso de Moisés fue una excepción —reveló Arioch mientras abría la puerta que los llevaría al interior—, al igual que su hermano Tomás. Necesitábamos su carcasa íntegra para poder acercarnos a Iria, por lo que lo despojamos de su alma casi en su totalidad. Alma que tenemos guardada a buen recaudo, por si te lo preguntas.

Alaina rumió esa información durante unos instantes. Al acceder al interior, se topó con dos demonios que custodiaban una segunda puerta y que los observaron a ambos con un profundo odio rezumando por sus negros ojos.

—Quizá te preguntes cómo pudieron entrar o salir los Guardianes Reales del Infierno si no estaban muertos —continuó Arioch, sonriendo para sus

adentros pensando en cuando esa pequeña perra se diera cuenta de que jamás tendría esa posibilidad—. Muy fácil, gracias a los ángeles caídos, cuya condición angelical nos permite viajar entre diferentes planos.

Alaina y Cassiel cruzaron sus miradas, gesto que no pasó desapercibido para Ariocho y que no hizo más que arrancarle una carcajada malévola.

—Así que piensas huir de ese modo —dedujo tras cruzar el segundo umbral para toparse con un ascensor en el que apretó un botón ampliando todavía más su sonrisa. Oprimió el piso diez y fingió meditar sobre el asunto—. Mmm... podría ser, sí. Cabría la posibilidad de salir de este lado sin la ayuda de la magia para abrir nuevamente la puerta, teniendo en cuenta que solo se puede viajar a un lugar ya conocido anteriormente. Cassiel podría viajar entre los planos existenciales y llevarte de nuevo con él a Jerusalén, ya que ha estado aquí y conoce el camino de regreso. Solo hay un pero... —Y en ese punto, posó la mirada en su antiguo hermano celestial—. ¿No se lo has contado, Cas? ¿No le has dicho que los ángeles no pueden acceder al Infierno sin pagar un alto precio?

Alaina simuló no entender. Sabía perfectamente cuál era ese precio, y por eso mismo estaba ella allí. Sin embargo, era imprescindible que Ariocho no sospechara nada o podrían encontrarse en graves problemas, a pesar de que sus fuerzas iban mermando a pasos agigantados. Los demonios conocían su facultad para dominarlos, pero no sabían que ella podía expulsar la oscuridad del cuerpo de un ángel y, como en ese caso, mantenerlo a raya para que no lo poseyera. Y gracias a la vinculación entre ella y Cassiel, podía hacerlo sin la necesidad de tocarlo con sus manos.

Cassiel cerró los ojos al mismo tiempo que apretaba con fuerza las mandíbulas. Estaba al borde del precipicio y no sabía cuánto tiempo más podría aguantar. A pesar del intenso calor que allí reinaba, sentía frío. Un frío helado que subía por su pecho intentando alcanzar su corazón. Percibía cómo la oscuridad ansiaba dominar su mente, cómo se libraba una batalla cruenta en su interior para alejarlo de la luz, y cómo resistía, a duras penas, gracias a la mujer que tanto amaba. Alaina era su única ancla para mantener la cordura y no hundirse en el abismo de las tinieblas, y por ella tenía que luchar con todas sus fuerzas.

—Me aburre tu parloteo, me cansan tus divagaciones sin sentido... —siseó con los dientes tan apretados que parecían estar a punto de estallar—. ¡Y juro por Jesucristo... que como no te calles, te reviento la cabeza! —amenazó, abriendo los ojos y clavando su mirada en Ariocho.

Este mantuvo silencio, delineando una pequeña sonrisa de satisfacción en su semblante cuando advirtió que el color verde de los ojos de Cassiel se volvía más oscuro.

—Como quieras —dijo, convencido de que no le quedaba mucho para convertirse en un ángel caído.

Salieron del ascensor, que también estaba custodiado por dos demonios, y caminaron unos pocos metros por un largo pasillo. Se pararon ante una simple puerta de metal, cuya cerradura Ariocho abrió tras coger una llave que colgaba de su cuello. Apostados a ambos lados de la entrada se encontraban otros dos enormes demonios de ojos negros.

Ariocho hizo el gentil gesto de dejarlos pasar delante, pero Cassiel entrecerró los ojos con clara advertencia de que eso no iba a suceder. Así que su antiguo hermano se encogió de hombros y entró primero, seguido con enormes reticencias por Alaina y un Cassiel que empujaba a Moisés y vigilaba muy de cerca a los dos demonios situados a su espalda, tras la puerta abierta.

El interior de la habitación era completamente blanco, hecho que sorprendió a los recién llegados. En su pared frontal, como única decoración, habían instalado una caja fuerte.

—Creo que ya es hora de recibir mi pago —resolvió el demonio superior muy serio, abandonando la anterior actitud complaciente y conciliadora. Extendió la mano para exigir el anillo de Alaina.

Cassiel chistó varias veces la lengua, negando con la cabeza y colocándose delante de sus protegidos.

—*Quid pro quo*, Ariocho, *quid pro quo*. Comprenderás que no pueda fiarme únicamente de tu palabra. Necesito ver el alma de Moisés para estar seguro de que no me estás traicionando.

Un brillo iracundo de color rojizo cruzó por los negros e inertes ojos del demonio superior. Juguetó con la idea de matarlos a todos allí mismo, disfrutaría sobremanera haciendo posible esa fantasía, pero corría el riesgo de que Cassiel fuera más rápido y desapareciera ante sus narices. No podía fallar dos veces, o sus jefes, los Señores del Inframundo, exigirían su cabeza.

Se situó delante del panel y acercó la yema del dedo índice al escáner digital. Cuando este reconoció su huella, la puerta se abrió. Ariocho enseñó una pequeña vasija de barro decorada con distintos símbolos, abrió la tapa y dejó entrever una brillante y blanca luz en su interior.

Pero tras posar nuevamente la vasija en el interior de la caja fuerte, su mano cayó al suelo tras ser cercenada por la espada de luz de Cassiel. El grito

de dolor que arrancó el demonio desde lo más profundo de su ser, azuzó a los dos que estaban apostados en el exterior de la sala, que enseguida entraron para detener a tiempo al ángel y su intención de separar la cabeza del cuerpo de Arioach.

En la refriega que se originó a continuación, todo estaba previamente estudiado. Cassiel se enfrentaba solo a los dos demonios y a su malogrado jefe para distraerlos, mientras Alaina alcanzaba la vasija con la intención de que Moisés recuperara su alma.

Lo liberó de la mordaza y agarró con las manos su cabeza, consiguiendo que comenzara a convulsionar y a escupir por la boca el mismo líquido negro y pestilente que expulsó el cuerpo de Cassiel la primera vez. Con lo que no contaba era con lo tremendamente difícil que se lo pondría el antiguo Guardián, ni con el enorme esfuerzo que tendría que realizar para impedir que la oscuridad devorara por completo a Cassiel.

Su cuerpo y mente se debilitaban a pasos agigantados; no obstante, apretó los dientes con coraje. No podía fallar ahora. Debía concentrarse profundamente en su cometido, aislarse del peligro que suponían tres demonios luchando en la misma habitación, y obligar a otro a expulsar la oscuridad y a aceptar su alma inmortal. Sin dejar de lado, en ningún momento, la profunda y terrible maldad que amenazaba con poseer completamente al ángel que amaba.

Moisés luchaba con todas sus fuerzas por rechazar la liberación del mal de su interior, pero la voluntad de esa mujer era más fuerte que él, logrando que se retorciera entre horribles sacudidas que lo precipitaron al suelo, hasta que se vació por completo.

Una tensa calma cubrió su cuerpo durante unos segundos hasta que, súbitamente, abrió los ojos.

—Repite conmigo, Moisés: *Accipio immortalem animam meam. Accipio immortalem animam meam*^[1] —le ordenó—. *Accipio immortalem animam meam. Accipio immortalem animam meam.*

Cuando finalmente consintió pronunciar esas simples palabras, el alma del antiguo Guardián Real se instaló en su interior de nuevo y Alaina, de rodillas en el suelo y prácticamente extenuada, dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

Sin embargo, no podía desfallecer; ahora no. No cuando quedaba tan poco para lograr su objetivo. Apretó con fuerza los dientes y se concentró en Cassiel con el único propósito de mantenerlo a salvo costase lo que costase.

Observó cómo Moisés, tras recuperar la compostura, se unía a la pelea, pero esta vez del lado del bien, mano a mano con su antiguo amigo y compañero, acabando en pocos minutos con el único demonio que quedaba en pie.

La cabeza de Arioeh terminó rodando por el suelo hasta acabar a los pies de Alaina, momento en el que ella perdió el conocimiento.

Cassiel, con la respiración agitada por el esfuerzo, no fue consciente de los dos tajos abiertos que había recibido en un hombro y un costado, y que sangraban profusamente. En su mente, el olor a sangre solo le inspiraba seguir matando. El odio y la rabia consumían prácticamente cualquier pensamiento racional. Hasta que, finalmente, vio a la mujer que amaba tendida en el suelo.

—¡Alaina! —exclamó, corriendo a su lado.

Terriblemente preocupado, la tomó entre sus brazos buscando una herida mortal o cualquier síntoma grave que justificara su desfallecimiento, y suspiró aliviado cuando no halló nada. Por su cabeza, en ningún momento se había cruzado el miedo ante la posibilidad de perder la vida; posibilidad altamente probable y que ambos aceptaron cuando decidieron realizar esa misión. La muerte a Cassiel le resultaba una nimiedad ante la probabilidad de pasar el resto de la eternidad sin Alaina. Por ello, cuando consintieron realizar el ritual de vinculación, a ambos les pareció poético el terrible inconveniente que conllevaba esa unión. Si uno de los dos fallecía, el otro lo seguiría. Pero para él, más que una desventaja, si eso llegaba a suceder algún día, sería una liberación.

—Debemos irnos —le instó Moisés.

No obstante, dos demonios más entraron por la puerta.

El Guardián se enfrentó a ellos valientemente, empujándolos hacia la salida para disponer de más espacio vital, ya que los cuerpos de sus compañeros en el suelo dificultaban la lucha. Además, debía distraer la atención de los demonios de sus salvadores, pues se encontraban, ambos, en un momento crucialmente peliagudo.

Si Alaina no conseguía alejar la oscuridad del alma de Cassiel, muy pronto esta sería consumida, perdiendo por completo a su amigo y la única posibilidad de salir de allí.

Cassiel cargó en sus brazos a Alaina, y salió al pasillo en busca de una salida o lugar que les permitiera un respiro para concentrarse y regresar a su propio plano existencial. Moisés había terminado con la existencia de uno de los demonios, pero todavía luchaba contra otro y podía ver el esfuerzo que le suponía aguantar los ataques de su contrincante debido a varias heridas graves

en un antebrazo y muslo.

No obstante, esa no era su mayor preocupación. Sacudió la cabeza embotada varias veces, sintiendo cómo la oscuridad ganaba terreno, y cómo el rencor y la ira crecían en su interior, olvidando por momentos lo que era correcto, la misión que debía cumplir... y que no debía abandonar a la mujer que amaba a su suerte para destrozar con sus propias manos al amigo que acababa de recuperar.

De súbito, una débil voz resonó en su mente ofuscada.

—¡Cassiel...! ¡Cassiel...!

Todavía con Alaina en brazos, sacudió la cabeza para despejar su embotado juicio y caminó unos pocos pasos hasta pararse delante de una puerta. Confuso, se acercó para observar, a través de una pequeña ventana, el interior.

Los ojos del ángel se abrieron como platos. No daba crédito a lo que estos veían. Tras la puerta, la imagen de un ser casi por completo irreconocible se le quedó grabada a fuego en la retina. Atado por el cuello a la pared con una gruesa cadena, unos ojos brillantes le devolvieron la mirada, y vio cómo unas alas, prácticamente destrozadas, caían a su espalda.

Cassiel tragó saliva. Un profundo terror comenzó a escalar por su columna vertebral, logrando que la boca se le secara. Moisés se acercó a él en ese mismo instante, interrumpiendo el contacto visual, ajeno, por completo, a lo que había detrás de la puerta.

—¡Cassiel, ahora o nunca! —le gritó. Tuvo que sacudirlo varias veces por el brazo para que le prestara atención, mientras dos demonios más se acercaban a ellos rápidamente—. ¡Maldita sea, Cas! Debemos irnos... ¡¡ahora!!

Este recuperó la concentración el tiempo suficiente como para desplegar sus alas y protegerlos con ellas de cualquier arma que pudieran arrojarles, al mismo tiempo que desaparecían.

Con sus últimos vestigios de cordura, reaparecieron en la enfermería de la fortaleza de la Roca, tal y como habían planeado antes de su incursión en el Infierno, instantes antes de perder, él también, el conocimiento.

No obstante, los estaban esperando.



Cuando Cassiel abrió los ojos, buscó el amado rostro de Alaina y sonrió con inmenso alivio cuando lo encontró. Esta le devolvió la sonrisa y le apretó con más fuerza la mano que tenía aprisionada entre las suyas.

—Hola, mi amor.

El inmenso océano gris de sus ojos era la ansiada bienvenida que cualquier ser, hombre o ángel, hubiera esperado recibir. Definitivamente estaba en casa. Ahora sí.

—Hola —respondió con la voz rasposa.

Rauda, Iria se acercó a él para aproximarle un vaso de agua a los labios. Tras bebérselo entero, buscó nuevamente con los ojos a la mujer que tanto amaba, sin preocuparse por la singularidad de tener las manos atadas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó la reina Lupa acercándose a su cama.

Cassiel arrugó el ceño cuando notó que no podía moverse.

—¿Por qué estoy atado?

La reina por un lado, y Alaina por el otro, lo liberaron de sus ataduras.

—Simple precaución, mi amor.

Su semblante no expresaba preocupación, pero dedujo que no habría estado así minutos antes.

—Volví a sucumbir a la oscuridad, ¿verdad?

Ella asintió.

—Aguantaste lo suficiente para traernos de vuelta y salvarnos la vida — declaró, orgullosa—. Pero sin mi ayuda, no tuviste ninguna posibilidad. Siento haberte fallado en el último momento.

—No digas eso, mi vida — declaró, tomando su rostro entre las manos —, tú jamás podrías fallarme. De no haber sido por ti, nunca habría salido de ese lugar ni aguantado tanto tiempo.

Alaina le sonrió y la luz de esa sonrisa le calentó el corazón.

—Pero te hemos recuperado de nuevo y eso es lo único que importa — susurró, antes de bajar la cabeza para besarlo.

Tras unos segundos, un leve carraspeó interrumpió esa muestra de cariño.

Cassiel recorrió el lugar con la mirada y entonces fue cuando se percató de la presencia de los demás. Se incorporó en la camilla, se frotó las muñecas, y se dio cuenta de que todos lo observaban con una risa boba implantada en sus rostros.

—¿Se puede saber qué demonios os pasa?

El primero en acercarse a él con los brazos abiertos fue Amitiel.

—¡Ven a mis brazos, rubiales! —gritó, atrapándolo desprevenido en un enorme abrazo de oso.

—¡Pero, ¿qué puñetas...?! —protestó, tras recibir palmadas de alivio y agradecimiento en la espalda por parte de Miguel, Tomás y Raziel.

Bajo aquel barullo de músculos y manos, Cassiel se encontró con la estampa de la reina Lupa abrazada a su recuperado y amado hijo Moisés. Ambos observaban sonrientes cómo este intentaba, desesperado, desembarazarse de tantas y tan sorprendentes muestras de cariño.

—¡Vale...!, ¡ya está bien...! —protestó, incómodo.

Y clamó con los ojos al cielo cuando descubrió a Iria y a Alaina riéndose de su violento sonrojo.

Como un koala agarrado a su cuello, Tomás no lo soltaba por mucho que este intentase oponerse. Hasta que Cassiel se dio por vencido.

—Gracias —le susurró el Guardián al oído—. Gracias por traer a mi hermano de vuelta.

El ángel de la Templanza tragó saliva con esfuerzo. La reina se acercó a él cuando los demás dejaron espacio libre, y le tomó el rostro entre sus manos, a pesar de tener a su hijo colgado prácticamente del cuello.

—Tomás... hijo... suéltalo —le pidió su madre con ternura.

Este sacudió la cabeza, renuente a obedecer, hasta que finalmente lo soltó. Después, la reina le pidió a Alaina que se acercara ella también.

—No tendré vida suficiente para agradecerlos a los dos lo que habéis hecho —expresó con lágrimas de amor desbordando sus ojos—. Os deseo la misma felicidad que yo siento ahora mismo. Vuestro sacrificio no puede tener menor recompensa.

Alaina y Cassiel, emocionados por esas palabras, se buscaron con los ojos. El ángel la agarró por la cintura para acercarla a él.

—Yo no hice nada —dijo lleno de orgullo—. Todo ha sido gracias a Alaina. Sin ella, la salvación de tu hijo no habría sido posible.

Moisés se acercó a los tres.

—Eso no es cierto, Cassiel, tú casi pierdes la vida por salvarme. —

Ambos se miraron, reconociendo esa verdad absoluta en el rostro del otro, y se fundieron en un fuerte abrazo—. Sin embargo, si mi madre no tiene vida suficiente para agradecer lo que habéis hecho, yo pongo la mía a vuestra disposición. —Y agachando la cabeza e hincando una rodilla en el suelo, Moisés hizo un juramento ante ellos—. Ofrezco mi espada y mi vida a la única tarea de proteger la vuestra. Soy y seré siempre vuestro siervo. ¡Lo juro!

Alaina lo tomó por los hombros y lo obligó a levantarse.

—Te agradezco enormemente tu ofrecimiento, Moisés, pero no he arriesgado mi vida para liberarte con la intención de esclavizarte de nuevo. Has recuperado de nuevo tu alma, tu humanidad; haz buen uso de ese gran regalo. Nosotros nos sentiremos recompensados si encuentras al fin la felicidad que tanto ansiabas.

Moisés la miró expresando agradecimiento y admiración. El mismo que todos los presentes sentían por esa pequeña mujer que había llegado a sus vidas de forma traumática, cambiando el concepto de muchos de ellos sobre la fragilidad humana, y reconociendo en ella, el valor y el coraje del que tantos otros carecían.

Cassiel la estrechó entre sus brazos con un inmenso orgullo hinchándole el pecho. El amor que sentía por Alaina se desbordaba por cada poro de su piel, y agradecía a su venerado padre celestial haberla puesto en su camino.

Tomó su rostro entre las manos para perderse en la inmensidad de esos ojos grises. Ella era su otra mitad; la fuerza y la calma que lo complementaba, haciéndolo más poderoso si cabía.

—Yo sí te ofrezco mi vida, mi amor. Eres la única heredera de mi corazón, la completa dueña de mi alma, y te prometo que pasaré lo que me resta de vida a tu lado protegiéndote y haciéndote feliz.

Y selló esa promesa con un beso y con varios testigos de excepción.

Tras unos momentos de embarazoso silencio, Iria se dirigió a los presentes.

—Creo que lo mejor será que nos vayamos y los dejemos solos — sugirió, incómoda.

Los demás asintieron, de acuerdo con su consejo. No obstante, antes de marcharse, la reina los miró a ambos.

—¿Estáis bien? ¿Necesitáis algo?

Alaina sonrió al mismo tiempo que sacudía la cabeza y posaba sus ojos en Cassiel.

—No. Todo lo que necesito está aquí.

Cuando todos abandonaron la sala, Cassiel no perdió un solo segundo en atrapar entre sus brazos a esa pequeña pelirroja y devorarla con ansias desmedidas. Y cuando ella se separó un poco para recuperar el aliento, le preguntó:

—¿Te han pillado alguna vez haciendo el amor en una enfermería?

Cassiel la miró horrorizado.

—Por supuesto que no.

—¿Pues a qué estás esperando, mi «guapo ángel»? —preguntó con una sonrisa pícaro y una mirada salvajemente erótica—. Llévame a la cama y hazme tocar el cielo con las manos.

No había terminado de decir la última palabra cuando él se la llevó de allí, para cumplir todos y cada uno de sus deseos.

Epílogo



Habían transcurrido solo veinticuatro horas desde su llegada a la fortaleza cuando recibieron la orden de Miguel para que se reunieran en su despacho; tiempo que este creyó suficiente para que tanto Cassiel como Alaina recuperaran fuerzas. Sin embargo, no estaban solos; el resto de sus amigos habían recibido el mismo aviso.

Iria se acercó a Cassiel antes de que comenzara la reunión.

—Me alegro mucho de tu vuelta.

Él abrió los brazos para recibirla con un cariñoso abrazo.

—Y yo. —La emoción lo embargó durante un instante cuando ella se refugió contra su pecho—. Gracias por todo, Iria. No sé qué habría sido de mí si tú no hubieras intervenido... Si no me hubieras abierto los ojos.

El Grial irguió la cabeza para mirarlo a la cara.

—Estabais destinados, Cassiel. Tarde o temprano te habrías rendido ante lo inevitable. Yo solo apuré los acontecimientos un poquito.

—¿Cómo el hecho de contarle lo que sentía por Alaina a Amitiel?

Iria se encogió de hombros sin avergonzarse por su pequeña traición.

El cariño y respeto entre ellos fue patente cuando se sonrieron mutuamente.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó el ángel echando un breve vistazo hacia Moisés—. ¿Cómo llevas su presencia aquí?

Iria siguió la dirección de su mirada.

—Es difícil —admitió, adusta—. No puedo evitar revivir todo el daño que me hizo.

—Es lógico —dijo, espionando con cierto recelo al antiguo Guardián, situado al lado de su madre.

—Intento mentalizarme, recordar que no es la misma persona, pero me cuesta mucho.

Cassiel la agarró suavemente por el mentón para que lo mirara a los ojos.

—No sientas culpa ni vergüenza, Iria. Tus sentimientos hacia Moisés son naturales dadas tus circunstancias. Nadie podrá reprocharte jamás que no te fíes de él, o que no le tengas cariño de la noche a la mañana.

—Lo sé. Pero es el hermano de mi marido, y tampoco quiero que haya un distanciamiento entre ambos por mi culpa. Tomás todavía no puede perdonarle todo el dolor que me causó.

—Deja que el tiempo ponga cada cosa en su lugar. Para él tampoco será fácil encontrar nuevamente su sitio en la Orden. Todavía no sabemos qué decidirá Miguel sobre su situación.

Ella asintió ante el consejo y apoyó el rostro nuevamente en su suave y firme pecho, hasta que fueron interrumpidos por la llegada de los arcángeles.

El general del ejército angelical se acercó a Cassiel con el semblante serio y apoyó la mano en su hombro.

—Me complace que todo haya salido bien —confesó, orgulloso—. Parece que la balanza se inclina un poco hacia nuestro lado.

—Gracias por confiar en mí, Miguel.

Este clavó su intensa mirada en él.

—Jamás dudé de tu valía, Cassiel.

Un brillo de preocupación relampagueó en los ojos del ángel y rápidamente bajó la mirada. Pero fue demasiado tarde, pues Miguel lo advirtió.

—¿Qué ocurre, hermano?

—No merezco todas las alabanzas, Miguel, pues sin Alaina nada hubiera sido posible.

El arcángel miró a la mujer situada al lado de Amitiel, e inclinó un poco la cabeza hacia un lado. Conocía lo suficiente a su hermano como para saber

que le ocultaba algo.

—Lo sé —admitió, conciso, entendiendo que no era conveniente presionarlo demasiado, todavía—. Y jamás podremos agradecerle lo suficiente su coraje y sacrificio.

—Solo hice lo que tenía que hacer —respondió Alaina ruborizándose un poco, incómoda por ser el centro de atención. Y desviando el interés hacia otro punto que no fuera ella y su supuesta hazaña, preguntó—: Por cierto, ¿qué ha sido de Jacobo y Abelech?

Un silencio sepulcral planeó entre los presentes, cuyos rostros expresaban variados sentimientos desde la ira, el pesar, la incomprensión, la rabia y el abatimiento.

—Los confinamos en las mazmorras de la fortaleza a la espera del juicio —comenzó a explicar Tomás—. Nuestra intención era esperar a que volvierais para poder interrogarlos y sonsacarles la máxima información, pero... alguien se encargó de silenciarlos para siempre.

—¡Mierda! —exclamó Cassiel, enfadado.

Amitiel se acercó a su amigo.

—Los descubriremos, hermano. Tarde o temprano acabaremos con todos ellos.

Varias miradas furtivas espionaron a Moisés, y este, siendo consciente de ellas, se envaró por completo.

—No creo que pueda ser de gran ayuda —admitió con pesar—, pero os contaré todo lo que sé sobre ellos.

El arcángel Miguel dirigió nuevamente su atención en Cassiel.

—Dinos, hermano, ¿es tan horrible ese lugar como pensamos?

Él se pasó la mano por el pelo y sus ojos buscaron los de Alaina. En ellos encontró la fuerza suficiente para explicar el calvario que había sufrido.

—El nombre de «Infierno» es completamente meritorio. Jamás he sentido tanto sufrimiento y agonía al mismo tiempo. Un padecimiento cruel y tangible me golpeaba con cada bocanada de aire. Y sentía cómo cada célula de mi ser se moría por infligir esa tortura a otros. Si no fuera por ella... —Aquí la voz se le quebró un poco, e inspiró profundamente para poder continuar—. Os aseguro que de no haber sido por Alaina, yo no estaría de nuevo aquí. Hubiera sucumbido mucho antes, de eso estoy seguro.

Los rostros de los presentes expresaron desolación. Habían albergado la leve esperanza de poder encontrar la manera de acceder al Infierno sin graves consecuencias, y nuevamente sus ilusiones se evaporaban como el humo.

—Entonces, ¿vuestra vinculación y nuestros hechizos protectores no sirvieron de nada? —cuestionó la reina, abatida.

—Sirvieron para traer a tu hijo de vuelta —señaló Alaina.

—¿A qué precio, querida? Casi os perdemos a los dos en el intento.

—Y a los dos bastardos que podían darnos algunas respuestas los han quitado de en medio —añadió molesto Amitiel—. Seguimos rodeados de traidores en nuestras filas y no tenemos ni idea de quiénes son.

Cassiel observó sus reacciones sin saber si era mejor callar o decir en alto lo que había visto en el Infierno. No sabía si serviría de algo; si quizá sería mejor no dar falsas esperanzas.

Miguel, que no le había quitado el ojo de encima, se dirigió a él:

—¿Qué tienes que decirnos, Cassiel? Por favor, habla.

Este tragó saliva con esfuerzo.

—No todo ha sido tan funesto como pensáis. —Deslizó la mirada entre todos los presentes, consciente de lo que iba a decir a continuación—: Quizás haya alguna esperanza... Quizás no todo esté perdido.

Fin

Biografía

Antía Eiras nació en la ciudad de Vigo, España, en 1974. Es la tercera de tres hijas de padres gallegos. Desde muy niña siempre le ha gustado leer y ese *hobby* se ha convertido en una pasión para ella.

En febrero de 2015 publicó su primera novela, *Los príncipes azules no existen... ¿O sí?*, que a las pocas semanas se convirtió en bestseller en Amazon y duró más de un año en el Top100. También ha sido finalista en los Premios Eriginal Books.

En 2016 publicó su segunda novela, *A la caza de tu amor*, que fue galardonada con el premio Watty2015, llegando al puesto n.º 1 en las mejores plataformas digitales.

En 2017 publicó su tercera novela, titulada *Los guardianes (La Orden de los Varones n.º 1)*, el primer libro de una saga de corte romántico paranormal.

Si queréis saber más sobre ella y sus libros, podéis encontrar más información en:

<http://www.antiaeiras.es/>

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

Todos los libros de la autora



[Mentiras arriesgadas](#)

Tras asistir a una fiesta de disfraces, Adriana Muñoz descubre que su vida puede cambiar drásticamente en un solo instante. Policía de profesión, se promete a sí misma descubrir al culpable de poner en peligro todo lo que es y todo lo que ama.

Para ello se infiltrará en una de las empresas de publicidad más importantes de Barcelona, donde conocerá a Marc de Montellà, el único hombre que supondrá una amenaza no sólo para su tapadera sino también para su corazón.

Secretos, amor, mentiras, odio y una obsesión tan intensa como insana

serán los obstáculos que deberá esquivar Adriana hasta descubrir la verdad. Una verdad rodeada de mentiras arriesgadas y que llevará a sus protagonistas hasta límites insospechados. Una verdad para la que no siempre estamos preparados.



[Los príncipes azules no existen... ¿O sí?](#)

Harta del acoso de su exnovio y antiguo jefe, Alexia se traslada a México, donde encuentra trabajo como asistente personal de Martín Ledesma, un famoso actor de culebrones.

Martín es un hombre extraordinariamente guapo, rico y muy famoso, por el que todas las mujeres suspiran y pelean. Sin embargo, su fuerte personalidad, dominante y desconfiada, no le va a poner las cosas fáciles a Alexia, a quien ha tenido que contratar pese a no estar de acuerdo.

Sus caracteres chocarán de forma explosiva, y la terquedad de ambos creará momentos divertidos y muy intensos. Ninguno de los dos quiere dar el brazo a torcer, pero el destino les tiene preparada una sorpresa que no podrán evitar.

La química de Martín y Alexia te llegará muy hondo. ¡¡No te la pierdas!!



[A la caza de tu amor \(Volumen independiente\)](#)

Noa Montalbo, alias «niñata», es rebelde, caprichosa y muy obstinada. Hija de un importantísimo empresario, cansado valenciano, está acostumbrada a salirse siempre con la suya. Hasta que su padre, Diego Montalbo de su díscola vida, la manda a trabajar a un resort de lujo que posee en Kenia, en medio de la sabana africana.

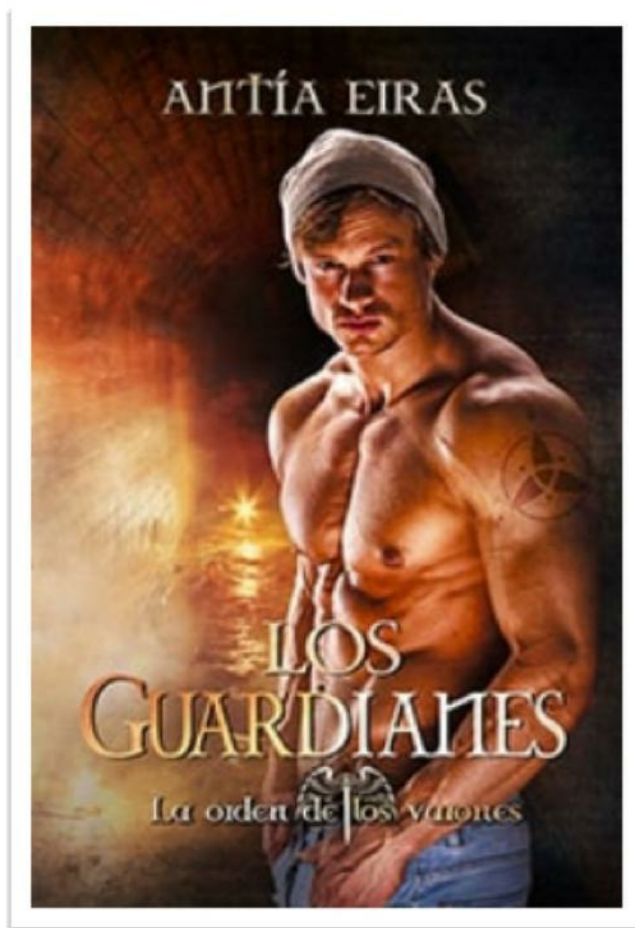
Allí conoce a Alonso Rivas, alias «Tarzán trasnochado» o en su defecto «ser unineuronal», guía y encargado del complejo hotelero. Su carácter rudo, prepotente y autoritario no hará que empiecen con muy buen pie. Para él no es más que otra niñata rica y consentida que solo viene a darle problemas.

Sin embargo, y aunque no sean capaces de reconocerlo, se odian con la misma intensidad con la que se atraen, e inevitablemente vivirán una aventura de amor, atracción, pasión, celos, drama, humor e intriga, ya que nada de lo

que los rodea en ese paraíso es lo que parece.

Pero solamente juntos podrán luchar contra todos los que intentan separarlos, para lograr al fin la felicidad.

Esta novela fue galardonada con el Premio Watty 2015.



[Los Guardianes \(La Orden de los Varones nº 1\)](#)

Tras diecinueve días de coma, causados por un aparatoso accidente de tráfico que casi le cuesta la vida, Iria Pazos, una mujer marcada por la crudeza de su vida, despierta en el hospital sin ser consciente de los cambios a los que se enfrenta.

Cuando regresa a casa con el alta médica, descubre que tiene un nuevo y sexy vecino, Tomás Novoa. Pero no sólo el atractivo policía nacional pondrá su vida patas arriba, ahora a Iria le ocurren extraños sucesos que supondrán un peligro para su integridad mental, pues hay algo oscuro y tenebroso que la observa y acecha en su apartamento, casi haciéndola creer que está perdiendo la razón.

¿Puede ser su mente que le juega malas pasadas? ¿Será real la presencia que ella siente? ¿Estará todo en su cabeza?

Desde ese mismo instante su vida correrá peligro, pues sus nuevos dones

harán saltar todas las alarmas, y ambos se verán envueltos en una enmarañada mentira llena de secretos, engaños y oscuridad, a la que tendrán que enfrentarse juntos, ya que el destino les tiene preparada una sorpresa difícil de asimilar.

Nada de lo que ellos daban por seguro en sus vidas es lo que parece, y los enemigos están muy cerca y son más temibles de lo que creen.

¿Te atreves a acompañarlos y descubrir esa increíble y misteriosa verdad?

[\[1\]](#) Yo acepto mi alma inmortal.